

Claire Contreras

CORAZONES

QUE SE

ENCUENTRAN



Phoebe

Claire Contreras

CORAZONES
QUE SE
ENCUENTRAN

Traducido por María José Losada



Phoebe

Título original: *Paper Hearts*

Primera edición: julio de 2018

Copyright © 2015 by Claire Contreras
Published by arrangement with Bookcase Literary Agency
© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-69-8
BIC: FRD

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Para Cam, que nunca ha tratado de cambiar mi lenguaje,
sino que ha aprendido a traducir el significado de mis silencios.
Y para ti, que necesitas una de esas historias de segundas oportunidades en
tu vida.*

Índice

PRECUELA. CORAZONES ROTOS

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

LA BODA DE MI MEJOR AMIGA

CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

PRECUELA

CORAZONES ROTOS

1

—¿Has quedado con alguien, Mia? —me preguntó mi madre cuando entré en la cocina.

—Sí, he quedado. —Me recogí el largo pelo húmedo en lo alto de la cabeza mientras me acercaba a la fuente donde estaba la fruta.

—Mmm... —dijo ella, atrayendo mi atención con aquella interjección tan ambigua. Estaba reclinada en una de las sillas de madera del *office* del desayuno, con un periódico en la mano, observando mi bikini, mis vaqueros no demasiado ceñidos y el *top* de flores que llevaba.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estás muy guapa —repuso antes de volver a concentrarse en el periódico.

Mi madre tenía aspecto de profesora sexy. Eso era lo que decían de ella mis amigos, que era una madre a la que no les importaría tirarse, una especie de sustituta buenorra, con el pelo rubio, largo y rizado y gafas de bibliotecaria follable.

—Suéltalo ya, Bettina, sabes que lo estás deseando —le dije, inclinándome para coger una botella de agua. Sonreí cuando oí que se quejaba. Odiaba que la llamara por su nombre de pila. Me di la vuelta al oír el crujido del periódico y me senté frente a ella. De todas formas, me sobraban quince minutos.

—No has salido con nadie; de hecho, ni siquiera has mencionado a ningún otro chico desde que Jenson se marchó —soltó, yendo directa al grano. Mi madre no era de las que se andaban con rodeos.

Mi mirada cayó sobre el periódico que había dejado encima de la mesa para evitar sus interrogadores ojos azules. El titular iba sobre la propiedad Clark... Otra vez.

—Quizá no haya conocido a nadie digno de mención hasta ahora —respondí finalmente, volviendo a mirarla.

—¿En serio? —preguntó mientras arqueaba las cejas—. Entonces, dime, ¿quién es este tipo que sí vale la pena mencionar?

Me irrité, porque me había pillado mintiendo. Había salido con algunos chicos desde que Jenson se fue. Con el anterior había tenido algo más serio que con este, aunque no era un tema que la incumbiera a ella, ni a ninguna otra persona.

—¿Qué más te da? No querías que anduviera con Jenson.

—Nunca dije que no me gustara que salierais —se defendió.

—No era necesario, siempre lo has dejado bastante claro. A papá no le gusta porque es pobre, y a ti porque sabes que jamás será médico o abogado o lo que quieras que sea el hombre con el que me case.

—¡Mia, eso no es cierto!

—¿De verdad? Porque recuerdo claramente haberte oído decir: «No es bueno para ti, Mia. Puedes aspirar a algo mejor» —repliqué.

Ella me miró durante un buen rato antes de soltar un largo suspiro.

—Te venía a recoger en moto, parecía salido directamente de Sin City, ciudad sin ley. ¿Qué querías que te dijera? Además, conozco su reputación: los he oído hablar, a Víctor y a él, en casa de Hannah.

Arrugué la nariz. Miré hacia otro lado, sin querer saber en qué consistían esas conversaciones. Conocía de sobra la reputación de Jenson, y lo hacía desde que lo había visto por primera vez. No lo culpaba por el hombre en que se había convertido ni por su pasado. Era una buena persona, con un corazón de oro, a pesar de que pareciera un chico malo y a pesar de su falta de clase.

—Es un buen tipo —afirmé, dejándome llevar finalmente por la necesidad de defenderlo, como de costumbre.

—Estoy de acuerdo. Lo es, y debo admitir que antes estaba equivocada. Pero si es tan buen tipo, ¿por qué has roto con él? —preguntó. Sentí que me ruborizaba bajo la intensidad de su mirada.

—Mamá, porque se fue a la universidad en Nueva York, y no me gustan las relaciones a distancia.

—¿Odias las relaciones a distancia o te disgusta la idea de que esté rodeado de mujeres y no tener control sobre lo que hace? —me preguntó mientras yo me levantaba para coger el bolso.

—Bueno... —Me detuve en seco. Mi madre acababa de poner el dedo en la llaga, y eso me molestaba—. No necesito que me psicoanalices, gracias. Si te aburre ser un ama de casa, quizá deberías volver a trabajar —añadí antes de

alejarme—. Gracias por la charla, muy instructiva. —Me colgué el bolso al hombro y salí.

No fue hasta que me alejé en el coche un par de manzanas que sus palabras hicieron mella en mí, y sentí la necesidad de golpear el volante con la mano y soltar un grito. En el momento en el que llegué al cine, ya me había calmado. Le había enviado un mensaje de texto a Adam para que nos reuniéramos allí y evitar así la incómoda situación que se produciría si me recogía en casa de mis padres. En serio, necesitaba hablar con Rob y convencerlo de que me dejara mudarme con él. No creía que pudiera hacer frente a más palabras de apoyo de mi madre, aunque no era algo que ocurriera con frecuencia. Si fuera por ella, en cuanto obtuviera el título universitario, me casaría con un hombre rico y me convertiría en un ama de casa, para dedicar mi vida a tener bebés que ella vestiría a su gusto.

Era cierto que todo se había complicado con Jenson. Habíamos hablado mucho de una forma u otra: mensajes de texto, correos electrónicos o llamadas telefónicas. Estábamos de acuerdo en que podríamos salir con otras personas durante su ausencia, pero no me sentía con ganas de tener citas. Aunque él nunca me mencionaba a otras personas, yo no era idiota. Sabía que estaba viéndose con alguien. Quizá con varias chicas, en plural. De vez en cuando le soltaba un «¿Has conocido a alguien interesante últimamente?», para disminuir el impacto que supondría que me lo dijera, si es que alguna vez lo hacía, algo que estaba segura de que no ocurriría. Porque no lo quería saber.

Estaba sentada en una oscura sala de cine, a punto de ver *Origen*, cuando me envió un mensaje de texto diciéndome que acababa de regresar y que necesitaba verme. Me dio un vuelco el corazón. Traté de concentrarme en la cinta, pero tenía la cabeza en otro lugar, lo que era una pena, porque me encantaba Leonardo DiCaprio. Cuando salieron los títulos de crédito, no tenía ni idea del argumento de la película que acababa de ver. Adam, por su parte, estaba entusiasmado con ella, porque no hacía más que decir: «¡Oh, Dios mío, qué pasada!».

—¿Quieres que vayamos a cenar algo? —me preguntó cuando salimos. Automáticamente apreté el móvil con más fuerza. No lo había soltado desde que había recibido el mensaje de texto de Jenson, por si acaso.

—Quizá en otro momento. Tengo que hacer un par de cosas —me disculpé.

—Mía, sabes que me gustas, ¿verdad? —preguntó Adam en voz baja.

—Tú también me gustas —admití mientras miraba sus brillantes ojos azules.

—Pero... —añadió, riéndose entre dientes mientras se pasaba la mano por el pelo rubio y ondulado.

—Es que...

—Todavía estás colada por Jenson. —Adam también frecuentaba el mismo mundillo artístico que Jenson y yo misma.

—Lo estoy... —Tomé aire y sonreí—. ¿Podemos seguir siendo amigos?

Asintió con una sonrisa, y luego sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que me hayas dicho que solo vamos a ser amigos en la tercera cita.

—Lo siento.

—No lo hagas. Siempre he sabido que sería muy difícil que dejaras de pensar en él. Me refiero a que, ¿no te has fijado?, solo hablamos de Jenson cuando estamos juntos —añadió mientras se encogía de hombros.

Fruncí el ceño.

—Eso no es cierto.

—Eh..., que no me parece mal. Lo entiendo. Jenson tiene una moto, fuma y usa gafas de aviador.

Pero Jenson no me había gustado por ninguna de esas cosas, aunque tampoco era que no me hubiera dado cuenta. Sin embargo, no era lo que había hecho que me enamorara de él. Di a Adam un abrazo e hice que me prometiera que seguiríamos quedando de vez en cuando para pasar el rato, porque realmente disfrutaba en su compañía. Luego me metí en el coche y fui al encuentro de Jenson.

Mientras conducía a casa de Patty, donde sabía que estaría Jenson, pensé en todo lo que amaba de él: la forma en la que me miraba; cómo me hablaba; cómo me escuchaba; la forma en la que me hacía reír; que sus manos siempre tuvieran manchas del carboncillo que utilizaba para dibujar... Cuantas más cosas se me ocurrían, más grande se hacía mi sonrisa. Nuestra historia no siempre era una balsa de aceite. Algunos podrían argumentar que era todo lo contrario, pero a mí me gustaba.

Internarme por ese camino me hizo recordar la primera vez que lo vi, cuando era un adolescente por el que suspiraban todas las chicas, yo incluida. Al crecer, coincidí con él muchas más veces, y siempre me había provocado mucha curiosidad, pero Jenson no era un ligón, y yo todavía no sabía coquetear. Aparqué el coche delante de la casa y cerré los ojos durante un momento, recordando aquel estúpido juego, la primavera de mi primer año en

la universidad, cuando todo cambió.

2

2 AÑOS ANTES

—¿Has traído el bañador? —preguntó Estelle desde el cubículo de al lado en el cuarto de baño.

—Sí, ¿y tú? —respondí. Gemí al mirar al dispensador—. ¿Hay papel higiénico en tu *box*?

Me pasó el papel por debajo de la mampara mientras me ruborizaba.

—Yo sí. Solo quería asegurarme de que no era la única idiota que pensaba que de verdad vamos a usar el *jacuzzi*.

Me reía cuando abrí la puerta, y me acerqué para lavarme las manos.

—Lo dudo. Corinne me ha dicho que ha recibido confirmación de diez personas, cuatro chicos y seis chicas, y esos solo somos los que vamos a dormir allí.

Estelle abrió mucho los ojos y luego sonrió.

—Va a ser una pasada.

—Son las vacaciones de primavera, nena —le recordé.

Al principio, habíamos pensado ir a Cancún, pero el padre de Estelle había tenido un susto y había estado ingresado unos días en el hospital, por lo que ella no quería estar demasiado lejos, por si acaso. Aunque todo había salido bien y lo habían enviado a casa con una advertencia para que vigilara su colesterol, ya era demasiado tarde para conseguir una buena reserva a México, así que decidimos ir a Malibú para pasar el fin de semana. La familia de nuestra amiga Corinne poseía allí una casa enorme, y estaba vacía. Como quedaba a tiro de piedra, resultaba perfecta.

Esa noche, después de que llegáramos a la casa y ayudáramos a preparar las habitaciones, de que tomáramos algunas copas en un bar deportivo y suficientes nachos con salsa para abastecer a un restaurante mexicano, decidí echarme una pequeña siesta.

—¿Quién va a venir? —le pregunté a Corinne mientras me estiraba después de despertarme, al ver que estaba maquillándose en el cuarto de baño de Jack y Jill.

—Bueno, Fern, evidentemente... —dijo con una enorme sonrisa.

—Evidentemente —convine, sonriendo yo también al oírle mencionar a su nuevo novio, por el que llevaba colgada toda la secundaria, a pesar de que él siempre tenía otra novia.

—Creo que también vienen Carlos, Logan y Jenson, además, por supuesto, de Elle, Pamela, Danica, tú y yo.

Parpadeé un par de veces.

—¿Jenson Reynolds?

Corinne dejó de aplicarse el *eye liner* y buscó mis ojos en el espejo.

—Sí, ¿por qué? ¡Oh, Dios mío! No te caerá mal o algo así, ¿verdad?

—¿Caerme mal? ¡No! —Fruncí el ceño—. Solo me has sorprendido. Es decir, lo he visto con Carlos algunas veces, pero no me había dado cuenta de que eran tan amigos. Normalmente suele andar con el hermano de Estelle y toda su pandilla —expliqué—. Por eso me extraña.

—Oh... —dijo ella mientras se concentraba de nuevo en el maquillaje—. Estelle mencionó que su hermano vendría más tarde, imagino que eso lo explica todo.

Asentí moviendo la cabeza y esperé a que se fuera antes de levantarme. Había visto a Jenson con frecuencia por el campus, y cada vez que me miraba y me sonreía, me daba un vuelco el corazón. No podía entender por qué tenía esa reacción ante él, pero así era, me gustara o no.

Había tomado ya tres vasos de cerveza cuando Jenson hizo por fin su aparición, y, en ese momento, Estelle me dio una patada con muy poco disimulo por debajo de la mesa de cristal.

Cuando la miré, estaba riéndose (resultaba evidente que ya estaba algo borracha).

—¿Qué pasa? —me dijo al tiempo que se encogía de hombros, ocultando la risa detrás de las manos, que, aunque eran pequeñas, lucían un anillo en cada dedo, por lo que logró esconder su expresión.

—Mira que eres idiota... —murmuré—. Oh, qué casualidad, también ha venido Oliver —solté con repentina inspiración, y me reí cuando su rostro se transformó, recobrando la compostura en menos de dos segundos. Se dio la vuelta lentamente, con tanta indiferencia como fue capaz, y me lanzó una

mirada asesina al darse cuenta de que estaba bromeando.

—¿Qué pasa? —repetí las mismas palabras que me había dicho ella.

—No tiene gracia—repuso mientras trataba de contener una sonrisa.

Miré por encima de su hombro al oír que se abría la puerta trasera, y no pude reprimir la risa al ver que quien entraba era el mismísimo Oliver.

—Bueno, me parece algo irónico tener que decir esto, pero acaba de entrar Oliver —advertí.

Ella puso los ojos en blanco.

—Claro, claro...

—Lo digo en serio —añadí, sin dejar de reírme.

—Estoy segura, Meep. Estoy segura...

—Un chico con el pelo recogido, con una camiseta blanca de Nirvana. Joder, hasta consigue que los pantalones chinos cortos parezcan chulos... —añadí. Me di cuenta de que ni siquiera así miraba hacia atrás, por lo que añadí—: Vaya, y lleva unas chanclas... Creo que nunca lo había visto con chanclas...

—Para que conste, jódete —murmuró Estelle antes de rendirse y mirar finalmente por encima del hombro.

—¡Te lo he dicho!

Sonrió mientras miraba hacia atrás.

—Cierto. ¿Quieres seguir por ese camino?

Me reí.

—No. Me voy a quedar aquí sentada cómodamente bebiendo otra cerveza.

—Se te va a poner barriga cervecera —me advirtió mientras miraba mi vaso de plástico rojo con una mueca.

—Bueno, ¿y qué demonios estás bebiendo tú? —pregunté.

—Vodka, por supuesto —explicó, levantando el vaso después de ponerse de pie—. ¿Quieres un poco?

—Claro —accedí mientras me encogía de hombros y miré a los chicos una vez más. Oliver estaba hablando con Víctor, que también acababa de entrar, y con una chica que parecía dispuesta a quedarse por él. La miré con intensidad, con la esperanza de que se largara. A Estelle no le preocupaba que todas las chicas coquetearan con ellos, y seguramente era mejor así, ya sentía yo suficiente rabia por las dos. Cuando por fin vi que aparecía Jenson, me levanté, le quité a Estelle la copa de la mano y me la llevé conmigo.

—Pensaba que ya nos habíamos *acomodado* en un sitio —dijo ella. Noté su tono burlón, pero preferí ignorarlo.

Saludamos a los chicos y nos quedamos cerca de ellos, escuchando la charla de Víctor, que siempre tenía tema de conversación. Por fin, me dirigí hacia la puerta de atrás antes de pensármelo dos veces.

—Hola, Jangles —saludé a Jenson cuando salí, haciendo referencia a su mote de siempre, «Jangles, el payaso».

Él sonrió, levantando la vista de la pantalla del móvil. Lo miré mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué tal va todo, Correcaminos?

Quizá la sonrisa que esboqué fue demasiado grande.

—Es curioso que me hayas puesto ese apodo y no seas capaz de seguirme el ritmo.

Se encogió de hombros.

—Siempre voy contracorriente.

—¿Es el título de uno de tus poemas? —pregunté.

—No —repuso—. Pero... —Dejó que la palabra se alargara mientras apagaba el pitillo, luego sacó el pequeño bloc de notas negro que siempre llevaba en el bolsillo trasero y escribió algo en él.

—¿Los compras en ese estado? —me interesé.

—¿A qué te refieres?

—A lo gastados que están. Te he visto con miles de blocs diferentes, y siempre parecen a punto de desintegrarse —expliqué mientras señalaba con la cabeza el que llevaba en la mano.

Se rio entre dientes.

—Les pasa lo mismo que a los guantes de béisbol. Cuanto más viejos, mejor se adaptan.

Asentí mientras lo miraba de arriba abajo una vez más. Llevaba unos vaqueros oscuros, botas y una camiseta blanca con la leyenda: «SOY». Aunque no quedaba a la vista, sabía que tenía el brazo tatuado debajo de la manga corta, y me moría de ganas de subírsela para ver si se había grabado algún otro dibujo en la piel. Estaba perfectamente afeitado, aunque despeinado, ya fuera por el viento o por el casco de motorista, era imposible adivinarlo. Lo importante era que tenía un aspecto estupendo, para chuparse los dedos, y que estaba comiéndomelo con los ojos. Algo que tenía que dejar de hacer de inmediato.

—Hola, Jenson —lo saludó un grupo de chicas acercándose a él. Jenson dejó de mirarme para hacerles un gesto con la cabeza, aunque volvió a clavar

los ojos en mí al instante.

—¿Te apetece venir a tomar algo con nosotras? —dijo una de ellas—. Vamos a jugar a algo.

Él seguía mirándome, y yo tuve la impresión de que mi corazón estaba a punto de convulsionar.

—Prefiero quedarme aquí —respondió finalmente, sin apartar de mí sus iris entre gris y verde claro.

—Puedes irte con ellas si quieres —solté en voz baja cuando las chicas ya no podían escucharnos—. No me importa.

—¿Y perder de vista a mi musa? Ni hablar, Correcaminos —repuso sonriendo, mientras movía el cuaderno en el aire.

—¿Te da miedo no poder seguirme el ritmo? —pregunté.

Su risa me calentó de pies a cabeza, y cuando se puso serio y me miró fijamente a la cara, sentí que me recorría un escalofrío.

—En realidad, sí.

3

PRESENTE

Un fuerte golpe en la ventanilla del coche me arrancó de mi ensimismamiento. Solté un grito ahogado y me senté, enderezando la espalda. Cuando eché un vistazo al exterior, me encontré allí a Jenson, con una expresión de confusión en la cara. En cuanto lo miré a los ojos, supe que algo andaba mal. Salí del vehículo y cerré la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté. Él no me respondió, solo me cogió entre sus brazos y me estrechó con fuerza—. No pensaba escaparme, ¿sabes? —bromeé contra su pecho. Respiraba con intensidad contra mi cabeza y me abrazó con más fuerza antes de soltarme.

—Sí, lo harás. —Sus palabras sonaron amortiguadas, pero hicieron que notara una fuerte inquietud en el estómago.

—¿Qué te ha pasado? —repetí de nuevo, esta vez separándome de su pecho.

Parpadeó un par de veces mientras me miraba, como si se hubiera olvidado de mi aspecto. Se me ocurrió que quizá fuera así, pues los cinco meses que llevaba fuera habían hecho que yo tampoco lo recordara con claridad. Levanté la mano y la paseé por su barba incipiente mientras le recorría el rostro con la mirada, que detuve un instante en la cicatriz antigua que tenía en la mejilla izquierda y continué hasta sus labios.

—No voy a quedarme mucho tiempo —soltó, rompiendo el silencio finalmente.

Busqué sus ojos.

—¿Cuándo te marchas?

—El domingo por la noche.

Asentí moviendo la cabeza y aparté la vista para mirar la puerta entreabierta de la casa por encima de su hombro. Odiaba que solo viniera un par de días de visita, pero lo entendía. Su vida estaba ahora en Nueva York. Si no fuera por

su madre adoptiva, Patty, ni siquiera estaría aquí, o vendría con menos frecuencia.

—¿Está Patty? —pregunté mientras señalaba la casa con la barbilla.

Jenson negó con la cabeza y soltó el aliento con aspereza, haciéndome cosquillas en la mejilla.

—Se ha ido hace unos minutos. —Me puso la mano en la cintura. Sentir sus dedos sobre la piel encendió un fuego en lo más profundo de mi vientre. Ansiaba empujarlo hacia la casa y arrancarle la ropa, y algo me dijo que él quería que lo hiciera. Que prefería que me abalanzara sobre él en lugar de hablar sobre lo que fuera que le preocupaba. Así que decidí que me contendría. No podía obligarlo a contarme nada, y lo sabía por experiencia, pero también era consciente de que tratar de usar el sexo para aliviar el dolor era algo que Jenson acostumbraba a hacer cuando era más joven, y me gustaba pensar que ahora podía hacer algo más que eso por él. Me ilusionaba imaginar que al final dominaría al chico malo que era. Ya lo hacía en cierta manera. A fin de cuentas, la nuestra era la relación más larga que había mantenido hasta el momento.

—¿Quieres acompañarme a algún sitio? —me preguntó. Parpadeé sorprendida.

—¿A qué sitio...? — pregunté, llena de confusión.

—Lejos. Vámonos a un hotel en alguna parte, solo esta noche. Necesito... — Soltó de nuevo el aire—. Necesito estar contigo —confesó mientras me ponía la otra mano en la cadera antes de subir ambas por mis costados para llegar a mi cara—. Quiero estar a solas contigo. Solos tú y yo.

En ese momento me podría haber pedido que matara al Papa y yo hubiera accedido. Cuando Jenson me miraba de esa manera, con aquellos ojos grises que suplicaban que lo entendiera, no podía negarle nada. Le cubrí las manos con las mías y luego me las acerqué a la boca. Cerró los ojos mientras le besaba los dedos callosos.

—Claro que quiero ir a cualquier parte contigo —susurré en respuesta. Mis palabras parecieron estimular algo en su interior, porque cuando abrió los ojos su aspecto era desgarrado y roto. Así era Jenson; sin embargo, con la carga emocional que llevaba a la espalda, no podía culparlo.

No dijo ni una palabra, solo asintió y me condujo a la casa. Me paseé por la habitación mientras preparaba una bolsa de viaje, y recogí diversas cosas al azar que había esparcidas por la mesilla de noche, el suelo, el escritorio. Su

dormitorio estaba como siempre, como si todavía viviera allí y no a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué tal ha sido el vuelo? —pregunté, rompiendo el silencio mientras él abría y cerraba los cajones.

—Bastante bueno.

Lo miré y vi que estaba revolviendo el interior de la bolsa de lona con el ceño fruncido.

—¿Has perdido algo? —pregunté.

Dejó de mover las manos antes de curvar la comisura de los labios.

—Ya lo he encontrado.

Le devolví la sonrisa mientras buscaba en su rostro alguna señal de lo que le pasaba. Quería preguntarle si había hablado con su madre, si lo habían despedido del trabajo, o si el libro infantil que estaba enviando a los agentes se movía bien, pero no quería presionarlo, no quería que volviera a encerrarse en sí mismo, así que permanecí en silencio.

Al mirarme, su sonrisa vaciló; y cuanto más me estudiaba él, más difícil me parecía permanecer quieta.

—Ven aquí —pidió, y la necesidad que percibí en su voz me hizo volar a sus brazos—. Sabes que lo significas todo para mí, ¿verdad?

Normalmente esas palabras habrían hecho que me derritiera, pero la forma en la que me observaba mientras las pronunció hizo que me doliera el corazón.

—¿Por qué no me cuentas qué te ha pasado? —pregunté—. Estás empezando a asustarme.

Respiró hondo al tiempo que me aplastaba contra su cuerpo de nuevo.

—Dios, Mia, ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Te parece que retomemos esta conversación más adelante?

Me eché hacia atrás para mirarlo y asentí con la cabeza.

—Pero me lo vas a contar todo —le advertí. No quería que esta fuera una de esas situaciones en las que prácticamente tenía que sacarle toda la información con sacacorchos. Quería pensar que nuestra relación se encontraba en un punto en el que nos podíamos contar todo el uno al otro, sin preocuparnos de qué podíamos pensar.

—Te lo explicaré todo, nena. Todo —susurró mientras me pasaba el pulgar por el labio inferior—. ¡Dios, cómo te he echado de menos! —confesó al tiempo que unía nuestros labios. Sin duda teníamos que hablar, pero estaba dispuesta a esperar un par de horas si esa era la forma de conseguir que se

abriera a mí finalmente.

4

PASADO

—El camarero nos está mirando —informó Jenson mientras contemplaba al hombre que se había parado a unos metros de distancia.

—No es cierto —dije, negando con la cabeza sonriente. El camarero estaba mirándome a mí, pero siempre lo hacía cuando comíamos allí. Lo había pillado estudiándome las tetas más de una vez mientras me rellenaba el vaso de agua, lo que era muy divertido porque, en realidad, no tenía mucho en lo que recrearse. Sin embargo, no quería que Jenson se cabreara, y menos cuando estábamos celebrando que llevábamos dos años juntos. De hecho, ya se había irritado ese mismo día, cuando mi amigo Nathan me envió un mensaje de texto para desearme feliz cumpleaños.

—Nos está mirando, y no me gusta.

—Oye... —le dije mientras ponía la mano sobre la de él para reclamar su atención—. ¿Qué te pasa esta noche?

Me miró a los ojos.

—No..., nada.

Arqueé una ceja al tiempo que abría la boca para seguir presionándolo, pero entonces nos trajeron la comida.

—Salvado por la campana...

Jenson sonrió. Hablamos de las clases mientras comíamos, discutiendo sobre cuál era mejor y qué profesor era el que mejor enseñaba. Él se iba a graduar muy pronto, y lo habían aceptado en el curso de filología inglesa de la universidad de Nueva York; no era algo que tuviera planeado desde el principio, pero yo lo había animado. Su argumento era que para ser escritor no lo necesitaba. Al final, después de que dejáramos el colegio, decidió que quería hacerlo. En ese momento no me di cuenta de que iba a marcharse muy pronto y que yo me quedaría atrás. Estaríamos en mundos separados, pero lo

amaba lo suficiente para dejarlo marchar y apoyarlo mientras estuviera allí. Quería tomarme nuestra relación paso a paso, aunque fuera algo que me revolvía el estómago.

Nos cogimos de la mano al levantarnos para marcharnos, pero antes se acercó al camarero y le dijo algo. No pude oír lo que le dijo, pero la expresión de la cara del chico me indicó que no había sido algo agradable.

—¿Qué le has dicho? —pregunté mientras me abría la puerta del coche.

—Le he advertido de que si lo pilló mirándote las tetas la próxima vez que vengamos, le arrancaré los ojos y los pisaré. —Cerró la puerta, y lo miré boquiabierto mientras rodeaba el vehículo para ocupar el lugar detrás del volante.

—Dime que no es cierto —le solté en cuanto se sentó.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿Es que no has visto la expresión de su cara?

Asentí lentamente.

—Sí, pero es más grande que tú. —Jenson estaba en forma, pero no era carne de gimnasio. Y aquel tipo parecía poder noquear él solo a dos defensas de fútbol americano.

—En los momentos importantes soy el más grande —repuso encogiéndose de hombros.

Se me escapó una risita antes de poder reprimirla.

—Estás... Estás loco.

Me cogió la mano y me besó los nudillos.

—¿Te estás divirtiendo?

—Siempre me divierto cuando estoy contigo.

—Bien, porque tengo planeado pasármelo muy bien este fin de semana.

—¿Tiene algo que ver contigo y conmigo desnudos en una cama?

Sus fosas nasales se dilataron mientras salía del aparcamiento. Se llevó mi mano a la boca y me rozó la punta de los dedos con los dientes.

—Y en la mesa de la cocina. Y en el suelo. Y en la ducha. Y en la playa... En realidad, las posibilidades son infinitas.

Noté un fuerte calor en las entrañas.

—¿Tú también quieres todo eso? —preguntó en voz baja.

—Sí —repuse con un susurro.

—También quiero arrancarte el vestido y besar cada centímetro de tu piel desnuda mientras va resbalando la tela. —Sonrió al tiempo que me miraba a la

cara—. Luego te voy a tumbar sobre la encimera de la cocina y a lamer tu cuerpo hasta que te tiemblen las piernas de deseo. —Se detuvo para pasarme la lengua por la muñeca—. Más tarde... —continuó después de aparcar el coche delante de su casa, y su voz fue un ronco susurro en mi oído— te voy a devorar el coño, y te va a gustar tanto que te morderás los labios hasta hacerte sangre.

—Jenson... —dije, alejándome de él. Ardía de deseo—. Vamos para dentro.

Me puso la mano en el muslo y la movió muy despacio hasta que llegó al tanga, ya húmedo.

—Me voy a tomar mi tiempo contigo, nena —susurró antes de cubrirme la boca con la suya mientras deslizaba un dedo dentro de mi ropa interior, lo que hizo que se me quedara la mente en blanco—. Voy a conseguir que me supliques que te folle.

—Estoy dispuesta a hacerlo ya —dije contra sus labios—. A rogártelo en este mismo momento.

Sentí cómo sonreía.

—Estoy loco por ti, Mia Bennett.

—Y yo por ti, Jenson Reynolds. —Me besó en los labios con suavidad—. Ahora, por favor, ¿podemos entrar para que puedas cumplir tu promesa de una vez?

Se rio entre dientes.

—Qué impaciente...

Una vez dentro, Jenson me pidió que lo esperara en la cocina para poder ir a por un regalo. Habíamos quedado en que no nos regalaríamos nada. Compartíamos fecha de cumpleaños, así que pensábamos intercambiar los regalos otro día, pero no había podido evitar comprarle algo para esta ocasión y, evidentemente, a él le había pasado lo mismo. Pasé los dedos por la pulsera que me había entregado y sonreí mientras examinaba cada dije: el número 31, por la fecha de nacimiento; la cámara; la pluma; el ancla; el barco de vela; el corazón que decía: «Soy tuyo».

Dejé caer la mano sobre el regazo cuando regresó de la habitación con una caja entre las manos. Sonrió y la dejó sobre la encimera antes de ponerse detrás de mí para rodearme con los brazos.

—Ábrela —dijo.

Quitó la tapa, dejando a la vista otra caja más pequeña. Fruncí el ceño mientras la cogí. Estaba envuelta en un papel marrón lleno de palabras. Por

regla general, habría arrancado el envoltorio, pero algo hizo que me detuviera. Se me aceleró la respiración cuando me di cuenta de que era su letra. Me volví un poco para mirarlo por encima del hombro.

—Es solo el papel, Mia —dijo con una tierna sonrisa.

Miré de nuevo la caja y lo examiné, tratando de leer lo que ponía.

—¿Son palabras tuyas?

Jenson se frotó la nuca y sonrió mientras miraba al suelo. Se mostraba tan seguro de sí mismo la mayor parte del tiempo que me resultaba adorable en las raras ocasiones en las que parecía tímido. Me miró.

—Solo son palabras —repuso.

Me di la vuelta, pero era demasiado alto para que pudiera besarlos sin más, así que me puse de puntillas. Todavía me quedaba demasiado arriba. Jenson se rio entre dientes al comprender lo que trataba de hacer, así que me sentó en la encimera para situarse entre mis piernas.

—Son *tus* palabras —murmuré contra sus labios.

—Abre la caja, por favor —me pidió, apretando la boca contra la mía y luego retirándose para dejarme espacio.

Volví a mirar el paquete. No lograba entender lo que era, así que traté de pensar en todo lo que le había dicho que quería, sin poder decidirme.

—Deja de intentar adivinar lo que es y ábrelo de una vez.

—El envoltorio mismo es un regalo —expliqué en voz baja, tomándome mi tiempo para despegarlo de forma que no se rompiera—. ¡Oh, Dios mío! —jadeé cuando quedó ante mi vista la lente de la cámara para la que había estado ahorrando—. ¡Oh, Dios mío!

Jenson estaba sonriéndome cuando lo miré.

—Esto es... Esto es demasiado —logré decir finalmente, dejando la caja encima del mueble, a mi lado. Había una razón por la que no me la había comprado yo misma todavía. Aunque esto explicaba por qué él había hecho tantas horas extra en la cafetería donde trabajaba.

—Nada es demasiado para ti —repuso él, al tiempo que levantaba la mano para acariciarme la cara.

—Jens...

Me cubrió la boca antes de que pudiera terminar de decir su nombre. Cerré los ojos cuando comenzó a jugar con mis labios hasta conseguir que se separaran, y hundió la lengua entre ellos para acariciar la mía mientras me rodeaba la cara con las manos. Hundí los dedos en su pelo, inclinándome

hacia delante para mecirme contra él. Cuando el beso terminó, ambos jadeábamos.

—Te lo mereces todo, Mia —murmuró mientras me miraba. Aquellos ojos grises serían mi perdición, no me cabía ninguna duda.

—Solo te quiero a ti —susurré al tiempo que le desabrochaba la camisa y deslizaba las manos dentro para sentir su cálido y duro torso contra mis manos pequeñas y frías.

—A mí ya me tienes, nena. Y siempre me tendrás. —Se quitó la camisa antes de rodearme con los brazos para deshacerse de mi vestido.

—Y yo soy tuya. —Me bajé de la encimera y dejé que el vestido se convirtiera en un charco a mis pies. Luego observé la forma en que se le oscurecían los ojos cuando los deslizó lentamente por mi cuerpo, tan despacio que dejaba rastros de calor a su paso. Soltó un gruñido animal mientras me cogía, me volvía a poner en la encimera y me separaba las piernas.

—¿Sabes cuál es mi mayor temor? —preguntó, pegando la boca a mi oído para besarme allí. Me estremecí al sentir su respiración camino de mi pecho.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz cuando llegó a mis senos.

—Perderte —musitó al tiempo que me miraba a la cara—. Perder esto. —Cerró los labios sobre mi pecho para frotar la lengua contra mi pezón. Sus manos se abrieron paso entre mis piernas al tiempo que centraba su atención en el otro seno—. Eres todo lo que siempre he querido —susurró contra mi estómago—. Todo lo que necesito. —Me golpeé la cabeza en la encimera cuando sentí su lengua en mi sexo.

—¡Oh, Dios mío! —gemí.

—Me moriría si me dejaras, lo sabes, ¿verdad? —dijo contra mi núcleo.

—Jamás te dejaría.

—Podrías. Quizá encuentres a alguien mejor que yo cuando esté lejos —sugirió, moviendo la lengua contra mí.

—¡Joder!

—Un triunfador...

—Solo te quiero a ti —respondí, tirándole del pelo al tiempo que me retorció con fuerza contra la encimera.

—Quizá a alguien menos marcado.

—Me encantan tus marcas —le dije.

Eso se ganó una risita por su parte. Y me castigó soplando y jugando con sus dedos.

—Jenson, por favor...

—¿Quieres que siga? —preguntó.

—Sí —rogué—. Por favor.

Y lo hizo. No se detuvo hasta que vi fuegos artificiales con los ojos cerrados. Cuando los abrí de nuevo, me estaba levantando. Le rodeé el cuello con los brazos y suspiré contra su pecho.

—¿Por qué siempre haces eso? —pregunté en voz baja.

—¿El qué?

—Hablar de ese tipo de cosas cuando estás..., ya sabes. —Lo miré a la cara. Sus pasos vacilaron. Se detuvo justo al llegar al umbral de su habitación para mirarme. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró, moviendo la cabeza.

—Dime. —Me pasé la mano por el pelo.

—Desde que estamos juntos, he tenido la terrible sensación de que el tiempo que paso contigo es tiempo prestado —susurró con tristeza—. En mi vida, nada dura. Nada bueno. —Se encogió de hombros y se acercó a la cama. Me dejó sobre ella mientras se quitaba las botas. Me quedé apoyada en los codos para poder mirarlo cuando clavara los ojos en mí, y le sujeté las muñecas al ver que empezaba a quitarse el cinturón para atraerlo hacia mí.

—Llevas dos años diciendo eso; sin embargo, aquí estamos —susurré.

Asintió lentamente, como si todavía no estuviera convencido.

—Eres un ser humano increíble. Lo sabes, ¿verdad? —pregunté, buscando sus ojos—. Eres divertido, un poco al menos, tienes muchísimo talento y eres tan guapo que a veces me duele mirarte —desgrané, haciéndolo reír y poner los ojos en blanco. Sonreí.

—Tú eres mucho más, Mia. Mucho más —aseguró mientras entrelazaba los dedos con los míos.

—Sí, cuando estoy contigo. Solo cuando estoy contigo.

—Me iré muy pronto —me recordó mientras miraba nuestras manos unidas.

—Solo será algo temporal —dije.

—Pasaremos mucho tiempo separados.

—¿Me amas, Jenson? —pregunté.

Buscó de nuevo mis ojos.

—Más que a nada.

—Entonces, vamos a tomarnos un descanso y volveremos a reunirnos al final de la carrera.

Antes de que pudiera profundizar en aquellos miedos persistentes, lo empujé, me puse de rodillas en la cama y empecé a desabrocharle el cinturón. Ese fin de semana seguía siendo uno de mis recuerdos favoritos con él.

5

PRESENTE

Cuando detuvo la moto y me tendió las manos para que le pasara el casco, regresé bruscamente al presente.

—Estaba pensando en el día en que me regalaste esto —dije, sonriendo mientras cogía la cámara.

Curvó los labios.

—¿Antes o después de que mi polla te hiciera llorar?

Le di una palmada en el pecho.

—Nunca me has hecho llorar así —murmuré—. Fue una noche maravillosa.

Noté un cambio en su mirada, pero sin que pudiera fijarme más, me cogió de la mano para que cruzara la calle en dirección a la recepción del hotel. Tan pronto como se cerró la puerta de la habitación a nuestra espalda, me quité la camiseta y el sujetador para ponerme el bikini. Estaba atándomelo cuando sentí las enormes manos de Jenson a mi espalda y me estremecí sin poder contenerme. Terminó haciendo él la lazada y me besó el hombro desnudo antes de girarse para entrar en el cuarto de baño sin que pudiera agradecersele de forma adecuada.

En la playa, permanecemos en silencio. Hice fotos del agua, del sol, de algunos surfistas lejanos mientras Jenson esbozaba algo a carboncillo a mi lado. Me giré para enfocarlo, y examiné la imagen en la pantalla de la cámara. Aunque jamás lo reconocería, era mi tema favorito. Llevaba la gorra de los Dodgers al revés, para mantener el pelo retirado de los ojos, que entrecerraba mientras se mordía el labio con expresión de concentración. Se me aceleraba el corazón con solo contemplar su imagen. Pegué un brinco de sorpresa cuando me puso un brazo sobre los hombros, y bajé la cámara para mirarlo. Había un océano de confusión en sus ojos. Estaba segura de que no importaba todo lo que me pasara, aquella mirada tenía el poder de ponerme triste siempre.

—¿Vas a contarme qué te pasa o no? —pregunté en voz baja, cerrando los ojos al sentir su aliento en la cara. Le olía al chicle de menta que estaba mascando.

—¿Te acuerdas cómo acabé viviendo con Patty? —me preguntó en voz baja.

Abrí los ojos al tiempo que asentía moviendo la cabeza. Jamás olvidaría a Jenson borracho, cabreado con su padre porque le había pagado a su madre para que guardara en secreto que estaba embarazada, y con su madre porque lo abandonó cuando empezó una relación con un tipo que odiaba a los niños. Miró a lo lejos mientras se mordisqueaba el labio, preocupado. Seguí la dirección de sus ojos, que tenía clavados en el sol que se hundía en el horizonte. Me acurruqué contra él, que me apretó con fuerza, apoyando la barbilla en la parte superior de mi cabeza mientras veíamos atardecer.

—¿Te pasa algo con ella? —pregunté cuando ya no se veía el sol.

—No quiero ser como mi madre. Ni como él. No me gustaría ser tan egoísta, ni tampoco basar mi vida en la mentira y los engaños —explicó.

Me alejé con él con el ceño fruncido.

—¿Y eso?

Jenson soltó el aliento.

—Esto es jodido —dijo con los ojos clavados en la arena, entre nuestros cuerpos. La expresión de su cara cuando volvió a buscar mi mirada casi me desgarró en dos—. Es que... —Respiró hondo—. Mientras estaba en Nueva York he estado saliendo con alguien —soltó. Sus palabras me dolieron—. No era nada importante, por eso jamás te lo he comentado.

—¡Vale! —grité, alejándome—. Pues no lo hagas. No quiero oírte hablar de ella.

—Mia... —vi que la nuez bajaba y subía en su garganta mientras tragaba saliva—, esa chica está embarazada.

6

Jenson

PRESENTE

Nunca conocí a mi padre. Sabía cosas sobre él, pero no lo conocía, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Hasta el día antes de mi decimotercer cumpleaños no descubrí su nombre de pila. Esa noche, cuando cualquiera de las demás madres le hubieran entregado a su hijo una bolsa con un regalo, la mía hacía la maleta. Entré en su habitación, porque oí un ruido y pensé que quizá se hubiera caído. Bebía mucho, y aunque la mayoría de los niños de mi clase tenían ojeras, por quedarse hasta altas horas de la noche con la Play, yo las lucía por apartarle el pelo castaño rojizo de la cara a mi madre mientras vomitaba. Los profesores me reñían casi todos los días por haberme olvidado de hacer los deberes, pero yo no tenía valor para contarles que era porque los hacía sentado en el suelo del cuarto de baño y el vómito de mi madre acababa manchándomelos a menudo.

No era un crío brillante como Oliver, ni me empeñaba en hacer bien las cosas como Victor. Tampoco sobresalía en los deportes como Junior, pero tenía corazón, y con eso se puede recorrer un largo camino. Muchas veces me despertaba después de haber dormido dos horas para demostrarle a mi madre que también yo podía sacar buenas notas. Me apunté al equipo de béisbol y cortaba el césped de nuestros vecinos, pensando que con eso me ganaría su respeto. Pero esa noche, cuando la pillé con las maletas hechas y se volvió para mirarme, abriendo mucho los ojos al verme de pie junto a la puerta, supe que nada de eso importaba. Y que nunca lo haría.

—¿Por qué no estás durmiendo, Jens? —preguntó, pronunciando algo mal las palabras.

—¿Qué estás haciendo? —le dije en voz baja mientras le miraba las manos, en las que sostenía el bolso.

—¡No puedo seguir así! —repuso ella a gritos—. No me puedo quedar aquí y

pretender que sé ser una buena madre cuando los dos sabemos que no es así. No puedo... Eres tan parecido a él... Cuanto más mayor te haces, más os parecéis... Y no quiero... —Hizo una pausa y sorbió por la nariz—. No quiero odiarte.

—¿Te vas a marchar? —Se me quebró la voz. Solo me sostenía el pomo de la puerta, que apretaba con fuerza.

—Solo un tiempo. Solo necesito aclararme la cabeza un poco —dijo—. Archer nos pasa dinero. Voy a repartirlo entre los dos, de esa manera también tendrás tu parte.

—¿Archer? —susurré mientras trataba de reprimir las lágrimas.

—Tu padre.

—¿Te refieres al donante de semen? —dije—. Así es como lo llamas siempre: el donante.

—Bueno, es que no está aquí, ¿verdad? —escupió ella con los ojos entrecerrados—. Me prometió el mundo, me dejó preñada y me paga para tener la conciencia tranquila. Bueno... Pues no puedo seguir así. No puedo. —Empezó a gemir antes de enterrar la cara entre las manos mientras el pelo se la cubría como una cortina. La miré fijamente. Observé las bolsas que había sobre la cama, las maletas en el suelo de la habitación.

—¿Por qué te vas? —pregunté—. ¿Por qué?

Ella sorbió por la nariz.

—Volveré cuando esté mejor.

—Por favor, mamá, no me dejes... Intentaré ser bueno —supliqué.

—Patty llegará dentro de nada —concluyó, cerrando la cremallera de la bolsa y secándose la cara. Se acercó a mí y me cogió la barbilla con la mano. Ya éramos de la misma altura. Siempre me gastaba bromas al respecto cuando tenía que ayudarla a llegar a la cama—. Te quiero, Jenson. De verdad que te quiero, pero no soy buena. Y lo sabes.

Me dio un beso en la mejilla y salió. Me quedé clavado en el sitio hasta que oí que la puerta se cerraba a su espalda mientras sus palabras resonaban en mi mente: «Te quiero, Jenson. De verdad que te quiero, pero no soy buena. Y lo sabes».

Volvía a pensar en esa escena a menudo. Seguramente más a menudo de lo que debería, y siempre había llegado a la misma conclusión, que me quería, pero no lo suficiente como para quedarse.

Solo le he contado esa historia a tres personas: a Oliver, a Mia y ahora a ti. No lo he hecho para que me tengas lástima. He elegido mi propio destino, y fuera bueno o malo, tengo que aceptar las consecuencias de mis acciones. Te lo cuento porque creo que la historia es algo que debemos aprender. Tenemos que estudiarla para no repetir los errores del pasado.

No diría que mi infancia fue difícil. Sabía que algunas personas la tenían mucho peor. Nunca me molestaron ni me golpearon. Nunca me dijeron que era un pedazo de mierda ni me denigraron. Tampoco me cuidaron ni me

alimentaron, ni sentí el amor de mis padres biológicos, pero lo encontré en otros lugares. El amor me lo dieron los amigos, que se convirtieron en hermanos. En sus padres, y en Patty, mi madre adoptiva, la mujer que me enseñó cómo debe comportarse una madre. Y también lo encontré en una descarada niña rubia de tamaño de bolsillo llamada Mia.

Mia era amor. Lo era todo. Me quería, me impulsaba y me inspiraba. Dejarla atrás para irme a Nueva York fue una de las decisiones más difíciles que tuve que tomar en mi vida. Estar en esa gran ciudad solo no era emocionante, pero sí lo fue la gente que conocí en la universidad. Me gustaba volver a casa. Me encantaban mi ciudad y mi novia, pero era consciente de la forma en la que ella estaba conmigo. Sabía que sus padres no aprobaban nuestra relación, así que puse fin a todo antes de irme. Me imaginé que un descanso sería bueno para los dos. No tenía intención de salir con otra chica, ni siquiera de acostarme con otras personas, de verdad, pero acabó ocurriendo. No puedo echarle la culpa a esa chica del error que cometimos. Fue algo irresponsable, imperdonable, pero sucedió. Así era la vida. No esperaba que Mia lo entendiera, pero mientras la veía hacer su equipaje, mientras observaba cómo la mujer que amaba recogía sus cosas, no pude evitar preguntarme qué podría haber hecho de otra manera.

Para empezar, no haber mantenido relaciones sexuales con aquella chica de clase de poesía. Estaba claro. Pero incluso antes de que ocurriera eso, hubiera debido aferrarme a lo nuestro un poco más. Me hubiera gustado hablar más con ella. Tendría que haberle pedido que viniera conmigo. Deseé poder enjugarle las lágrimas que le corrían por la cara, pero no me dejó acercarme a ella.

—¡Dios, mira que eres idiota! —escupió, sollozando—. Confíe en ti...

Y eso me dolió más que nada, porque tenía razón. Me podría haber quedado allí y recordarle la semántica de todo eso: estábamos tomándonos un descanso, y sabía a ciencia cierta que estaba saliendo con un tipo llamado Seth, hasta que conoció a ese tal Adam. Sabía que salían todos los fines de semana, que a veces la llevaba a casa y que se quedaba a dormir. Lo sabía. Podría habérselo echado en cara, pero no lo hice, porque estábamos tomándonos un descanso y los dos podíamos hacer lo que nos diera la gana. Sin embargo, se suponía que, al final, acabaríamos juntos, y yo lo había jodido todo.

—Lo siento —argumenté, dando un paso hacia ella.

Levantó la cabeza.

—Ni se te ocurra. Ni siquiera intentes tocarme en este momento —advirtió con el pecho agitado por los sollozos. La había visto llorar, pero nunca de esa manera. Ni siquiera había llorado así cuando murió el perro de la familia, y eso me destrozó. Sus ojos azules supuraban el dolor que yo le había provocado. Levantó el dedo y me señaló—. Debería haber sido yo. Es lo único que puedo pensar en este momento.

Cerré los ojos para tratar de contener el dolor, pero no sirvió de nada. Me mordí la lengua para no gritar, que era lo único que quería hacer, pero ya lo haría más adelante. Así que me hice sangre.

—Mia, eres mi mejor amiga —le dije, abriendo de nuevo los ojos. Ya tenía la bolsa colgada del hombro—. Por favor, no te vayas.

Ella negó con la cabeza, furiosa, haciendo que el pelo rizado se le pegara al rostro húmedo.

—Que no se te ocurra pedirme que me quede —me pidió con la voz ronca.

—Por favor —susurré de todas formas.

—¡Jenson, no puedo! —soltó con un fuerte sollozo—. En este momento ni siquiera puedo mirarte.

—Pues mira para otro lado, pero no te vayas. Quédate esta noche.

Cerró los ojos y respiró hondo mientras se secaba las lágrimas.

—De verdad, en este momento te odio —soltó cuando volvió a abrirlos—. ¡Te odio!

—Lo sé, nena —dije, dando un paso hacia ella y estrechándola contra mi pecho. Sabía que me iba a empujar, y que quizá me golpeará, pero necesitaba sentirla. Abrazarla.

—No me llames así —advirtió contra mi camisa—. ¡Oh, Dios mío! Siento que no puedo respirar.

La abracé con más fuerza. No quería soltarla. Nunca. Cuando se alejó me miró fijamente.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Mudarte para siempre a Nueva York?

Me mordí la lengua otra vez antes de asentir.

—¿Y luego? —insistió.

—Mia —dije después de coger aire—. Me tengo que casar con ella.

Si pudiera borrar una cosa de mi memoria para el resto de mi vida, no sería ver a mi madre tirada en el suelo ni su imagen cuando se marchó, tampoco cómo me miraba Patty cuando me dijo que mi madre no pensaba volver. Sería

la expresión de la cara de Mia en el momento en el que solté aquella bomba.

—¿Q-qué?

—La han echado de casa. Es joven y no tiene a dónde ir. Su padre...

Mia alzó las manos antes de que pudiera terminar la frase.

—No quiero oír ni una puta palabra más. No quiero escuchar nada.

—Por favor, permite que te lo explique.

—No, no lo hagas. —Se agarró el estómago como si fuera a vomitar en cualquier momento—. Tengo que marcharme. Quiero estar sola. Lo siento, pero tengo que irme. —Se acercó a la puerta y me miró una última vez, deslizando los ojos por mi cara y mi cuerpo, pero yo sabía que eso era el adiós. No sé por qué esperaba algo más.

—Lo siento —dijo mientras salía—. Pero... no puedo.

Me quedé mirando la puerta cuando la cerró de golpe, esperando sentir algo de cólera, pero no fue así. Pensé que llevaba toda mi existencia amando a esa chica, y sabía que lo seguiría haciendo durante el resto de mi vida. Daba igual que tuviera que regresar a Nueva York para casarme con una completa desconocida, y que su padre tuviera mi futuro en sus manos o que el bebé que esperaba fuera mío. Solo me importaba que había perdido a la persona más significativa de mi vida. Sabía que nunca podría recuperarla. Con independencia de lo que tuviera escrito el destino para nosotros, para mí, sabía que jamás la recuperaría. No me la merecía.

Me senté en el suelo, delante de la puerta, hasta que salió el sol, por si acaso decidía regresar.

No lo hizo.

La llamé y me presenté en su casa. Le escribí. Le envié mensajes de texto. Pero no respondió a nada. Así que empecé a escribir:

«Nos atrevimos a besarnos, y desde el momento en el que sus labios se encontraron con los míos, estuve perdido...».

LA BODA DE MI MEJOR AMIGA

Mia

5 AÑOS DESPUÉS

Estaba convencida de que existían grandes acontecimientos en la vida que nos ayudaban a medir lo rápido o lento que progresábamos en la sociedad. Las bodas era uno de ellos. Cuando todas mis amigas empezaron a casarse, yo estaba sentada en una esquina con actitud de «No me importa. Fiesta privada», consciente de que la gente de mi vida se movía un poco más rápido de lo que yo estaba dispuesta a moverme. Desde un punto de vista externo, dependiendo de cuánto me conociera la gente, podría decir una de estas dos cosas sobre mí: «Pobre chica, ha pasado por tanto... No me sorprendería que terminara adoptando diez gatos y viviendo sola durante el resto de su vida», o «Uno de estos días tiene que irse a vivir con uno de esos hombres... Qué tonta».

De hecho, había oído decir a mi madre la última de esas opciones a sus amigas en el club de lectura. Usaba esa actividad como una forma de encasquetarme a los hijos elegibles de algunas de ellas. Resultaba irritante. La última reunión del club se había llevado a cabo hacía un par de semanas, y el gran debate fue con quién me gustaría acudir a la boda de mi mejor amiga. Por suerte, esa noche había decidido ir allí con mi hermano, por lo que pudimos ver el partido de los Clippers con nuestro padre, y fui capaz de intervenir en la conversación mientras se pasaban un iPhone que mostraba la página de Facebook de uno de sus hijos.

Nunca había entendido por qué las personas asocian las bodas con las citas. ¿Era porque no querían dar pena por no mantener una relación estable mientras presenciaban cómo se casaba alguien a quien querían? Yo estaba muy segura de mí misma. No necesitaba que la presencia de un hombre me mostrara mi valor, muchas gracias. Pero mientras le entregaba las llaves del coche al aparcacoches del hotel donde estaba preparándose mi mejor amiga para su boda, así como la mayoría de mis seres queridos, me golpeó una brizna de

nostalgia, y pensé que ojalá tuviera a alguien con quien compartir aquel importante evento.

—¡Lo has hecho! —me dijo Estelle en cuanto entré en la *suite* nupcial. Se levantó con rapidez y casi corrió hacia mí, con la larga melena suelta ondulando contra la túnica blanca que envolvía su cuerpo. Me quedé quieta mientras rozaba mi pelo, ahora corto, esperando que me dijera que no le gustaba nada.

—Me siento como si fuera Britney —solté con un gemido, tirando de las puntas como si aquel gesto pudiera hacer que creciera de nuevo. Había llevado el pelo largo, al estilo Rapunzel, desde que era niña, y este cambio tan drástico no era normal para mí.

Estelle se rio mientras clavaba en mí sus grandes ojos claros.

—Llevas meses diciendo que te lo ibas a cortar, pero esto no es simplemente cortarte el pelo —dijo mientras inclinaba la cabeza con las cejas arqueadas—. Bueno, es un buen rape, pero ¡te queda genial!

—Gracias —acepté con una sonrisa—. Pero ya está bien de hablar de mí, ¿estás preparada para casarte... otra vez?

Se había casado con nuestro viejo amigo, Oliver, el chico del que llevaba más tiempo enamorada del que podía recordar, hacía unos meses, pero en ese momento iban a celebrar una boda más formal.

—¡Sí! —repuso sonriendo. Me alegré por la contagiosa felicidad que irradiaba. Sabía que el evento podía ser muy difícil para mí, no porque no me emocionara ver a mis amigos, sino porque vería a todos los que teníamos en común, y el que había estado evitando como a la peste durante los últimos cinco años era uno de los padrinos de la boda, y, además, mi pareja en la ceremonia.

La hermana de Oliver, Sophie, se unió a nosotras mientras nos vestíamos y bebíamos unos mimosas, riéndonos de las aventuras que habíamos vivido cuando nos emborrachamos en la despedida de soltera, unas semanas antes. Me puse un vestido de dama de honor de color rosa pálido y me coloqué el pelo antes de aplicarme la máscara para pestañas. Por el rabillo del ojo percibí un movimiento y dejé caer el lápiz de labios *nude* que tenía en la mano. Me di la vuelta con un jadeo para prestarle a Estelle toda mi atención cuando la vi salir del cuarto de baño de la *suite* con el vestido de novia puesto. La había visto cuando fuimos a elegirlo, pero el aspecto que tenía ahora con él, ya peinada y maquillada, hacía que todo fuera mucho más real.

—Se casa mi mejor amiga —susurré por lo bajo, sonriente, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No digas eso. ¡Me vas a hacer llorar! —se rio Estelle, al tiempo que se abanicaba la cara con las manos—. ¡Y ya llevo casada cuatro meses! —me recordó mientras continuaba luchando contra las lágrimas.

La miré de arriba abajo, admirando la forma en la que aquel vestido se ceñía perfectamente a su cuerpo hasta las rodillas, donde se abría con unos volantes.

—Has elegido el modelo perfecto para ti. Yo nunca podría defender eso —aseguré, refiriéndome a las plumas que adornaban la mitad inferior.

Me sonrió mientras se acercaba al espejo con el velo en la mano.

—Mi madre dice que tengo que ponérmelo —me explicó.

—Seguro que estará aquí en cualquier momento. Sophie ha ido a ver cómo están Sander y el bebé —comenté—. Estás guapísima, Elle, y no lo digo solo porque seas tú. En serio, estás increíble.

Elle respiró hondo, y su sonrisa se hizo más grande cuando nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Gracias. Gracias por todo... —Hizo una pausa para contener las lágrimas y tragar saliva—. Gracias por las preciosas fotografías que has hecho... Y por todo. Si no fuera por ti, ahora no estaría aquí.

—Claro que estarías. Esto era inevitable —aseguré mientras me acercaba para ponerle el brazo sobre los hombros y apoyar la barbilla sobre ella—. Pero me siento increíblemente feliz de compartir este día con vosotros. —Le apreté los hombros con suavidad—. Creo que Bean se va a correr en los pantalones cuando te vea llegar por el pasillo —dije antes de dejar caer las manos.

—Le envié el regalo a través de Vic, así que quizá ya lo haya hecho —repuso Estelle con una risa. El regalo consistía en un álbum de fotos que incluía algunas imágenes muy sexis de ella vistiendo solo una bata de médico y otras cosas por el estilo que le había hecho en una sesión en el estudio.

—Mmm..., entonces sí, probablemente —convine. Nos dimos la vuelta a la vez hacia la puerta cuando oímos que se abría. La madre de Estelle entró con la mía, seguidas de cerca por Sophie. Las tres se detuvieron al ver a Estelle vestida de novia. Me aparté para que pudieran apreciarla bien y noté un nudo en la garganta cuando su madre se puso a llorar.

—Estás guapísima... —repetía una y otra vez.

—Mamá, por favor, para. Vas a hacerme llorar y se me estropeará el

maquillaje —dijo Elle.

—¡Ay, Dios mío! A mi hermano le va a dar algo cuando te vea —añadió Sophie.

—Nuestras niñas se han hecho mayores —intervino mi madre.

—¡Es imposible mantener la compostura con vosotras alrededor! —estallé antes de pasarme los dedos por el borde de los ojos para que no se me corriera el maquillaje por las lágrimas.

Estelle se quedó allí mientras que el resto bajábamos las escaleras para ir a la playa, donde iba a oficiarse la ceremonia. Sentí una oleada de ansiedad al ver a los padrinos charlando animadamente en un extremo de la playa.

«Estoy preparada —me dije a mí misma—. Estoy bien».

Pero cuando él se dio la vuelta y vi su perfil, las piernas dejaron de responderme.

—Oh, oh... Ya veo lo que va a pasar aquí... —Giré la cabeza al oír la voz de mi hermano—. Respira hondo y adelante, hermanita. Coge aire y da un paso..., coge aire y da otro...

—Gracias por la lección, Rob, pero ya sé andar —le dije.

Se encogió de hombros con una sonrisa y miró hacia el grupo de chicos.

—Yo anduve antes, así que he pensado que podrías necesitar un poco de ayuda.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude dejar de curvar los labios.

—En realidad, fui la primera en andar, pero gracias.

—Sí, claro. —Soltó un bufido mientras me ponía el brazo sobre los hombros y me atraía hacia su cuerpo—. Yo dirijo mi vida —murmuró contra mi pelo—, repítelo.

—Yo dirijo mi vida —obedecí, y respiré hondo—. ¿Qué voy a hacer sin ti cuando me mude?

—Es fácil —comentó dejando caer el brazo e inclinándose hacia mí—. No te vayas.

—Ja, ja... —me reí—. Sabes perfectamente que no voy a rechazar este trabajo.

Rob soltó un largo suspiro.

—Solo te digo una cosa: si estás conmigo, estaremos hermanados, y si te vas, no.

Solté una carcajada al tiempo que lo empujaba.

—Qué tonto eres. Siempre estaremos hermanados.

Nos acercamos al grupo; la presencia de Rob me daba el valor que necesitaba para mantener la cabeza en alto. Había habido un tiempo de mi vida en el que odiaba tener un gemelo. A pesar de que no era otra chica, por lo que no habíamos tenido que vestirnos igual y todas esas cosas, seguía sintiéndome abrumada por él. Solía ser una sensación fugaz, porque al final del día nadie me entendía tan bien como mi hermano, y no estaba segura de si tenía algo que ver con ser gemelos o simplemente con ser hermanos, pero me sentía feliz de contar con él. Por eso, cuando me surgió la increíble oportunidad de trabajar como fotógrafa para una revista de Nueva York, me lo pensé dos veces y le di muchas vueltas al asunto. Dos años antes, habría aceptado sin dudar, pero ahora era algo mayor, sabía lo importante que era la familia para mí, y la idea de alejarme de ella no resultaba tan atractiva como antes.

—Hola, Meep, estás muy guapa —me saludó Oliver cuando llegué junto a ellos.

—Gracias. Tú también estás jodidamente sexy, pero no es nada nuevo, ¿verdad? —repuse, haciendo que todos se rieran. Todos, salvo uno. El que hacía que me doliera el corazón cada vez que lo miraba, así que traté de no ponerle los ojos encima.

—¿Preparado para casarte? —le preguntó Rob a Oliver, que esbozó la sonrisa más grande del mundo.

—Ya estoy casado, pero sí, preparado para casarme con ella otra vez, y otra, y otra... —dijo, consiguiendo que Víctor soltara un gemido.

—Por favor, déjalo ya. Me temo que sé cuál va a ser su siguiente comentario y no quiero que nos arruine el día a todos los demás.

—¿Has visto el regalo? —pregunté, ignorando por completo la petición de Víctor para agregar combustible al fuego.

Oliver soltó una carcajada.

—Oh, sí. Gracias por hacerlas. Voy a querer copias de algunas en papel —comentó.

—¿Copias de qué? ¿De qué coño estáis hablando? —preguntó Víctor, porque su curiosidad no conocía límites.

—De las fotos del reportaje que hice de Elle —repuse.

Rob emitió una tos a mi lado.

—Bien, ya es suficiente —agregó Jenson.

Pero Víctor solo me miró, con el ceño fruncido por la confusión.

—Un reportaje provo... —añadí—. Ya sabes, una sesión de fotos sexis.

—¿De mi hermana?! —gritó—. Bueno..., la culpa es mía, por preguntar. Chicos, nos vemos en el altar.

Todos nos reímos al ver que se retiraba de la conversación. Solo se detuvo a saludar a Sophie y a ofrecerle su brazo, y luego nos lanzó una sonrisa de impaciencia.

—Esa es mi señal —dijo Oliver—, soy el primero. ¿Dónde está mi madre? —preguntó mirándome a mí.

—No tengo ni idea —repuse antes de mirar a mi alrededor.

—¡Allí está! —gritó Rob. La madre de Oliver llegaba acompañada de un hombre de aspecto poco familiar y otra mujer.

—Esa es una imagen que pensé que no vería nunca —comentó Oliver mientras se acercaba a ellos. Jenson se rio por lo bajo mientras los miraba, y sentí que me estremecía al oír su risa.

—¿Es su padre? —preguntó Rob.

—Sí, y su madrastra —respondió Jenson, sin apartar la vista del trío.

—Parecen niños —comentó Rob.

—Sí, sí... —intervino Jenson.

—Demi Moore y Bruce Willis se llevan muy bien y los dos se han casado con otras personas. A veces pasa... —les recordé encogiéndome de hombros. Hasta que sentí los ojos de Jenson clavados en los míos no me di cuenta de lo que había dicho. La intensidad de su mirada me hizo dar un paso atrás.

—Algunas personas saben actuar como adultos —corroboró, y las palabras fueron como fuego para la gasolina que corría por mis venas.

—Oh, ¿te consideras un adulto? —pregunté al tiempo que inclinaba la cabeza. Me miró con los ojos entrecerrados.

—Creo que la ceremonia está a punto de empezar —intervino Rob, apretándome el brazo para llamar mi atención. Supe lo que quería decirme sin tener que mirarlo, así que respiré hondo, asentí y retomé el control sobre mí misma.

—Sigamos con esto, Reynolds, y dado que es la única oportunidad que tendrás de tocarme, te sugiero que la aproveches —dije mientras daba un paso hacia él y le cogía del brazo. Traté de no pensar en lo musculoso que lo sentía contra el mío. No me fijé en cómo sonaba su risa y cómo me hacía sentir. No hice caso de la forma en la que se descontrolaban mis hormonas cuando estaba cerca de él.

Ocupamos el lugar correspondiente detrás de Victor y Sophie, y esperamos a

que comenzara a sonar el himno nupcial, que no era el tema clásico, sino una versión acústica de *Thinking out loud*, de Ed Sheeran. Jenson movió la mano y entrelazó los dedos con los míos, haciendo que lo mirara en estado de *shock*.

—Me has dicho que aprovechara la ocasión —explicó, y el sonido de su voz hizo que se me acelerara el corazón.

—Por favor, no —susurré.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido ese aire de bravuconería? —preguntó mientras avanzábamos. Sonreímos al pasar junto a Finley, el fotógrafo que cubría el reportaje de la boda.

—No he perdido nada —protesté, retirando la mano con fuerza para ir al lugar que tenía asignado junto al pastor.

No dejé de pensar en Jenson hasta que vi a mi mejor amiga avanzando hacia nosotros. Estaba radiante. Había visto juntos a Oliver y a Estelle muchas veces, pero en ese momento, bajo la puesta de sol, mientras se declaraban su amor, me di cuenta realmente de lo que tenían. Era lo que todos queríamos. Eso que ansiábamos alcanzar. Y mientras estábamos allí, comenzaron a caer algunas gotas de lluvia.

—Lluvia con sol —comentó Sophie, a mi lado—. Dicen que da buena suerte.

—Sí, bueno, espero que se besen ya y que la buena suerte no nos arruine el maquillaje —susurré, incapaz de contener la sonrisa mientras los novios se besaban. Todo tuvo un aire mágico, a pesar de que todo el mundo se levantó de sus asientos y les metía prisa para que se movieran antes de que el cielo se abriera sobre nosotros. No tuve que regresar al hotel del brazo de Jenson, porque todo el mundo comenzó a correr en el momento en el que terminaron de besarse.

En la fiesta, mientras se mecían lentamente al ritmo del primer baile, me puse a beber. Y luego bebí un poco más.

—¿Una mala noche? —preguntó Rob cuando se sentó a mi lado.

—Es una noche preciosa —repuse con una sonrisa mientras buscaba sus ojos azules.

Él me lanzó una mirada penetrante, y bajó la vista desde la mía hasta la copa aflautada que sostenía en la mano.

—Es el momento de beber vino —añadí.

—Eso es champán.

—Sí, ya, esta noche vamos dar cuenta del champán —dije.

—Claro, será mejor que tus lloriqueos no acaben convirtiéndose en vómitos,

porque tu mejor amiga se acaba de casar y dudo mucho que te vaya a sostener la frente esta noche.

—Ah, ya lo sé. ¿Para qué te crees que estás tú aquí?

Rob se rio y negó con la cabeza mientras me quitaba la copa.

—A comer. —Sonrió cuando entrecerré los ojos—. Y mueve el culo, por supuesto —agregó, haciendo que pusiera los ojos en blanco—. Vale, yo te sostendré la frente. En realidad ahora que tienes el pelo corto será mucho más fácil —añadió con el ceño fruncido al mirarme el pelo.

—Casi parecemos gemelos —bromeé. Y me reí cuando me dio un codazo en las costillas.

—Vas a tener que saber que soy mucho más guapo que tú —dijo. Se puso en pie cuando terminó la canción y comenzó la siguiente para tenderme una mano. Se la cogí y lo seguí a la pista de baile.

Me reí mientras me hacía dar una vuelta, luego me estrechó entre sus brazos para bailar.

—Será mejor que pares antes de que vomite todo el champán —le sugerí cuando me hizo girar otra vez.

—Meep, te aseguro que sabes cómo cortar el rollo —protestó con un gemido—. Creo que voy a buscar otra pareja de baile.

—Haz lo que quieras, de todas formas tengo que ir al cuarto de baño —dije mientras salíamos de la pista.

Escuché el sonido de la risa de mi madre cuando salí, y lo seguí hasta que vi con quién estaba hablando, pero para entonces ella ya me había visto y me estaba haciendo señas.

—Mia, ven. ¿Le has hablado a Jenson sobre tu trabajo en Nueva York? —preguntó.

—Mmm... no —repuse sin atreverme a mirarlo.

—¿Sabías que todavía vive allí?

Si las miradas mataran..., mi pobre madre ya no existiría. Quise arrastrarla fuera de la fiesta para gritarle que por supuesto que lo sabía.

Y también me sabía de memoria su dirección. No porque fuera una acosadora, sino porque visitaba a Patty, y ella me pedía que le llevara a correos toda clase de paquetes.

Yo podría no haber enviado esas cosas, y ella no me habría dicho nada, pero era la única forma que tenía de ayudarla, dado que ahora tenía problemas de salud. Le había mandado de todo, desde cajas con *boxers* a sábanas para su

hija. No sabía qué me dolía más, saber que jamás volvería a verlo en calzoncillos o que estaba dándole algo a una niña que debería haber sido nuestra pero no lo era.

—Oh, bueno, ¿por qué no le has hablado de que vas a mudarte allí? —preguntó mi madre. La miré con dagas en los ojos. ¿Es que se había vuelto loca? ¿A qué estaba jugando?

—¿Se va a mudar dónde? —preguntó Jenson, probablemente más por ser educado que por que le importara. Lo miré de reojo para ver si todavía podía leer sus pensamientos, pero él estaba mirando a mi madre.

—Mia se trasladará muy pronto a Nueva York —comentó ella con una sonrisa de oreja a oreja, observándome—. Le han ofrecido allí un trabajo como fotógrafa...

—Mamá —la interrumpí antes de que siguiera hablando—, estoy segura de que papá está buscándote, y dudo mucho que a Jenson le interese mi carrera o el lugar donde voy a vivir. Así que será mejor que vayas a buscar a papá, o quizá Hannah te necesite para algo.

Bettina solo me miró como si yo fuera una cría caprichosa.

—Mia, vamos a seguir hablando. Estoy segura de que a Jenson le encantará saber lo que vas a hacer en Nueva York. Estáis metidos en el mismo mundo. Jenson, en realidad quizá quieras saber que va a trabajar en...

La miré boquiabierta.

—Sí, Mia, me encantaría saber lo que vas a hacer en Nueva York —intervino él. Me di la vuelta para mirarlo. Lo odiaba. Lo odiaba con todas mis fuerzas, odiaba su estúpida camisa que cubría su cuerpo perfecto y la pajarita azul marino, a juego con los pantalones.

Quise decirle: «¡Vete a la mierda! Jódete por resultarme tan jodidamente irresistible, incluso ahora. Que volviera con su niña mimada y su perfecta esposa. Gilipollas». Sí, quise decírselo, eso me haría feliz. Pero no lo hice porque incluso yo tenía mis límites.

—Bueno, chicos, pues espero que sigáis divirtiándoos. Yo voy a hacer pis y luego volveré a la fiesta —me limité a decir.

—¡Mia! —soltó mi madre con un jadeo de sorpresa.

—¡Oh, perdón! —me disculpé antes de cubrirme la boca con la mano. Miré a Jenson, que estaba tratando de contener la risa—. Me refería a que necesito ir al cuarto de baño. Las damas no hacemos pis.

Mientras me alejaba, lo oí reírse mientras mi madre seguía pidiéndole

perdón. Cuando entré en el cuarto de baño, me miré en el espejo y me sorprendí a mi misma sonriendo. Entrecerré los ojos y me repetí el mantra que me había estado diciendo a mí misma desde que Jenson salió de mi vida.

«Él tiene una familia. Ya no te necesita». Además, tenía razones más que de sobra para no querer volver a verme. No podía creer que estuviera siendo tan cordial.

Cuando regresé a la fiesta, comí y bebí sin más interrupciones que las de Estelle, cuando se sentó a mi lado dos segundos para dar descanso a sus pies.

—¿Así que te vas a Nueva York? —Estaba de pie junto a la barra, pidiendo otra copa, cuando oí que me hacían esa pregunta. Me di la vuelta y me encontré con los ojos grises de Jenson.

—Sí —repuse, tragando saliva con la esperanza de que eso hiciera desaparecer aquel sonido repentino que sentí en el pecho.

—No me habrías avisado, ¿verdad? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado mientras me lanzaba una mirada indescifrable—. ¿Te habrías mudado allí, quizá hubieras vivido a mi lado, probablemente para trabajar con algunos colegas míos, pero no me habrías dicho nada?

El corazón se me aceleró en el pecho, como si fuera un animal dentro de una jaula y quisiera salir. Y, como siempre que estaba con Jenson, aquella sensación de mariposas aleteando en mi estómago. Después de verlo todos los días, de besarlo a menudo y despertar en sus brazos, esa emoción se había desvanecido. No lo había deseado menos, no lo había amado menos, pero había dejado de sentir lo que sentía ahora mismo. ¿Por qué ahora estaba como si tuviera literalmente el corazón en un puño? Quería seguir sin sentir nada, y no me gustaba que todas esas emociones hubieran vuelto.

—Estoy... Estoy segura de que habrías acabado por saberlo. Es decir, Patty te lo habría dicho —repuse, dándole la espalda para mirar al camarero que me traía la bebida.

—Patty..., pero no tú —argumentó él, acercándose a mí y haciéndome sentir el calor de su cuerpo. Cuando noté su aliento en el cuello, cerré los ojos y me imaginé su respiración sobre mis pechos desnudos, jugando con ellos como acostumbraba, y luego en mi estómago, y más abajo...

Me detuve y abrí los ojos de nuevo. Lancé una mirada divertida al camarero y me alejé de la barra, pero choqué con el duro pecho de Jenson.

—Lo siento —me disculpé mientras me daba la vuelta. Él retrocedió para dejarme espacio, y lo eché de menos, ansiándolo todavía—. Sinceramente,

Jenson, nosotros no hablamos. —Lo miré—. Así que no, no tenía intención de enviarte una paloma mensajera ni nada por el estilo.

Arqueó las cejas al tiempo que curvaba los labios, divertido, y tuve que contener el impulso de rodearle el cuello y pegar mi boca a la suya. Su rostro se oscureció de repente, y supe que había leído mis pensamientos. Me aclaré la garganta antes de tomar un sorbo del destornillador que llevaba en la mano.

—No lo uses para una de tus historias —advertí, y contuve la respiración en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca.

—¿Has leído mis historias? —preguntó en voz baja, dando un paso hacia delante. Estábamos en un tranquilo rincón oscuro, cerca de la barra; me sentía como si todos nos estuvieran mirando. Era como si nuestras voces se oyeran por encima de la canción que la gente bailaba. Retrocedí para alejarme un paso de él.

—No —dije—. Pero quien es escritor nunca deja de serlo, ¿verdad? —respondí sin convicción. Mi declaración provocó su sonrisa, una sonrisa irónica y lobuna, como si me hubiera pillado con las manos en la masa. Me había convencido a mí misma de que odiaba esa sonrisa, hasta ese momento, cuando la tuve delante y no en una de mis retorcidas fantasías, y supe que no era así.

—¿Alguna vez has leído...? —estaba preguntándome cuando mi hermano nos interrumpió.

—Meep, tengo que irme. ¿Vienes o te vas por tu cuenta? —preguntó Rob sin apartar los ojos de los míos.

—¿Se va todo el mundo? ¿Dónde se ha metido Elle?

—Están a punto de marcharse —informó Rob—. Aunque Bean ha dicho que solo van a tomar un poco de aire, es mentira. Solo quieren evitar que les tiremos arroz o lo que sea...

—Bueno, técnicamente no podemos lanzarles arroz. Al menos no se permitió en la última boda a la que fui —dije.

—Estoy seguro de que solo es en las iglesias católicas —intervino Jenson.

Clavé los ojos en los suyos y, de repente, toda la rabia que pensaba que ya no sentía regresó de nuevo.

—Tú sí que lo sabes, ¿verdad? —ironicé, antes de enlazar mi brazo con el de Rob y alejarme.

—Ha sido un placer verte, tío —se despidió mi hermano por encima del hombro.

—Sí, muy bueno —murmuré en voz baja, provocando la risa de Rob y que Jenson apretara los dientes.

—Parece que os lleváis bien otra vez —comentó Rob cuando Jenson ya no podía oírnos.

—Sí, pura fachada y todo eso —respondí con un gesto de la mano.

—Creo que mamá le ha contado que te mudas.

—Sí, lo ha hecho —confirmé con un suspiro cuando llegamos a la salida del hotel, donde Oliver y Estelle estaban abrazados—. Si es que tienen que ser la mejor pareja del mundo... —suspiré. Rob asintió con la cabeza.

—Así es el amor —añadió.

—¿Verdad? —confirmé con una sonrisa, que se hizo todavía más grande cuando los felices ojos de Estelle se encontraron con los míos; soltó un chillido, y se acercó a nosotros con Oliver a la zaga.

—Muchas gracias por todo —me dijo mientras me abrazaba, alejándome de Rob. Luego se apartó para mirarme, estudiando mi expresión como si estuviera buscando algo. Supe que iba a llorar antes de que se me inundaran los ojos de lágrimas. Ellos se iban de luna de miel a Italia esa misma noche, y yo a Nueva York dentro de un par de días. Era nuestro último día juntos, y, si no hubiera sido su noche de bodas, le habría rogado a Oliver que me dejara quedarme con ellos.

—Te voy a echar mucho de menos —logré decir con la voz ahogada mientras volvía a abrazarla—. Me alegro muchísimo por ti, Elle. Después de todo lo que has pasado durante los últimos años, por fin te has casado con tu príncipe azul.

—Te quiero, Meep... Te quiero muchísimo —dijo ella, llorando también.

—¿Queréis dejaros de tanto melodrama? —intervino Rob, haciéndonos reír—. Actuáis como si Elle no fuera a coger un vuelo a Nueva York cuando regrese de la luna de miel.

Estelle se rio, y Oliver también.

—Claro que lo haré —confirmó ella mientras se secaba las lágrimas.

—Será mejor que lo hagas —advertí—. Y tú puedes acompañarla, Bean —añadí, secándome también los ojos.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Oliver, negando con la cabeza mientras sonreía—. Vas a triunfar, Meep.

—Lo sé —repuse, lo que hizo que se rieran los tres.

Terminamos de despedirnos, y ellos se fueron al coche cuando se lo acercó

el aparcacoches.

—Me muero de ganas de demostrarte lo encantador que puedo llegar a ser —susurró Oliver mientras le abría la puerta a Estelle.

—¡Demasiada información! —grité—. No quiero saber tanto.

Oliver soltó una carcajada y me guiñó un ojo.

—Sabes que te encanta estar al tanto de nuestra vida sexual.

—Pero no por ti —repliqué con una sonrisa.

Se encogió de hombros.

—Da igual quién sea la fuente, los hechos son los hechos. Que el mundo siga su curso...

Todos volvimos a reírnos antes de que se fueran.

—¿Estarás bien allí? —preguntó Rob mientras estábamos esperando a que nos trajeran el coche.

—Sí —dije con un suspiro—. Estoy muy emocionada. Es decir, a pesar de que echaré de menos a la familia y a los amigos, estoy deseando ir.

—Me alegro, porque no creo que hayas querido nada más que esto en toda tu vida —dijo. Mientras él hablaba, miré por encima del hombro y vi a Víctor y a Jenson hablando en el vestíbulo, con unas copas en la mano.

—No puedo pensar en nada que me emocione más —convine en voz baja.

CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN

*«El corazón de ella estaba todavía
un poco magullado, y el de él no había aprendido
a olvidar. Cuando se encontraron
de nuevo, había partes muy frágiles».*

MJ Abraham

PRÓLOGO

Jenson

No tengo muchas cosas. Puedo alquilar un apartamento o un coche, y voy al gimnasio cada vez que me apetece, sin pagar la cuota, solo la entrada. Tengo un corazón errante y una mente inquieta. Me resulta difícil pensar que algo puede ser para siempre; aunque una vez lo fue.

La dejé ir, no porque no la amara lo suficiente como para pedirle que se quedara, sino porque no podía soportar que me dijera que no lo haría. Aun así, de vez en cuando me pregunto cómo habría sido...

Y no hay nada más inquietante que arrepentirte de lo que no has hecho.

1

Mia

Acostumbra a preguntarme lo que haría si tuviera la oportunidad de volver atrás en el tiempo y hacer las cosas bien. ¿Cambiaría algo? ¿Lo vería como una segunda oportunidad o lo dejaría pasar al conocer ya las experiencias que había pasado y lo que había aprendido de ellas?

Sentí que me atravesaba una oleada de malestar cuando entré en el edificio donde estaban las oficinas de mi nuevo —aunque temporal— trabajo. La sensación no se marchaba, sino que se había quedado allí, pegada a mí como un nuevo revestimiento en mi inquieto estómago, que resonaba en mi mente mientras llegaba al vigésimo piso del edificio. Cuando salí del ascensor y entré en el vestíbulo de la revista, había una chica morena que colocaba bolígrafos en un vaso de colores. Me saludó con una sonrisa. Algo en ella, quizá su nerviosismo, su aspecto de Lisa Loeb o el gesto de bienvenida de su cara, hizo que me fuera un poco más fácil respirar.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con voz cantarina mientras giraba un poco su silla.

—Estoy aquí para ver a la señora..., es decir, a la doctora Zamora.

—Fran —me corrigió—. Le gusta que la llamen Fran. ¿Eres Mia?

—Sí.

La chica sonrió y me lanzó una rápida mirada.

—Guay. Yo soy Katie. Voy a ver si está. Siéntate, por favor.

Solté un suspiro mientras dejaba el bolso en el suelo y me sentaba enfrente de ella, en una elegante silla blanca. A su espalda había un vasto espacio lleno de fotografías de gente que yo admiraba. Intentando calmar mis nervios, cogí una de las revistas que había en la mesa y empecé a hojearla mientras trataba de canalizar mi zen interior, recordando la increíble sesión de yoga que había hecho esa mañana. Pero nada funcionaba. No lograba hacer desaparecer

aquella insidiosa sensación de «¿En qué leches me he metido?».

Me sentía como aquella vez que había permitido que mi hermano gemelo me convenciera para que le dejara cortarme el pelo y pudiéramos ser gemelos «de verdad», y acabé pareciendo Peter Pan durante dos meses, mientras mi madre lloraba todas las noches en la almohada. Saqué el móvil y le envié un mensaje de texto. Rob siempre había sido el más valiente, el que tenía palabras y sabiduría para motivarme en todas las ocasiones. De todas formas, yo sola me había hecho la cama y ahora me tocaba dormir en ella.

Cuando me encontré con mi profesora favorita de la universidad hacía unos meses, acababan de publicar algunas de mis fotos en un número especial de una revista local. El orgullo que sentí al decírselo se evaporó cuando me hizo la temida pregunta: «¿Y ahora qué?». Pero me ofreció la oportunidad de mi vida: hacer fotos para una gran revista, algo que probablemente no me hubiera surgido si la hermana de mi profesora no fuera la persona a cargo del proyecto. El quid de la cuestión —y, por supuesto, algo que no sabían ni mi profesora ni su hermana— era que mi exnovio, el destrozadosueños, escribía para esa misma revista. Pero no era tan idiota para rechazar algo así por eso. Tener esa experiencia laboral en mi currículum sería increíble, daba igual dónde trabajara después.

—Acaba de llegar —me confirmó Katie, arrancándome de mis pensamientos. Me levanté con rapidez y me colgué el bolso al hombro justo antes de que se abriera la puerta de la derecha. La mujer alta que apareció allí tenía un extraño parecido con mi profesora —sobre todo el salvaje pelo rojo y los brillantes ojos verdes—, y me acerqué a ella.

—Mía —me saludó con una enorme sonrisa—. Soy Fran.

—Encantada de conocerte por fin —respondí mientras estrechaba la mano que me ofrecía.

—Te referirás a «en persona». Janna me ha hablado muy bien de ti, y ya somos amigas en Twitter.

Me reí cuando me guiñó un ojo. Después de que me hubiera contratado para este trabajo, comenzamos a seguirnos en todas las redes sociales conocidas.

—Es casi como si lleváramos siendo amigas toda la vida.

—Es lo que tienen las redes sociales —repuso con una sonrisa mientras giraba sobre sus talones—. Ven, te voy a enseñar todo esto.

Si Fran fuera un coche, estaría todo el rato en cuarta. En el momento en el que terminó de mostrarme el lugar y regresamos a la oficina, sentía las piernas

flojas. No estaba segura de si era debido a los tacones o porque debía dar cuatro pasos cada vez que ella daba dos. Ser bajita podía ser una maldición.

—Ya tenemos el visto bueno de *W Magazine* y mantenemos el título, «¿Qué harías si tuvieras una segunda oportunidad?». Estoy segura de que ya te lo han dicho —añadió mientras tomábamos asiento.

No me habían dicho nada, aunque no importaba. Había hecho fotos para un artículo con el mismo título, pero era para una pequeña revista, no para una publicación de este calibre.

—Espero que tus amigos no sientan que estamos utilizando su imagen —añadió Fran con una sonrisa. Se había quedado fascinada por el hecho de que la pareja de la portada de la revista, mi mejor amiga y su ahora marido, hubieran tenido una segunda oportunidad en el amor.

—Definitivamente no les importa —respondí con una sonrisa—. Quisieron matarme cuando vieron la revista en un supermercado, por lo que cualquier cambio será bienvenido.

Se rio.

—¿Se sintieron incómodos porque todavía no eran pareja de nuevo?

—Básicamente, sí. Su hermano quería matar a Oliver, el chico —hice una pausa para aclararlo antes de continuar—, cuando se dio cuenta de todo el asunto.

—Pero... es todo tan romántico... —dijo Fran, con un profundo suspiro,

—Creo que sí.

—¡Oh, no me digas que eres una de esas chicas!

—¿De qué chicas?

—De esas que dicen «Yo no necesito un hombre» y «No creo en el amor».

—Puso los ojos en blanco, pero supe que estaba reprimiendo una sonrisa mientras lo decía.

Me encogí de hombros.

—No soy una chica de ningún tipo. No necesito un hombre, pero claro que creo en el amor. En realidad, creo que estoy bastante obsesionada con los romances y que seguramente esa sea la razón de que siga sola.

Fran soltó una carcajada.

—Es curioso cómo funciona todo, ¿verdad? Te diré que, si no hubiera sido por *Match*, nunca habría conocido al mío. Sin embargo, estoy segura de que no necesitas ayuda para encontrar a un chico. —Hizo un gesto con el brazo señalándome de pies a cabeza como si estuviera presentando una especie de

trofeo.

—El problema no es encontrar a un hombre, sino mantenerlo. Y encontrar a *El Hombre* es completamente imposible.

Fran hizo un gesto de simpatía.

—Sí, he pasado por eso. Pero, te lo aseguro, encontrarás al adecuado. Eres joven, adorable, divertida, inteligente y con talento. Es una combinación perfecta.

Sonreí y miré hacia otro lado.

—Quizá algún día...

—Quien sabe... Ya basta de hablar de chicos, vamos a concentrarnos en el trabajo. Como te he dicho por correo electrónico, vas a hacer fotos de temas de actualidad. No tienes por qué venir a las oficinas, pero no dudes en utilizar nuestras instalaciones para lo que necesites. Te envié información para que te pongas en contacto con las parejas a las que vas a fotografiar, por lo que ya puedes programar las sesiones. Queremos seleccionar a cuatro parejas: dos de jóvenes y dos más. Todas tienen historias diferentes, así que creo que será una buena combinación.

Hizo una pausa para respirar mientras yo asentía, tomando nota mental.

—Y... Oh, sí, aquí están los nombres de los redactores que trabajarán en este especial. Carlos y Deborah están en plantilla, pero los otros dos son *freelance*, aunque trabajan con nosotros a menudo. Te he anotado sus direcciones de correo electrónico, y voy a enviarles ahora la tuya para que puedan ponerse en contacto contigo. A veces les gusta ir a las sesiones y hacer allí las entrevistas.

Bajé los ojos hacia la lista mientras asentía. Me quedé paralizada al ver su nombre. Solo eran palabras escritas en un papel, pero hicieron que mi corazón se detuviera y que se me pusiera en la boca del estómago. Aunque estaba preparada para esto.

—El miércoles nos reuniremos todos para tomar una copa —añadió Fran, arrancándome de mis pensamientos. Pero para eso sí que no estaba preparada.

—¿Así que los veré los días de las sesiones? —pregunté mientras agitaba el papel.

—Bueno, eso solo ocurre si quieren entrevistar a las parejas en su elemento. De lo contrario, solo nos vemos durante las reuniones, y no tenemos muchas. Habrá una este miércoles mientras tomamos una copa, y luego otra para exponer el resultado final.

Tragué saliva y asentí.

—Vale.

—Sería muy buena idea que vinieras el miércoles para conocerlos a todos —repetió. Me sentí como si estuviera en una espiral descendente y la cabeza me diera vueltas. Sabía que aceptar este trabajo significaría que estaría muy cerca de él, y secretamente esperaba que fuera así, pero también me recordaba a mí misma las razones por las que llevaba tanto tiempo evitándolo. Tomé aire y me preparé para la inevitable caída.

—Por supuesto. Eso de tomar unas copas suena muy bien.

La columna de Jenson

Estaba hablando con un amigo mío el otro día sobre esta columna, y se burló de mí, diciendo que parecía un episodio de Sexo en Nueva York. Lo pasé mal porque no sabía a qué se refería, pero luego le pregunté a mi cita de la otra noche sobre él, y se puso a reír a carcajadas. Al parecer, si yo fuera una mujer y la serie fuera real, sería Carrie. ¡Jeff (el editor), maldito seas!

Me he dado cuenta de que ligar ahora es más difícil que cuando era más joven. Las personas tienen ciertas expectativas. Como hombre, me siento constantemente impulsado hacia arriba (para tu información, no en sentido literal, aunque me gusta el sentido literal). En el momento en el que terminamos la primera copa, podría ser también un perro meneando la cola esperando su aprobación. Las citas de adultos son agotadoras, ¡quiero volver a la universidad!

Restaurante: Glasserie

Veredicto: Jenson da un aprobado.

La pregunta de la semana es de @Margie17: «¿Con qué parte de tu vida te sientes más realizado?».

Respuesta: Como padre. Probablemente sea lo más importante que haya hecho nunca. Es un cliché cursi, pero cierto.

2

Mia

Por lo menos, estaba agradecida de que mi vida estuviera llena de gente increíble. Cuando decidí embarcarme en esta aventura, recibí el apoyo de todo el mundo. Mi amiga Millie, que compartió habitación conmigo en la residencia universitaria de UCLA, me ofreció un lugar para vivir. También se aseguró de que estuviera entretenida llevándome a cenar y de copas mientras su prometido estaba de viaje de negocios. Cuando llegué al apartamento, estaba allí, esperando a que el técnico arreglara una avería en el aparato del aire acondicionado.

—Es decir, en serio, ¿por qué siempre me toca estar presente cuando ocurren esta clase de cosas? —comentó mientras se paseaba por la sala de estar.

—No tienes por qué quedarte aquí hasta que venga, ¿sabes? Soy perfectamente capaz de encargarme de todo. No como si tuviera que supervisar algo de lo que no sé nada.

Se detuvo de repente y se volvió hacia mí con un mohín.

—Imagino que tienes razón.

—Por lo general la tengo —añadí con un suspiro que la hizo reír y mirarme a los ojos.

—¿Qué vamos a hacer para celebrar tu cumpleaños?

—Nada.

—¿Nada? Anda ya... ¿Así que hacemos algo diferente cada día de la semana y no vamos a hacer nada por tu cumple?

Mi cumpleaños era dentro de dos días. Nunca había tenido nada en contra de cumplir años; de hecho, siempre lo había celebrado como si fuera el último que viviría para ver. Pero sin Rob no sería gran cosa. Por primera vez en veinticinco años, nos íbamos a tener que conformar con una celebración a distancia. A él no le importaría, claro, porque tenía a Juan Pablo para que le

hiciera compañía. Además, sabía que todo el mundo había vuelto a casa, mientras que yo estaba fuera, sola con excepción de Millie, que en realidad era de Manhattan.

—Bueno, esa noche tengo que ir de copas con gente del trabajo, así que quizá podamos vernos después —sugerí una vez que me di cuenta de que tenía los ojos castaños clavados en mi cara, esperando una respuesta.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eso significa que quien-tú-sabes estará allí?

—No sé si quien-tú-sabes estará allí, también es su cumpleaños, ¿recuerdas?

—Sabes si quien-tú-sabes trabaja allí, ¿no? ¿De verdad piensas que no va a ir a esa reunión si cree que estarás tú?

Suspiré. Yo ya no sabía nada sobre quien-tú-sabes. No podía leer sus pensamientos, ni era capaz de adivinar qué iba a hacer antes de que lo hiciera. Había perdido ese instinto la misma noche que lo perdí a él, y estaba plenamente satisfecha con ello. Él había seguido adelante, como yo.

—No lo sé, Millie, no he venido aquí para reencontrarme con él, sino para hacer fotos, para tratar de conseguir que mis imágenes aparezcan en todas las publicaciones que pueda, y luego me marcharé.

Se dejó caer en el sofá, frente a mí, y puso los pies en el reposabrazos cuando se acomodó de lado, con la barbilla apoyada en la mano para mirarme.

—¿Todavía quieres irte a trabajar a Los Ángeles?

Asentí. En última instancia, que mis fotografías colgaran en un museo era solo un sueño para mí. No era algo de lo que yo dependiera y, aunque lo hiciera, no sería mi principal fuente de ingresos. Me gustaba lo que hacía. Adoraba la fotografía y me gustaba ver el mundo a través de la lente de mi cámara. No lo cambiaría por cualquier otra cosa. Justo después de aceptar el encargo de *Newsweek*, también había firmado un contrato con una revista de moda con sede en Los Ángeles, algo que era mi sueño mientras estudiaba la carrera, así que cuando por fin lo conseguí, me había sentido emocionadísima.

—Bueno, ya sabes lo que pienso de eso. No creo que la moda sea tu vocación, pero si te hace feliz, yo te apoyaré —dijo Millie mientras se levantaba.

Hubo un golpe en la puerta en cuanto se puso de pie. Pasamos la siguiente media hora viendo cómo el técnico arreglaba la fuga. Después de que Millie se fuera, entré en mi habitación para empezar a elegir la ropa que llevaría puesta para la temida salida de copas. Al menos habría bebidas de por medio, y quién sabía, quizá él no aparecería, después de todo. Las palabras de Millie

volvieron a repetirse en mi cabeza, haciendo que me pusiera de los nervios. Jenson sabía que estaba trabajando allí, y tenía la sensación de que se presentaría en esa reunión informal aunque solo fuera para molestarme; porque era el tipo de cosas que le gustaba hacer.

Después de pasar un par de minutos abatida por situaciones que no podía cambiar, cogí la cámara y salí. No estaba enamorada de Nueva York. No me iba el ajetreo, pero no podía negar los enigmas que ofrecía. Cada vez que abandonaba el apartamento, sentía los latidos del corazón de la ciudad, frenéticos y llenos de posibilidades. Cada vez que doblaba una esquina, veía una historia de una madre soltera tratando de llegar a fin de mes, de un padre adicto al trabajo, de un estudiante esforzándose por aprobar el semestre o de un nativo de Idaho apurándose para llegar a un pase de modelos. Y había mucha belleza oculta en la lucha que suponía tratar de encontrar tu lugar en el mundo.

Me perdí en las fantasías que me recorrían la mente cuando miraba el mundo a través de la lente de mi cámara. La vida era más fácil de ignorar cuando una estaba ocupada fingiendo cómo era la de otras personas. Todo era más sencillo cuando no tenía que ser Mia, la chica que se había perdido, que solo vagaba, y no era necesario que pensara en la lucha que me esperaba para encontrar mi sitio.

Eso era lo que me parecía más reconfortante de todo: todos estábamos confusos, y en última instancia, perdidos, a pesar de nuestra edad, de nuestra raza, de nuestro género o de cualquier otra cosa que nos hiciera diferentes.

3

Me di el gustazo de tomar no una, sino tres mimosas, para desayunar el día de mi cumpleaños. Por desgracia, estaba bebiendo sola, y beber solo lleva a pensar demasiado. Y pensar demasiado conduce a la desilusión. Y la desilusión, a los lamentos. Lo que me impulsó a tomar otra mimosa para bajar la tristeza, porque necesitaba algo más en mi vida. Mi mejor amiga, Estelle, me había enviado un paquete con todo lo necesario para enfrentarme a cada circunstancia imaginable, como si estuviera en el extranjero y no en un lugar donde pudiera conseguir cualquier cosa que necesitara, así que cuando lo abrí, me encontré de todo, desde una divertida tarjeta de cumpleaños hasta un consolador. Ella, obviamente, se consideraba la persona más ocurrente del mundo.

Antes de dar cuenta de la quinta mimosa, saqué el móvil para hacer un FaceTime con Rob. En Santa Bárbara eran las seis de la mañana, pero tenía que levantarse para ir a trabajar, por lo que daba igual la hora que fuera. Me respondió al cuarto timbrado, y le vi esbozar una amplia sonrisa, que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla izquierda. Tenía el pelo revuelto por el sueño, y los ojos, intensamente azules, todavía nublados.

—¡Feliz cumpleaños, Meep!

—¡Feliz cumpleaños, Robbie! —Se me humedecieron los ojos mientras decía las palabras.

—¡Oh, Dios mío! Has estado bebiendo champán —afirmó.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté, riéndome. Aunque yo podía ver la copa de champán, la cámara no la captaba.

—Siempre te sale la vena sentimental cuando lo bebes. Además de que se te pone la cara muy roja.

—¡Oh...! —Me puse la palma de la mano fría sobre la cara—. ¿Qué vas a hacer hoy? Además de echarme tanto de menos que podrías llorar.

Se rio y negó con la cabeza.

—Después de derramar todas esas lágrimas, intentaré ir a trabajar sin morirme de añoranza. Luego iré a casa de mamá con Juan Pablo para cenar. ¿Y tú?

Gruñí.

—Te odio. ¿Qué va a poner mamá?

—Mi comida favorita, por supuesto.

—¿Te refieres a nuestra comida favorita? Y te odio de verdad.

Se rio.

—Cállate ya, por favor. Estás en Nueva York, La Ciudad, con mayúsculas.

—Lo sé, pero echo de menos mi casa.

—Mía, solo llevas dos semanas ahí.

—Sí, y me quedan dos meses más.

Lo vi negar con la cabeza.

—Bien, así que has comenzado el día bebiendo. ¿Mimosas?

—Sí, brindando por mí misma.

—¿Dónde está Millie?

Me encogí de hombros.

—Hemos quedado esta noche, después de ir a tomar unas copas con gente de la revista.

Rob frunció el ceño.

—¿Jenson irá también?

Hundí los hombros.

—¿Por qué todos os preocupáis tanto por eso? —Me lanzó una mirada penetrante que consiguió su propósito a pesar de la distancia—. No lo sé. Es posible, pero lo dudo. También es su cumpleaños, ¿recuerdas?

—Ya. Pues miraré a ver si pone la felicitación en el blog.

Cerré los ojos.

—Rob...

—Lo sé, lo sé, no debo mencionarlo, pero ya sabías que había muchas posibilidades de que te lo encontraras si aceptabas este trabajo, así que...

Puse los ojos en blanco.

—Soy fotógrafa, no redactora. No es como si fuéramos a trabajar juntos.

—Cierto.

Parecía que quería añadir algo más, pero no lo hizo. De todas formas, yo ya sabía lo que quería decir: «¡Ten cuidado!». No necesitaba que nadie me advirtiera. Tenía suficientes alarmas sonando en mi cabeza, no precisaba más.

Hablamos durante un par de minutos mientras me ponía al día de los acontecimientos que habían ocurrido en casa, que no eran muchos. Tendría que conseguir que Estelle me contara cotilleos más jugosos cuando regresara de su luna de miel, pero, hasta entonces, iba a aprovechar para ir de compras.

En el metro, me aseguré de no tener contacto visual con nadie. Había cometido ese error la primera vez que lo tomé, y acabé recibiendo un montón de miradas de locos, así que ahora trataba de evitarlas. También me impregné los dedos de gel antibacterias por décima vez. Cuando el tren se detuvo, estaba mirando los anuncios por palabras. Cuando oí que anunciaban la parada de Rockefeller, salté del asiento, consciente de que solo tenía unos segundos para llegar a la puerta.

—Es mi parada..., por favor, es mi parada... —dije frenéticamente mientras trataba de atravesar la multitud. Estaba saltando por encima de una bolsa que había en el suelo cuando mi pierna chocó con algo que sostenía una niña. Suspirando, renuncié a llegar a tiempo a la salida y me incliné para recoger un libro infantil de color aguamarina. Mis ojos se posaron sobre la primera imagen. Se trataba de una niña con las mejillas sonrojadas y largo pelo rubio muy revuelto que sonreía a la pequeña tortuga que sostenía entre las manos.

«Mia va a la playa, de J. Reynolds».

Me atravesó una incontenible oleada de emociones. Eché el brazo hacia atrás, buscando algo en lo que apoyarme, y encontré la barra justo antes de que el vagón comenzara a moverse de nuevo. Sentía el corazón en todas partes. Los latidos repicaban en mis oídos como una señal de alarma, y también estaba aferrado a mi garganta, desde resonaba en mis venas. La niña, en un obvio esfuerzo para llamar mi atención, me golpeó suavemente la rodilla con la punta de una pequeña Doc Martens de color rosa. Mis ojos buscaron los de ella; su cara estaba a la altura de la mía, y también de la de la Mia de la portada. Logré esbozar una sonrisa temblorosa antes de darle la vuelta al libro para mirar la parte posterior.

—Lo siento, ¿te gusta este libro?

Ella asintió de forma frenética mientras respondía su madre.

—Me ha hecho encargarme el resto de la colección. Es su cuento favorito.

—Guau... —Cogí aire. «Una colección». Era evidente que no estaba

siguiendo la carrera de Jenson tan de cerca como pensaba. Sabía que en algún lugar entre tener una hija y conseguir un trabajo como columnista en el periódico, había publicado algo más, pero esto era...

—¿Puedo quedármelo? —pregunté sin poder reprimirme—. Te lo pagaré, por supuesto.

La pequeña me miró con el ceño fruncido y clavó los ojos en su madre.

—Quizá a tu madre no le importe comprarte uno nuevo —me respondió.

Suspiré. Si algo tenía claro era que mi madre no iba a comprarme uno, y la suya me estaba mirando con alarma, como si pensara que iba a huir con aquel precioso cuento.

—Es que ayer conseguimos que el autor nos lo firmara —se disculpó finalmente.

Asentí con la cabeza muy despacio, intentando procesar el hecho de que Jenson —mi Jenson— fuera lo suficientemente conocido como para firmar libros. No pude evitarlo: abrí el cuento y miré la dedicatoria.

«Sé valiente», leí.

—Sé valiente —susurré en voz alta, cerrando el libro para no caer en la tentación de hojearlo. No estaba segura de cómo podría reaccionar si hiciera eso en público.

—¿Te lo dedicó en alguna librería de Manhattan? —pregunté.

—En una pequeña tienda de Brooklyn. Estoy segura de que tiene otra firma en el mismo local esta semana.

Traté de imaginarlo con un bebé en los brazos mientras caminaba por las calles que había explorado cuando fui a por esa zona a tomar algo con Millie. Lo pude imaginar perfectamente firmando un montón de libros en una de esas pequeñas librerías. Me pregunté si se los leería a los niños que asistieran o si solo se los dedicaría. A pesar de que lo había visto hacía apenas un mes en la boda de nuestros amigos, el tiempo había difuminado su cara en mi memoria. A veces, si estaba sola y algo me recordaba a él, como una canción que nos gustaba o una película que hubiéramos visto juntos, me gustaba cerrar los ojos para intentar recordar el aspecto que tenía esas noches, cuando estábamos a solas. Solo lo hacía cuando no me importaba caer en el pozo de la depresión, algo que ocurría cada vez con menos frecuencia.

Esas noches, trataba de pensar en cómo eran su cuello, el contorno de su mandíbula, la plenitud de sus labios, los pómulos, las arruguitas por reírse que enmarcaban sus ojos grises y las largas pestañas. Algunas noches lo recordaba

mejor que otras. Me había dado cuenta de algo hacía mucho tiempo, durante una de mis idas de olla. No era su físico lo que más echaba de menos, sino que me rodeara con sus fuertes brazos, haciéndome sentir a salvo. La seguridad era una ilusión, y yo me había dado cuenta el día que él desapareció de mi vida. Por eso, lo que más añoraba era estar con alguien que me entendía, que se preocupaba por mí, y, por encima de todo, extrañaba la forma en la que nos divertíamos juntos.

Todo eso hacía que recordara con amargura sus errores y los míos. Y no podía soportar ver ese libro que había escrito con mi nombre, era demasiado. Quizá si me hubiera enterado de esto en casa, habría sido diferente. Quizá si le hubiera oído hablar de ello a Estelle, mi reacción habría sido otra, pero ¿toparme con esto de repente? ¿Cuando llevaba una semana de los nervios por la mera posibilidad de que podía encontrármelo en una ciudad que era más suya que mía? Ahora todo esto era, sencillamente, demasiado.

Salí del metro tan pronto como se detuvo de nuevo y corrí a la plataforma de enfrente para subirme al que iba en sentido contrario. Mientras abordaba el vagón, aunque lo intenté, no pude olvidarme del cuento. Quise llamar a Estelle o a Rob, pero no era capaz de articular palabras por el barullo que enredaba mi mente y no podría hablar con nadie. Miré el reloj y calculé que tenía exactamente ocho horas para procesarlo y asimilarlo antes de verlo, si lo veía. Noté un nudo en la boca del estómago y me puse la mano allí para intentar que desapareciera aquella palpitación. No estaba segura de si podría enfrentarme a él después de haber visto el cuento. Respiré hondo... Ocho horas. Me quedaban ocho horas para serenarme, luego debía acudir a la reunión con Fran y el resto de compañeros de trabajo.

La columna de Jenson

He recibido un montón de tuits preguntándome a qué lugares ir con niños cuando se visita Nueva York. Dejando a un lado los obvios (la estatua de la Libertad, el Empire State, etc.), recomiendo el Zoo del Bronx. La semana pasada llevé a mi hija y le encantó (igual que a mí). Más tarde, comentándolo con mi cita de esa noche, me dijo que ella no había estado nunca. No me sorprendió, ya que, como personas ocupadas que somos, siempre estamos en movimiento y no solemos tener tiempo para hacer turismo, en especial en la ciudad en la que vivimos. Es algo que pienso desde que me mudé aquí, y un amigo mío, nativo de Brooklyn, me confesó que nunca

había estado en Ellis Island. Al principio me sorprendió, pero cuando llevaba viviendo un mes aquí, lo entendí. No tenemos tiempo. En realidad, es más bien que no sacamos horas para hacer estas cosas. Y lo entiendo. Cuando surge un día libre, hacemos las tareas de la casa, y cuando no es eso, vas y prefieres dedicarte a algo que te ayude a relajarte. En realidad, no se te ocurre visitar un sitio singular. Bueno, Nueva York, no quiero morir sin visitar los tuyos, porque mientras estoy envuelto en la frenética niebla de todos los ajetreos de mi vida, todos esos lugares hermosos nos están mirando a las narices. ¡Solo tenemos que levantar la vista de vez en cuando!

Moraleja del artículo de hoy: ¡Mira hacia arriba!

La pregunta de la semana es de @AmandaLoys2Read: «¿Te gusta el arte o la fotografía? Si es así, ¿sigues el trabajo de algún artista o fotógrafo? ¿Algún favorito?».

Respuesta: me encantan tanto el arte como la fotografía. Una vez salí con una chica que hacía las mejores fotos que he visto en mi vida. Disfruto mucho de la obra de Patrick Zaphyr. Sus imágenes me invitan a parar un momento y disfrutar de la naturaleza. También me gusta M. C. Escher.

4

Ocho horas no eran suficientes para hacer nada, ni siquiera para tratar de olvidarme de los nervios, pues solo podía imaginar las hipotéticas situaciones en las que él podía aparecer ante mí..., aunque tal vez no lo hiciera. Lo peor era que no sabía siquiera lo que quería que ocurriera. Si lo iba a ver de todas formas, prefería que fuera ya, inmediatamente; como dicen, era mejor arrancar la tirita de golpe. Si no iba a tener que tratar con él, podía seguir viviendo en un mundo en el que Jenson no existía para mí. Me vestí como se supone que debe vestirse una cuando cabe una alta probabilidad de que se encuentre con un ex; elegí mis mejores vaqueros, una camiseta preciosa que había adquirido el día que fui de compras y unas botas asesinas que agregaban al menos diez centímetros a mi metro sesenta. No tardé ni los veinte pasos que había hasta la esquina en recriminarme tal elección. Por un lado era consciente de que estaba sexy. Por otro, quería darme una buena colleja por no haber probado las botas en la tienda.

Cuando por fin llegué al pequeño local donde me había citado Fran, me quedé fuera durante unos instantes, tratando de ver el interior a través del cristal empañado. Después de un rato, respiré hondo un par de veces y abrí la puerta. La energía que me recorría era suficiente, sin duda, para iluminar Brooklyn. Fran me vio y me hizo señas mientras me quitaba la cazadora. Sonreí para que supiera que me había enterado de su gesto y me colgué la chaqueta del brazo antes de acercarme a la mesa. Al aproximarme, vi que había cuatro personas sentadas a su alrededor, y el corazón se me aceleró dentro del pecho. La espalda que había delante de mí era la de Jenson, lo supe sin lugar a dudas a pesar de que llevaba un gorro calado sobre la cabeza y que la camisa de cuadros azul marino le cubría la mayor parte de los tatuajes con las mangas. En la mano derecha sostenía una botella de su cerveza favorita, Stella. Se veía el tatuaje del cráneo en el dedo índice, y el símbolo de infinito sin terminar de grabar entre el pulgar y el índice, el que se había hecho cuando

estábamos juntos, cuando me juró que lo nuestro era para siempre y que no se lo terminaría de tatuar hasta que yo lo reconociera también.

Apreté los dientes para no poner los ojos en blanco. «Para siempre». Sí, claro. De alguna forma, conseguí que mis piernas estuvieran en la misma longitud de onda que mi cerebro y continué avanzando hasta llegar a la mesa. Fran se puso en pie al tiempo que tres cabezas se volvían hacia mí, aunque no reconocí tales gestos, y mantuve los ojos clavados en Fran.

—¡Mia! —me saludó al tiempo que me acercaba a ella—. Atención, esta es Mia. Mia, te presento a Anabelle, Ross y Jenson.

Bajé la mirada, y mis ojos se encontraron primero con los castaños de Anabelle; era una joven delgada, con una preciosa melena oscura y rasgos exóticos, que me ofrecía una cálida sonrisa de bienvenida. La saludé con el mismo gesto y estudié a Ross, un tipo pelirrojo con la barba a juego. Por último, me preparé para clavar la mirada en la última persona presente: Jenson. Él estaba observándome con una expresión de curiosidad, analizando cada uno de mis rasgos como si fuera un rompecabezas. Como si no supiera muy bien qué pensar. Después de un par de segundos, curvó los labios en una lenta sonrisa.

—Hoy es el cumpleaños de Jenson, por lo que acaba de invitarnos a una ronda de chupitos para celebrarlo —comentó Fran mientras nos sentábamos, conmigo a un lado y Jenson al otro.

Mi mirada quedó atrapada momentáneamente en la suya. ¿Diría que ya nos conocíamos? Yo, desde luego, no lo haría. En lo que a mí concernía, no sabíamos nada el uno del otro. No sabía que la forma en la que sus ojos estaban bajando desde los míos hasta mis labios, hasta mis pechos y más abajo, de una forma lenta y firme que me calentaba desde el interior, era algo fuera de lo normal. Fran debería imaginar que me conocía. Alguien debería hacerlo. Que él no miraba a las mujeres en público de esa manera a menos que quisiera llevárselas a la cama. ¡Que no se le ocurriera siquiera! ¡Maldito fuera! Le vi arquear una ceja, y eso me arrancó de mi evidente ensimismamiento. Volví de nuevo mi atención hacia Fran.

—Bueno, entonces, supongo que debería tomar uno a su salud. —Me llevé el vasito a los labios como los demás, y lo vaciamos de golpe. La risita de Jenson hizo que lo mirara.

—Tal vez deberíamos pedir otra ronda. Estoy seguro de que alguien más celebrará hoy su cumpleaños.

Abrí mucho los ojos. Después de todo, quizá sí que se lo dijera.

—Yo no necesito ninguna excusa para emborracharme —afirmó Ross con una risita, mientras hacía una señal al camarero para que rellenara los vasos.

—Ni yo —convine con una sonrisa.

Después de la siguiente ronda, todos pedimos nuestras propias bebidas, y Fran empezó a contarme historias sobre Anabelle, Ross y Jenson. Los dos primeros eran empleados a tiempo completo, mientras que Jenson era *freelance*, al igual que el otro tipo que no había podido venir. Además de dedicarse al periodismo, Ross también escribía novelas de ciencia ficción.

—Pero no las encontrarás en ningún sitio, ya que no se venden... Nada en absoluto —agregó a continuación.

—Supongo que no todos podemos ser como Jenson —añadió Anabelle, que se rio cuando él puso los ojos en blanco.

—Jenson escribe libros para niños —explicó Fran—. Además, tiene una columna dominical en el periódico.

Asentí.

—Impresionante... —me limité a decir.

Jenson torció los labios.

—Sería impresionante si lo hiciera todo bien, pero estoy seguro de que no es así.

—Siempre anda a la pesca de cumplidos —soltó Ross. De repente, se interrumpió y me miró durante un rato que me pareció demasiado largo—. Sin embargo, estoy seguro de que te gustarán sus libros, la protagonista se llama Mia.

Sentí que cualquier rastro de color desaparecía de mi cara, pero sonreí y solté una risita, con la esperanza de que sonara menos forzada de lo que la había emitido. Después de tomar otro sorbo de mi vodka con arándanos, decidí que ya llevaba allí el tiempo suficiente para excusarme e ir al cuarto de baño. Estaba junto a la puerta, esperando para entrar, en un pasillo mal iluminado cuando Jenson apareció a mi lado. Su intenso olor a limpio y a virilidad me inundó los sentidos. Cerré los puños y tensé la mandíbula. Me sentía como un gladiador preparado para saltar a la arena.

—¿Qué tal te tratan en Nueva York hasta ahora? —preguntó con una voz retumbante.

Tomé aire un par de veces y conté hasta diez antes de responder.

—Muy bien.

—¿Dónde te alojas?

Volví a mirar la puerta, deseando que se abriera.

—Donde vivía Millie.

—¿En Manhattan?

Asentí con la cabeza mientras cruzaba los brazos para intentar evitar que se me pusiera la piel de gallina. Estaba demasiado cerca, y su voz comenzaba a afectarme. No era de piedra; sabía que acabaría reaccionando a él. No era lo suficientemente lista para no hacerlo.

—En Chelsea, ¿verdad?

Volví a asentir.

—Es un buen lugar, pero me sorprende que no te hayas mudado a Brooklyn. Está más cerca de donde vive ahora.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

«Y más cerca de donde vives tú».

Me pregunté si todavía podía leerme la mente como lo hacía antes. Por la exhalación que soltó y la forma en la que se pasó la mano por el pelo, no estuve segura. Al parecer, ambos habíamos perdido el instinto con respecto al otro.

—Ya, pero no puedo permitirme el lujo de vivir en Brooklyn.

Él arqueó una ceja, y contuve el gruñido que estuve a punto de emitir. Sabía lo que estaba pensando. «¿Tus ricos papaitos no pueden pagarte el alquiler?». Cuando estábamos juntos, eso fue uno de los puntos que más nos distanciaban. Él pensaba que mis padres lo odiaban porque no tenía dinero y no procedía de los círculos adecuados. En realidad, lo odiaban, sí, pero porque le precedía su mala reputación y tenía una Harley. Sin embargo, Jenson se sentía inseguro. Pensaba que si hubiera tenido dinero lo habrían aceptado. Era algo que me molestaba mucho.

—¿Piensas ignorarme durante todo el tiempo que trabajemos juntos? —preguntó. La frustración que noté en su voz casi hizo imposible que contuviera la mía.

—¡No tenemos que trabajar juntos! Yo te enviaré las imágenes por correo electrónico y tú escribirás la historia. ¿No es eso lo que acaba de decir Fran?

—¿Y si quiero entrevistarme con las parejas mientras les haces las fotos?

Di un paso atrás.

—Esa... esa sería una idea terrible.

—¿Por qué? —preguntó. La forma en la que me recorrió con los ojos,

dejando un hormigueo a su paso, era la razón. Porque cada vez que me miraba de esa manera, como si yo fuera especial, como si fuera una especie de medalla que quería ganar, sentía que me derretía. Y también porque solo quería sentir odio por él, y estar en su cercanía durante más de quince minutos hacía que eso fuera una labor imposible.

—¡Ya sabes por qué!

—No lo sé —repuso antes de pasarse la lengua por los labios. Mi mirada quedó atrapada por ellos, por el mohín que hizo con el inferior. Recordé cómo era sentirlos sobre mí, en mi piel. Intenté reprimir un escalofrío.

Tragué saliva mientras hacía una indicación con la mano para señalarnos y luego volverla hacia el bar.

—Has actuado como si no me conocieras de nada.

—Tú has hecho lo mismo. —Hizo una pausa para mirarme con los ojos entrecerrados al tiempo que se volvía a humedecer los labios—. Tú ya sabías que trabajaba para ese periódico.

—¿A dónde quieres ir a parar? —pregunté, intentando reprimir la furia.

—Estoy seguro de que esperabas verme.

—Hay mucha gente escribiendo para ese periódico. —Aparté la vista, incapaz de sostener su mirada.

—Da igual, tú también has fingido que no sabías quién era.

Busqué sus ojos.

—Solo estaba imitándote.

—Y así estamos por haberlo hecho. Podrías haber dicho: «Hola, Jenson. Me alegro de verte de nuevo».

—¡Es que no me alegro!

Soltó un profundo suspiro y se pasó la mano por el pelo.

—¿Sabes qué? Vale. Me has ignorado y has fingido que no me conoces desde hace cinco putos años. Yo lo hago una vez ¿y ahora soy yo el malo?

Cerré los ojos y negué con la cabeza al tiempo que soltaba un gruñido de rabia.

—Eres la persona más frustrante que he conocido nunca.

—El sentimiento es mutuo.

—Pues muy bien. Piérdete y déjame hacer pis en paz —solté aprovechando que salía una chica del cuarto de baño para entrar yo.

Cuando salí, Jenson no estaba allí, y me sentí un poco más ligera durante los diez segundos que tardé en llegar al bar, porque una vez que doblé la esquina,

levantó la cabeza. Durante los largos segundos en los que nuestras miradas se encontraron, fue como si me envolviera con unos largos tentáculos y eso capturó mi atención por completo, reteniéndola entre sus garras. Mis pies fueron solos hasta la silla, porque no podría haber explicado cómo me acerqué hasta allí. No podría hacerlo aunque me lo pidieran, ni qué respuestas di, porque toda yo estaba centrada en él.

—¿Así que haces surf? —preguntó Ross—. Mía. ¿Haces surf?

Parpadeé, esforzándome en mirarlo, y vi que tenía sus ojos verdes clavados en los míos con expectación. Asentí.

—¿Pero surf de verdad? ¿No paddlesurf o windsurf?

Me reí.

—Sí, surf de verdad, con una tabla; remo con los brazos y me pongo de pie para pillar una ola.

—¡Joder! —soltó antes de emitir un silbido impresionado.

Me encogí de hombros.

—Es lo que se hace en la soleada California.

—¿Lo echas de menos?

—Dios, sí.

—Todavía no llevas aquí el tiempo suficiente para echar de menos nada —dijo Jenson, consiguiendo que me diera un vuelco el corazón. Nuestras miradas volvieron a encontrarse. La mía, desafiante; la suya, calculadora.

—El hogar es el hogar.

Tomó un trago de cerveza con los ojos aún clavados en mí.

—El hogar está donde tú quieras.

Arranqué mis ojos de los suyos, con la esperanza de hacer desaparecer la intensa tensión que había entre nosotros. Me pregunté si los demás podían sentir aquella electricidad que vibraba a nuestro alrededor. Antes de llegar a salir de forma oficial, todos nuestros amigos habían afirmado sentir la tensión sexual que irradiábamos. Sin embargo, esto era algo más. Era real, queríamos estrangularnos, nos odiábamos y estábamos en tensión. Y sabía que el sentimiento era mutuo. Al menos esta noche. Más tarde, hablando de café, Jenson y Ross comenzaron a debatir sobre en qué cafetería de Brooklyn servían el mejor. Tomé nota mental, pero no me involucré en la conversación.

Tomamos una copa más y nos fuimos cada uno por su lado. Todos tenían que acudir a otros lugares. A Ross lo esperaba su novia, en casa. Anabelle tenía a su marido y sus hijos aguardándola. Fran había quedado con una amiga y

Jenson no explicó sus planes, aunque tampoco le preguntó nadie.

—Mia, tu primera sesión es el martes que viene, ¿verdad? —preguntó Fran mientras salíamos.

—Creo que sí.

Asintió.

—No voy a estar, así que debes intercambiar el número de teléfono con todos, por si alguien quiere estar presente y hacer alguna entrevista.

—¡Por supuesto! —Les di mi número a Anabelle y Ross antes de que se despidieran y se marcharan. Cuando Jenson me cogió el móvil de la mano, nuestros dedos se rozaron. Se me aceleró el corazón al sentir su contacto en todas partes.

—Seguramente el viernes vaya contigo —comentó, mientras nuestras manos todavía se tocaban. Me lanzó una larga y dura mirada que me obligó a tragar saliva para calmar los nervios.

—Vale —repose, con un hilo de voz. La bravuconería de la que había hecho gala antes había desaparecido casi por completo.

—Te llamaré muy pronto —añadió. Sus palabras atravesaron mi cuerpo mientras me soltaba los dedos. Dejé caer la mano contra la pierna y apreté el móvil con fuerza. Me di la vuelta para alejarme sin que él se diera cuenta de lo mucho que me seguía afectando.

—¿Y Mia?

Lo miré por encima del hombro. Seguía de pie en el mismo lugar, con las manos metidas en los bolsillos mientras las ráfagas de viento hacían ondular su pelo. Tenía los ojos clavados en los míos.

—Feliz cumpleaños.

No pude reprimir la sonrisa que asomó a mis labios.

—Feliz cumpleaños, Jenson.

Volví la cabeza definitivamente. Tenía que salir de allí ya; no podía soltarle que había visto el libro, y sabía que si me quedaba lo diría. Necesitaba tiempo para procesarlo, si alguna vez lo conseguía. Esto no terminaría bien si lo hiciera. De eso estaba segura. Sacudí la cabeza antes de llamar a Millie, luego fui al pub donde estaba tomando una copa con su prometido. Pensaba relajarme durante el resto de la noche.

Mi cumpleaños fue la semana pasada, y para celebrarlo mi hija me trajo una tarta de pulpo. Sé de buena tinta que su madre trató de convencerla para que viniera con una tarta de color azul claro, pero ella insistió en la que tenía forma de pulpo. Obviamente, eso significa que mi cumpleaños fue todavía mejor.

Si tuviera que poner un título a este artículo, tendría que echarlo a cara o cruz entre «¿Qué coño...?», e «Ironías de la vida», porque después de estar con mi hija, me fui de copas con mi editor, Jeff, y terminé encontrándome con algunos compañeros en un pequeño bar. Mientras estaba allí, empecé a discutir con mi amigo Ross sobre las opiniones que aparecen en internet sobre el amor y la vida. Sé que la gente lo llama «el amor de la universidad» o «la novia del instituto», pero para mí, básicamente, fue el amor de mi vida, a pesar de que técnicamente no empezamos a salir hasta que ella estaba en primero de carrera.

Así que el «¿Qué coño...?» me lo dije cuando la vi atravesar la puerta y unirse a nosotros para tomar una copa. «Ironías de la vida» se me ocurrió después, porque aquel lugar se llama Reunión y es un bar de surfistas, el deporte que ambos practicábamos en casa.

Además, compartimos fecha de cumpleaños. Si eres seguidor de mi blog, ya sabrás que todos los años les dedico a ella y a su hermano gemelo, Rob, una felicitación en forma de entrada. Sí, es esa chica. Y puedo afirmar que sigo teniendo esa sensación en la boca del estómago cada vez que me mira. Seguiré con esto más adelante, quizá cuando ella se muestre más cordial y no quiera pegarme cada vez que abro la boca para decirle algo.

Local: Reunión.

Veredicto: A Jenson le encanta. Si buscas una versión moderna de Margaritaville, jete es tu sitio!

La pregunta de la semana es de @FrogsLive: «¿Crees en las almas gemelas?».

Respuesta: Sí.

5

La fotografía es un arte solitario. Era una de las muchas cosas que me habían atraído de él. *Newsweek*, al parecer, no había cambiado eso. Y, sin duda, Jenson tampoco. Recibí su temida llamada el lunes por la tarde. Acababa de salir de yoga cuando me comenzó a vibrar el móvil; en la pantalla aparecía un número desconocido precedido del código de área 805. Examiné cada dígito como si existiera la posibilidad de que se convirtiera en otro. Era un número de teléfono que me perseguía las noches de borrachera y los momentos de incertidumbre. Uno que me había jurado que no volvería a usar de nuevo. El aparato vibró cuatro veces en mi mano antes de que respondiera.

—Hola —dijo, respondiendo a mi saludo.

El corazón me dio un vuelco al oír su voz. Parecía que había pasado una eternidad desde que lo había oído por última vez al otro lado de la línea.

—Mañana haré fotos en Central Park —informé después de un largo silencio.

—¿A qué hora? ¿Dónde?

—A las ocho y media, y te lo acabo de decir, en Central Park.

Su risa resonó en la línea.

—¿Has estado alguna vez en Central Park?

Hice una pausa mientras fruncía el ceño.

—Claro que sí. —Entonces tenía cinco años, aunque no era necesario que él lo supiera.

—Vale, vale... Entonces sabrás lo grande que es.

—Evidentemente. —Era un parque. ¿De verdad era tan grande? Lo había visto en la tele un millón de veces, y todo el mundo lo atravesaba corriendo a toda velocidad.

—Bueno, vale, pues ya me informarás de en qué lugar de Central Park quieres que nos encontremos.

—De acuerdo. Iré hoy allí y elegiré algunas zonas.

Se aclaró la garganta.

—Muy bien. Suerte. Hasta pronto.

Todo fue muy torpe e informal. Me habló como si fuera una compañera de trabajo y no alguien con quien hubiera hecho el amor una vez. Me recordé a mí misma que así era como quería que fuera. Como necesitaba que fuera. Más tarde, ese mismo día, después de encontrar una buena ubicación en Central Park, me subí al tren a Brooklyn. Mientras daba un paseo, vi una cafetería muy mona y decidí entrar. Estaba esperando a que me entregaran el café cuando vi a Jenson en una esquina al fondo del local. Estaba de espaldas a mí, y tuve que mirarlo dos veces para asegurarme de que era él debido al ángulo en el que estaba colocado. Noté que se me encogía el estómago cuando mis ojos se posaron sobre su brazo izquierdo y vi el pulpo tatuado que lo envolvía. Me di la vuelta con rapidez, como si fuera una niña a la que acabaran de pillar haciendo algo malo.

No era el propietario de Brooklyn, ni de esta cafetería. Yo podía ir a donde quisiera. La camarera se acercó con un vaso y frunció el ceño antes de mirar el nombre escrito en el papel.

—¡Mia! —gritó.

Abrí mucho los ojos al tiempo que alargaba la mano para coger el café. Le di las gracias con un susurro y salí de allí lo más rápido que pude. No fui capaz de respirar con facilidad ni de tomar un sorbo del café hasta que estuve de nuevo en el tren. En cuanto puse el trasero en el asiento, solté un largo suspiro de alivio y me llevé el vaso a la boca con las dos manos, saboreando cada sorbo hasta que lo terminé. No podía creérmelo. Sencillamente era imposible. Me pregunté si iría allí todos los días. El café que acababa de tomar hacía que valiera la pena, de eso no cabía duda. Quizá volviera por allí de nuevo... Por otro.

—Eres la mujer más difícil de entender de la tierra —me dijo más tarde Estelle, cuando le hablé de la excursión a Brooklyn.

—¿Por qué? —pregunté mientras ordenaba el cajón de la ropa interior.

—Has ido a Brooklyn para tomar un café en el sitio del que él habló la otra noche.

—¡No es que sea suyo! Es un lugar público, no es culpa mía que haya decidido instalar allí su despacho personal. ¡Dios, qué pelma!

Estelle se rio.

—Estabas acechándolo. ¡Otra vez!

—¡No es cierto!

—Mia...

Me senté en el suelo, entre la cómoda y el armario, apretando el móvil contra la oreja.

—Tenía curiosidad. ¿Tú no tenías curiosidad por qué estaba haciendo Oliver cuando no estabais juntos?

—Sí, para eso entraba en Facebook y miraba las fotos que subía.

Solté un gruñido.

—Jenson no tiene Facebook.

—Cierto..., me soltó un rollo acerca de ese tema recientemente.

Agudicé el oído. Sin embargo, no pregunté. Si lo hacía, ella pensaría con razón que volvía a estar interesada en él, y eso era algo que no ocurriría nunca. Estelle era como una hermana para mí; le contaba cosas que ni siquiera hablaba con Rob, pero cuando se trataba de Jenson, siempre me gustaba guardarme algunos secretos. ¡Joder! El propio Jenson era un misterio para los demás. Un misterio que me moría por resolver. Volví a gemir. Tenía que parar. Ese tipo de pensamientos era lo que acababa dándome problemas, y eso era lo último que necesitaba.

La columna de Jenson

El otro día me hicieron una pregunta. Al parecer, es algo recurrente entre mis seguidores de Twitter, así que se me ha ocurrido dedicarle una columna. La pregunta es: «¿Cuál es la primera cita ideal?».

Agárrense, señoras, esta será la columna que haga que dejen de seguirme semanalmente, pero, por favor, no me abandonen, trataré de redimirme.

Siendo sinceros, no se me dan bien las citas. Por lo general, le pregunto a la mujer qué le gusta hacer, pero me parece que a menudo responden según lo que piensan que me gusta hacer a mí. «Ir a un partido de béisbol», «Ir a jugar a los bolos», «Ir al cine».

Y aunque me gusta hacer todas esas cosas, no estoy seguro de que ninguna de ellas —salvo quizá ir a jugar a los bolos— sea buen material para una primera cita. Lo he intentado, así que debo saberlo. Ir al cine hace que se hable poco. Los partidos de béisbol, en cambio, son buenos para mantener conversaciones, pero cuando vas con un hombre a un partido, acaba gritando (aquí debo añadir que este no es el momento adecuado para que se nos juzgue por las obscenidades que salgan de

nuestra boca; el campo es nuestra zona de confort) y no presta demasiada atención a la historia que le cuenten sobre su perro, su gato o cualquier otra cosa si el partido es bueno, y luego están las pipas, los perritos calientes y la cerveza.

Por todas estas razones, prefiero ir a cenar. Siempre es una buena solución para una primera cita. Puede ser en un lugar divertido como Dave & Busters. Se puede cenar y luego dar un paseo por la playa... (¿Cursi? Sí, pero eficaz para ambas partes... Si a cada uno le gusta el otro en el momento del paseo, es evidente).

Por último, todo el mundo pone mucho énfasis en la primera cita. A mí, sin embargo, me vuelven loco porque me hacen sentir como si fuera a una entrevista de trabajo, y los nervios no me dejan concentrarme en una conversación fluida hasta que pasa un buen rato. ¿Mi consejo? Recuerda que la persona con la que has quedado está igual, o más, nerviosa que tú. Así que para romper el hielo desde el principio, si alguien te pregunta qué te gusta hacer, sé sincero. El hecho de que estés buscando pareja no significa que tengan que gustarte las mismas cosas que a esa persona.

Local: Dave & Busters.

Veredicto: A Jenson le gusta.

6

Una vez decidida la ubicación en Central Park, avisé a Jenson y a la pareja en cuestión. La cita era a las ocho menos cuarto para asegurarme de que la iluminación sería la adecuada. No tardé en ver a Jenson acercándose a mí con un bloc de notas en la mano. Llevaba puestos unos vaqueros que parecían hechos a medida y una sudadera negra con capucha que tenía el logo de la iniciativa Dharma, de la serie *Perdidos*, en la parte delantera. El pelo se le movía con el viento. Cuando por fin llegó hasta mí y se detuvo, se puso el bloc de notas —de Spiderman— debajo del brazo. Levanté la cabeza con el corazón acelerado para mirarlo a los ojos.

—Has elegido una ubicación perfecta —dijo en voz baja mientras clavaba en mí una mirada ardiente.

Asentí con la cabeza, intentando reprimir la atracción que vibraba entre nosotros. No estaba segura, con aquel tira y afloja, de qué sentimientos eran más fuertes, si los suyos o los míos. Por la forma en la que buscaba mis ojos y la tensión de su mandíbula, supe que la atracción era mutua. Cuando estábamos juntos, los reencuentros eran brutales. Al verlo, saltaba sobre él y amoldaba mi cuerpo al suyo mientras me besaba cada parte de la cara. Nuestras despedidas eran igual de intensas, ya que ninguno de los dos quería perder de vista al otro. Más tarde, cuando ya nos habíamos separado, era innecesaria cualquier cosa, ya que yo corría en dirección opuesta a donde él estaba en el momento en el que sabía que había regresado a casa. En las ocasiones en las que lo veía, siempre estábamos rodeados de amigos y podíamos ignorarnos mutuamente.

—Quizá hoy podamos mostrarnos cordiales el uno con el otro —añadió, también en voz baja.

Su mirada estaba estimulando algo en mi interior. Se acercó medio paso más; aunque seguía estando lo suficientemente lejos como para que tuviera espacio personal, su olor me envolvió.

—Quizá —susurré.

Él levantó la cabeza y desvió la mirada un momento hacia otro lado. Aproveché para estudiar sus pómulos, su mandíbula, su cuello, y volví a buscar sus ojos cuando noté que me observaba de nuevo.

—No se me da bien guardar rencor, Mia. Tú lo sabes. No sé cómo odiarte. Lo he intentado. He estado enfadado contigo mucho tiempo por alejarme cuando más te necesitaba, por no estar ahí, pero no sé odiarte. —Se detuvo y dejó escapar un suspiro—. Quizá podríamos tratar de ser amigos.

—Quizá —repetí.

—¿Crees que podrías empezar a responder con sí o no? Preferiblemente la primera opción.

Curvé los labios al ver su sonrisa y el brillo que despedían sus ojos.

—Quizá pueda intentarlo.

Permanecimos en silencio mientras sentía como si estuviéramos conectando de nuevo, pendientes de lo que vendría después. Tragué saliva y di un paso atrás, jugueteando con la correa de la cámara que llevaba al cuello.

—Me gusta tu sudadera —dije.

Me lanzó una sonrisa perezosa y abrió la boca para decir algo, pero la cerró con rapidez al tiempo que movía la cabeza. Miró a lo lejos. Por una fracción de segundo pude oír sus pensamientos: «Tenemos que volver a la isla». Hubiera sido completamente normal decírselo a cualquiera que hubiera visto *Perdidos*, pero nosotros habíamos usado esa frase para referirnos a nuestra vida sexual hacía mucho tiempo.

—¿Son ellos? —preguntó.

Seguí la dirección de su mirada y vi a una pareja cogida de la mano que se acercaba a nosotros. Los dos eran altos, con rasgos propios de corredores, con piernas y brazos largos. La mujer, Katelynn, llevaba corto el pelo castaño, casi a juego con su marido, Jon.

—Creo que sí. Ella me dijo que llevaría pantalones rojos —repose al tiempo que saludaba a la pareja con la mano. Un gesto al que Katelynn respondió en el acto.

—¡Hola! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué adorable eres! —exclamó ella cuando llegaron a nuestro lado, y me abrazó como si nos conociéramos desde siempre.

«Adorable» es una palabra que la gente usa para describir a las chicas como yo. Toda mi vida había sido «adorable». Pero en la universidad, a veces era «sexy», y cuando estaba con Jenson, había sido «guapa».

Me reí.

—Encantada de conocerte.

Me soltó y se concentró en Jenson, al que se presentó mientras él estrechaba la mano de Jon. Luego hablamos de cómo iba a desarrollarse la sesión; primero haría las fotos y después Jenson haría la entrevista, momento que yo aprovecharía para recoger el equipo. Se sentaron en la manta que había extendido en la hierba, y comencé a presionar el botón de la cámara. El pelo corto y cuidado de Katelynn le caía sobre los ojos, por lo que hice más fotografías de lo habitual. Seguí disparando hasta que consideré que tenía suficientes instantáneas y que la revista tendría material para elegir.

—Después de esta sesión, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en decirnos si hemos sido seleccionados? —preguntó Katelynn

—La verdad es que no estoy segura. —Miré a Jenson por encima del hombro en busca de una respuesta.

—Ni idea —dijo él, que estaba sentado al lado—. Yo estoy aquí para hacer preguntas —se excusó, señalando el bloc de notas.

—Pues ya puedes empezar —le sugerí mientras movía la cámara—. Ya tengo material suficiente.

—¿Puedo ver las fotos?

—Claro, pero debes tener en cuenta que están sin editar.

Él asintió antes de levantarse. Luego se sentó a mi lado, enfrente de ellos, y abrió el cuaderno de notas. Para mi sorpresa, no llevaba las preguntas escritas. Mientras él comenzaba, empecé a guardar las diferentes lentes que había utilizado.

—¿Qué edad teníais cuando os conocisteis?

—Doce —dijo Katelynn.

—Catorce —repuso Jon—. Yo tenía catorce y ella doce —puntualizó con una risa.

Jenson se rio también mientras lo anotaba.

—¿Cuándo empezasteis a salir?

—En el instituto —repuso ella—. Nuestras familias eran amigas. Siempre había pensado que era muy guapo, pero jamás se me ocurrió que se fijaría en mí.

Jon se rio.

—A mí me pasaba lo mismo.

—Ya, bueno —intervino ella al tiempo que se encogía de hombros—. Un

día, su mejor amigo en el instituto me pidió una cita, y de pronto, Jon estaba con nosotros todo el rato. Era una situación imposible, así que rompí con su amigo y empecé a salir con él.

Jenson no tuvo que hacer demasiadas preguntas. Katelynn desgranó la historia bastante bien por su cuenta. Me di cuenta de que debía de haberla contado millones de veces. Se separaron cuando Jon fue a la universidad porque Katelynn quería quedarse en casa y él prefería marcharse. Ella empezó a salir con otros chicos y al final se casó. Se vieron en una fiesta familiar hacía pocos años, cuando los dos estaban divorciados y libres de nuevo.

—El resto es historia —concluyó.

—Has mencionado que tienes un hijo de tu primer matrimonio. ¿Cómo lleváis ese tema? —indagó Jenson.

Contuve la respiración y deseé poder marcharme. En lugar de eso, me puse a reordenar las lentes en el interior de la bolsa de la cámara para no tener las manos ociosas.

—Dan tenía ocho años cuando conoció a Jon, y se llevaron bien de inmediato.

—En cuanto lo vi, fue como si fuera mío. Sin embargo, siempre he respetado mucho a su padre. No quiero que piense que trato de ocupar su lugar —intervino Jon.

Jenson tomó nota.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Quince años.

Jenson asintió. Yo seguía intentando respirar con normalidad. Por fin, todos nos levantamos y Jenson mantuvo la conversación con ellos mientras yo doblaba la manta. Le prometí a Katelynn que le enviaría algunas imágenes por correo electrónico en cuanto las editara. Fuimos juntos hasta la salida antes de que se despidieran y torcieran hacia la izquierda.

—¿Quieres ir a comer?

Cogí la correa de mi bolsa mientras miraba a Jenson. Él se rio de mi expresión.

—Solo un *brunch*, Meep.

Gemí al oírle decir mi apodo.

—No. Ni hablar.

Se encogió de hombros.

—Vale.

—Bien. Ya nos veremos o lo que sea. —Empecé a andar hacia la parada de metro, pero él se mantenía a mi lado. No sabía qué me pasaba, verlo tan cerca hacía que no pudiera respirar. Por fin, lo miré—. ¿Por qué me sigues?

Él arqueó una ceja al tiempo que curvaba los labios un poco, y luego esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras trataba de contener la diversión.

—¿Piensas que te estoy siguiendo? Eres un poco creída...

—Has venido a la sesión para entrevistar a Katelynn y a Jon, luego has dicho eso de que no eres capaz de odiarme, me has invitado a comer y, después de que me negara, vas andando a mi lado como si tal cosa... Sí, creo que tengo razones poderosas para pensar que me estás siguiendo.

Él hizo una mueca, negando con la cabeza, y desvió la mirada.

—Has sido tú la que aceptó un trabajo consciente de que había muchas posibilidades de que acabáramos colaborando en el proyecto.

—Sí, gracias por recordármelo. Empiezo a lamentarlo...

Cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, se me detuvo la respiración. Agarré la correa de la bolsa de la cámara con tanta fuerza que supe que se me quedaría la marca grabada en la mano.

—¿Quieres que les diga que te conozco de antes? —preguntó—. A la gente del periódico, ¿quieres que se lo diga?

—No me importa.

—Es evidente que sí que te importa.

—No podría importarme menos lo que la gente piense de nosotros, Jenson.

A continuación, cerró la mano sobre mi antebrazo y me atrajo hacia él, por lo que ya no estábamos en medio de la acera mientras la gente trataba de esquivarnos.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándome directamente.

Su voz era demasiado calmada, demasiado sosegada. Demasiado reconfortante. Recorrió mis rasgos con los ojos. Cada pasada era como un suave beso. Cerré los párpados durante un instante para intentar recuperar el temple que flotaba lejos de mí.

—He visto ese libro. *Mia va a la playa*.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó después de un largo silencio.

—No sé qué pensar al respecto —susurré.

—¿Por qué?

Se acercó más, hasta que nuestros rostros quedaron a apenas unos centímetros. Hasta que sentí que no podría respirar si no me cubría los labios

con los suyos. «Respira», me dije. Solo tenía que respirar. Pero notaba el calor de su cuerpo.

—Porque estás utilizando mi nombre, Jenson. —Hice una pausa para mirarlo.

Allí no había ni rastro de remordimiento, ni un atisbo de confusión sobre por qué debía molestarme. Me miró como si fuera el dueño del nombre. Como si tuviera todo el derecho a usarlo.

—Tenías que haber pensado que podía ser un problema. Ni siquiera te había hablado desde que te marchaste. Tú mismo acabas de decirlo. Cada vez que te veo, corro en dirección contraria.

—No lo hiciste en la boda de Oliver.

—Eso era diferente, y lo sabes.

—Mía, han pasado ya cinco años. —Dio un paso hacia mí, haciendo que me aplastara contra la pared—. Cinco.

—Sé exactamente cuánto tiempo ha pasado, Padre Tiempo. —Sonrió al oír que mencionaba a ese emblemático personaje de Narnia, pero enseguida se puso serio.

—No puedo dejar de usar tu nombre —susurró.

—¿Por qué?

—Porque tú eres gran parte de la razón de por qué tengo éxito. —Hizo una pausa y soltó una maldición en voz baja antes de seguir hablando—. Porque si lo uso, nunca te dejaré ir del todo.

Lo miré boquiabierta.

—¿Es una jodida broma? —Al ver que no respondía, continué. Le puse la mano en el pecho y le di un golpe con cada una de mis declaraciones—. ¡Te casaste! ¡Has tenido un hijo! No tienes ningún derecho. —Hice una pausa y solté un suspiro de frustración antes de tomar aire para intentar calmarme. Canalicé las palabras de Frank Costanza. «Serenidad. Serenidad ya», y volví a respirar. Justo cuando me sentía preparada para liberar el resto de mi frustración, él puso la mano sobre la que yo tenía encima de su pecho.

—Ahora ya no estoy casado. Cometí un error hace cinco años, un error por el que me he disculpado miles de veces. —Hizo una pausa para soltar el aire y llevarse la otra mano a la cabeza—. ¡Dios! ¿Has llegado a leer mis cartas?

Parpadeé y saqué la mano de debajo de la suya.

—A la mierda tus putas cartas —dije, pero mi ira ya no estaba alimentada por el veneno original.

Lo vi parpadear para hacer desaparecer el anhelo que había habido en sus ojos y una ardiente furia tomó el control.

—Sí, a la mierda mis cartas —soltó, elevando la voz con cada palabra que escupía—. A la mierda mis cartas, a la mierda yo y a la mierda mi puta existencia. Has dejado muy claro que me odias, y lo siento, porque a pesar de todo lo que ocurrió, del daño que me has hecho, no he podido dejar de pensar en ti ni un jodido segundo.

Sus palabras cayeron sobre mí con tanta fuerza que me eché hacia atrás antes de darle un tortazo en la cara. Unas ardientes lágrimas de rabia inundaron mis ojos mientras él se cubría la zona en la que le había golpeado. Además, cerré el puño, esperando que eso aliviara el escozor.

—Fuiste tú el que dejó preñada a otra mujer y se casó con ella. Fuiste tú el que me dejó. Tú el que se marchó, no yo. La próxima vez que pienses en mí, asegúrate de que te acuerdas de eso. —Pasé junto a él, pero me alcanzó con rapidez. Esta vez no me agarró, pero bien podría haberlo hecho, porque su presencia a mi lado era inmensa.

—Un día de estos te vas a despertar y te preguntarás si toda esa rabia que sientes hacia mí merece tanta energía.

Metí las manos en los bolsillos de mi sudadera cuando llegamos al final de la acera. Cuando levanté la vista para ver si todavía estaba allí, solo vi su espalda mientras se alejaba. Verlo andar hasta desaparecer entre un mar de gente sin mirar atrás ni una vez hizo que me diera cuenta de lo mucho que todavía me importaba. Incluso aunque yo no quisiera. Incluso aunque lo negara, era evidente que todavía me importaba, y eso me molestaba todavía más que el hecho de ver cómo se alejaba.

Cuando llegué a casa, dejé el equipo en el suelo y me di cuenta de que había recibido un mensaje de él. Lo miré con rapidez, esperando ver una disculpa. Pero solo leí «Envíame la información de la próxima sesión». Me dio un vuelco el corazón al pensar en ello.

La columna de Jenson

Me encanta la tecnología. Soy de esos tipos que actualizan el software constantemente y que cambia de portátil cuando sale un nuevo modelo. El fin de semana pasado me invitaron a asistir a la inauguración de una pequeña tienda de

informática en Chelsea, y tengo que confesar que me sentía como un niño con zapatos nuevos. Básicamente es como tener una mini Apple Store en mi segundo barrio favorito de Nueva York (el primero es Brooklyn, por supuesto).

La mayoría de los presentes estábamos allí para escribir una reseña sobre el negocio, así que entré en la tienda y miré a la gente mientras probaban los ordenadores, mientras elegían los accesorios y mientras tomaban nota con los móviles.

La experiencia me hizo pensar en lo mucho que dependemos de la tecnología para llegar a nuestros seres queridos y potenciales seres queridos por igual. Cada vez que salgo de la ciudad, uso FaceTime para ver su preciosa cara. Normalmente no soy de los que mandan mensajes de texto, a pesar de lo útil que puede ser, pero hace poco que he vuelto a retomar el contacto con alguien y no sé si llamarla, enviarle un mensaje o escribirle un correo electrónico. Lo más normal parece enviarle un mensaje. Llamarla es lo que podría resultar más adulto. Pero enviarle un correo electrónico me parece la mejor forma de decirle: «Quiero seguir en contacto contigo, pero no quiero que parezca que estoy desesperado por hacerlo». Obviamente también depende del carácter que tenga la relación con esa persona. Una relación de negocios es diferente que con una exnovia, que es mi caso. Por desgracia, por ahora he empezado con los mensajes de texto... Ya os iré contando, ya que sé que sois curiosos y os encanta saber.

Local: Tech Shop de Mike en Chelsea. Equipos informáticos, recuperación de datos. Sin largas colas para que te atiendan.

Veredicto: A Jenson le gusta.

La pregunta de la semana es de @atipya_m: «¿Cómo y cuándo le presentarías a tu/s hijo/s a la persona con la que estás saliendo?».

Respuesta: Depende de la situación. Creo que cuando estuviera seguro al cien por cien de que voy en serio con ella y viceversa.

7

Por mucho que intenté luchar contra mí misma, busqué en qué lugares haría Jenson una lectura de sus libros, y encontré un evento en una librería de Brooklyn. Eché la culpa de ello a lo sola que me encontraba. Eché la culpa a no tener cerca a mis amigos y a mi familia para decirme que dejara de andar jodiéndome la vida y saliera con otras personas. Pero no quería tener citas con otros hombres. Era una chica solitaria en Nueva York a la que le daba miedo usar un Uber, no digamos nada de crear una cuenta en match.com. La idea de recurrir a esa mierda me daba escalofríos. Millie había conocido a su prometido, Seth, de esa manera. Cuando ella se apuntó, lo vio como una oportunidad de encontrar su gran historia de amor. Yo pensaba en asesinos en serie. Además, la curiosidad que sentía por Jenson era mayor que mi propósito de mantenerme alejada de él, así que cogí un tren para Brooklyn y fui a esa pequeña librería. En el momento en el que llegué, había mucha gente con sus hijos. Una gran multitud de personas tan altas que tuve que abrirme paso para conseguir entrar, y cuando por fin lo conseguí, me vi obligada a pegarme a una estantería desde donde no se veía el lugar donde él estaría sentado. Quizá eso fuera lo mejor. Que no lo viera, porque sin duda no quería que él me viera a mí.

Supe que había aparecido por los aplausos, y también porque comenzaron a hacer fotos con los móviles. Por alguna razón, la idea de que esas mujeres que lo estaban viendo con claridad tuvieran fotos de él en sus teléfonos me molestó. Las miré a todas mientras sonreían, dando codazos a las madres cercanas con miradas de complicidad. Las odiaba a todas. De forma oficial. Los celos se pegaron a mi piel como la purpurina de un maquillaje de fiesta.

—¿Estáis preparados para el cuento? —preguntó Jenson. Me quedé sin aire en los pulmones al oír su voz. Los niños aplaudieron y gritaron, igual que sus madres—. Lo primero que quiero es leer la dedicatoria.

Por fin, ya no pude resistirme más a no ver lo que ocurría, así que me moví y

saqué un libro del estante, para echar un vistazo por el espacio que dejaba. Jenson llevaba unos vaqueros, una camisa de leñador gris que hacía juego con sus ojos y una sonrisa encantadora. Estaba tan despeinado como de costumbre, y se intuía la sombra de la barba. Pero fue su aura lo que me hipnotizó. Su aspecto anunciaba que era un chico malo, y me moría por estar más cerca de él.

—Para Olivia —leyó, y se aclaró la garganta antes de continuar—, que me enseñó la importancia de ser valiente. —Sonreí al escucharlo—. Y para Mia, que creyó en mí cuando no lo hacía nadie más.

Parpadeé un par de veces y me agarré al borde del estante. Sentí como si los pulmones se me desinflaran lentamente al principio y luego más rápido, como una bobina. Sin embargo, mientras ocurrían todas esas cosas, me quedé mirándolo con la boca abierta. Traté de recuperar la compostura cuando empezó a leer, pero en mi cabeza daban vueltas las palabras de la dedicatoria. Fui consciente de que los niños se reían y de que las madres hacían fotos, pero no podía concentrarme en nada de eso.

Por último, cuando salí de mi estado de shock, empecé a escuchar, pero incluso eso me ponía nerviosa. Una parte de mí no quería aceptar los pedazos de mi ser que yacían en las páginas que Jenson tenía entre las manos. Páginas que había escrito, ilustrado y soñado en noches de insomnio. Mientras continuaba, me sentí alucinada de lo real y familiar que me resultaba la historia.

«Mia era una niña aventurera.

Los rizos dorados de Mia brillaban bajo el sol.

Gracias a la bondad de Mia, la tortuga Hester regresó con su familia».

La sala estalló en aplausos y vítores cuando terminó la lectura, pero yo solo podía rebobinar lo que acababa de oír.

Y se me ocurrió que quería ver a Jenson.

Me pareció que incluso quería hablar con él.

Pero no confiaba en mí misma si lo hacía ahora. Empecé a acercarme a la salida, deteniéndome solamente cuando los niños se cruzaban en mi camino. Miré por encima del hombro una vez justo en el mismo instante en el que él levantó la cabeza del libro que estaba firmando. En un primer momento, frunció el ceño, como si no estuviera seguro de estar viendo bien. Una vez que asimiló la verdad, esbozó una sonrisa perezosa y encantadora, y se excusó con

la multitud de gente que le hablaba. Me di la vuelta y aceleré el paso, saliendo prácticamente disparada por la puerta hacia las heladas calles de Brooklyn.

—¡Mia!

Me encogí y me rodeé con los brazos. Ni siquiera el jersey que llevaba era suficiente con ese clima.

—¿Te vas a marchar?

Me giré hacia él, abrazándome con más fuerza.

—Tengo que hacerlo.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

Me estremecí.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado mientras observaba mis rasgos.

Negué con la cabeza.

—No lo sé.

—Venga, entra, es evidente que tienes frío.

—No, no... Me voy. Venga..., vete dentro, con tu gente; han venido a verte.

—¿Y tú no?

Emití un gruñido de frustración.

—Me estoy reprimiendo con todas mis fuerzas para no pegarte en este momento. —Solté un profundo suspiro—. Vuelve a entrar. Hablaremos otro día.

Él siguió mirándome, escaneando mi cara con ojos turbulentos antes de bajar la vista por mi cuerpo. Luego volvió a subirla a mi rostro y buscó mi mirada otra vez.

—Volveré dentro de un minuto. En este momento me interesa más saber cómo te sientes.

—Estoy... estoy realmente... —Hice una pausa para que dejaran de castañetearme los dientes—. Estoy realmente helada. Y muy cabreada.

—Porque he utilizado tu nombre —adivinó.

—Y porque me has incluido en la dedicatoria. Y porque has escrito sobre Hester, ¡la puta tortuga! ¿Cómo puedes acordarte de eso? —Suspiré, soltando una nubecilla de vapor—. He venido a verte— —El castañeteo de mis dientes me impidió seguir hablando, y él lo tomó como una señal para intervenir.

—¿Para qué?

Me encogí de hombros al tiempo que me estremecía. Bajó los ojos

momentáneamente.

—Vamos adentro. Estás temblando.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Para qué has venido? ¿Para enfadarte y gritarme?

Volví a negar con la cabeza, aunque no podía entender por qué diablos había ido.

—¿Para poner fin a esto?

—Pu... pue... puede ser.

—¿Has venido para darle carpetazo a lo nuestro?

Levanté los brazos.

—¡No! ¡Sí! ¡No lo sé! ¿Para qué otra cosa podría haber venido?

Curvó los labios lentamente.

—Es necesario que d... de... dejes de mirarme así. ¿Crees que es divertido?

Se rio entre dientes.

—No, no lo creo. Lo que creo es que esto es una locura, pero también tú estás loca, así que supongo que lo nuestro es normal.

—¡No estoy loca! —Le clavé el dedo en el pecho.

Bajó la vista a mi mano. La diversión que leí en su cara hizo que me hirviera la sangre.

—¿No?

—Te odio —dije más alto—. Oficialmente.

—Oficialmente.

Gruñí de nuevo, esta vez con más fuerza, y se alejó.

—Me voy. No debería haber venido, y no pienso hacer una escena delante de todo Brooklyn.

Sonrió ampliamente mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Qué es esto?

Hice una pausa, resoplando sobre el borde de la acera, y luego me volví para mirarlo.

—Es puro... ¡puro teatro!

Cuando me alcanzó, había llegado ya a la esquina, me rodeó la cintura con un brazo antes de apretarme contra su pecho duro y acercar los labios a mi oreja.

—«Odio» es una palabra fuerte —susurró, haciéndome sentir mariposas en el estómago. Me estremecí mientras dejaba caer el brazo.

—Una palabra superfuerte.

—¿Sabes qué más es una palabra superfuerte? —preguntó mientras me miraba los labios, la mejilla, el pelo, los ojos...

Me estremecí por dentro. Sabía lo que estaba pensando, pero no iba a darle la satisfacción. No quería sentir nada de eso. No quería sentir nada, punto. Sin embargo, allí estaba, sintiendo.

—Déjame marchar —le pedí mirando sus manos, que sujetaban el borde de mi chaqueta. Le vi cerrar los ojos un momento.

—No sé cómo —susurró.

Una oleada de dolor inundó mi corazón. Tragué saliva. Con una mirada Jenson había logrado colarse en mi vida, igual que un borracho deslizándose en la oscuridad. Con una mirada había logrado que bajara de nuevo la guardia. Si me quedaba más tiempo allí, él acabaría quitando todas las piedras del muro que había construido para bloquear mi amor por él, y no podía soportarlo. No podía soportar que en una noche me rompiera y me obligara a abrirme de esa forma. Así que hice lo que haría cualquier mujer inteligente en mi situación. Lo obligué a soltar mi chaqueta y me alejé.

Camino de casa, me sentí fatal, hasta que me duché y me acurruqué en la cama. Solo entonces, rebobiné todo lo que había pasado. Me había sentido presionada por él, le había gritado y había salido en estampida de su maravillosa firma de libros. Cuanto más pensaba en ello, más divertido me parecía, y no tardé mucho en empezar a reírme. Me puse seria cuando recordé todo lo que le había dicho.

«¿Le he dicho de verdad que quería poner fin a todo?».

Mierda. Claro que lo había hecho. Oficialmente, era una idiota.

La columna de Jenson

El fin de semana pasado tuve una firma/lectura de un libro. Para aquellos que hayáis venido a apoyarme, gracias. Estar con vosotros siempre es un placer. Ese libro, Mia va a la playa, trata de una chica a la que amo. Una chica que me hizo sentir tanto amor como dolor. Pero, sobre todo, me dio esperanza. Apareció en mi vida cuando nadie creía en mí, y, a veces, eso es lo único necesario, aparecer. Volvió a aparecer el pasado fin de semana, en la lectura, y cuando me di cuenta de que estaba allí, todo se volvió bastante surrealista. Nunca hubiera imaginado que ella conociera esa historia de mis labios, sin embargo, allí estaba, escuchándola, como

lo hizo en innumerables ocasiones hace muchos años.

Y ahora me pregunto si va a aparecer de nuevo. Se dice que solo tenemos una oportunidad para cada cosa en la vida. Pero me encantaría demostrar que eso no es correcto.

La pregunta de la semana es de @LilouBlue: «¿Crees que siempre debemos seguir a nuestro corazón? ¿Tenemos la opción de no hacerlo?».

Respuesta: A veces las consecuencias de hacerlo son peores en la realidad de lo que lo son en nuestra mente. Cuando me divorcié, pensaba que lo había resuelto todo. Que podría ir en busca de esta chica, a la que había dejado escapar, y hablar o algo así. Pero cuando el divorcio se concretó, me encontré pasando todo mi tiempo libre con mi hija, porque no quería que le afectara que ya no viviera con ella. Entonces, cuando por fin tuve la oportunidad de ir en busca de esa chica, me la encontré en brazos de otro hombre. En ese momento me pregunté si valía la pena interrumpir su vida por un futuro que no estaba seguro de poder prometerle. Por tanto, dejé las cosas como estaban. Dejé que viviera. Creía que, después de todo, su corazón necesitaba el momento adecuado, y hasta ahora no he tenido demasiado suerte con el tiempo.

8

—Entonces, ¿os habéis vuelto a hablar?

Eso fue lo primero que me preguntó mi hermano cuando le comenté mi encuentro con Jenson y los escasos mensajes de texto y conversaciones que habíamos intercambiado a continuación. Habían tratado directamente sobre el trabajo, y una vez sobre comida. Eso no cuenta como posible acercamiento.

—No.

—¿Pero no acabas de decir que...?

—Los mensajes de texto no cuentan.

Rob se rio.

—¿De verdad piensas que hoy en día hay alguna diferencia?

—Obviamente.

—¿Es que no sabes que la mayoría de la gente mantiene relaciones a través de mensajes de texto?

—Sí, se llaman adolescentes.

—Los adultos también lo hacen.

—Robert, tú y todos los demás estáis haciéndoos ilusiones de que tal vez todavía tenga una oportunidad en lo que solo es una relación del instituto. Ya no somos gemelos.

Se rio con más fuerza.

—Lo siento. Eso es algo que no puedes evitar.

—Mamá debería haber esperado unos minutos más para parirme.

—Si lo hubiera hecho, podría haber muerto —me recordó. Nací a las once y cincuenta y ocho minutos, tres minutos después de Rob, así que me gustaba bromear sobre el hecho de que si nuestra madre hubiera esperado un poco más, no seríamos gemelos técnicamente. A Rob le gustaba decir que, técnicamente, nos habían parido a la vez. Porque le encantaba ser mi gemelo. Y no podía culparlo.

—La cuestión es que eso no significa nada, Jon Nieve.

—Tu obsesión con esa serie y ese personaje está empezando a volverme loco.

—Querrás decir tu obsesión con ese personaje, yo soy una chica Tyrion.

Emitió un sonido de disgusto.

—Cambiando de tema, ¿qué opina Elle de todo esto?

—Ella no ve *Juego de tronos*.

—Sobre Jenson, Mia. ¡Céntrate!

—Oh, nada. No lo sé. ¿Qué se supone que debe decir?

Rob se quedó en silencio un rato. Me imaginé sus cejas rubias arqueadas hasta el nacimiento del pelo.

—Ya no me extraña que me lo estés contando a mí.

—No es como si necesitara consejos o cualquier otra cosa —murmuré.

—Pero los quieres de todas formas.

Gruñí.

—No. No lo sé. Es decir, no es como si estuviéramos manteniendo conversaciones de verdad. Básicamente se trata de «¿Cuándo es la próxima sesión?», seguido por «No lo sé, Jenson. Te he dicho que te lo diría en cuanto lo supiera». Eso es todo, además me envía mensajes con fotos de alimentos a los que no respondo. Cambiando de tema, ¿qué tal con tu ardiente amante brasileño?

Rob se rio.

—Es fantástico. ¡Genial!

Juan Pablo se había trasladado a Santa Bárbara por Rob.

—¿Se lo ha contado a sus padres?

Hizo una pausa.

—Bueno... Los visitará dentro de un par de semanas, mientras yo voy a verte, así que supongo que lo sabremos después.

Rob me puso al corriente de los acontecimientos que habían ocurrido en casa: nuestra madre tenía ahora ocho orquídeas en el jardín, tres de las cuales todavía estaban vivas. Estaba ayudando a nuestro padre a proyectar una casa para uno de los jugadores de los Giants de San Francisco, y nuestro amigo, Víctor, había empezado a trabajar en una nueva firma de abogados en la que parecía que podría prosperar más rápido. Luego le hablé de las fotos que estaba haciendo y de lo que pretendía conseguir con ellas algún día.

Por fin, un par de minutos después, cuando me aseguró que alguien me daría la oportunidad de exponer mis fotos en una galería, y yo le dijera que Juan

Pablo volvería con él, al margen de lo que dijera su familia, colgamos. Permanecí en el apartamento durante un par de horas, dándome un atracón de programas de televisión que no necesitaba, antes de coger la bolsa de la cámara y salir. Me pasé el resto del día explorando otra parte de Central Park y haciendo fotografías de todo, desde hojas caídas a madres risueñas que mecían a sus hijos entre los brazos. Cuando el sol empezó a desaparecer detrás de los rascacielos, decidí fijar un día y regresar a casa para prepararme para salir con Millie. Ya no podía quedarme en casa, porque me pondría a pensar en Jenson, y tenía que hacer todo lo posible para no pensar en él. Salir de copas con Millie significaba que bebería y diría tonterías, y en ese momento eran dos de las cosas que más quería en la vida.

9

Después de hablar sobre su boda y de que estaba empezando a considerar la posibilidad de fugarse en vez de casarse, Millie regresó a su actividad favorita: reírse de mí.

—Sencillamente, no entiendo por qué insistes en seguir intentando parar taxis cuando hay más vehículos de Uber —dijo.

—He venido en tren.

—¡Solo porque te rendiste y dejaste de intentar conseguir un taxi!

—Quizá quisiera andar un poco.

Me lanzó una mirada incredulidad con los ojos entrecerrados.

—Por favor..., si ayer mismo te quejabas de lo insoportable que es este frío.

—¡Es que aquí hace un frío que pela! No puedo creer que la gente viva aquí de buena gana. —Hice una pausa cuando ella me miró de nuevo—. ¿Qué? Solo estoy aquí de forma temporal, luego regresaré a la soleada California. —Suspiré de forma dramática después de que esas palabras salieran de mi boca. Se rio.

—Estás loca. En serio, tienes que descargar esa estúpida aplicación.

—Esto es Nueva York, Mil. Además, ¡tú vas en tren todos los días!

—Sí, pero yo no me pierdo. Te bajas en las paradas equivocadas y te subes a los trenes que no debes. ¡Eres un desastre!

Traté de no reírme, pero Millie era muy graciosa. Subió las manos y se tiró de los rizos que le enmarcaban la cara.

—Soy un desastre, sí, pero un desastre contenido. En el mundo hay sitio para todo el mundo..., tú deberías saberlo. —Le guiñé un ojo.

—Niña, ninguna de las dos hace nada de forma contenida y lo sabes.

—Me gusta que sea así.

—A mí también. —Sonrió. Una sonrisa blanquísima, de anuncio de pasta de dientes. Tomé un sorbo de mi *gin-tonic* mientras esperaba que siguiera hablando—. De todas formas, ya sabes que a veces hago fotos en eventos y...

—No, no sigas —la interrumpí antes de que pudiera terminar la frase. Me había mencionado antes que podía ocuparme de los eventos que no pudiera cubrir, pero yo había decidido no hacerlo porque no quería saber más del tema.

—¡Mia!

—Ni hablar. No me he desplazado a un millón de kilómetros de casa, de mis amigos y familiares para acabar haciendo lo mismo que hacía allí.

—¿Y qué era eso?

—Ya sabes, el estilo de vida típico de una persona que se dedica a la fotografía. —Suspiré—. No estoy diciendo que no me guste hacerlo, o que no vaya a hacerlo otra vez en el futuro, pero quiero explorar más posibilidades. Tengo que recuperar los sueños que tenía en la universidad, la razón por la que decidí dedicarme a esto. Quiero colgar mis fotos en galerías y publicar un libro de imágenes que reflejen la vida del día a día, ya sea bonita o fea. Quiero...

—¿Quieres ser Diane Arbus?

Suspiré.

—Quiero ser Mia Bennett con un toque de Diane Arbus.

—Eso no va a pasar sin más, ya lo sabes.

—Soy totalmente consciente de ello, pero la cuestión es que sé que no va a ocurrir si sigo cubriendo reportajes o eventos familiares.

Millie tomó un sorbo de su mojito y me miró durante un buen rato. Por fin, se pasó el pelo oscuro y rizado por encima del hombro y sonrió.

—Es solo un trabajo. Te lo prometo.

—Mill... —gemí.

—Eres la única que puede sustituirme, Meep. Me marcho el viernes y no puedo arriesgarme a que vaya allí un capullo y lo estropee todo. Además, el reportaje se publicará en una revista, por lo que técnicamente tampoco se aleja tanto de tu objetivo. —Hizo una pausa antes de suspirar—. Si haces esto por mí, cuando vuelva de viaje hablaré con algunos de mis contactos para ver si están buscando nuevos talentos en el campo de la fotografía.

Eso captó mi atención. Sopesé mis opciones: las fotos del evento saldrían en una revista. Millie no era una aspirante a fotógrafa cualquiera. Se había hecho un nombre en la industria, y también me había conseguido el trabajo que estaba haciendo en la actualidad. El que me había dado la oportunidad de vivir aquí y explorar mis posibilidades, y que mis fotos pudieran colgar en una galería de

arte de Nueva York...

—Lo haré.

Su sonrisa se hizo más grande y feliz.

—Pero pagarás las bebidas de hoy —añadí.

Ella se rio.

—Lo que tú digas.

—Bueno, cuéntame algo sobre ese evento. ¿Tengo que ponerme un vestido largo?

Nos quedamos en el bar durante horas, hablando de la gala, del vestuario adecuado, de mi futuro libro de imágenes y la idea de la galería de arte, y llegamos a la conclusión de que podía incluir artistas locales. Más tarde, cuando estábamos esperando el Uber de Millie, mientras yo vomitaba mi odio por esa empresa y por lo aterradora que era, lo vi de nuevo. Había muchas personas a nuestro alrededor y podría habérmelo perdido. No supe si fue por el frío o por su presencia, pero se me erizó el vello de la nuca mientras estaba allí. Me sentí como si algo me obligara a volver la cabeza y, cuando lo hice, allí estaba, acercándose a nosotras con unos vaqueros que solo podían quedarle bien a él —o a un modelo—, unas botas y una cazadora de cuero sobre una camiseta de *Breaking Bad*.

Había inclinado la cabeza para hablar con el otro hombre, por lo que supe que no me había visto. Quizá ni siquiera lo habría hecho si no hubiera sido por el peso de mi mirada. Me di cuenta de que se quedaba a mitad de una frase cuando levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos, y sentí que la tierra se sacudía debajo de mí, literalmente. Tanto fue así que me agarré al brazo de Millie, con la mirada clavada en Jenson. Me contemplaba como si estuviera sobrecogido, como si por fin me viera después de muchos años. Como si acabara de descubrir un hada en un mundo de monstruos.

Recordé un momento en el que todavía estábamos empezando a salir y me presenté en un picnic familiar al que lo había arrastrado Patty, su madre adoptiva. Era en un parque precioso en las colinas, con vistas al mar. Sin saber qué debía hacer, me presenté con dos bolsas de patatas fritas y una Coca-Cola de litro. Hacía equilibrios con las patatas, la botella y el bolso cuando nuestros ojos se encontraron. Estaba apoyado en una mesa, hablando con su primo, pero cuando me vio, sus labios se detuvieron y abrió ligeramente la boca. Se enderezó y dijo algo que hizo que su primo girara la cabeza hacia mí. Durante un largo momento, nos miramos el uno al otro, con su primo entre los dos, probablemente preguntándose si estaríamos clavados en el suelo. Y así era, no

podía moverme, y me di cuenta de que él tenía un problema similar.

Cuando me miraba así, como si fuera lo único que veía, me resultaba difícil hacer algo. Se me cayeron las patatas, se me resbaló la botella de Coca-Cola de la mano derecha y se me deslizó el bolso desde el hombro al codo. El corazón se me había acelerado cuando por fin se acercó a mí y me ahuecó las manos sobre la cara después de detenerse delante.

—Has venido —dijo con un susurro.

—Te dije que lo haría.

—Pero aun así... Lo has hecho de verdad.

Me había contado que no le gustaban las reuniones familiares. No quería ni imaginar lo que debía de haber sentido cuando su madre lo abandonó con su tía. Intenté ponerme en su piel, pero el dolor de ser un hijo no deseado era demasiado para que pudiera soportarlo. Le sonreí mientras me pasaba los pulgares por los pómulos.

—Gracias por venir.

—Siempre iré donde quieras que vaya, siempre —le había dicho.

Traté de romper el contacto visual cuando me dio un vuelco el corazón, pero mi cuerpo se volvió solo hacia él, como si de alguna manera se hubiera provocado un cortocircuito en los cables de mi cerebro e hicieran lo contrario de lo que debían. Un tirón en el brazo me trajo de vuelta a la realidad, recordándome que eso había sido entonces y esto era ahora. Se había marchado sin mí, y yo me había quedado atrás con el corazón roto por su ausencia.

—Joder... ¿Ese no es...? —empezó a decir Millie, pero sus palabras se desvanecieron en el aire cuando él se acercó.

—Qué casualidad encontrarnos aquí —dijo Jenson, que me contemplaba como si solo tuviera ojos para mí.

—Hola.

Nos miramos durante lo que me parecieron unos minutos interminables antes de que empezara a hablar de nuevo y nos arrancara de la neblina que nos envolvía.

—Hoy mismo he recibido un correo de tu madre.

—¿En serio? ¿Sobre qué?

Sonrió.

—Sobre ti, la ciudad, lo que se puede hacer y cosas por el estilo.

Parpadeé con rapidez. ¿Cómo había conseguido mi madre su correo electrónico? Cuando salía con él, mis padres odiaban a Jenson. Hasta que lo dejamos, mi madre no empezó a tenerle aprecio, y solo porque un día se lo

encontró con Olivia, y verlo con una niña hizo que le perdonara todo. Negué con la cabeza. No podía creer que ella me hubiera traicionado. ¡Mi propia madre! Quizá debería haberle contado lo de ese estúpido libro, la firma y todo lo que había ocurrido allí.

—¿Sobre la ciudad? —pregunté, pero Millie se acercó y nos interrumpió.

—Jenson Reynolds..., ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Un año? —Él la miró antes de clavar en mí los ojos, sonriente.

—¡Hola! No me había fijado en que eras tú —repuso antes de darle un rápido abrazo. Ella se rio.

—Ni siquiera me habías visto.

—Me pasa a veces —reconoció mientras me lanzaba una mirada tan caliente que hizo que me sobrara incluso el jersey.

—Hola, soy Mia —me presenté, volviéndome hacia el hombre que acompañaba a Jenson. Él me observó con curiosidad, como si supiera algo que yo desconocía, lo que hizo que me sonrojara.

—Jeff —respondió, tendiéndome la mano antes de girarse hacia Millie para hacer lo mismo.

—¿Todavía sigues con...? —preguntó Jenson, que se interrumpió para arquear las cejas.

—Con Seth. Ahora estamos comprometidos. Vivimos en Park Slope.

—¡No jodas! Yo vivo en Dumbo.

Millie puso una expresión de sorpresa fingida.

—¿Quién lo iba a decir? Cómo ha ascendido el pequeño Jenson.

Él se rio entre dientes.

—Para que conste, nunca he sido «el pequeño Jenson» —protestó al tiempo que me lanzaba una mirada que provocó que mi corazón se acelerara.

—Bueno, ya ha llegado mi Uber. Tendremos que ponernos al día en otro momento. Me voy a la India el viernes, pero a ver si podemos quedar cuando regrese. Quizá podáis venir a cenar —sugirió mientras nos miraba alternativamente a uno y a otro. Yo abrí mucho los ojos. No podía ni responder a eso. Por suerte, Millie se acercó y me dio un abrazo—. Te quiero. Muchas gracias por hacer esto por mí. Eres la mejor de todos. Te enviaré el resto de la información en un correo electrónico y ya lo planificamos todo.

—Haré esas putas fotos —dije, dejando caer los brazos.

—¡Descarga la aplicación de Uber! —gritó mientras se subía a la parte trasera de un vehículo negro.

Le mostré el dedo corazón con una sonrisa, y ella se rio.

—No irás andando a casa, ¿verdad? —preguntó Jenson en tono de preocupación.

Negué con la cabeza.

—En metro.

—¿Sola?

Como pensé que era imbécil, miré a mi alrededor buscando a algún amigo imaginario.

—Evidentemente.

Se mordisqueó el labio inferior, y supe que estaba ocurriéndosele algo. Tenía esa mirada que ponía cuando estaba preocupado por mi reacción ante lo que estaba a punto de hacer o decir. La última vez que la vi, había sido cinco años atrás, cuando nos separamos, y no quería pensar en eso.

—¿Te vienes con nosotros a tomar una copa? —preguntó Jeff de repente.

Jenson curvó los labios y yo, estúpida de mí, quise lamérselos con los míos.

—Deberías —me presionó.

—Voy a tener que dejarlo para otro momento, pero gracias por la invitación.

—Solo una copa, Meep —insistió Jenson.

—No puedo —repuse mientras giraba la cabeza hacia la calle para que no viera el rubor que me cubría la cara.

—Vale. Voy a pararte un taxi —dijo al tiempo que iba hacia la calle.

—A ver si tienes suerte.

Se le subió la camisa mientras movía los brazos frenéticamente en el aire, y no pude más que mirar su abdomen, deseando que le hubiera crecido la barriga con los años. Era algo que no había podido averiguar cuando me encontraba con él. Seguía teniendo el vientre musculoso, por supuesto. Alcé la vista antes de que mi imaginación me traicionara.

«Es un imbécil, ¿recuerdas? Hace que te vuelvas loca e irracional».

Para mi sorpresa, al poco tiempo se detuvo un taxi amarillo. Jenson abrió la puerta mientras me despedía de Jeff. Justo cuando estaba a punto de entrar, me giré para darle las gracias, pero las palabras se quedaron trabadas en algún lugar entre mi cerebro y mi lengua. Solo pude mirarle la cara, que me parecía diferente ahora que no se afeitaba.

—Me gusta cómo te queda la barba —susurré.

—Gracias —repuso sin apartar los ojos de los míos, sorprendido por el cumplido.

El corazón comenzó a acelerárseme de nuevo, entrando en la zona de peligro. Estábamos muy cerca. Casi podía sentir el calor de su cuerpo; podría cerrar los ojos, inclinarme hacia delante y ofrecerle mis labios. Que me besara, que deslizara la lengua en mi boca...

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa —me pidió.

Asentí.

—Gracias por conseguirme un taxi.

—Ya he pagado.

—Ni siquiera sabes cuánto es hasta mi casa.

Se encogió de hombros.

—He hecho una estimación.

Lo miré durante unos instante.

—Me alegro de haberte visto.

Soltó una risa profunda y ronca.

—Mentirosa... —Traté de reprimir la sonrisa, pero no fui capaz y le saqué la lengua—. ¡Eh...! Que te he conseguido un taxi y te lo he pagado.

—Siempre tan detallista —repuse con un guiño.

—Siempre tan encantadora —replicó.

Le di la espalda y me metí en el taxi.

—Gracias, de verdad.

Solo asintió con la cabeza.

—Nos vemos en la próxima sesión.

Me despedí con la mano y me recliné en el asiento. Me daba la impresión de que el corazón quería saltar de mi pecho al suyo. «Otra vez no», me advertí. Sabía que si volvía a entregarle el corazón, no volvería a recuperarlo.

La columna de Jenson

Dicen que se tarda veintiún días en romper un hábito. Hace un millón de días que sostuve su mano con la mía y todavía espero dejar de sentir su contacto.

Eso me plantea una duda: ¿son costumbres que vale la pena perder? A veces, la respuesta no es simplemente sí o no. A veces, nos vemos obligados a tratar de romper una costumbre porque la vida es complicada, y sabemos que si tratamos de mantenerla, acabaremos sintiendo angustia. A pesar de que eres la razón del sufrimiento, no puedes soportar la idea de que otra persona sufra de nuevo. Así que

disimulas. Finges que has perdido ese hábito. Te engañas pensando que le has dado una patada a la adicción. Y crees que has conseguido convencerte de que has tenido éxito... Hasta que sientes de nuevo la tentación, y las apuestas están en todo lo alto porque tu mente lo recuerda todo. Tus sentidos lo recuerdan también. Tu corazón no ha olvidado.

Sin embargo, algunos hábitos sí vale la pena perderlos, como comprar donuts todos los domingos en Krispy Kreme, algo que esta semana estoy a punto de hacer. Son tentadores, son deliciosos, pero tengo que sacarlos de mi vida. He encontrado un lugar en Brooklyn donde venden donuts veganos que podrían sustituirlos. Quizá se me dé mal romper las costumbres.

Local: Dun-Well Doughnuts.

Veredicto de Jenson: Aprobado.

La pregunta de la semana es de @SidekickA7x: «¿Cuál es tu libro favorito?».

Respuesta: El principito.

10

Estaba en la esquina de Canal y Bowery, como dice la canción, haciendo una foto para enviársela a Estelle y Rob mientras esperaba a Jenson. Habíamos quedado con la pareja en cuestión en un pequeño restaurante chino que poseían. Según Jenson, «uno donde cuelgan patos». Me estremecí ante la idea cuando una ráfaga de brisa fría me envolvió.

—*I belong with you, you belong with me, you're my sweetheart* —cantó Jenson mientras se acercaba.

Mi corazón dio una voltereta mortal al oír el sonido de su voz, y su presencia me impactó como un puñetazo en el estómago cuando me di la vuelta para mirarlo. Me miró de arriba abajo y señaló el letrero donde indicaba «Canal y Bowery» como explicación a sus palabras. Como si la necesitara...

—Acabo de enviarles una foto a Rob y Elle.

—No sé si tu hermano lo pillará, nunca se aprendía las letras de las canciones.

Me subí la bufanda para ocultar la sonrisa, aturdida por completo de que recordara eso. Habíamos ido muchas veces juntos en el coche los tres, discutiendo sobre grupos mientras íbamos a cenar, cantando en voz alta camino de un concierto. Aquello había sido un elemento básico de mi vida, de la de todos en un momento dado. Suspiré mientras empujaba esos recuerdos al fondo de mi mente. Miré su informal atuendo: vaqueros, chupa de cuero negro y unas botas Timberland a juego.

—¿Tenemos que esperarlos? —preguntó, frotándose las manos y soplando entre los dedos.

Lo miré, pero desvié los ojos al instante. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente guapo? ¿Por qué? ¿Y por que tenía que actuar como una idiota cada vez que estaba cerca? Uff.

—Sí.

—¿Te pasa algo?

—No.

—¿Estás segura? —insistió, acercándose más, hasta que estuvo junto a mi costado derecho y el olor de la ciudad desapareció porque mis sentidos se vieron inundados por el suyo. Respiré hondo, solo una vez, antes de alejarme.

—Estoy segura.

—¿Tienes frío? —preguntó en un tono que prometía calor. Me estremecí y sacudí la cabeza mientras miraba a otro lado—. Quizá debería empezar a entrevistarte mientras esperamos.

Busqué sus ojos.

—¿Qué?

—Sí, ya te he dicho que quería hacerte una entrevista.

—¿Vas a dejar que te haga fotos?

Esbozó una sonrisa de medio lado. La forma en la que brillaron sus ojos hizo que me preparara para lo que fuera a decir.

—¿Por qué quieres hacerme fotos cuando podrías tenerme en persona?

—¡Ay, Dios mío! —Miré a otro lado y me cubrí de nuevo la boca, ahora para no reírme, pero cuando fue él quien soltó una carcajada, no pude reprimirme.

—Que sepas que es una de mis mejores frases.

—Y de las más cursis.

Sonrió.

—Ahora sé que no puedo usarla con una extraña. Es decir, si conociera a otra fotógrafa que quisiera hacerme fotos.

—Estoy segura de que eres un objetivo de *Macizos Leyendo* —afirmé, tratando de ignorar la forma en la que se me revolvía el estómago ante la idea de que alguien le hiciera fotos. En serio, tenía que superarlo. Seguro que cualquiera babearía ante una foto de él con un libro.

Se rio entre dientes.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Solo si te gusta mirar macizos leyendo.

Hizo una mueca, lo que provocó que yo soltara una carcajada, aunque me puse seria cuando nuestras miradas se encontraron. De repente, no podía recordar qué me había hecho tanta gracia, porque él me contemplaba como si hubiera llevado a cabo algo increíble.

—He echado mucho de menos tu risa —confesó, en voz tan baja que no estuve segura de si lo había querido decir para que yo lo escuchara. Sin

embargo, lo oí y me estremecí. En ese momento me sonó el móvil, interrumpiendo el momento. Respondí a la llamada y empezamos a andar hacia nuestro destino.

—Y tu sonrisa... También la he echado de menos —susurró Jenson a mi espalda, inclinándose hasta que sentí su pecho en la espalda y su boca cerca de la oreja.

Me estremecí contra él. Probablemente habría tenido alguna reacción más si no hubiéramos estado a punto de entrar en un lugar donde colgaban animales muertos y no hubiera sentido náuseas.

—¿Son conejos? —pregunté. Él asintió. Parpadeé—. No puedo entrar ahí —susurré con intensidad.

—No tienes que comértelos, Mia.

—¡Jenson!

Me miró de una forma que hacía mucho tiempo que no veía. La ternura que leí en sus ojos me hizo contener el aliento. Me puso la mano en el hombro.

—Yo estaré a tu lado. Si es demasiado para ti, dímelo y nos largamos.

Me dio un vuelco el corazón. No es que fuera vegetariana, pero ver aquellos animales colgando hizo que quisiera serlo. Me los podía imaginar perfectamente saltando a mi alrededor, vivitos y coleando. Cuando noté una segunda oleada de náuseas, moví la mano con rapidez para agarrarle el brazo a Jenson. Él puso otra mano sobre la mía y me la apretó. No lo miré, pero en ese momento necesitaba un contacto familiar, uno que me hiciera sentir que no iba a pasar nada, y él lo conseguía. Movié los dedos hasta enroscarlos con los míos, y se me detuvo el corazón. Levanté la vista hacia él, y vi que estaba mirándome. Entre nosotros pasó una corriente; hubo un océano de posibilidades en sus ojos, pero llegó acompañado de una oleada de certezas, que me hizo consciente de la realidad con rapidez.

—Esto no quiere decir nada —advertí en voz baja, apretándole la mano.

—Esto lo significa todo —protestó mientras abría la puerta.

Me sentía demasiado irritada conmigo misma para preocuparme por los animales muertos. Lo oí reírse a mi espalda, pero me negué a darme la vuelta. Hice fotos de Sue y Tom, y Jenson los entrevistó. Estábamos fuera en menos de una hora, lo que agradecí sobremanera, porque ya tenía las imágenes necesarias, aunque tendría que retocar el fondo por aquellas cosas indeseadas y no sabía cuánto tiempo más podría soportar estar allí, con los conejos muertos detrás de ellos, colgando cabeza abajo.

—No ha sido para tanto —dijo después de que saliéramos.

—Supongo que no. Gracias por hacer las preguntas con tanta rapidez.

—¿Estás de broma? Me sentía como si estuviera mirándome Bugs Bunny.

—¡Oh, Dios! Yo también.

Nos reímos mientras nos deteníamos en un semáforo en rojo.

—Menos mal... ¿Y ahora?

—A casa. Tengo que editar estas fotos y algunas más.

—Tengo que ir a buscar a Scout. —Sonrió cuando lo miré con expresión interrogante—. A Olivia.

—¿La llamas Scout?

—A veces.

Sonreí.

—Imagino que estarás pensando en una precuela, o lo que sea.

—Joder, no.

—¿No?

Negó con la cabeza mientras soltaba un suspiro que dejó una nubecilla blanca en el aire.

—Estuve discutiendo sobre eso con Jeff durante tres horas. No puedo volver a hacerlo.

Me reí.

—¿Jeff, el editor de la barba?

—De la barba... —Se rio—. Sí.

Me encogí de hombros.

—Ha sido lo primero que he pensado.

—Ya. Olivia también lo llama «Jeff, el de la barba».

—Es una barba muy llamativa.

Volvió a reírse, mientras me miraba con los ojos brillantes.

—No estoy seguro de que me guste que te hayas fijado en eso.

—Puedo fijarme en todo lo que quiera —repliqué poniendo los ojos en blanco.

Sus pupilas se oscurecieron, pero no añadió nada más. Su expresión era suficiente como para que supiera lo que opinaba de mi declaración. Seguimos andando juntos dos manzanas más, hasta que llegué a mi parada de metro; él tenía que avanzar un poco más para ir a la suya.

—Creo que nos vemos dentro de un par de días —me despedí, metiendo las manos en los bolsillos de la cazadora.

Torció la boca mientras asentía, como si ese pensamiento fuera genial. Luego dio un paso para detenerse delante de mí, bloqueando mi vista. Deslizó la mano por debajo de la correa de la bolsa de la cámara y me apretó el hombro con los dedos. A pesar de las dos capas de ropa que llevaba, sentí su contacto en los huesos. Contuve la respiración mientras retrocedía, intentando tragarme los nervios que burbujearan en mi interior. Me subió la correa más arriba y se inclinó hacia mí hasta que el vello de su cara me rozó la mía.

—Estoy deseando volver a verte —susurró. Me besó la mejilla y se incorporó de nuevo.

Me brindó una amplia sonrisa cuando se enderezó en toda su altura, y yo me quedé allí, paralizada por el contacto de sus labios en mi cara y las palabras que me había musitado. Me las arreglé para despedirme antes de doblar la esquina, y bajé por el hueco de las escaleras. Aunque sentí su mirada clavada en la espalda todo el rato.

La columna de Jenson

¿Os habéis detenido a considerar la cantidad de gente con la que compartimos el universo? En serio. Yo lo hice el otro día y me sentí más pequeño que una hormiga. Sin embargo, es un buen ejercicio cuando uno se siente abrumado. Cuando piensas que estás teniendo un mal día, porque has perdido el metro... y recuerdas que hay gente que no tiene metro que tomar. Algunas personas tienen que andar kilómetros para llegar a su destino. Otras, más bocas que alimentar que tú. Otros no tienen voz ni voto porque viven en países opresivos donde no pueden decir nada.

Vivimos en un buen país, Estados Unidos. A pesar de los problemas que tenemos, vivimos en un buen país. El mero hecho de que pueda escribir aquí nuestros problemas, y que, si quisiera, pudiera elevar una queja sobre todo aquello en lo que el gobierno debe mejorar, demuestra que vivimos en un buen país. Todo esto por haberle pagado el taxi a una chica. Porque mientras estaba sentado, preocupado por si había llegado o no a casa, me di cuenta de que tenía la casi total certeza de que lo había hecho (aunque lo verifiqué dos veces, por costumbre). ¿No es una suerte que en Nueva York tengamos tan buenos transportes públicos? Sé que a menudo nos quejamos de ellos, pero en realidad tenemos suerte. Nuestros taxistas pueden estar un poco locos, pero no menos que sus pasajeros, ¿verdad?

Es broma.

Jenson aprueba a Estados Unidos.

La pregunta de la semana es de @The_Review_Loft: «¿Cómo describirías el #amor en menos de 140 caracteres?».

Respuesta: Como si alguien estuviera apretándote el corazón, pero no quisieras que te lo soltara porque entonces el dolor sería todavía peor.

11

—Creo que estás a punto de enamorarte otra vez de él —dijo Estelle cuando la puse al corriente de todo lo que estaba ocurriendo con Jenson.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué se te ha ocurrido tal cosa?

—Porque te conozco.

—No digas tonterías. Nadie se va a enamorar de nadie. Solo tenemos que aguantarnos durante un par de meses, luego todo volverá a ser como era antes.

—¿Tú odiándolo y él tratando de volver contigo?

Hice una pausa mientras dejaba en la mesa el vaso de agua.

—Jenson no estaba tratando de volver conmigo.

Una tos llenó la línea telefónica.

—¿Lo estás diciendo en serio?

Hice otra pausa. Él no había tratado de que volviéramos a salir. ¿Acaso se había acercado a mí después de marcharse a Nueva York? No. ¿Lo habría ignorado si fuera así? Claro. Pero él no lo había intentado.

—Solo quería hablar conmigo porque quería que le perdonara —dije.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has dejado que te lo explique.

Suspiré.

—Porque lo sé. Lo conozco. Lo conocía. Lo conocía, en pasado. Ahora no sé cómo coño es.

Estelle se rio.

—La gente no suele cambiar mucho.

—No, pero él sí. Ahora habla mucho. ¿Recuerdas lo callado que solía ser?

Elle volvió a reírse.

—Nunca ha sido callado, a menos que te refieras a que ahora le guste hablar sobre sus sentimientos.

—Supongo que sí.

—Quizá, dado que escribe mucho en la columna sobre su vida, ¿podría terminar hablando sobre sus sentimientos?

—¿No escribe ya sobre sus sentimientos?

—No en particular —dijo. Casi la vi fruncir el ceño—. Pero sí lo hace sobre su vida amorosa.

Lo último que quería era leer sobre la vida amorosa de Jenson. Por eso había dejado de leerlo, aunque acababa de decidir que iba a conseguir ya un ejemplar del periódico. Solo esperaba que ese día no escribiera sobre otra mujer. Se me revolvió el estómago ante la idea.

—Bueno, da igual. No es así. Solo tenemos que fingir que nos llevamos bien delante de las parejas a las que estamos entrevistando.

—Ajá...

—Lo he dicho en serio.

—Mía, que fueras a Brooklyn demuestra mi impresión, y que asistieras a la lectura del libro, más.

Jadeé.

—Ha escrito un libro con mi nombre. ¡Sobre una chica que se parece a mí!

Se rio.

—No he dicho que hayas cometido un error al hacerlo, probablemente yo habría hecho lo mismo. Solo que todo esto me hace pensar que vas a volver a enamorarte de él.

Seguimos hablando un rato más y, cuando colgó, sus palabras siguieron resonando en mi mente.

«Creo que vas a volver a enamorarte de él». Algunos podrían argumentar que nunca me había enamorado de él, pero yo no creo que uno pueda enamorarse y desenamorarse a su antojo, te enamoras y listo. Y yo no estaba enamorada de Jenson. Me lo repetí un montón de veces mientras iba en el metro, y luego mientras estaba sentada en un banco del parque que me ofrecía una imagen perfecta de la ciudad. Durante un rato, vi pasar a gente, madres con sus hijos, padres con sus hijos, familias unidas, gente corriendo con alguien. En el momento en el que empecé a pensar en lo que me faltaba, el universo encontró la forma de invocar su cara. De repente, todos los niños de Nueva York tenían unos brazos para que los acunaran, y todas las parejas estaban enamoradas. Suspiré, y ajusté el obturador mientras observaba al sin techo que intentaba dormir un par de bancos más allá.

Mi mirada se encontró con la de él, mientras en la acera de enfrente multitud de personas recorrían la acera. El eco de sus pasos apresurados hacía vibrar el asfalto debajo de mis pies. No llevaba fuera ni la hora del almuerzo, y de

todas formas me había quedado cerca de casa, por lo que estábamos demasiado lejos para que nadie pudiera analizar nuestro aspecto. Me entristecía más de lo que me intrigaba. Todos los sin techo que había visto cargaban mucho dolor. Las personas sin hogar de los parques, del metro, se habían convertido en uno de mis temas preferidos, pero hasta este momento todos me habían ignorado. Nunca había dejado de pensar en ello, sabiendo que incluso yo misma debía de mostrar dolor en la cara. Hasta los hombres de negocios con más éxito parecían tristes y cansados. En conjunto, todos parecíamos enfermos. Parecíamos hartos de estar enfermos. Enfermos de estar cansados. Enfermos por quedarnos sin hogar y desamparados. No importaba que no tuviéramos razones para sentirnos de esa manera. No se necesitaba mucho para hacer que nos sintiéramos tristes y poco apreciados.

Solté un suspiro y luego me dejé llevar por el momento; supe que tenía que mostrar al mundo lo que había tenido delante de las narices todo el tiempo.

12

La mañana del martes me dirigí a casa de Cassie y Logan. Vivían en Brooklyn. Concretamente en Dumbo, Brooklyn, que era donde Jenson había dicho que vivía. En el trayecto hasta allí, casi contaba con encontrarme una escultura del elefante de Disney, pero perdí cualquier rastro de esperanza en el momento en el que el taxista aplastó mi sueño, contándome lo que representaba Dumbo realmente. Fue lo primero que le dije a Jenson cuando me reuní con él delante de la dirección convenida. Levantó la vista del bloc de Spiderman y sonrió mientras se apartaba del muro. Había intentado no sentir nada, había intentado sofocar cualquier atracción al ver su rostro cubierto por aquella barba incipiente y el cuerpo tonificado que se adivinaba por debajo de la camisa de manga larga que llevaba.

—Pensaba que odiabas esa película —dijo mientras íbamos hacia las escaleras.

—Y la odio, pero aun así...

Se rio al tiempo que movía la cabeza.

—¿Sabes qué otra peli no me gusta? —pregunté, inclinando la cabeza a un lado para mirarlo mientras llegábamos al descansillo de la segunda planta. Me lanzó una mirada interrogante.

—Spiderman. —Clavé los ojos en su bloc de notas. Él se rio.

—Es que este cuaderno me lo regaló mi hija por mi cumpleaños, y me siento muy orgulloso de usarlo para un trabajo tan importante.

—Nunca te había imaginado tan suelto en temas románticos.

Me lanzó una mirada ardiente.

—Algunos dicen que no escribo otra cosa.

Sentí que me ardía la cara, porque parecía insinuar que era por mí, como si yo no supiera la verdad...

—¿Porque hablas sobre tus citas en la columna?

—Si crees de verdad que en mis columnas solo hablo de mis citas, tu

comprensión lectora hace aguas.

Solté un suspiro de alivio cuando llegamos al piso de Cassie, y llamé a la puerta.

—¿Te gusta entrevistar a la gente? —pregunté en un susurro mientras esperábamos.

Asintió.

—Te sorprendería lo que se averigua haciendo las preguntas correctas.

En mi interior, algo se agitó sin control. Me aclaré la garganta mientras rezaba por que Cassie abriera de una vez.

—Me alegro.

—¿Sabes lo que me gustaría de verdad? —añadió en un tono tan profundo que me derritió las entrañas, aunque la mirada en sus ojos era muy seria.

—¿Qué? —susurré.

—Entrevistarte a ti.

Lo miraba boquiabierto justo cuando la puerta se abrió. Una mujer rubia y alta con los ojos azules, que vestía unos vaqueros y una preciosa blusa amarilla, apareció sonriente al otro lado.

—Hola, soy Cassie —se presentó mientras apoyaba una mano en el marco y me tendía la otra. Cuando se la estreché, la noté delgada y frágil. Luego hizo lo mismo con Jenson y nos invitó a entrar antes de cerrar la puerta con un golpe de cadera.

—¡Logan! ¡Ya están aquí! —gritó.

Cassie se movía con la gracia de una bailarina. Cuando accedimos al piso, dejé que mis ojos vagaran por aquel enorme espacio. Solo entonces me di cuenta de que era un ático, con una cocina inmensa que ocupaba casi la mitad de la superficie y un salón immaculado. Todo el espacio estaba decorado en tonos azules y blancos. Donde los sofás eran blancos, las paredes azules. Y donde las sillas eran azules, las paredes blancas.

—¿Os gustaría beber algo? ¿Café? ¿Zumo? ¿Agua? —preguntó mientras rodeaba la isla de la cocina hacia el lugar donde estaba la cafetera. Se trataba de una de esas máquinas de Nespresso, con acabado en cromo mate, que parecía apropiada para abastecer a una cafetería pequeña.

—Un café, por favor —pedí con los ojos clavados en la máquina. Ella sonrió.

—Logan me la regaló el mes pasado, por mi cumpleaños. No sé cómo he logrado sobrevivir tanto tiempo sin ella.

—Creo que añadiré una en mi lista de regalos de Navidad —dije.

Jenson hizo un sonido entre tos y risa. Le lancé una mirada que hizo que se enderezara y que tratara de esforzarse todavía más para ocultar su diversión. Me senté en uno de los taburetes mientras Cassie preparaba el café (por supuesto, Jenson también quiso uno).

—Así que has venido desde Santa Bárbara y te quedarás solo un par de meses, ¿verdad? —preguntó Cassie después de que empezáramos a hablar de Nueva York y el frío que hacía aquí.

—Me han contratado como fotógrafa *freelance* para el especial que están haciendo, en parte porque publiqué un artículo similar para una revista local en mi ciudad. A menor escala, por supuesto.

Ella asintió y miró a Jenson.

—¿Y tú? ¿También estás en la Gran Manzana de forma temporal?

Me moví en el asiento para mirarlo por encima de la taza de café.

—No. Yo vivo en Nueva York. Escribo artículos para el periódico cuando me los encargan. Uno de mis mentores es editor jefe allí, así que cuando me dan algo, acepto, a no ser que esté demasiado agobiado de trabajo.

—También escribe libros para niños —informé, sabiendo que él no diría ni mu. Jamás había sido de los que se echan flores.

—Guau... —dijo Cassie, con una expresión de sorpresa.

—Y una columna en la edición dominical de *The Times* —añadí, sonriéndole.

Ella miró a Jenson de nuevo con algo más de admiración.

—Me resulta impresionante.

Todavía seguía sonriendo cuando volví a mirarlo, pero también parecía sorprendido. Su expresión hizo que mi corazón tartamudeara. No supe si estaba enfadado conmigo por haber proporcionado toda esa información, por parecer impresionada por ella o porque estaba anonadado por el hecho de que lo supiera. Fuera por lo que fuera, hizo que dejara de sonreír. Bebí otro sorbo de café.

—¿Por qué quieres regresar a casa, Mia? ¿No podrías conseguir un trabajo a tiempo completo en la revista?

Me encogí de hombros.

—Quizá...

Ella sonrió.

—¿Acaso tienes a un novio en casa esperándote?

Me reí.

—No me espera ningún novio, pero sí un trabajo.

—¿De verdad no tienes novio? —preguntó, mientras me miraba con curiosidad. Después esbozó una sonrisa de oreja a oreja como si eso le hubiera dado alguna idea—. Pues tengo un hijo que te vendría como anillo al dedo —dijo.

Por costumbre, clavé los ojos en Jenson. Al ver la forma en la que apretaba los dientes, supe que no le había gustado nada aquella sugerencia, y tuve que reprimir una risita cuando volví a mirar el rostro serio de Cassie.

—¡Lo digo en serio! No es mal tipo; solo que trabaja demasiado. Sin embargo, estoy segura de que serías un buen partido para él.

Me reí de nuevo, porque no se me ocurrió nada más, y no era que ella supiera algo sobre mí para hacer esa suposición. De pronto, nos miró con atención a los dos.

—A menos que vosotros seáis... ¡Oh, Dios mío! Lo siento —se disculpó con una risita.

Volví los ojos hacia Jenson y luego otra vez hacia Cassie, y, al entender lo que quería decir, empecé a sacudir la cabeza.

—¡Oh, no! No estamos saliendo. —Hice una pausa y me reí de nuevo—. Pero tampoco estoy buscando novio ni nada de eso.

—Ah... Bueno, pero no tienes por qué salir con mi hijo en serio. Aunque es un buen cicerón, puede enseñarte la ciudad y así os conocéis. Tiene treinta y un años y trabaja como asesor financiero. Vive en Manhattan... Me has dicho que tú también, ¿verdad?

Asentí.

—Sí, en Chelsea.

La vi entrelazar los dedos.

—A ver si encuentro una foto de él. Espero que, mientras tanto, Logan termine de hablar por teléfono.

Se alejó, algo aturdida, y yo permanecí allí sentada, atónita por todo lo que acababa de ocurrir. Después de un largo y silencioso momento, sacudí la cabeza con una risa.

—Pobre tipo, me pregunto con cuántas mujeres habrá tratado de emparejarlo.

—¿Ocurre mucho? —preguntó Jenson.

El tono mordaz de su voz me sorprendió, y lo miré de reojo.

—¿El qué?

—Que las madres traten de que salgas con sus hijos.

Fruncí el ceño mientras escudriñaba su cara seria. Todavía tenía los dientes apretados, y por la forma en la que tensionaba los antebrazos al apretar la taza entre las manos, supe que estaba irritado, aunque trataba de contenerse.

—A veces —reconocí con un encogimiento de hombros.

Él negó con la cabeza antes de desviar la vista hacia otro lado. Luego se levantó para llevar la taza al fregadero. Yo seguía sosteniendo la mía entre las manos y miraba el café que quedaba en el interior mientras me preguntaba por qué demonios tardaba tanto Logan. Quería terminar esta entrevista de una vez. Di un salto cuando sentí el aliento de Jenson en la nuca.

—¿Qué haces? —pregunté en voz baja. Sostuve la taza con más firmeza, tratando de reprimir un escalofrío.

Se inclinó y me acarició con la mano el costado del brazo desde el hombro hasta que llegó a la mano, donde cerró los dedos sobre los míos.

—Cogerte la taza —explicó con una voz grave y profunda, muy cerca de mi oído.

Tragué saliva.

—Tal vez no he terminado todavía.

—Quizá nunca termines —replicó justo al lado del lóbulo de la oreja, tan cerca que sentí sus labios contra la piel.

Cerré los ojos mientras trataba de recuperar el aliento. Tragué de nuevo.

—¿Qué estás haciendo, Jenson? —susurré.

—¿Qué quieres que haga, Mia? —musitó.

—No quiero que hagas nada.

—Entonces no estoy haciendo nada —dijo bajito.

Solté la taza y alejé la mano de su alcance. Él la cogió y, cuando la llevó al fregadero, ya no pude sentir el calor de su cuerpo contra la espalda ni su aliento en la nuca. Pero tampoco así podía respirar lo suficiente, porque a pesar de que me había dado el espacio que pensaba que necesitaba, habría renunciado por completo a respirar si eso significaba seguir sintiendo todo lo que había percibido durante esos dos segundos.

Cassie volvió entonces, y buscó en el móvil algunas fotos de su hijo, Carson. Era un tipo guapo, y me lo imaginaba perfectamente trabajando en bolsa, pero de repente la idea de que otro hombre me mostrara la ciudad ya no me parecía demasiado atractiva.

—Llámallo, y punto —me animó Cassie, entregándome una tarjeta—. Hablaré con él de ti, pero créeme, se sentirá encantado de hacerte de guía. Eres su tipo.

Bajé la vista a su tarjeta, blanca y con letras negras que informaban sobre el puesto que ocupaba en la empresa en la que trabajaba. Era tan aburrida que... Alcé la mirada y mis ojos se encontraron con los de Jenson, que observaba todo el intercambio en silencio.

Él no abrió la boca durante el resto del tiempo que permanecimos allí, salvo para hacer las preguntas cuando llegó Logan, mientras yo hacía las fotos. Al despedirnos, Cassie volvió a recordarme a su hijo.

—No es tu tipo —aseguró Jenson cuando ya estábamos bajando las escaleras para salir a la calle.

Lo miré fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé quién es tu tipo.

—Y piensas que mi tipo eres tú.

—Lo sé.

Puse los ojos en blanco mientras giraba en el rellano para bajar otro tramo.

—¿Porque estuvimos saliendo?

—No. Porque soy el tipo de todo el mundo. —Sonrió.

Le di una palmada en el brazo.

—Tu modestia es abrumadora. Y recuerda: nosotros solo somos amigos.

Él se rio al tiempo que me abría la puerta.

Cuando estuvimos fuera, me cerré la cremallera de la cazadora y me estremecí. Los copos de nieve caían despacio sobre nosotros. Nunca había visto nevar. Aunque había nevado durante el fin de semana, cuando me desperté, una capa blanca cubría ya las calles. Ver las pequeñas motas flotando en el cielo me arrancó una sonrisa. Alcé la cabeza y elevé la mano para coger algunos copos entre los dedos.

A pesar de que no me gustaba el frío, tenía que admitir que ver nevar tenía algo de magia. Cerré los ojos sin dejar de sonreír para sentir cómo caían sobre mi cara. Cuando abrí de nuevo los párpados y bajé la cabeza, solté un suspiro, pero mi sonrisa no desapareció. Jenson me contemplaba con una especie de ternura, con los labios un poco curvados, de esa forma en la que me miraba a menudo cuando pensaba que no estaba viéndolo.

—¿Haces eso cada vez? —preguntó en un tono tan suave que me cogió por

sorpresa.

Negué con la cabeza.

—Es la primera vez que veo nevar.

Se puso el bloc debajo del brazo y dio un par de pasos hasta que se detuvo justo delante de mí, y tuve que levantar la cara para mirarlo. Durante unos instantes, solo nos estudiamos. No sentía mis labios, pero estaba segura de que pronto los calentaría con los suyos. Esa idea me aceleró el corazón... Me palpitó con fuerza. Esperé... y esperé. De repente, me agarró la parte delantera de la bufanda.

—Vamos a almorzar, *amiga* —dijo, haciendo hincapié en la última palabra.

—Vamos —convine al tiempo que le devolvía la sonrisa.

Solo era un almuerzo. Solo éramos amigos. Podía soportarlo.

Avanzamos un par de manzanas y adelantamos a un grupo de personas que estaban soltando globos. Me detuve y les hice algunas fotos.

—Lo hacen todos los fines de semanas. Meten en los globos todo aquello que quieren dejar a un lado.

—¿Igual que con las linternas de papel japonesas?

Jenson asintió y se dio una palmada en el bolsillo de los vaqueros. Sacó un cigarrillo electrónico y aspiró una calada después de encenderlo.

—Anda... Has dejado de fumar.

Buscó mis ojos.

—Sí. Rara vez recorro a esto, pero a veces necesito tomar medidas desesperadas.

—¿Te gusta?

—Solo cuando mi ansiedad alcanza cotas irreprimibles... y cuando hace frío.

Volví a mirar a la gente, y llamó mi atención un chico en particular. Calculé que tenía unos quince años, y parecía que necesitaba un abrazo. Me acerqué para hacerle una foto tras otra, hasta que por fin guardé la cámara. Continué observándolo desde lejos, deseando tener valor para ofrecerle mi apoyo.

—Siempre te quedas pillada por la gente rota —comentó Jenson. Tenía una mano dentro del bolsillo y con la otra sostenía el cigarrillo.

—Tú sabrás... —No me miraba, pero noté cómo fruncía los labios—. Quiero hacer eso un día —dije, mirando los globos que flotaban en el aire una última vez antes de volver a caminar de nuevo.

—¿No crees que ya has dejado a un lado cosas suficientes? —preguntó.

Solté una risita. Lo raro era que estábamos hablando de eso de forma natural, como si no hubiera alterado toda nuestra vida.

—Siempre hay algo que dejar a un lado —afirmé.

—Y siempre hay algo nuevo que aprender.

En ese momento, cayó entre nosotros un cómodo silencio hasta que llegamos a un pequeño restaurante. Cuando nos sentamos a una mesita cerca de la cocina, abrió el cuaderno y anotó algo.

—¿Sueles hacer eso en las citas? —pregunté. Él levantó la cabeza y buscó mis ojos antes de sonreír—. No quiero decir con eso que esto sea una cita —añadí—, solo tengo curiosidad por saber si, cuando sales por ahí, también vas tomando notas.

Se rio entre dientes.

—En realidad no.

—¿Qué has apuntado?

—Algo que se me ha ocurrido hace un momento, y he tenido que anotarlo, eso es todo.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Sonrió.

—¿Por qué tienes tanta curiosidad?

Le estudié la cara, los labios, la barbilla, la mandíbula, los pómulos, los ojos llenos de malicia...

—Tienes razón. Lamento haber insistido, *amigo* —me disculpé, haciendo hincapié en la palabra, como él antes.

Se rio entre dientes.

—Oh, vale... Supongo que, después de todo, voy a tener que responderte.

Me encogí de hombros y cogí el menú. Mientras el camarero nos llenaba los vasos de agua, empecé a hacer un profundo análisis de la carta.

—Estoy trabajando en una historia que no sé si publicaré alguna vez.

—¿Por qué?

—Porque es una historia diferente a las que suelo escribir, y los editores no acostumbran a arriesgarse a la hora de innovar si no saben si van a ganar dinero.

—Mmm... ¿De qué se trata?

—Es una historia romántica... O algo así —confesó, y luego se echó a reír al ver mi expresión de asombro.

—Bueno, siempre se te han dado bien los poemas, así que... —Me encogí

de hombros.

—No escribo uno desde... —se interrumpió; apartó la vista, aunque volvió a mirarme al instante con unos ojos turbulentos que examinaron mis rasgos con intensidad— hace años.

«¿Cuántos años?», quise preguntarle, aunque no lo hice. Seguramente él deseaba que lo hiciera. Menudo cabrón...

Miré a un lado.

—Una historia de amor es algo inusual en ti, sin duda —convine finalmente.

—Eres peor que mi agente —afirmó, riéndose entre dientes.

—¿Y qué te dijo ese tipo cuando se lo contaste?

—Típa, es una mujer —me corrigió—. Dijo que era una estupidez.

—Sin embargo, has continuado escribiéndola.

—Sí, sin embargo, he continuado con ella —confirmó con una sonrisa.

—¿Qué es lo que ocurre en ese romance? ¿Acaban juntos?

—Quizá sí... —Se encogió de hombros—. Quizá no... Supongo que el tiempo lo dirá.

—¿El tiempo de la historia o el tiempo en tu cabeza?

Me miró de una forma que hizo que me hormigueara la piel.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Eres el autor, dímelo tú.

—Bueno, técnicamente la historia está dentro de mi cabeza, por lo que es irrelevante cualquier otra cosa. A menos que muera antes y no la haya terminado.

—¿Qué pasaría entonces?

—Nunca se publicaría.

Sonreí.

—A menos que alguien encuentre el archivo y decida publicarla de todas formas.

—En cuyo caso, sería mejor que buscaran a un buen negro para terminarla —soltó, parpadeando ante la idea. Sonreí porque tenía un aspecto adorable cuando su cara reflejaba tanto asombro—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Espero que no mueras, y que termines esa historia para que pueda leerla.

Permaneció en silencio durante un buen rato.

—Podría leértela yo mismo.

—Mmm..., no. Gracias, pero no.

La comida llegó perfectamente sincronizada con el silencio que se extendía entre nosotros. Hablamos de nuestros amigos, de nuestro hogar, de Nueva York y de cualquier cosa que no nos hiciera salir de la zona de confort. Algunos años antes, habría apostado todos mis ahorros a que esta escena sería la situación más incómoda del mundo, aunque mientras estaba allí sentada, pensé que no estaba nada mal. Hizo que me diera cuenta de que cada uno entra en contacto con mucha gente a lo largo de su vida, pero siempre está ese puñado de personas especiales, con las que no tienes que hablar a cada segundo ni ver todo el tiempo, sin embargo, cuando coincides con ellas es como si no hubierais pasado tiempo separados. Algo que hace que nos sintamos normales en este mundo cruel y loco. Supuse que Jenson era uno de mis especiales. Entonces supe que siempre lo sería, a pesar de todo lo que nos había ocurrido o de lo mucho que quisiera que las cosas fueran diferentes. Quizá sí que podríamos ser amigos.

—¿Estás libre el sábado por la noche? —preguntó, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Por qué?

—Es que quiero llevarte a un sitio.

La forma en que me miraba hacía que dudara de la posibilidad de ser amigos. Hacía que quisiera decirle que sí. Todo me impulsaba a aceptar. Suspiré y tomé un sorbo de vino.

—Ando muy liada. Tengo que hacer fotos en un evento para Millie.

—¿Qué tipo de evento?

—Una gala o algo así. Lo cierto es que no estoy segura. Tengo que leer el correo en el que me envía toda la información. Es en la biblioteca pública.

—No me digas... —dijo Jenson, arqueando las cejas—. ¿El sábado?

—Sí.

Hizo otro sonido que no significaba nada antes de volver a concentrarse en la carne. Seguí lanzando miradas de reojo a su cuaderno, y se dio cuenta, porque en un momento dado se rio y negó con la cabeza.

—¿Cómo se llaman los personajes? —pregunté sin poder evitarlo.

Hizo un gesto con la boca.

—Mía y Jenson.

Me sorprendió ser capaz de mantenerme en silencio. Entonces me fijé en que le temblaban los hombros por la risa, y puse los ojos en blanco al tiempo que apretaba los labios para no reírme.

—Idiota.

—¿Y si estuviera hablando en serio? —Sonreía de medio lado, de esa forma que me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Bueno, si es así, para empezar, creo que voy a tener que cobrarte una tarifa por usar mi nombre. Y en segundo lugar, te voy a ahorrar un dolor de cabeza y te diré en este momento cómo termina esa historia.

La sonrisa desapareció de su rostro. Apartó el plato a un lado y apoyó los codos en la mesa. Solo se echó hacia atrás para permitir que el camarero se llevara los platos antes de volver a inclinarse hacia mí.

—Ilumíname, pues: ¿cómo termina esa historia?

Sus piernas rozaron las mías por debajo de la mesa y me puse rígida al tiempo que contenía el aire. Tragué saliva, tratando de recuperar la compostura.

—Bueno. Te diré cómo creo yo que termina si me dices cómo crees tú que termina.

Después de estar un momento escudriñando mis ojos y entrecerrando los suyos, asintió con la cabeza.

—Creo que termina con dolor —dije.

—¿Para qué personaje?

—Para el de ella. —Hice una pausa mientras él me seguía observando—. Para los dos —corregí.

—¿De qué tipo de dolor estamos hablando? ¿Muere alguno de los dos? ¿Uno de los dos se marcha?

—Uno de ellos se marcha.

—Esa parte ya la he escrito. Ahora voy por donde uno de ellos regresa y vuelven a encontrarse. —No podía decir nada, y él lo supo, así que continuó —: Se fue, se casó con otra mujer y se separó, ahora intenta volver con la primera...

—Pero ella no le deja —repliqué.

—No, no le deja. —Hizo una pausa—. Por ahora no.

—Y si finalmente lo hiciera, tendrían que volver a separarse, ya que viven en lugares muy, muy lejanos.

Jenson se rio entre dientes.

—Mía, esto no es un cuento. No hay ningún lugar muy, muy lejano.

Asentí.

—Vale... Solo un estado muy lejano.

—Pero él lucha para retenerla.

—Y ella no lo escucha, se marcha de todas formas.

Me lanzó una sonrisa triste e hizo tamborilear los dedos sobre la revista. Miré su mano, la calavera que tenía en el dedo y las palabras que había debajo: «Dejé, mi, dolor». Aparté la vista y miré la mesa intentando leer el resto: «y, pasé, página».

—Entonces, ¿cuál es tu conclusión? —pregunté mientras volvía a mirarlo a los ojos.

Me recorrió de arriba abajo con la mirada, deteniéndose durante un buen rato en algunas partes específicas: mi cuello, mis labios, mis pupilas. Por último, esbozó una lenta sonrisa que habría hecho que me derritiera delante de él si la realidad de nuestra historia no hubiera sido otra. Me alimenté con esa sonrisa y esperé, inclinándome hacia delante en mi asiento mientras esperaba. Cuando me tuvo donde quería, se acercó todavía más, hasta que su boca estuvo justo al lado de mi oreja.

—Las verdaderas historias de amor no terminan nunca —susurró.

13

«Las verdaderas historias de amor no terminan nunca».

Las palabras se convirtieron en un ingrediente más que añadir al burbujeo que notaba en mi interior. Sin embargo, no pensaba dejar que me afectara. También me negaba a permitir que me dijera quién era o no mi tipo. Ya no podía influir en mí de esa forma. No iba a comerme el coco con el pensamiento de que él era el único hombre para mí. ¡Que se jodiera! No tenía un tipo específico. Había habido muchos chicos de todas clases y orígenes, con multitud de trabajos distintos después de que él y yo nos separáramos. Evidentemente, ninguna había sido un éxito. Al menos si se entendía como éxito que las cosas terminaran con un para siempre. Esos eran los pensamientos que flotaban en mi mente y que finalmente me llevaron a llamar a Carson. Solo lo hice porque Millie me aconsejaba que fuera acompañada al evento del sábado, y no tenía a nadie a quien pedírselo. Era evidente que a ella le encantaba ponerme en situaciones incómodas, así que lo llamé y le pregunté. Accedió y quedamos en que me recogería a las siete.

Lo único que me faltaba era ir de compras. Llamé a Estelle de camino a la tienda para comentar con ella los últimos acontecimientos. Se rio a carcajadas de mí cuando le conté que había llamado a Carson y le había pedido que me acompañara a una gala.

—No me puedo creer que hayas llamado a un desconocido y le hayas pedido que vaya contigo.

—Ya, bueno... Pero me ha dicho que sí —respondí con una risita—. Y es muy guapo.

—Si tú lo dices...

—¡Lo digo en serio! ¡Búscalo en LinkedIn!

Se volvió a reír, y por el sonido histérico de su risa parecía a punto de

llorar.

—¿Tienes una cita a ciegas con alguien que está en LinkedIn?

—Tú te has casado con un hombre que también está, ¡así que deja de cachondearte, anda! —Hice una pausa—. Por Dios, Elle, ya no somos *hipsters*.

Se hizo el silencio en la línea.

—¿Tú crees? —preguntó finalmente.

—Lo sé. Se acabaron definitivamente esos días cuando decidiste casarte con un maldito médico.

—Pero está muy bueno, hace surf y lleva un moño.

Me reí.

—Bueno, quizá tengas razón.

Esa era una de mis metas en mi objetivo, si alguna vez lograba alcanzarlo. Quería demostrar que todos éramos iguales con independencia de la etiqueta que nos pusiéramos los unos a los otros. En realidad, nadie se definía a sí mismo: a menos que quisiéramos escapar, eran otras personas las que lo hacían. Se lo comenté a Elle, y estuvo de acuerdo en que era una brillante reflexión. Después de discutir sobre a qué tienda debía ir a comprarme el vestido, terminé en Neiman Marcus. Me probé más de diez vestidos y le envié a Estelle fotos de todos y de los zapatos a juego. Al final, salí con un modelo con cola de sirena que costaba más que un plazo del coche. Pero me sentía preciosa con él puesto y solo por eso valía la pena el precio.

—¿Crees que es demasiado formal? —le pregunté a Millie por Skype esa misma noche.

Ella negó con la cabeza mientras lo miraba.

—No, es perfecto. Por lo general todo el mundo lleva vestido largo y negro. El año pasado me puse uno amarillo sin espalda. Todo el mundo hace lo posible por llamar la atención, lo que suele ser muy divertido. A algunos hombres les da por llevar deportivas.

La miré boquiabierta.

—¿Deportivas? ¿Acabo de comprarme un vestido con la parte superior de gasa y algunas personas van con zapatillas? —Hice una pausa y me volví a mirar el vestido—. ¿Crees que debería devolverlo?

Millie se rio.

—¡Ni se te ocurra! Se supone que me representas a mí, ¿recuerdas? Y créeme, siempre llamo la atención. Todavía no puedo creerme que le hayas

pedido a ese tal Carson que te acompañe.

—Anoche hablé con él brevemente. Es muy agradable. Además, ¿a quién más podría habérselo pedido?

Abrió mucho los ojos.

—¿A Jenson?

—¿A Jenson? ¿Qué demonios estás comiendo en la India?

—Anoche comí cordero al curry —explicó, frotándose el estómago.

Su sonido de placer me hizo gruñir.

—Te odio oficialmente. —Gemí—. Ahora voy a tener que buscar un buen restaurante hindú.

—Quizá Carson te lleve —comentó ella, y pareció que esa sugerencia le hacía mucha gracia.

—No seas idiota. Pensar que tengo que esperar a que vuelvas para darte una colleja...

Me sacó la lengua.

—Que te diviertas. Y recuerda, quiero imágenes de todos ganadores con sus premios y de los famosos en el cóctel. La revista le da mucha importancia a esa última parte. Si puedes conseguir fotos de algunos hablando entre sí, sería increíble. —Se detuvo y giró la cara para hablar con alguien fuera de cámara, supuse que Seth. Luego se volvió a mirarme—. Tengo que dejarte. ¡Te quiero! Pero tengo que ir a dar cuenta de más comida deliciosa.

—Yo también te quiero. Pero espero que cojas cinco kilos.

Nos reímos mientras nos despedíamos.

A continuación, me puse a buscar restaurantes por la zona. Cuando bajé la vista al móvil, vi que había recibido un mensaje de Jenson.

«¿Qué estás haciendo?».

Miré las palabras durante un momento, esperando que desaparecieran.

«Las verdaderas historias de amor no terminan nunca».

Las palabras resonaron de forma automática en mi mente. A la mierda el amor verdadero. El amor de verdad no dolía como el nuestro. Además, ¿el amor verdadero no estaba a las buenas y a las malas? Cogí el teléfono porque, una hora después, el mensaje seguía dándome vueltas en la cabeza.

«Estoy sherlockeando».

Porque era cierto. No esperaba que él me respondiera; cuando lo hizo, sonreí.

«Eres fan de Moriarty, ¿verdad? Te imagino así».

Que esas palabras me hicieran sentir mariposas en el estómago era una prueba de lo ridícula que era, pero ya estaba lanzada porque conocía la serie. De hecho, lo conocía muy bien. De repente, recordé que estaba hablando con Jenson, no con Carson, y no debía ser tan espontánea en lo que le dijera. Necesitaba aferrarme a la ira. Sin embargo, tenía que enviarle un mensaje más. Solo uno.

«Lo soy. Por completo».

Solté el móvil y me fui a dar una ducha, con la esperanza de volver a encontrarme con mi cólera. Sin embargo, no lo hice. Incluso después de revivir toda nuestra ruptura mentalmente. Incluso después de que me recordara a mí misma que él había estado con otra mujer durante los últimos años. Incluso después de que me repitiera a mí misma una y otra vez que tenía una hija... que no era mía. Sin embargo, no lograba estar enfadada. No esa noche, al menos. Hasta que me vestí de nuevo y me metí en la cama, no volví a coger el móvil. Fue entonces cuando leí el mensaje que me había enviado.

«Te conozco muy bien».

Esas palabras fueron como una táser en mis emociones, por la lógica que implicaban. Pero él no me conocía en absoluto. Ya no. Aun así, cuando me puse a dormir, me pregunté si no nos habríamos dado tanto el uno al otro que habíamos perdido algo de nosotros mismos cuando se marchó. Sin embargo, ¿por qué perdía el sueño por ello? ¿Por qué perdía el sueño por él?

14

El portero me avisó cuando llegó Carson, pues había acordado encontrarme con él abajo. Lo último que necesitaba era que alguien subiera al apartamento justo el día que me tocaba ir a la lavandería. Cogí la bolsa de la cámara y metí en ella maquillaje para retocarme si me hacía falta. Me eché un vistazo en el espejo justo antes de salir, y sonreí a mi reflejo. Estaba muy guapa. El pelo rubio con mechas me caía ondulado hasta los hombros y el maquillaje era sutil, con una sombra de ojos dorada y una pizca de colorete color bronce resaltando mis pómulos. Los labios eran lo que más llamaba la atención, de un rosa intenso que hacía juego con el del vestido. No llevaba ningún adorno en el cuello porque el modelo tenía un corpiño ajustado con cuentas de cristal con cuello *halter*. Me había puesto unos pendientes de brillantes que me favorecían mucho. Me volví ligeramente para verme por detrás, que era la parte más atrevida del vestido. Dejaba toda la columna al descubierto hasta la parte baja de la espalda.

Cogí aire una última vez y atravesé la puerta para bajar en el ascensor hasta el vestíbulo, donde había quedado con Carson. En cuanto salí del ascensor, vi su cabeza rubia. Se había puesto un esmoquin y, cuando se volvió hacia mí, nos miramos el uno al otro durante un buen rato, evaluándonos, estudiándonos de arriba abajo. Era alto, muy alto y delgado, y llevaba las manos en los bolsillos del pantalón. Recorrió los pasos necesarios para llegar hasta mí. La forma en la que se movía, con fluida elegancia, me recordaba a su madre. Me tendió la mano y puse la mía sobre la suya.

—Encantado de conocerte en persona —dijo rozándome el dorso de la mano con los labios.

Incluso con aquellos *stilettos*, apenas le llegaba al hombro. Me recordaba a una de esas figuras de cerámica con los ojos azules y cristalinos y una leve sonrisa en los labios. Parecía un hombre que había tenido una vida fácil. No poseía ni pizca de la aspereza de Jenson. Sus ojos no mostraban dolor ni esa

aura que hacía que una se preguntara qué le había hecho daño y qué podrías hacer para mejorar las cosas.

Carson dejó caer la mano y me ofreció el brazo con un gesto florido. Salimos en cuanto me apoyé en él.

—He llamado a un Uber —me explicó sonriente—. No creo que quieras ir andando con esos tacones.

Me puse rígida, pero seguí sonriendo.

—Vale.

Si nos topábamos con un asesino en serie, seguramente mataría antes a Carson de todas formas, y quizá me diera tiempo para escaparme corriendo. Al salir, me estremecí y tuve que recolocarme el chal que llevaba sobre los hombros.

—Mi madre dice que eres de Santa Bárbara, ¿has logrado acostumbrarte a este clima?

—Claro que no —dije sinceramente—. ¿Es que te acabas acostumbrando a este frío? No puedo imaginarme tal cosa.

Se rio mientras miraba el móvil

—Vale, seguro que es el coche... —Alzó la vista y examinó la calle—. Ahí está.

Lo seguí un par de pasos por detrás hasta que llegamos a un coche negro con chófer. Carson me abrió la puerta y me ayudó con la parte inferior del vestido para que no me lo pisara mientras me sentaba.

—Debería haber considerado la cola del vestido a la hora de entrar y sentarme en los coches cuando lo compré —comenté cuando nos acomodamos, con parte de la cola del vestido sobre las largas piernas de Carson.

Se rio entre dientes.

—En lo que a mí respecta, creo que el vestido es perfecto para ti.

Sonreí.

—Háblame de las fotos que tienes que hacer —me pidió mientras sacaba del bolsillo el móvil.

Lo miré mientras examinaba el aparato y, por fin, empecé a hablar a pesar de que estaba enviando un mensaje.

—Bueno, esta noche estoy sustituyendo a una amiga. Me encuentro en Nueva York de forma temporal, para hacer un reportaje para una revista... *Time*. —Él levantó la vista de la pantalla y me lanzó una mirada impresionada antes de volver a bajarla—. Quiero que algún día mis fotografías cuelguen en las

paredes de una galería. Es mi sueño.

—Un sueño ambicioso —comentó sin dejar de mirar el móvil—. ¿Qué clase de fotos haces?

Miré por la ventanilla mientras me preguntaba si se daría cuenta si le dijera «hago fotos de guepardos y de hienas cuando mantienen relaciones sexuales». Sin embargo, me limité a suspirar antes de responder.

—Solo de gente. De la vida. De la gente sin hogar, de hombres de negocios, de personas con las que uno se cruza todos los días.

Frunció el ceño y me miró.

—¿Quién quiere ver imágenes de personas sin hogar?

—No sé si la gente quiere verlas, pero creo que es necesario exponerlas.

Arqueó una ceja y se encogió de hombros antes de volver a mirar su teléfono.

—No lo entiendo.

Claro que no lo entendía, vivía entregado a su maldito móvil. Era la persona perfecta para ser crucificado en la maldita sala de exposiciones.

Contuve mi perorata, porque si soltaba lo que pensaba, me quedaría sin cita para esta noche. Cuando llegamos a la biblioteca pública de Nueva York, Carson me ayudó a salir del coche y avanzamos con los brazos enlazados. Se metió el móvil en el bolsillo el tiempo suficiente para coger unas copas de champán mientras yo iba a buscar a Beatrice, el contacto que me había dado Millie. La encontré con rapidez, mientras indicaba a los camareros dónde debían colocarse. Era una mujer alta, morena y de huesos grandes, con el pelo negro azabache y una amplia sonrisa que no le importaba usar.

—¡Hola! Oh, ese vestido te queda genial —me halagó, mirándome de arriba abajo.

Me reí con ligereza porque ella nunca me había visto antes, así que no sabía lo que me quedaba bien y lo que no, pero lo agradecía igualmente.

—Tú también estás muy bien —repliqué.

—Oh, ya lo sé, cariño. Después del dinero que he pagado para presentar el mejor aspecto posible, sería una desgracia que no fuera así.

Nos reímos las dos y me entregó un folleto.

—Esto es la base del evento. Estoy segura de que has buscado en Google y no has encontrado demasiado. Nos gusta mantenerlo dentro de la comunidad.

Bajé la vista hacia el folleto de premios literarios y sonreí. Mientras pasaba las páginas con la mano libre, mi sonrisa se hizo más grande.

—Oh, Dios mío. ¿Toda esa gente está aquí?

Beatrice se rio.

—Me siento igual de emocionada, da igual que lo haya organizado durante los últimos diez años.

Abrí mucho los ojos mientras la miraba. Sentí que se me aceleraba el corazón. No podía creerme que estaría en presencia de algunos de mis autores favoritos. Iba a ver en persona a gente cuyas palabras me llegaron al alma una y otra vez.

—Haré todo lo posible para que las fotos sean magníficas, pero si veo a Neil Gaiman, es posible que me pierda y que no sea responsable de lo que suceda.

Beatrice me lanzó una mirada que era a medias de diversión y a medias de cautela.

—Asegúrate de hacer las fotos primero. Luego puedes llevar a cabo cualquier locura.

Me reí.

—Claro. Le tengo demasiado miedo a Millie para convertirme en una *fangirl*.

Negó con la cabeza mientras volvía a reírse. Hablamos durante un par de minutos sobre mis imágenes y lo que hacía como coordinadora del evento, y salieron en la conversación varios museos y galerías. Entonces mencioné las aspiraciones que tenía para mis fotografías, algo que captó su interés. Cuando comenzó a llegar más gente, se despidió con rapidez y me prometió que me buscaría más tarde. En ese momento me puse a buscar a Carson, que todavía seguía pendiente del móvil, y me quedé a su lado durante un par de minutos.

—El champán es bueno —comentó cuando por fin se metió el aparato en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo es. —Bajé la mirada al folleto—. ¿Has conseguido uno?

Asintió.

—La asistencia es impresionante.

Arqueé las cejas al tiempo que daba un paso atrás.

—¿Has leído a alguno de ellos?

Sonrió. Con esa sonrisa se parecía a Edward Nygma antes de convertirse en Enigma. Y no supe si me resultaba espeluznante o guapo. Al final me quedé con «guapo».

—Por supuesto. Junot Diaz es uno de mis autores favoritos.

Curvé los labios. Mi corazón se estremeció un poco; Junot también era uno de los autores favoritos de Jenson. No iba a pensar en un ex durante una cita, así que me limité a asentir y a decirle que también me gustaba. Las puertas se abrieron para el cóctel y entramos, como los demás asistentes, que habían estado esperando a poder pasar. Una vez dentro, parecía como si el tamaño del evento se hubiera duplicado, con gente en todas partes.

—Creo que voy a tener que ponerme a trabajar —comenté, tomando un último sorbo de champán y dejando la copa en la bandeja del camarero que pasaba.

—Estaré cerca de la mesa de bufé, alternando con mis autores favoritos. Ya sabes, disfrutando de todo lo que tú no podrás disfrutar.

—Ja, ja —respondí con una sonrisa—. Vuelvo enseguida.

Me fui y empecé a hacerle fotos a todo el mundo. Cada vez que apretaba el botón, sonreía. Era bueno que me volviera a divertir al hacer mi trabajo. Era contagioso. Enfocaba y disparaba una y otra vez, y me detenía a hablar con ellos cuando me preguntaban qué tal habían salido. Bromeé sobre el peso de la cámara y de que la magia del Photoshop existía por alguna razón. Estaba hablando con una mujer, editora de alguna editorial importante, cuando vi una cara familiar en una mesa a unos pasos de distancia. Si no hubiera estado medio esperándolo, ya que era un acontecimiento para escritores, después de todo, habría perdido el equilibrio.

Aun así, se me detuvo el corazón un instante antes de volver a latir con tanta fuerza que reprimí un gemido. Tragué saliva al tiempo que me agarraba a la correa de la cámara, y continué avanzando. Sabía que tenía que hacer fotos de su mesa por las demás personas que le rodeaban, así que cogí aire con la esperanza de que eso me hiciera sentir menos nerviosa. Subí la cámara hasta los ojos y enfoqué antes de disparar. Me fijé en que estaban riéndose de una historia que Jenson contaba al tiempo que agitaba los brazos vehementemente. Disparé. Él puso la mano sobre el hombro de la mujer que tenía al lado. Disparé. Disparé. Disparé. Por fin, uno de los hombres levantó la copa de champán hacia mí, brindando, y todas las cabezas se volvieron hacia mí. Disparé. Jenson se quedó boquiabierto cuando me vio. Disparé. Me recorrió con la mirada de pies a cabeza. Disparé. Su mirada era muy intensa cuando volví a captarla a través de la lente. Disparé. Tragué saliva de nuevo con las manos temblorosas porque no era capaz de reaccionar cuando me miraba así, como si la habitación fuera un pozo de oscuridad y yo fuera su luz. El corazón

me latía con fuerza, aporreando contra mis costillas, y la respiración se me hizo errática, aunque logré coger aire una vez más.

Les brindé una sonrisa e hice un saludo, agradeciéndoles su cooperación mientras bajaba la cámara. Sentí las piernas inestables cuando mi mirada se encontró de nuevo con la de Jenson. Nunca lo había visto de esmoquin; ni siquiera lo había llevado en la boda de Estelle, solo unos pantalones flojos y una camisa abierta, sin corbata, al igual que el resto de los padrinos. Así que verlo de esa guisa, un inteligente macizo tatuado envuelto en un aura de misterio y vestido de gala era más de lo que podía manejar. Me alejé decidida a hacer un descanso y me detuve en la siguiente mesa vacía para colocar la tapa del objetivo con intención de estudiar las fotografías que había hecho hasta ese momento.

—¿Algo bueno? —preguntó Jenson, calentándome la nuca con su aliento. Me estremecí.

—Sabías que estaría aquí —le dije sin apartar los ojos de la pantalla. No quería que mi voz sonara acusadora, pero, sin embargo, no lo pude evitar.

Deseé que se alejara para que no pudiera olerlo ni sentirlo tan cerca de mí. Pero en vez de darme espacio, puso la mano en la parte baja de mi espalda y deslizó los dedos por el borde del vestido.

—Estás increíble —dijo.

Cerré los ojos.

—He venido con alguien —informé, y oí cómo contenía el aliento. Movié la mano, y retuve el aire cuando dejé de notar su contacto, hasta que me tocó el codo e hizo que me volviera hacia él.

—¿Sabías que estaría aquí? —preguntó. Sus ojos se oscurecieron mientras buscaba los míos. Negué con la cabeza. Me apretó el codo con más fuerza y me acercó hacia él al tiempo que entornaba los párpados—. ¿No se te ha ocurrido que quizá estaría en una gala de premios literarios?

—No sabía que se trataba de una entrega de premios. Pensaba que era un evento de la biblioteca —confesé en voz baja.

Se acercó un paso más. Con los tacones, mis ojos quedaban a la altura de su boca, de sus labios carnosos. Se había afeitado la barba un poco, pero solo suficiente como para que quisiera pasar los dedos por ella y sentir su aspereza contra la yema de los dedos.

—¿Con quién has venido?

—No lo conoces —repose, pero notó que yo abría mucho los ojos al decirlo,

dándome cuenta de que en realidad sí sabía algo de mi acompañante. Esperó a que le respondiera—. He venido con Carson —añadí.

Jenson me miró boquiabierto. Me soltó el codo y se pasó la mano por el pelo, rígido por la gomina.

—¿Has venido con...? —Soltó un suspiro—. ¿Has venido con un tipo de ciencias a un evento de letras? —susurró, en un tono tan intenso que pareció un grito.

No pude evitarlo, me reí. Y como no podía dejar de reírme, su expresión pasó de ser de incredulidad a diversión.

—No me hace gracia, Mia.

—Es un poco raro.

Se puso serio de nuevo al tiempo que me sujetaba la muñeca, justo donde tenía tatuado un punto y coma. Lo frotó con el pulgar. Tragué saliva, tratando de calmar las mariposas que su contacto provocaba en mi estómago.

—La idea de asistir a la entrega de premios con mis colegas, mientras tú estás aquí con otro hombre me va a volver loco durante el resto de la noche —soltó con voz profunda. Me recorrió la cara con los ojos como si estuviera grabando cada uno de mis rasgos.

—Estoy segura de que has traído a alguno de tus ligues —susurré por lo bajo. Jenson sonrió y negó con la cabeza—. Al contrario que a ti, a mí sí se me ocurrió que podías estar aquí.

Sus palabras eran casuales, pero el ardor que brillaba en sus ojos pesaba lo suficiente como para que mi corazón diera dos vueltas de campana.

—¿Has venido solo?

Asintió con la cabeza sin dejar de mirarme de esa manera. Arranqué los ojos de los suyos y miré por encima de su hombro. Di un paso atrás cuando vi que Carson se acercaba a nosotros. Apenas tuve una fracción de segundo para estudiarlos a ambos y notar realmente el contraste que existía entre ellos. Era casi de risa. No era que Carson no fuera guapo, la cuestión era que nunca sería Jenson.

—Hola, acaban de abrir la otra sala —me informó Carson cuando llegó junto a nosotros.

Entonces se acercó a mí y me pasó un brazo por la cintura. Abrí mucho los ojos mientras observaba a Jenson, que ni siquiera se había fijado en Carson; estaba demasiado ocupado lanzándome dagas con las pupilas.

—Mmm... —dije al tiempo que me aclaraba la garganta—. Supongo que

será mejor que nos vayamos.

—Eres el tipo que escribe esa columna en el periódico los domingos, ¿verdad? —dijo Carson, tendiéndole la mano libre. Jenson apartó la mirada de mí mientras se la estrechaba—. Soy un gran admirador tuyo. Me gustan las columnas sobre tu vida amorosa. Me parecen hilarantes. Creo que todos los hombres de la ciudad, tengan o no hijos, pueden sentirse identificados con ellas.

Jenson asintió con la cabeza. Curvó la comisura izquierda de la boca en señal de agradecimiento, pero eso solo lo sabía yo: cualquier otro lo habría identificado con chulería. Me miró de nuevo, observando el brazo con el que Carson me rodeaba, y luego se alejó sin añadir una palabra. Carson me estudió mientras recogía la cámara, antes de ir a la otra sala. Observé la espalda de Jenson que también iba hacia las puertas. Se movía como un hombre con una misión. Como si no tuviera tiempo para chorradas.

—No es muy hablador, ¿verdad? —dijo Carson mientras señalaba el lugar en el que había entrado Jenson.

—No mucho.

—Sin embargo, me ha dado la impresión de que estuvisteis hablando un buen rato. ¿Tenías que hacerle una entrevista?

Fruncí el ceño.

—¡Oh, no! Solo he venido a hacer fotos, no entrevistas. Es que... —hice una pausa— fui al colegio con él.

—Qué guay... Es muy popular entre mis compañeras de trabajo. Siempre andan babeando por él.

Me mordí el interior de la mejilla al tiempo que negaba con la cabeza. Carson se rio.

—¿Tú no eres una de sus fans? —preguntó mientras me abría la puerta.

Me encogí de hombros.

Encontramos la mesa con facilidad. Estaba justo delante del escenario, un punto por el que tenía que pasar todo aquel que fuera a recibir un premio. Pero antes de nada sirvieron la cena. Busqué a Jenson, pero no logré encontrar su mesa, así que volví a concentrarme en Carson hasta que encontré al otro fotógrafo, Daniel, al que saludé desde lejos.

Mientras estábamos terminando la cena, el anfitrión cogió el micrófono y brindó por todos los que habían hecho posible el evento. Luego llamó al presentador y lo invitó a subir al escenario. La gente aplaudió al autor

conocido, y eso me permitió hacer otra foto. Una más. Después de que presentaran el décimo premio, me empecé a preguntar si por fin darían alguno a alguien capaz de hilar un par de frases. Sin embargo, cuando subieron para entregar el undécimo galardón, empezaron a temblarme un poco las manos. Subí la cámara hasta mi cara e hice otra foto.

—¿Es tu favorito? —me susurró Carson al oído. Pegué un brinco, pero asentí —. Me ha dado la sensación —musitó. Sentí que no podía reprimir una sonrisa.

—Neil Gaiman es dios —reconocí en voz baja, volviendo a disparar.

Miré a Carson un momento, lo justo para ver que movía la cabeza y que arqueaba las cejas rubias con diversión.

—¡Jenson Reynolds! —El anuncio llegó desde el escenario.

Ahugué un grito y miré hacia allí.

«¿Jenson Reynolds?».

¡Joder!

Al ver que Jenson se acercaba a nosotros, busqué la cámara a tientas. Él me miró un segundo antes de subir al escenario, mientras todo el mundo le aplaudía. Se acercó al estrado donde entregaban los premios. Verlo allí, sosteniendo aquel galardón en una sala llena de gente de prestigio, hizo que me emocionara. Una ola de sentimientos me inundó. Mientras lo miraba, un torrente de sangre resonó en mis oídos. Jenson se movía con la seguridad de un dios, llamando nuestra atención como si, en ese momento, fuéramos sus servidores. Me sentí llena de orgullo al verlo clavar los ojos en el premio antes de escudriñar la multitud. Me recordó el día que se había graduado en la universidad, cuando subió al escenario para recoger el título y miró a la multitud, buscándome con la mirada. En aquel momento, había notado el corazón pesado y lleno de alegría. Pesado porque mientras el resto de los chicos de su promoción recibían el apoyo de sus padres, él solo había tenido el mío y el de Patty. Alegría porque había trabajado muy duro para llegar allí.

—Creo que debería formular un par de palabras coherentes, ¿verdad? —soltó sonriente.

La gente se rio, mientras yo trataba de reprimir las lágrimas.

—Se trata de mi primer premio, y el hombre que me lo ha entregado es uno de mis ídolos, por lo que podría haberme dado un pañuelo y me habría limitado a enjugarme las lágrimas con él.

Más risas.

—El hecho de que sea para el mejor autor novel del año es... —Jenson negó con la cabeza mientras sus palabras flotaban en el aire—. Guau... Me siento muy... honrado. Me sorprende mucho todo esto, así que gracias. Si no os importa, voy a dedicar un segundo para decirles algo a los de esa mesa. — Señaló una mesa del medio de la sala con el dedo—. Son jóvenes escritores. Rebosan juventud e inteligencia y han encontrado una vía de escape en una embarcación que la mayoría de los presentes tenemos la suerte de llamar «nuestras carreras». He hablado con muchos de vosotros, y sé que probablemente, mientras miráis a estos tipos de etiqueta y a estas mujeres con vestidos extravagantes, pensáis: «Soy del Bronx, no encajo». Bueno, pues yo soy de la parte menos recomendable de Long Beach, y pasé muchos de mis años de adolescencia en Santa Bárbara, relacionándome con chicos que tenían mucho más que yo. —Se detuvo un momento, y noté que volvían a llenárase los ojos de lágrimas.

»Lo único que yo tenía era un diario, un boli y un sueño. Ni siquiera creyó nadie en mí hasta que mi madre adoptiva, que también es mi tía, me apoyó, pero, aun así, me sentía como si no tuviera a nadie. Entonces conocí a una chica. Una muchacha dulce e inocente llamada Mia, y todo cambió. No debería decir que la «conocí», en realidad la conocía desde hacía mucho tiempo, pero no la vi hasta una noche.

Movió los ojos por la sala hasta que me encontró.

—Y esa noche, cuando por fin nos vimos de verdad, me fui a casa y escribí diez poemas sobre ella. Convertí esos poemas en un par de historias y una de ellas en un cuento sobre una niña, que cambió mi vida para siempre. Por lo tanto, jóvenes escritores, os digo una cosa: solo se necesita una persona para creer en ti, incluso aunque seas tú mismo. Y a los más veteranos, y aquí hay muchos... —un coro de risas—, gracias por aceptarme en un círculo tan exquisito. Y te digo a ti, Mia Bennett, mi fotógrafa, mis ojos, la chica de mis sueños, la villana de mis pesadillas, que te lo debo todo. Y lo hago desde esa noche en que te miré a los ojos y vi las posibilidades que me ofrecía el mundo. —Mantuvo la vista clavada en mí mientras decía todo eso, y ya no pude reprimir las lágrimas. Dejé la cámara en mi regazo y levanté la cara hacia él, dejando que viera cómo lloraba, a pesar de que también sonreía. Dio las gracias una vez más antes de bajarse del escenario.

—Joder... —suspiró Carson. Me sequé las mejillas y solo lo miré cuando sentí que había recuperado la compostura—. Creo que sois algo más que

compañeros del colegio.

En lugar de responder, tomé un sorbo de vino. Cuando volví a mirar a la multitud, mis ojos buscaron a Jenson, que seguía hablando con un grupo de hombres. Le vi levantar el premio en un brindis silencioso, e hice lo mismo con la copa de vino.

—Enhorabuena —vocalicé.

—Gracias —articuló en respuesta. Justo cuando estaba a punto de volverme hacia Carson, que me había dado un golpe en el hombro, Jenson pronunció algo más—. Espérame.

Parpadeé con rapidez. ¿Que lo esperara dónde? ¿Aquí? Volví la cabeza hacia Carson.

—Estoy seguro de que esto ya ha terminado —me dijo Carson, deslizando la mano por la mesa hasta la mía—. ¿Nos vamos?

Abrí y cerré la boca como un títere. Asentí con la cabeza e intercambié unas palabras con Dan, que me dijo que iba a quedarse y que hablaría él con Beatrice. Luego me excusé para ir al cuarto de baño, tratando de ganar tiempo. Y por fin, cuando me di cuenta de que Jenson no iba a marcharse pronto, permití que Carson me llevara en otro de esos horribles Uber. Ya en el coche, me cogió de la mano.

—Gracias por acompañarme —dije.

Sonrió.

—De nada. Gracias por pedírmelo. Ahora vas a tener que dejar que te invite a comer en algún sitio. —Hizo una pausa al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado—. ¿Qué te parece el viernes?

—Mmm... —Contuve la respuesta cuando el coche frenó y se detuvo delante de mi edificio. Carson me ayudó a salir y nos quedamos allí parados, mirándonos el uno al otro. Me pregunté si trataría de besarme. Esto no había sido una cita, con él mirando su móvil todo el rato y yo llorando por las palabras de otro hombre. No era que todas las citas tuvieran que terminar con un beso, ya fuera la primera o no. Bien sabía Dios que había besado a muchos hombres en situaciones mucho más informales, pero aun así tenía la esperanza de que no tratara de besarme. Cuando se inclinó y me rozó la mejilla con los labios, no retrocedí. Quizá debería dejar que me besara. Quizá era justo lo que necesitaba después de una noche tan emocionalmente agotadora como esa. Me tocó los labios con los suyos durante medio segundo y se apartó lentamente con su mejor sonrisa de Enigma.

—El beso es para las citas de verdad —dijo.

Me reí con torpeza, porque ¿qué más podía hacer? ¿Qué clase de hombre decía eso? Suspiré mientras el Uber se alejaba. Era evidente que no era mi tipo.

La columna de Jenson

Este fin de semana fui a una gala en la biblioteca pública de Nueva York y todo fue sobre ruedas. Primero por los asistentes, por los discursos y por último por los premios. Tuve el honor de obtener uno. No sé cómo, pero solté el discurso más largo de mi vida mientras una de las personas a las que más cosas debo agradecer estaba sentada entre el público y lo presenciaba todo. No soy un gran orador; la gente parece pensar que sí porque creen que los escritores están en contacto con los sentimientos. Aunque eso puede ser cierto, sigo sin ser un buen orador, pero si alguna vez he estado a punto de emocionarme de verdad, habría sido allí, aceptando ese premio.

Le dije todo eso a esa mujer, el amor de mi vida, y ella desapareció después. Cuando estábamos juntos solía llamarla Correcaminos, en parte porque era la chica más rápida del equipo de atletismo, pero sobre todo porque cada vez que se enfadaba por algo, o no sabía cómo manejar una situación, salía corriendo. Eso es básicamente lo que pasó, y no hay nada peor que un silencio ensordecedor. Especialmente de este tipo. De esos que ocurren cuando necesitas con desesperación un trabajo, cuando buscas casa o cuando esperas que te acepten en una universidad. Parece que cada vez que necesitamos algo, la vida encuentra la forma de decirnos que tenemos que sentarnos y esperar. Así que eso es lo que estoy haciendo en este momento.

Biblioteca pública de Nueva York: Pulgares hacia arriba.

La pregunta de la semana es de @chrisalbano422: «¿Crees que nunca quieres a nadie por completo después de perder a tu primer amor?».

Respuesta: Aunque no ha sido mi caso, creo que podría serlo para otras personas.

15

De todo lo que podría haber salido mal, perder el teléfono era lo peor. A la mañana siguiente tenía que presentarme en la sala de conferencias para ponernos de acuerdo sobre qué parejas podrían formar parte del especial. Dado que me adelanté un par de minutos, me puse al día con Katie antes de acudir a la sala de reuniones. Notaba mariposas en el estómago ante la mera idea de ver a Jenson después del discurso que había dado en la entrega de premios. No lo había esperado, y ni siquiera sabía si me había llamado. No había visto el móvil desde que fui al evento, y era algo que estaba empezando a preocuparme. La culpa de todo era del puto Uber, sin duda.

Fran me dio un abrazo en cuanto me vio llegar a la sala de reuniones.

—¿Has visto mi tuit sobre la biblioteca pública?

Asentí.

—¿Y tú el mío? Tenía poca cobertura allí, y por si fuera poco, no encuentro mi móvil, aunque estoy segura de que debe de estar entre la ropa que debo llevar a la lavandería.

—¡Oh, no! Espero que lo encuentres pronto.

—Eso espero yo también —dije mientras la seguía al interior de la sala. Saludé a Ross y a Anabelle, que ya se encontraban allí.

—¡He visto tu foto de Twitter! Estabas espectacular con ese vestido. Lamento habérmelo perdido —dijo Fran, que se detuvo para mirar para la puerta—. Aquí tenemos al hombre del momento. Jen, ¿te encontraste con Mia en la gala? ¿Estaba tan impresionante como parecía en la foto?

Me miré los pies con la esperanza de que así pudiera ocultar la forma en la que me ruborizaba al oír mencionar su nombre.

—Estaba todavía mejor —repuso. Lo miré a los ojos y sonreí. Él me devolvió la sonrisa.

—¿Fuiste con alguien? —preguntó Fran.

La actitud de Jenson cambió al instante, su expresión se volvió más seria y

oscura.

—Sí.

Fran contuvo el aliento y se puso a batir palmas.

—¡Bien! ¿Alguien a quien has conocido o era un amigo?

—En cierta forma podría decir que alguien a quien he conocido.

Me miró boquiabierta.

—¿No lo habrás conocido *online*?

Me reí.

—No. Pensé que no era seguro meterme en las mismas aguas que tú.

—Chorradas —respondió sonriente—. Cuéntame, ¿está bueno?

—Sí —repuse, y sentí el peso de la mirada de Jenson.

—¿Te besó? —Sentí que me ponía más roja ante esa pregunta. Al ver que no respondía, ella continuó hablando—: ¡Oh, Dios mío! Lo hizo. ¡Aquí hay tomate!

Volví a mirar a Jenson, que me observaba de una forma que me hacía sentir culpable, por lo que desvié la vista con rapidez. Por mucho que me gustara darle celos, la decepción no era algo que me gustara ver en su rostro. La reunión comenzó bien. Ross comentó que había contactado con algunas de las personas y que estaban dispuestas a quedar esta semana para hacer las fotos, lo mismo que Anabelle. Mientras tanto, Jenson permaneció en silencio, bebiendo su cerveza. No debería sentirse molesto conmigo; yo no le debía nada. Sin embargo, me sentía como si fuera más decente no hablar de mi vida amorosa delante de él, sobre todo después de lo que había dicho en el discurso.

Después de que terminó la reunión, me quedé en la sala, mirando las fotografías de las parejas que pensaban elegir. Eso significaba que tendría que hacerles más sesiones, probablemente con ropa más formal, y en otros lugares. Dado que había nevado durante los últimos días, no sabía a dónde podría llevarlas. Cuando oí un portazo, levanté la cabeza. La habitación estaba vacía, con excepción de Jenson, que estaba apoyado en la puerta con el mismo aspecto de un profesor vigilando un examen. Ni siquiera me miraba. El borde de la camiseta de Sherlock Holmes que llevaba se le había subido un poco porque tenía las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros. Por fin, un momento después, como si hubiera averiguado ya lo que quería decir, levantó la vista.

Nuestros ojos se encontraron como dos trenes de carga que estuvieran en la

misma vía, en estado de alerta y llenos de precaución. Nos miramos durante un largo rato antes de que se acercara a mí. Me aplasté contra el respaldo de la silla y apreté los brazos contra mi pecho cuando llegó y giró la silla para que me enfrentara a él.

—¿De verdad lo has besado? —preguntó, sentándose en la silla que había junto a la mía y moviéndola hasta que nuestras rodillas se tocaron.

Tragué saliva.

—A eso no se le puede llamar beso —susurré.

El fantasma de una sonrisa flotó en sus labios justo antes de que su boca cayera sobre la mía. Me olvidé de respirar. Sé que todo el mundo afirmaría que era imposible, pero me olvidé por completo de coger aire, y cuando separé los labios fue para capturar su aliento, o quizá algo de lo que me había dejado en él cuando se marchó. Subí las manos a su pelo y me aferré a él mientras nuestras lenguas se encontraban. Se apartó de mí un poco, depositando castos besitos en mis labios, en las comisuras de mi boca... Por fin, me miró. Cogí aire y lo solté al tiempo que lo observaba como si estuviera loco.

—¿Cómo llamarías a esto? —preguntó.

Traté de no sonreír. Miré sus ojos y recordé las tormentas que a menudo ocultaban. Pensé en lo difícil que me resultaría volver a confiar en él. Pero mientras estaba allí sentado, sonriendo como si supiera que el beso que me había dado era de sumisión, solo pude devolverle la sonrisa.

—Un beso decente.

—¿Solo decente? —presionó con los labios curvados.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres otro?

—¡Ni hablar! Estamos trabajando. —Lo empujé en el pecho.

—Tú quizá sí, pero yo no solo estoy trabajando —razonó al tiempo que ponía una expresión de indiferencia.

—Lo que dices no es nada coherente.

—Te ofrezco mis servicios, ya que parece necesitar un buen beso.

—No he dicho que fuera un mal beso, solo que ni siquiera lo consideraría tal cosa.

Entrecerró los ojos como si el pensamiento le hubiera sorprendido.

—No puedo creer que hayas besado a ese puto perdedor.

—¿Ahora lo consideras un perdedor?

—Siempre ha sido un perdedor, solo que ahora es un auténtico perdedor.
Me reí.

—Eres idiota.

—Pero no soy un perdedor. Hay mucha diferencia —puntualizó. Curvó los labios mientras me miraba—. Ven conmigo esta noche.

Dejé de sonreír e hice rodar la silla hacia atrás.

—¿A dónde?

—A un concierto.

—¿A un concierto? —Fruñí el ceño, tratando de recordar si había oído hablar de alguno interesante. El problema era que no había escuchado nada. Los únicos cotilleos de los que me enteraba era gracias al sin techo que los pregonaba en el metro en el que iba a yoga, por la mañana, así que si David no lo sabía, yo tampoco.

—Sí. A un concierto. Esta noche. Te recogeré a las cinco, iremos a cenar algo mientras mantenemos una muy necesaria conversación y luego disfrutaremos en el concierto.

—Ni siquiera te he dicho que sí y ¿ya lo tienes todo planeado?

—Mía, no tengo tiempo que perder. Di que sí y acabemos de una vez.

Abrí la boca.

—Para tu información, la única razón por la que no me preocupo por que me quieras arrastrar a un concierto es porque tenemos el mismo gusto, pero ¿a cenar también?

—Sí, a cenar. Considéralo como una ventaja, ya que está claro que necesitas pasar el rato con gente con mejor gusto mientras estás aquí... Y el concierto es de Mumford, así que de nada.

Jadeé.

—No tengo ni una puta posibilidad de negarme.

—No, no tienes ni una puta posibilidad de negarte.

Salté de mi asiento al suyo con una fuerza que nos hizo caer al suelo mientras soltábamos un coro de «¡Joder!», «¡Mierda!», «Eso duele...», «¿Qué cojones has hecho?». Y terminamos presos de un ataque de risa tumbados en el suelo mientras nos mirábamos. Cuando las carcajadas se aplacaron, se levantó y me ofreció la mano para ponerme de pie, así que me agarré a él.

—Te recogeré a las cinco —dijo con un tono ronco y tranquilo.

—Vale, pero nada de besos —susurré.

Cuando ya estaba camino de casa para buscar mi teléfono, me di cuenta de

que Jenson no sabía dónde vivía. ¿Cómo demonios iba a recogerme?

16

Encontré el móvil justo donde pensaba que estaría, dentro de la cesta de la ropa sucia. Acababa de salir de la ducha y me estaba frotando el pelo mojado con una toalla para que no me cayeran las gotas sobre los hombros cuando oí un fuerte golpe en la puerta. Como todavía no había mirado todos los mensajes que había recibido en el móvil, no sabía si sería el técnico del aire acondicionado o si alguien había llamado a la puerta equivocada otra vez, ya que había ocurrido tres veces en la última semana. Me envolví en la toalla y me acerqué para echar un vistazo por la mirilla. Contuve el aliento al tiempo que daba un paso atrás al ver a Jenson al otro lado, con unos vaqueros, una camiseta negra con el cuello en pico y una cazadora en la mano izquierda. Abrí la puerta.

—¿Cómo demonios has sabido dónde vivo?

Se puso rígido cuando me vio, y me examinó desde la cabeza hasta los pies descalzos, para volver a subir la mirada lentamente. No dijo una palabra durante un buen rato.

—Hola —lo saludé, dándole pie para que interviniera, mientras cerraba la puerta a nuestra espalda.

Se volvió hacia mí al tiempo que se acercaba un paso y, de repente, fui consciente de que estaba desnuda debajo de la toalla. Cuando llegó junto a mí, cerró los ojos y aspiró hondo.

—Venga, ve a vestirte. En este momento no puedo pensar en nada, joder...

—Agitó los brazos como si estuviera irritado por el mero hecho de que estuviera delante de él, lo que me molestó, porque yo ni siquiera lo había invitado.

—No hay mucho en lo que pensar. ¿Cómo has sabido que estoy viviendo aquí?

—Tú misma me has dicho que te alojabas en el antiguo apartamento de Millie. Y ella vivía aquí. Vine una vez que Seth hizo una parrillada de carne.

Venga, vete a vestirte —dijo casi sin respirar.

Solté un gruñido de frustración y puse los ojos en blanco. Cuando pasé junto a él, apreté a propósito mis pechos contra su brazo. Él gimió.

—¡Mia!

—¡Voy a vestirme!

—Mira, estoy tratando de no arrancarte la toalla, ¡y no se te ocurre otra cosa que restregarte contra mí! —Su tono ronco y brusco hizo que me bajara un escalofrío por la espalda.

Desaparecí en el dormitorio y me vestí con rapidez. Por mucho que me gustara que se sintiera tan afectado por mí, sabía que tenía que reprimirme. Sería muy sencillo volver a recorrer ese camino con él. La primera vez había sido todo fácil y acabó mal. Esta ocasión volvería a pasar lo mismo.

—¿No hace frío fuera? —le pregunté al salir del dormitorio.

Me miró de arriba abajo. Llevaba unas Converse negras, como las de él; vaqueros y camiseta negra, como él; y también una cazadora. Se rio entre dientes.

—Qué interesante atuendo... Y no, hoy no hace frío. Tenemos un clima bipolar y han subido las temperaturas.

Desaparecí de nuevo en la habitación. No pensaba cambiarme de ropa solo porque pareciera que nos habíamos vestido a juego. ¡A la mierda! Pero quería usar un sombrero.

—Muy guapa —dijo cuando regresé—. Sin embargo, estoy seguro de que más tarde bajará la temperatura.

—En serio, tienes razón, aquí el clima es bipolar.

—Solo en los últimos tiempos —aseguró mientras esperaba que cerrara la puerta—. Es casi como si California hubiera dejado sueltos a todos sus chalados y se hubieran venido a Nueva York.

Lo miré por encima del hombro mientras metía las llaves en el bolso.

—Eres hilarante —le dije con sarcasmo.

—Eso intento.

—¿A dónde vamos? —pregunté mientras pasábamos de largo los taxis que había detenidos delante del edificio—. Podemos ir en metro.

Jenson me ignoró, pero me cogió la mano y tiró de mí al tiempo que doblábamos la esquina, hacia un aparcamiento. Allí, muy cerca de los cajeros, había una moto de color negro mate que me resultaba muy familiar. Le apreté los dedos.

—¿Todavía tienes la moto?

—Es evidente. —Se rio entre dientes.

—Pensaba que te habrías deshecho de ella.

—¿Por qué iba a deshacerme de la Harley? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque tienes una hija. ¡Oh, Dios mío! No me digas que la llevas de paseo en esta cosa. —Hice una pausa—. Los niños no pueden ir en moto, ¿verdad?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Si llevan casco...

Lo miré boquiabierta y me tapé la boca con las manos, pero entrecerré los ojos al ver el brillo de sus ojos mientras curvaba los labios en una sonrisa. Fui hacia él, que se rio, cogiéndome las manos que le había puesto en las solapas de la cazadora para que no pudiera empujarlo.

—Eres un capullo.

—Te pones muy guapa cuando estás nerviosa —me dijo al oído. Cerré los puños sobre su cazadora cuando me pasó la lengua por la oreja—. Y todavía más cuando tiene que ver con Olivia. —Se me aceleró el corazón—. ¿Todavía te dan miedo las motos? —preguntó. Me sorprendió poder oírlo por encima del rugido que retumbaba en mis oídos. Asentí con la cabeza en respuesta a su pregunta. Deslizó los labios hasta mi mejilla y luego a la comisura de mi boca—. ¿Confías en mí? —preguntó.

Cerré los ojos al oír su susurro, pensando en la última vez que me había dicho eso. Cuando era una adolescente, había tenido muchas ganas de aceptar lo que me estaba ofreciendo. Nuestros alientos se mezclaron mientras esperaba mi respuesta, y cuando abrí los ojos, nuestras miradas se encontraron. Me fijé en la sinceridad que brillaba en sus ojos, así como otros muchos sentimientos.

—Sí.

Respiraba pesadamente cuando encerró mi cara entre sus grandes manos y me cubrió los labios una última vez antes de montarse en la moto.

El motor rugió por las calles sin esfuerzo, girando hacia la oscuridad. Le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la cara en su espalda con los ojos cerrados, dejando que mi mente vagara por territorios inexplorados. ¿Y si esto terminaba siendo más de lo que yo podía manejar? Lo que más me asustaba era que me gustaría que fuera una cita de verdad. Quería que me tratara como una chica con la que estuviera saliendo. Ansiaba que me besara y me tocara, que me apretara contra su cuerpo mientras estábamos en el concierto. Cerré

los ojos con más fuerza.

«Recuerda lo que hizo. Recuerda por qué se fue. Recuerda por qué lo has evitado durante todos estos años».

Y lo hacía. Recordaba todo eso. Había estado tan ocupada acordándome de los errores del pasado que había olvidado lo que se siente al vivir el presente. ¡A la mierda todo! Me lo debía a mí misma. Necesitaba cerrar esa etapa de mi vida, y lo conseguiría mientras estaba allí. Abrí los ojos y sonreí a las personas que iban por las aceras, la mayoría con ropa de trabajo, algunas con bolsas de la compra.

Aparcó la moto en un callejón, entre dos edificios antiguos. Di un par de pasos por la acera y sonreí al ver la bandera del orgullo gay que ondeaba al otro lado de la calle.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando por encima del hombro antes de dar una vuelta completa. Jenson se acercaba con paso seguro hacia mí; era algo que había echado de menos. ¡Joder! Se movía como un hombre que sabía que era el sol y que todos los planetas giraban a su alrededor, y no al revés.

—En Hell's Kitchen.

—Oh, ¿eso donde está exactamente? —insistí mientras miraba en ambas direcciones.

Jenson se rio entre dientes al tiempo que me agarraba la mano, entrelazando los dedos con los míos. El corazón se me aceleró con su contacto, y cuando me acarició la mano con el pulgar mirándome con ternura, sentí una especie de terremoto interno.

—Todo esto es Hell's Kitchen.

Aquello me hizo sentir impresionada. Fuimos a un pequeño bar en esa calle del que él había oído decir que tenía un pollo y unos gofres increíbles. Por supuesto, eso fue lo que yo pedí. Jenson se inclinó por el pulpo. Negué con la cabeza.

—¿Qué pasa? Me han dicho que está muy bueno.

—Pero ¿qué te pasa con los pulpos? —pregunté, clavando los ojos en su antebrazo, ahora cubierto.

Sonrió.

—Me gustan.

—Son resbaladizos y viscosos —protesté mientras arrugaba la nariz—. No quiero decir que tu tatuaje sea feo. De hecho, me gusta.

Se rio entre dientes.

—Pero, en serio, ¿por qué un pulpo? —Solo lo pregunté porque él era la clase de persona que hacía todo por una razón. No se limitaba a elegir un tatuaje porque le gustaba. Se lo hacía porque significaba algo. Había tardado en decidirse por el que sabía que tenía en las costillas. Traté de no pensar en ello, y me aclaré la garganta cuando vino la camarera para tomar nota de la bebida. Pedimos agua los dos; él conducía y yo quería disfrutar del concierto completamente sobria.

—Me intrigan los pulpos. Tienen tres corazones —explicó, y se interrumpió cuando tosí al beber un sorbo de agua.

—¿Para qué coño quieren tres corazones? La mayor parte del tiempo a mí me gustaría ignorar el único que tengo.

Jenson se limitó a sonreír. Me di cuenta de que quería responder a eso, pero continuó con su historia.

—Además, mueren después de aparearse.

—Por ahora esa criatura sigue sin convencerme.

Eso le hizo reírse y encogerse de hombros.

—No intento que te gusten.

—Todavía no me has dicho nada. Quiero saber por qué.

Me lanzó una mirada que me derritió los huesos y se filtró en mi sangre. Me puse las manos debajo de las piernas porque, de repente, sentía mucho frío.

—Es evidente que tienen tres corazones por una razón, y no soy un pulpo, pero uno de sus corazones no funciona cuando están nadando. Lo vi en un programa una vez, y pensé: «Joder, ese soy yo». Mi corazón no funciona cuando estoy haciendo cosas ordinarias.

Aunque me daba miedo preguntar, me aclaré la garganta.

—¿Y lo de la muerte?

Esbozó una sonrisa triste.

—Adoro a Olivia. Es de lo que más orgulloso estoy, y si tuviera que volver atrás... —Se interrumpió un momento para asegurarse de que lo entendía. Asentí con la cabeza, porque sabía lo que iba a decir, y me parecía bien—, no cambiaría nada, pero solo porque mis errores me llevaron a tenerla a ella. —Tomó un enorme sorbo de agua—. Pero cuando ocurrió todo eso, murió una parte de mí. Una parte muy grande.

Solo pude mover la cabeza.

Cambiamos de tema y hablamos sobre mi familia; mi madre, mi padre, Rob y su novio. Luego conversamos sobre su madre adoptiva, Patty, y también sobre

Victor, Estelle y Oliver. Cuando agotamos esos temas, me miró de nuevo, y supe lo que venía.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Pensaba que ya estábamos haciéndolo.

Me miró con intensidad. Suspiré mientras hacía espacio para que la camarera pusiera los platos sobre la mesa.

—Lamento haber ido con Carson la otra noche. No sabía que estarías allí —me disculpé antes de nada.

—Vale. Pero eso no me importa. Es obvio que no encajáis, y me hace feliz, aunque suene muy egoísta. Ahora quiero hablar de otras cosas.

Solté una risita nerviosa.

—Deja que adivine... Quieres hablar de las cosas que ocurrieron cuando rompimos.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Algo así. Quiero hablar de mis citas con Krista y de que se quedara embarazada.

Se me revolvió el estómago y dejé los cubiertos en el plato con un tintineo.

—¿Durante la cena? ¿Quieres hablar de eso mientras cenamos?

—Mía, tenemos que hablar de eso.

—¿Por qué? —gemí, pasándome una mano por la frente.

—Porque jamás avanzaremos si no volvemos al pasado y discutimos nuestros problemas.

—No quiero seguir adelante. —Sabía que estaba haciendo pucheros como si fuera un bebé, pero no podía hablar de eso. No soportaba la idea de revivirlo.

Deslizó la mano sobre la mesa hasta cubrir la mía. Le dio la vuelta y puso la palma encima mientras esperaba que levantara la vista. Cuando lo miré, su mirada era muy tierna, como si entendiera que aunque quería hacer lo que me pedía, no podía, y menos allí.

—Después —susurré mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. Era evidente que no lo había superado como pensaba. Estuvo de acuerdo con un movimiento de cabeza y siguió comiendo.

—¿Dónde conoces a las mujeres con las que tienes citas? —pregunté antes de tomar un bocado de pollo, al recuperar el apetito.

Jenson se rio por lo bajo.

—¿No podemos hablar de Krista, pero sí de las mujeres con las que salgo ahora?

Gemí al oírle mencionar su nombre, pero lo ignoré y me encogí de hombros. Si era sincera conmigo misma, no quería imaginarlo con ninguna otra mujer, pero me resultaba más fácil aceptar que era un hombre soltero que salía por ahí.

—Soy rara —afirmé.

Él movió la cabeza, divertido.

—En Match, E-Harmony y sitios así.

Lo miré boquiabierto.

—¿Estás apuntado en Match?

Arqueó las cejas ante mi tono de voz. Miró a su alrededor y se rio.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué te resulta tan difícil de creer?

Seguía sin asimilarlo.

«¿Porque estaba muy bueno? ¿Porque tenía éxito? ¿Porque... era un macizo impresionante?». No dije ninguna de esas cosas, pero supe que él sabía lo que estaba pensando. Me lo dijo la expresión de su cara.

—En Match hay muchas tías buenas, ya sabes.

—Si lo hubiera sabido antes, hace tiempo que me habría apuntado.

—Quizá nos hubieran emparejado —sugirió con una sonrisa.

—Quizá. —Hice una pausa, meditando sobre eso—. Habría resultado incómodo.

—O perfecto.

Me puse otra vez las manos debajo de las piernas.

—Entonces, ¿no has encontrado a la elegida?

Arqueó una ceja al tiempo que me miraba tratando de contener la risa.

—Claro que la he encontrado.

—Haces que sea imposible hablar contigo —dije, pero me di cuenta de que estaba a punto de reírme.

A pesar de que mi corazón se había acelerado y de que la sangre me hervía en las venas, me las arreglé para ponerme la mano en la frente para calmarme. Me resultaba imposible manejar la situación. No podía controlar mis sentimientos. Jenson sonrió al ver mi reacción, y le brillaron los ojos. Salimos del restaurante sonrientes, igual que llegamos, y me prometió que me llevaría a cenar a más sitios así. Cuando nos acercábamos a la moto, miré a mi alrededor con incredulidad. No podía creerme la cantidad de hombres y mujeres homosexuales que había por allí.

—¿No te parece asombroso? —dije mientras subíamos a la moto.

Jenson se rio entre dientes.

—Lo es. Es un barrio guay, ¿verdad?

Asentí con la cabeza antes de mirar alrededor una última vez. Más tarde, aparcamos la moto entre las bonitas casas de Brooklyn para coger el metro a Coney Island e ir al concierto. Mientras estábamos sentados en el metro, apoyé las piernas sobre las suyas para dar más espacio a la gente que estaba de pie. Entonces me frotó los muslos con un movimiento circular que hizo que me derritiera por completo.

—Quiero llevarte a mi casa —me dijo al oído en voz baja. El corazón se me puso a cien por hora.

—Quizá te lo permita —murmuré. Supe que me había oído porque me acercó más hacia él, hasta que apoyé la cara en su duro pecho y me besó en la frente.

Cuando llegamos a la parada, me pareció que se bajaban del metro un millón de personas. Jenson me cogió de la mano con más fuerza mientras nos abríamos paso entre la multitud, hacia la calle.

—¡Joder! Menudo frío hace aquí —dije.

Me puso un brazo sobre los hombros y me acercó a su costado con suavidad antes de que hubiera terminado la frase. Me estremecí mientras me pegaba a él, tratando de absorber su calidez.

—Eso es porque estamos cerca del agua.

En cuanto llegamos al parque y entregamos las entradas, me cogió de la mano y me llevó al interior, frente al escenario. Sonreí de oreja a oreja cuando me di la vuelta, y él se rio al notar mi emoción.

—Todavía no ha llegado nadie, nena.

Mi sonrisa se esfumó poco a poco, y él se dio cuenta. Me cogió la mano y tiró de mí hasta que me estrechó contra él, apretando mi cabeza a su pecho. Nos quedamos así durante un rato; él apoyando la barbilla en mi pelo y rodeándome con los brazos mientras yo me dejaba hacer. Estaba segura de que no podría soportarlo. Lo habría hecho con cualquier otro tipo. Había estado con otros hombres una sola noche. Podía usarlos para el sexo sin sentirme vinculada a ellos. Pero ese no era un hombre cualquiera. Era *El Hombre*, o el que yo consideraba *mi* hombre. Me obligué a dejar esos pensamientos mientras me llevaba al bar. En el momento en que nos quitamos las sudaderas y tuvimos una cerveza en la mano, volvimos a reírnos mientras señalábamos a algunas personas de la multitud.

Entonces me sorprendió la cantidad de personas que habían llegado en el

tiempo en el que estábamos hablando. La gente nos obligó a acercarnos, pero todavía nos quedó espacio suficiente para poder movernos. Comenzaron los teloneros y fue como si el público reviviera. Todo el mundo comenzó a bailar y a hacer fotos, pero hasta que salió el grupo no empezó a vibrar la multitud. Había vivido el tiempo suficiente en Manhattan como para saber que la ciudad tenía su propio latido, rápido y vital, pero Brooklyn era diferente; su corazón ganaba. Vencía de verdad. Al mirar alrededor, me sentí como si estuviera en casa. Lo sentí. A pesar del frío y de que estaba a miles de kilómetros de mi familia, era como si estuviera en el lugar en el que debía estar en ese momento.

Jenson me cogió de la mano cuando empezó a sonar *The wolf*. Nos sonreímos el uno al otro mientras la cantábamos. Seguimos haciendo eso durante tres canciones más, sin poder dejar de reírnos, mirándonos. No recordaba haberme divertido tanto desde la última vez que estuve con Estelle y Robbie. Hubo dos temas más, pero cuando oí los acordes de *After the Storm*, fue como si me inyectaran insulina en el corazón y desde allí fuera a cada parte de mi cuerpo. En ese preciso momento, los dos dejamos de movernos. Nos buscamos con las manos y luego con los ojos. De repente, Marcus no cantaba para mí, sino para nosotros, y no pude reprimir las lágrimas que me llenaron los ojos. Nos buscamos sin poder evitarlo. Jenson me rodeó la cara con las manos y yo le agarré las muñecas, justo encima donde se había tatuado el nombre de su hija y las palabras «Let it be».

Como si la canción y el momento que estábamos compartiendo no fueran lo suficientemente emocionantes, comenzó a mover los labios para cantar la letra. Cuando empezó a tararear, me cogió de la mano y, después de pensar durante tanto tiempo que el amor no podía romperme el corazón, sentí algo muy dentro. Una parte de mí hizo hueco para aquellos sentimientos que había tratado de enterrar. Y una vez que eso ocurrió, lo sentí todo: que me pedía que le perdonara, que me decía que dejáramos atrás el pasado y abrazáramos ese momento. Fue entonces cuando empecé a llorar, y cuando las lágrimas comenzaron a caer, no pude reprimirme más.

Muy pronto, mi llanto se hizo muy intenso, y Jenson se puso a secarme las mejillas con los pulgares. Luego bajó los labios y apretó los labios contra los míos con ternura, su lengua pidió un permiso que le concedí con rapidez, y allí nos quedamos, en un concierto de nuestro grupo favorito entre la multitud, entregándonos algo irreprimible. Porque era lo que nos definía. Era imparabile,

inflexible y nos consumía por completo. Y no era nada perfecto. Nunca lo había sido, porque ninguno de nosotros lo era. Él era una persona rota, a la que una vorágine de emociones habían dejado jodido hacía mucho tiempo, y yo era el pegamento que una vez trató de recomponerlo. Pero no podía. No podía arreglarlo porque yo no era su salvadora, ya no era mío. Estaba tan perdida como él, y quizá fuera eso lo que nos atraía a cada uno del otro: la vulnerabilidad y la voluntad de estar con otra alma perdida.

Cuando interrumpimos el beso, todavía tenía las manos en mi cara, y yo seguía llorando. No lloraba porque estuviera triste. Ni porque estaba dejando salir toda mi ira. Lloraba porque sentía. Lo sentía todo. Y no había tenido esa emoción desde hacía tanto tiempo que estuve segura de que una parte de mí se había roto cuando me dejó. Y quizá fuera así. Quizá se había llevado consigo mi capacidad de entregarme por completo a otro ser humano. No estaba segura de querer volver. No si él era el eslabón perdido.

Logré serenarme cuando la banda empezó a tocar una canción más alegre. Me limpié las lágrimas, respiré y, después de un buen rato, empezamos a bailar de nuevo. Después de aquel momento no dejamos de tocarnos, todavía más conscientes de la presencia del otro. Más de lo que lo habíamos estado hasta ese instante.

17

Cuando todo terminó, tuvimos que esperar hasta que saliera parte de la multitud antes de seguir su ejemplo, pero una vez fuera, Jenson giró hacia la derecha, hacia el agua, en vez de hacia la derecha, donde estaba el metro.

—Se está muy tranquilo aquí —comenté.

—Sí. Nunca había venido antes —dijo Jenson, acercándose a él.

—Estás de coña —repuse, mirándolo.

—No.

Nos detuvimos al llegar a la orilla, justo al lado de la arena. Me giré hacia él.

—¿Echas de menos tu hogar?

Inclinó la cabeza a un lado como si estuviera dándole vueltas a la respuesta, hasta que por fin me miró muy serio.

—Te echo de menos a ti —confesó, e hizo una pausa para que lo asimilara—. Te extraño —insistió con más fuerza sin apartar los ojos de los míos mientras me acariciaba la mejilla con el dorso de la mano—. Te extraño y estoy harto de tratar este asunto como si fuera frágil como un jarrón de cristal que temo sostener por si se rompe. —Se inclinó y apoyó la frente en la mía al tiempo que soltaba su aliento cálido, que me hizo cosquillas en la nariz.

—El jarrón ya está roto —susurré.

—Si ya está roto, ¿por qué te da tanto miedo todo?

—Porque no sé si quiero andar por el vidrio roto.

Ahucó la mano sobre mi cara y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Yo caminaría sobre cristales rotos si eso significara que llegaría hasta ti. Nadaría un océano, escalaría una montaña... Haría cualquier cosa.

Lo miré parpadeando y me alejé, volviéndome hacia la inmensidad del mar. Negué con la cabeza cuando había un paso entre nosotros.

—Jenson, las palabras son solo palabras.

—Las palabras son mi vida.

—Ya lo sé, pero diciéndolas y escribiéndolas no vas a conseguir que vuelva contigo. Tienes que darte cuenta de eso. Tienes que entender que ver cómo te marchabas para casarte es algo que no creo que pueda olvidar, que me impedirá confiar en ti.

Emitió un hondo suspiro y entrelazó los dedos en la nuca. Cerró los ojos durante un segundo antes de dejar caer los brazos y mirarme otra vez.

—Dime qué tengo que hacer. Dime qué quieres que haga para que vuelvas conmigo.

Permanecí allí, frente a él, durante un rato. Las olas seguían rompiendo en la orilla y algunas personas se reían a cierta distancia; sin embargo, para nosotros, el mundo se detuvo en ese momento. Una vez había soñado con oírle decir esas palabras. Una vez las había ansiado, las había necesitado, pero el tiempo había pasado. Y por mucho que me gustara escucharlas, incluso ahora, después de tantos años, no sabía qué hacer con ellas.

—No lo sé, Jenson. De verdad, no lo sé —confesé finalmente.

—¿Por qué me has dicho que querías dar carpetazo a lo nuestro?

¡Oh, Dios! Sabía que aquello volvería a salir a colación. Solté una risita.

—Obviamente porque estoy loca. —Cuando me miró de soslayo, me puse seria y decidí decir la verdad—. Porque quiero dejar de comparar contigo a cada tío con el que salgo.

Soltó una risa profunda.

—Da igual que intentes darle carpetazo, siempre me vas a comparar con todos los hombres, Mia. A mí me ocurre lo mismo. Ninguna mujer es lo suficientemente divertida, lo bastante irritante. Ninguna está lo suficientemente chiflada ni es lo bastante hermosa para que pueda equipararse a ti.

Aparté la vista.

—No puedes decirme esas cosas.

—¿Acaso quieres que te mienta? —preguntó. Negué con la cabeza mientras lo miraba. Tenía la expresión más grave que hubiera visto en su cara. Nunca había estado tan serio. Tenía las manos a ambos lados del rostro—. Lo siento. Cometí un error. Me he disculpado un millón de veces. No sé qué más quieres que te diga, pero si puedo hacer algo más, dímelo.

Negué con la cabeza.

—Lo hecho hecho está.

Asintió.

—Vale, así que vamos a hablar ahora mismo. Yo empiezo —afirmó,

lanzándome una mirada mordaz mientras dejaba caer las manos—. Pensaba que estabas saliendo con alguien cuando estaba... con Krista. —Gracias a Dios, dejó que las palabras flotaran, porque no estaba segura de asimilarlas—. Me pareció que ibas en serio, y llevábamos un par de semanas sin hablar, así que... —Se encogió de hombros—. Entonces ocurrió... Y me di cuenta de que era algo horrible porque no podía teneros a ambas. No podía tenerte a ti y al bebé.

—Quizá hubieras podido. Ni siquiera nos diste una oportunidad.

—No podía, Mia. No podía. —Soltó un profundo suspiro—. Era demasiado... Tu familia tiene demasiado dinero y yo no era nadie. Un pobre chico que había conseguido entrar en una buena universidad y que había dejado embarazada a una chica rica. —Se interrumpió de nuevo y buscó mi mano, como si necesitara asegurarse de que no iba a escapar—. Hubiera sido como mis padres.

Asentí con la cabeza comprendiéndolo. Sus padres, pero al revés, porque en el caso de sus padres, su madre se largó sin tener ni un dólar en el bolsillo.

—Lo entiendo, Jenson. De verdad, lo entiendo. He tenido cinco años para procesarlo, pero cada vez que te veo...

—El mundo se sale de su eje —dijo él.

—Básicamente...

—¿Crees que va a ocurrir de nuevo? ¿Crees acaso que esa sensación de desequilibrio puede ser provocada por cualquier cosa?

Negué con la cabeza. Sabía que no. Había salido con suficientes hombres para saber que eran pocos los que podían conseguir eso.

Aparté la vista.

—Deberías vender coches.

—Vendo amor. Es mucho más difícil que vender coches.

Bajé los ojos a nuestras manos entrelazadas, desde donde me miraba el tatuaje del símbolo de infinito sin terminar como si estuviera diciéndome: «¿No me recuerdas? ¿No te acuerdas del amor? ¿No lo haces?». Por otro lado, cuando mis dedos se enredaban con los suyos, me concentré en «Marchar». Y entonces lo miré de nuevo, parpadeando para concentrarme en la letra escrita en el pliegue de su dedo anular. Entrecerré los ojos en la penumbra y me solté. Busqué su mirada con el corazón acelerado mientras frotaba la M con el pulgar. Tendría que haberla borrado, ¿verdad?

—No es algo temporal, Mia. Tendrías que arrancármela de la piel.

—Jenson... —dije bajito, volviendo a mirarlo.

—Siempre —afirmó, ahuecando la otra mano sobre mi cara—. Tú siempre estás conmigo.

—¿Cuánto te la tatuaste? —pregunté con un hilo de voz.

—La última vez que te dije que te amaba.

Esa vez, cuando los ojos se me llenaron de lágrimas, no fue debido a la música o el ambiente. Lo rodeé con mis brazos y lo besé. Fue una caricia tierna, lenta y suave. No podría decir que fuera inolvidable o indulgente, pero tenía potencial.

—Llévame a casa —le pedí con un murmullo contra sus labios.

—Vas a tener que ser más específica, nena —replicó antes de mordisquearme el labio inferior.

—Quiero que me lleves a tu casa —concreté mientras deslizaba las manos por debajo de su cazadora. Metí los dedos por el borde de su camiseta para acariciarle la dura espalda—. Por favor —agregué con un susurro mientras le pasaba las uñas por la piel. Sentía su pesada respiración contra mi pecho.

Sus ojos brillaron de deseo y me clavó los dedos en las caderas.

—Vamos, preciosa.

18

Rodeó con la moto una casa de dos pisos y se detuvo delante del garaje para esperar a que se abriera la puerta.

—Es posible que quieras sujetarte a mí otra vez —dijo.

Lo rodeé con los brazos antes de que acelerara y entrara para guardar la moto. Miré a mi alrededor; era un garaje para dos coches, por lo que no había demasiado sitio para una *pickup* negra, un armario con herramientas y un *jeep* rosa perfecto para una niña. Mis ojos se quedaron clavados en esto último. Yo misma había tenido uno muy parecido cuando era pequeña. Nuestros padres nos llevaban casi a diario a pasear por el barrio, yo con mi *jeep* color rosa y Rob con su moto de GI Joe, con los que nos deteníamos en cada semáforo. Me pregunté si Jenson quedaba con Krista para hacer algo por el estilo. De hecho, me pregunté si todavía se verían a menudo.

—Mía —me llamó Jenson.

Por el tono de su voz supe que echaba de menos todo lo que había dicho antes. Parpadeé con rapidez y lo miré.

—¿Sí?

Inclinó la cabeza, señalando la casa.

—Vamos.

Lo seguí hasta los escalones para entrar. El olor a madera fue lo primero que noté. No era abrumador, del tipo que se olía en las tiendas de Abercrombie, sino más bien como de madera nueva. Cuando recorrí las paredes blancas con los ojos, me pregunté si había elegido dejarlas así o si no había tenido tiempo para pintarlas.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

Estaba junto a mí, con los pulgares metidos en los bolsillos de los vaqueros mientras me miraba a los ojos.

—Unos dos años.

Solté el aire. ¡Dos años!

—Por favor, no me digas que Olivia y su madre viven también aquí.

—Vivo solo. Aunque Olivia viene mucho, por lo que técnicamente podríamos decir que lleva viviendo aquí el mismo tiempo que yo.

Me adelanté atravesando una zona con una larga mesa de madera, que parecía una de las que había con bancos en los parques, hasta llegar a una cocina enorme.

—Oliver no exageraba —comenté.

—¿En qué? —preguntó Jenson, que me seguía de cerca.

—Me dijo que tu casa era muy agradable. —Miré a mi alrededor mientras me paseaba en torno a la isla—. Es un sitio precioso —aseguré antes de levantar la mirada hacia la suya.

Dio un paso para detenerse al otro lado de la encimera y apoyó las manos en la superficie. La forma en la que me miraba hizo que tuviera que sujetarme para no caerme.

—Ni siquiera has visto el resto.

—Lo que he visto hasta ahora es más que suficiente para hacerme una idea y decir que me gusta mucho.

Sonrió.

—Quizá eso es lo que quiero que piense toda la gente que venga y que no suba al piso de arriba.

—Quizá estás tratando de convencerme para que vaya a tu dormitorio.

Eso hizo que soltara una risita, aunque la contuvo y se quitó la cazadora de cuero para dejarla en la isla. Abrí los ojos para repasar su cuerpo de arriba abajo, y se me aceleró el corazón al recordar imágenes de lo que había debajo de su ropa.

—¿Quieres ver el resto? —preguntó.

Su voz era ronca y profunda, e hizo que quisiera perder todas las inhibiciones. Noté que se me desbocaba el corazón mientras un segundo se convertía en dos, y dos en tres, y lo único que podía hacer era estar allí, aferrada al borde de la encimera mirándolo a los ojos. Ninguno de los dos quería ser el primero en dar el siguiente paso. Las consecuencias de nuestras acciones flotaron ante nosotros en ese momento, en el que ambos sabíamos que bien podían ser tan trágicas como hermosas. No sabíamos tener lo uno sin lo otro. Di un paso hacia la barra, y él me siguió. Nos movimos hasta llegar a un punto intermedio, donde me tendió las manos.

Estábamos sobrecargados de sentimientos y motivos, y solo nos atrevíamos a

hablar con la mirada. Y mientras me guiaba hacia las escaleras se me ocurrió que había puesto tanto énfasis en el amor, en que Jenson era mi media naranja, y en que estar cerca de él y que me tocara me hacía sentir completa, que no me había dado cuenta de que no me había convertido en una persona independiente hasta que se marchó. Y eso era lo que me daba miedo. Temía volver a perderme profundamente en él una vez más y que cuando esto terminara no supiera dónde acababa yo y dónde empezaba Jenson. Negué con la cabeza para alejar esa idea. Ya no era una jovencita. Sabía que era una persona madura, y que sobreviviría sin él, aunque una parte de mí no podía dejar de tener dudas.

Su olor me envolvió cuando atravesamos la primera puerta. No me soltó la mano, y me acarició el brazo mientras yo miraba a mi alrededor; las paredes eran color azul oscuro y había una cama enorme en el medio de la estancia. Todo lo que me rodeaba, desde la decoración minimalista hasta su olor, gritaba que allí vivía un hombre organizado y con personalidad.

—Es muy... tú.

Se rio entre dientes.

—Espero que sea un cumplido.

Dejé caer la mano mientras lo miraba y me pasé la correa del bolso por la cabeza.

—Lo es —dije, y miré mi cámara, sonriente.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Deberías dejar que te hiciera fotos.

Arqueó una ceja.

—¿De qué tipo de fotografías estamos hablando?

Solté una carcajada al tiempo que le daba una palmada en el pecho. Mi hilaridad se calmó cuando me agarró la mano y la retuvo allí, contra su duro pecho, justo por encima de los latidos de su corazón.

—¿Vas a dejar que te haga una entrevista? —contraatacó sin soltarme los dedos. Su corazón palpitaba al mismo ritmo que el mío.

Asentí con la cabeza, pues las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta.

Nos volvimos el uno hacia el otro y agarró la correa del bolso con uno de sus largos dedos. Con la otra mano me acarició la cara antes de inclinármela hasta que mis ojos quedaron atrapados por los de él.

—Venga. Hazme todas las fotos que quieras —me invitó, dando un par de

pasos hacia atrás y llevándome con él hasta la cama. Se sentó en el colchón y se echó hacia atrás para que yo pudiera ponerme a horcajadas. Luego se apoyó en los codos.

Me temblaban las manos mientras abría el bolso para coger la cámara. Había llevado la más pequeña que tenía, la que solía utilizar todo el tiempo. Quité la tapa del objetivo e hice una foto. Él frunció el ceño porque no estaba preparado, pero le brindé una sonrisa que lo hizo desaparecer de su cara.

—¿Les haces fotos a cada uno de los idiotas con los que sales? —preguntó.

Sonreí mientras lo miraba a través del objetivo.

—¿Es la primera pregunta de la entrevista?

—¿Cuántas preguntas tengo?

Me encogí de hombros.

—¿Cinco?

—Ajá... Entonces, sí, es la primera pregunta.

—No.

Me lanzó una mirada confusa, y volví a apretar el botón.

—No, no hago fotos de cada idiota con el que salgo.

—¿Es algo demasiado personal? —preguntó con un suave murmullo. Se sentó y me puso las manos en los muslos para moverlas hacia arriba por los vaqueros hasta que me apretó los dedos en la parte más abultada. Se me detuvo el corazón.

—Sí, demasiado personal —confirmé en voz baja mientras lo miraba a los ojos a través de la cámara. El anhelo que leí en ellos hizo que soltara el aire de forma temblorosa.

—Quizá deberíamos hacer esto desnudos —sugirió. Sonrió cuando me puse rígida—. Para que seamos más vulnerables.

Dejé la cámara a un lado y me quité la sudadera con un rápido movimiento. Se rio mientras se deshacía de la camiseta, lo que hizo que se le marcaran todos los músculos. Dejé escapar un suspiro al tiempo que me echaba un poco hacia atrás para mirarlo. Siempre había sido delgado, con el cuerpo fibroso de un nadador, pero estaba más grande que cinco años antes y los músculos se habían definido más. Le puse la mano en el hombro y la deslicé hacia abajo lentamente. Jenson contuvo el aliento; pude sentir sus ojos clavados en los míos. Los tatuajes de su pecho ocupaban más extensión que antes, con más trazados artísticos. Me quedé sin respiración al ver a un Correcaminos en el interior del bíceps. Busqué su mirada. ¿Cuándo se lo había hecho?

Sonrió.

—Me lo hice como regalo de cumpleaños hace algunos años.

Hacía algunos años, cuando solo me dedicaba a ignorarlo y probablemente había quedado con otro chico. Aquel pensamiento me dolió como una puñalada. Tragué saliva, sintiéndome avergonzada. Moví los dedos hacia el poema que tenía escrito en el otro lado, recorriendo toda su caja torácica. ¿Con cuánta frecuencia había soñado con ser el pájaro azul que se había tatuado? Lo que habría dado por poder meterme dentro de su corazón...

Me rodeó con los brazos y la cálida sensación que me envolvió hizo que la sangre se me acelerara en las venas. Me desabrochó el sujetador sin apartar los ojos de los míos, incluso mientras me bajaba los tirantes por los brazos. A continuación se inclinó y hundió la cara en mi cuello para besarme allí antes de bajar los labios desde el hueco de mi garganta hasta el esternón, dejando un caliente reguero de besos a su paso. Sentí como si ardiera y me aparté un poco.

—¿Más fotos? —preguntó mientras llevaba las manos desde mi espalda a mis pechos.

Me estremecí y me froté contra la dureza que guardaban sus vaqueros. Él gimió al tiempo que me cubría los senos para empezar a amasarlos con suavidad, frotándome los pezones con los pulgares. Gemí.

—Más fotos...

—Vale. —Bajó la boca hasta donde habían estado los pulgares, y yo subí las manos a su pelo, enredando los dedos en su cabello mientras me estremecía una vez más.

—Mía —gruñó contra mi pezón.

—¿Qué? —suspiré, tensándome al sentir sus dientes sobre mí.

—Si quieres que esta sesión de fotos termine bien, tienes que dejar de balancearte de esta manera.

—Y tú tienes que dejar de mover la boca así si quieres que la entrevista llegue a buen puerto.

Se echó hacia atrás para mirarme con una sonrisa. Tuve la oportunidad de coger la cámara de nuevo mientras él cambiaba nuestras posiciones, moviéndome para que tuviera la espalda apoyada en la cama y él pudiera acomodarse entre mis piernas. Le hice una foto mientras estaba bajando la cabeza, y dejé la cámara a un lado cuando sus labios se encontraron con los míos.

—Quizá esas imágenes te den las pruebas que necesitas —dijo desabrochándose y quitándose los vaqueros además de la ropa interior.

—¿Pruebas de qué? —pregunté con la respiración entrecortada al notar cómo exploraba con las manos mi cuerpo totalmente desnudo, mi cuello, mis pechos, mi estómago, mis muslos...

—Las pruebas de lo mucho que te necesito. —Movía las manos lentamente, como si estuviera buscando algo que no recordaba de mi cuerpo. Y quizá fuera así.

Estaba intentando desabrocharle los vaqueros cuando me detuvo y se puso de pie para quitárselos él mismo, poco a poco, como si estuviera haciéndome un *striptease*. Me apoyé en los codos para mirarlo.

—No creo que las pruebas que quiero estén en las imágenes —dije con los ojos empañados.

Él sonrió mientras se acercaba a la cama, me agarraba los pies y me separaba las piernas.

—No hablaba de ese tipo de pruebas —afirmó colocándose de nuevo entre mis muslos e inclinando la cabeza hasta que nuestros labios se encontraron y pudo deslizar la lengua en mi boca. Nuestras lenguas se movían con los sincronizados movimientos de los que habían sido amantes toda la vida. Su cuerpo cubrió el mío cuando me tendió de nuevo en la cama, y él interrumpió el beso para rozarme la punta de la nariz con la suya.

—Quiero tocarte —pedí bajito moviendo la mano entre nuestros cuerpos para pasar la yema de los dedos por los cuadrantes de su abdomen. Noté su erección contra el estómago, pero me contuve para no tocarla.

—Me muero por ti —murmuró, mordisqueándome el labio inferior—. Quiero sumergirme dentro de ti y follarte hasta volverte loca. —Arrastró la boca por mi cuello—. Con intensidad, con rapidez... —Capturó uno de mis pezones y lo rodeó con la lengua. Cuando se detuvo, me miró con ojos brillantes al sentir mis manos en su pelo, atrayéndolo hacia mí—. Y luego, más lentamente, me tomaré mi tiempo. ¿Te gustaría?

Asentí. Lo hice de nuevo antes de que él dejara caer una lluvia de besos por el centro de mi estómago, mordisqueándome la piel de vez en cuando, en las caderas, en el ombligo, justo al llegar a mis pliegues. Me estaba quedando sin aliento, y Jenson ni siquiera había llegado a su destino. Abrí los labios dejando escapar un gemido. Me arqueé en la cama cuando por fin sentí su lengua entre mis piernas. Me sujetó las caderas mientras volvía a hacerlo una

y otra vez, hasta que gimió saciado.

—Pero antes necesito saborearte. —Movi6 la lengua contra mi cl6toris—. Necesito borrar de tu mente cualquier recuerdo de esto del que yo no forme parte. —Volvi6 a arquearme cuando me lami6 de nuevo—. Necesito asegurarme de eso —insisti6, chup6ndome el cl6toris para soltarlo con un chasquido—. Tengo que familiarizarme a fondo contigo antes de enterrarme dentro de ti. —Volvi6 a pasar la lengua por mi sexo y, esta vez, me cubri6 los pechos con las manos y me pellizc6 los pezones. Jade6 y me retorci6, mientras 6l seguía disfrutando de mi cuerpo. Me movi6, frot6 los pies contra su erecci6n y volvi6 a hacerlo al notar lo dura que era. 6l solt6 un gruñido respirando con dificultad. Y luego ya no pude moverme. Cerr6 los ojos y me perdí en unas sensaciones demasiado poderosas para neg6rmelas.

La sensaci6n de su lengua, c6lida y s6lida contra mí. Sus grandes y expertas manos que seguía recorriendo mi cuerpo. El contacto de sus dientes. No podía pensar en otra cosa que no fuera el hormigueo que comenzaba a extenderse desde la base de mi columna e irradiaba desde all6 al resto de mi cuerpo. Solt6 un grito ininteligible y le rogu6 que me follara mientras el orgasmo me recorría por completo. Se rio de mi orden al tiempo que volví a recorrer mi cuerpo con los labios h6medos. Fue un camino lento que subi6 a un ritmo tortuoso que casi me hizo llorar. Y luego lleg6 por fin a mi cara, donde clav6 sus iris grises en los míos mientras me acariciaba la barbilla con el pulgar. Acto seguido, se hundi6 en mi boca, arrastrando sus labios muy despacio contra el interior de mi labio inferior.

—¿Necesito coger algo? —advirti6 en voz baja con la respiraci6n entrecortada y una mirada salvaje en los ojos que debía de ser similar a la mía.

Sentí la pregunta más que la oí. ¿Necesitaba coger algo? Asentí.

Se qued6 quieto un momento y luego se estir6 sobre mí para abrir el caj6n de la mesilla de noche. Rasg6 el envoltorio del cond6n y se lo puso. Me fij6 en el tatuaje que tenía en el interior de su otro biceps; ponía «Olivia». Aquella última advertencia del pasado me golpe6 en la cara, pero la olvid6 con rapidez cuando se impuls6 dentro de mí. Tom6 aire de forma ruidosa y arque6 las caderas para impulsarme hacia 6l y recibirlo plenamente. Se balance6 lentamente y me sujet6 al tiempo que se hundía en mí hasta el fondo, retirándose con la misma lentitud. Apoy6 la frente en la mía mientras respiraba con pesadez.

—¡Dios! Cómo he echado esto de menos... —confesó con la voz tensa. Se retiró casi por completo y volvió a hundirse con tanta fuerza que lancé un grito—. Te he echado de menos. —Sus movimientos se hicieron más frenéticos, aumentando la velocidad y la fuerza en cada envite.

Me sentía igual. El sexo era descarnado y desesperado entre nosotros. Era un momento importante para mí, para nosotros, en el que nos enfrentábamos directamente a nuestro dolor y nos preguntábamos cómo nos había afectado. «Yo también te he echado de menos —respondí apretando mi boca contra la suya—. Te he echado tanto de menos que algunos días pensé que moriría».

«Lo siento», dijeron sus manos al acariciarme.

—Dame una oportunidad —murmuró con palabras. Sus embestidas se hicieron más largas cuando comenzaron a aparecer unas gotas de sudor entre sus cejas—. Te mostraré lo bueno que puede ser. —Me rozó el lóbulo de la oreja con los dientes—. Te lo enseñaré todo.

No tenía respuesta para eso, así que cerré los ojos y le clavé las uñas en la espalda mientras me cabalgaba con más intensidad, con más fuerza, hasta que todo lo que me rodeaba se confundió y se mezcló, como una acuarela.

La columna de Jenson

Llevé a mi preciosa chica a Eataly este fin de semana. Si alguna vez vienes a Nueva York y quieres un lugar único donde tomar vino, chocolate y comida increíble de diferentes lugares, tienes que visitar este sitio. Tienen desde pizza a oreja de cerdo. No había estado nunca allí, así que no fui con idea de impresionarla, pero si quieres sorprender a una mujer, llévala a Eataly.

Tienen un aperitivo de Nutella.

Es un «Nutella Bar», señores. Y por si acaso tengo que decir lo obvio, la Nutella es más afrodisíaca que las ostras.

Mi chica y yo pasamos un magnífico fin de semana.

Eataly: Lugar de visita obligada.

La pregunta de la semana es de @JugiandLiba: «¿Los mejores perritos calientes de Nueva York llevan...?».

Respuesta: Mostaza y ketchup.

19

—No has mentido sobre el frío. —Esas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Estelle cuando me abrazó. Había llegado con Oliver de visita ese fin de semana y se habían detenido en el apartamento antes de ir al hotel.

—Nunca miento sobre cosas horribles —le recordé, abrazándola con fuerza.

—Deja de sobar a mi mujer —espetó Oliver desde atrás. Dejé caer los brazos y me di la vuelta para abrazarlo a él con una enorme sonrisa.

—Todos sabemos que la conocí antes, Bean, así que cállate. Tienes suerte de estar más bueno que yo, porque, seamos realistas, es la única razón de que se haya casado contigo —argumenté, haciendo que emitiera una carcajada mientras me soltaba.

—Sí, doy gracias a Dios por estar tan bueno —dijo al tiempo que rodeaba la cintura de Elle con un brazo y arrastraba la maleta por el vestíbulo del edificio.

—Es un sitio muy agradable —comentó Estelle.

—¿Verdad? A veces me pregunto por qué Millie y Seth no se instalaron aquí en vez de en casa de Seth, pero luego voy a visitarlos y lo entiendo muy, muy bien.

—¿En serio es tan bonito? —preguntó Estelle, riéndose.

—Claro.

—¿Alguna vez has buscado un apartamento en Brooklyn? —intervino Oliver.

—No.

—¿En serio? —insistió cuando entrábamos en el ascensor.

Tomé aire y pulsé el botón de mi piso.

—En serio.

—La casa de Jenson es muy chula.

Noté sus ojos clavados en mi cara.

Intenté con todas mis fuerzas reprimir la sonrisa, pero me resultó imposible.

Jenson y yo habíamos acordado que nos tomaríamos las cosas con calma. También habíamos decidido no decirles nada a Oliver y Estelle hasta que vinieran de visita. Vale, pero luego había decidido escribir en su jodida columna sobre el día que fuimos a Eataly, lo sabía porque había decidido empezar a leerla de nuevo el día que la escribió.

—¿De verdad? —pregunté al ver que podía poner una expresión seria e indiferente.

—Espera un momento... ¿No lo has visto desde que estás aquí? —preguntó Estelle.

—¿Es que no leíste el periódico cuando te lo dije, Elle? —Era Oliver el que insistía.

Lo miré. Menudo cabrón...

Mi amiga frunció el ceño.

—¿Qué me pediste que leyera?

Oliver se rio y negó con la cabeza mientras la abrazaba.

—El que te puse al lado cuando estabas desayunando el domingo.

—Oh... Pensé que lo ponías allí para que lo utilizara para cubrir la mesa y no la ensuciara con mis trabajos. No me di cuenta de que querías que leyera algo...

Oliver y yo nos reímos, pero mi risa murió cuando él se volvió hacia mí con una mirada interrogante.

—Tío, para ya. Es posible que no se refiriera a nadie en concreto en esa estúpida columna.

Él se encogió de hombros.

—Quizá... pero mencionó a su «preciosa chica». Vic y yo llevamos toda la semana tomándole el pelo por eso.

Me reí porque no pude evitarlo.

—Eso es muy cruel, Bean.

—¡Lo sabía! —gritó como si hubiera ganado una maldita medalla de oro—. ¡Lo sabía, joder!

Sacó el móvil, y se lo arrebaté con rapidez.

—Ni se te ocurra —lo amenacé—. En serio... Para empezar, no es nada importante, y en segundo lugar, queríamos decíroslo nosotros mismos cuando estuvierais aquí.

—No es nada importante... —se burló Oliver recuperando el teléfono—. ¿Estás saliendo con él?

Le lancé una mirada de advertencia mientras Estelle me contemplaba, una mirada que decía «Ya hablaremos más tarde».

Les enseñé el apartamento, aunque no era necesario demasiado tiempo para recorrer un piso de un dormitorio en Chelsea, y le envié a Jenson un mensaje de texto que decía:

«Acabaré matándote por esas estúpidas columnas que escribes».

Estuve a punto de lanzar el móvil al suelo cuando él me respondió:

«Guau... ¡Me has enviado un mensaje!».

Era imposible. Aunque también era adorable, no podía con él.

20

—No quiero decir que te odie en este momento; solo que si tuviera un cuchillo en la mano, estarías sangrando —le dije a Estelle mientras íbamos al coqueto restaurante donde nos reuniríamos con Oliver y Jenson. Ella se rio.

—Cállate, anda. Lo has estado viendo a mis espaldas, ¿y eres tú la que está enfadada?

—Eso es diferente. Y no forma parte de mi nuevo proyecto.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Estás de coña? ¿Cómo que no forma parte de tu nuevo proyecto? Que yo sepa, solo os encontrabais por casualidad, por trabajo, y de repente, ¡zas!, estás saliendo con él.

Vacilé durante un instante.

—Bueno, pero no te lo he contado porque estabas montando la nueva galería y esas cosas.

—¡Oh, sí! Ahora hasta tienes excusa —dijo poniendo los ojos en blanco antes de agarrarme del brazo y ponernos a andar de nuevo.

—No me puedo creer que me hayas arrastrado hasta aquí sabiendo que puede estar con Olivia.

—Cierra el pico. Vas a entrar ahí y a portarte bien con ella si está dentro. De todas formas es muy probable que no venga.

—Genial...

La estructura del lugar parecía un cubo de plástico transparente. Si Estelle no hubiera dejado caer la bomba de que nos íbamos a reunir con ellos para almorzar, lo habría adivinado por la disposición de aquel sitio. Decoración elegante en blanco y negro que hablaba de minimalismo a gritos. Los vi casi en el mismo momento en que entramos. Era difícil pasar por alto a dos tíos buenos con una niña. Eran una perfecta dosis de «porno para mamás».

—La ha traído —susurré frenética—. Es oficial, os voy a matar.

—De verdad, pensé que no lo haría —musitó Estelle—. Pero, claro, Oliver

es su padrino, así que...

Volví la cabeza hacia ella. Eso no lo sabía. La vi encogerse de hombros.

—Sois una panda de traidores —susurré mientras llegábamos hasta ellos. Elle soltó una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Oliver al tiempo que se levantaba para saludar a su esposa y abrazarla con fuerza.

—Actúas como si no la vieras desde hace siglos —me quejé, poniendo los ojos en blanco.

—No te pongas celosa, tú eres la siguiente —repuso mientras me rodeaba con los brazos.

Una vez que logré alejarme de sus garras, miré a Jenson. Trataba de no mirar a la niña que estaba a su lado, porque no sabía cómo enfrentarme a esa situación. ¿Cómo se saluda al hombre con el que estás acostándote frente a su hija, a la que no conoces? Sin duda se necesita ser idiota para sentirse así. Cogí aire y le sonreí.

—Hola —dije. Luego me concentré en ella.

Hasta ese momento solo era una niña. Una cría que había arruinado ella sola la relación que tenía con el amor de mi vida. No era que fuera culpa suya. El culpable era él... Y su madre. Y la distancia, las inseguridades y una gran cantidad de cosas que posteriormente había comprendido que habían contribuido a nuestra separación. La niña solo era una inocente espectadora en la guerra que habíamos creado a su alrededor.

Jenson se levantó, y di un paso atrás para mirarlo. Maldije las deportivas que llevaba por hacerme sentir tan enana a su lado.

—Mia, te presento a Olivia —dijo mientras pasaba la vista de la niña a mí—. Scout, esta es Mia.

Sentí que el corazón me palpitaba atronadora mente en el pecho, y se detuvo cuando sus ojos se encontraron con los míos. Unos ojos grandes de color gris azulado que me miraron sonrientes, unos finos labios de color cereza y unos dientes diminutos. Y ya... Durante cinco años había construido un mundo de ideas preconcebidas sobre este momento, sobre ella, y Olivia se limitaba a sonreír como si no pasara nada.

—¡Como *Mia va a la playa!* —exclamó.

Me dedicó una sonrisa tan parecida a la de su padre que le respondí sin pensar a ese trozo del hombre que una vez amé.

—Exacto —corroboró Jenson.

Noté la risa en su voz, pero en ese momento no soportaría mirarlo. Me sentía a punto de llorar. Estábamos en un restaurante, un lugar donde otras familias y amantes disfrutaban de un tranquilo almuerzo, pero por dentro era como si estuviera sufriendo la transición más monumental que había sufrido desde... Bueno, desde la noche del concierto.

—Y ella es Estelle —continuó Jenson, mientras me sentaba enfrente de Olivia—. ¿Te acuerdas de ella?

Clavé los ojos en mi amiga. Ella se disculpó con un encogimiento de hombros que significaba: «Me pediste que no te hablara de ellos, y no lo hice».

—La recuerdo —dijo Olivia—. Se ha casado con el tío Bean.

—Sí —confirmó Oliver con una enorme sonrisa.

La rodeó con sus largos brazos y la apretó hasta que se rio, y me di cuenta de que yo era la extraña allí.

Esa niña no tenía ni idea de que yo había formado parte de la vida de su padre. Incluso aunque me sentara y se lo explicara, nunca sería capaz de comprenderlo, porque tenía una madre que no era yo y un padre que no estaba conmigo cuando era pequeña. Nunca conocería nuestro amor como algo más que una historia, una que le contaría durante la cena cuando estaban compartiendo cosas de su pasado, si es que alguna vez le hablaba de él. Algunas personas te lo cuentan todo. Otras, como Jenson o yo misma, se lo guardan en su interior, permanecen callados. Incluso ahora mismo, la gente que nos había conocido cuando estábamos juntos seguía preguntándose qué había pasado entre nosotros, antes de añadir que lo nuestro parecía amor verdadero, o peor todavía, un «os imaginaba casados a estas alturas». La nuestra era una historia secreta porque revivirla era demasiado doloroso.

—¿Te pasa algo?

Parpadeé y negué con la cabeza en dirección a Jenson antes de sumergirme en el menú como Oliver y Estelle. Jenson seguía hablando con Olivia sobre la guardería, sus amigos y las películas que le gustaban. Cuando levanté una vez la cabeza, le vi besarla en la cabeza con facilidad, con amor, como solo lo hacía un padre, y decidí que era la faceta más excitante de él. Volví a clavar los ojos en la carta y, cuando una mano se posó sobre la mía, pegué un brinco.

—¿Seguro que no te pasa nada? —preguntó Estelle—. Estás muy callada.

Asentí con la cabeza y levanté el menú de forma que me cubriera por completo la cara, a pesar de que todavía podía ver algo. No podía cubrirme

con una bolsa de papel, pero si hubiera sido una opción, lo habría hecho. Un momento después, cerré la carta y miré a Estelle.

—¿Podrías pedirme una hamburguesa de queso azul y una Coca-Cola? Tengo que ir al cuarto de baño. —Lo último lo dije con un susurro que hizo que Olivia saltara una risita.

Elle me miró con preocupación, pero asintió con la cabeza mientras yo me levantaba para cruzar el comedor hasta desaparecer detrás de una pared que esperaba que condujera a los baños. Casi esperaba que alguien me siguiera, y suspiré aliviada cuando entré sin que nadie me hubiera alcanzado. Necesitaba tiempo para aclararme la cabeza. Tenía que volver a la mesa y hablar con esa criatura.

No era más que una niña.

«Solo que no lo es».

Era la hija de Jenson.

Su preciosa y dulce niña.

«La que tuvo con otra mujer».

Golpeé la puerta del cuarto de baño con el puño y solté un gemido. Me gustaría que me hubieran advertido de esta pequeña reunión. ¡Qué cabrones! Oí que alguien llamaba a la puerta, así que solté el último suspiro, me lavé las manos y salí. Estaba mirándome la punta de las deportivas cuando tropecé con él.

—¡Joder! —solté al tiempo que retrocedía.

Él se quejó a la vez..

—Deberías mirar por dónde...

Jenson miró cómo me frotaba la parte superior de la cabeza mientras se pasaba la mano por la barbilla.

—Lo siento —dije—. Pero no deberías acechar así a la gente.

—Estoy esperando a que salgas del baño, difícilmente se le puede considerar acecho.

—Tiene ese significado cuando se tienen motivos ocultos...

Él puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Sonreí porque era yo la que había dicho la última palabra.

—Lamento que te hayamos sorprendido —soltó después, de golpe.

—Tu hija es muy guapa.

—Gracias.

—Se parece a ti.

—¿Eso crees?

—Bueno, no es que conozca a su madre. —Solo había visto sus fotos en las redes sociales...

—Me gusta que pienses que se parece a mí —confesó, mirándome a los ojos.

Parpadeé antes de desviar la vista y me aclaré la garganta.

—Bueno, será mejor que regresemos —dije mientras me daba la vuelta para alejarme de él.

Él extendió la mano y me cogió del brazo hasta que noté contra la espalda los duros músculos de su pecho. Contuve la respiración. Quería marcharme, pero tenía serias dificultades para respirar. Cuando estaba entre sus brazos, como en ese momento, no podía moverme.

—¿Qué haces? —susurré.

Bajó la cabeza y me rozó la piel con la barba incipiente, hasta que quedamos mejilla contra mejilla. Su esencia me envolvió hasta que solo pude respirarlo a él; hasta que en mis pensamientos solo había cabida para él. Me abrazó de manera que no tuve más remedio que dejarme consumir. Me permití apoyar la frente en su hombro y cerré los ojos.

—Tu hija está esperando —le recordé.

—Mi hija está con su padrino. Créeme, lo último en lo que piensa en este momento es en mí, y yo necesito saber que no te pasa nada. Que estás bien de verdad. No me vengas con esos «Jenson, estoy bien» —imitó mi voz, y tuve que contener una sonrisa—. No quiero que desaparezcas sin más... Necesito saber que no vas a convertirte otra vez en un correccaminos.

Mi corazón se detuvo al oírlo.

—Estoy bien de verdad —murmuré bajito, apoyándome en él con más fuerza.

Aflojó los brazos, pero no me soltó, solo bajó las manos para darme la vuelta y ponerlas luego en mi espalda.

—Mírame.

Cogí aire y estiré el cuello hasta que nuestros ojos se encontraron. Me contemplaba con tanta intensidad que se me detuvo el corazón.

—Estoy mirándote.

Sonrió al tiempo que me pasaba una mano por el pelo.

—Eres tan guapa...

Sentí que me estremecía.

—Jenson, aquí no.

Sonrió de medio lado.

—¿Me darías un bofetón si te besara ahora?

—Hay muchas posibilidades.

Se mordió el labio inferior y soltó un gemido que me hizo sentir como si me derritiera entre sus brazos; luego bajó la cabeza para rozar la punta de su nariz contra la mía.

—Voy a arriesgarme —murmuró, moviendo los labios más abajo.

Me besó primero en una comisura y luego en la otra. Me estremecí mientras le ponía las manos a ambos lados de la estrecha cintura, cerrando los ojos a todas las razones por las que no debería desearlo tanto como lo hacía, sobre todo en ese momento. Me deshice de la inquietud y acepté los escalofríos de energía que me recorrieron cuando sus labios cayeron sobre los míos. Sus besos fueron creativos. Como si llevara toda la vida imaginándolos. Como si hubiera escrito poemas sobre la plenitud de mi labio inferior. Como si mi lengua fuera una estrofa que hubiera saboreado pero no hubiera tenido la oportunidad de perfeccionar.

Cuando interrumpí el beso por la necesidad de aire, me aferré a él, dispuesta a soltarlo por temor a lo que sucedería si seguíamos. Volvió a rozarme la nariz con la punta de la suya mientras soltaba un suspiro que se mezcló con el mío.

—Ha sido... —No terminó la frase.

Lo miré al tiempo que asentía lentamente, de acuerdo con que había sido... Algo. Todo.

Luego me soltó y me alejé, y nos quedamos más separados que cuando habíamos empezado. Y una vez más no estaba segura de nada, no porque no lo deseara, sino porque lo deseaba con todas mis fuerzas.

Todos devoramos la comida y, cuando terminamos, Oliver sugirió que fuéramos hasta Central Park, donde hacía tiempo que no iba.

—¿No es una locura lo grande que es? —pregunté.

Todos me miraron como si estuviera loca.

—El campo de fútbol también es grande —mencionó Olivia.

Bajé la vista y sonreí.

—¿En serio? ¿Te gusta el fútbol?

Asintió con los labios curvados.

—La semana pasada marqué un gol.

—¡Es increíble! Siempre he querido jugar al fútbol.

—Yo te puedo enseñar —me dijo, soltándose de la mano de Jenson para agarrar la mía. Fue algo tan inesperado que pequé un brinco y casi dejé caer la cámara.

Bajé la vista a nuestras manos unidas, la suya pequeña y gordezuela, la mía delgada y de casi el doble de tamaño, y sentí que me recorría una emoción tan profunda que el corazón se me aceleró en el pecho.

—Me encantaría —dije en voz baja.

En el enorme parque buscamos un sitio en la zona de juegos y nos tendimos en el césped para ver jugar a Olivia. Oliver la acompañó durante un rato, luego Estelle y, a continuación, Jenson. Después de estar allí un rato sola, con otros niños, Olivia se volvió hacia nosotros y agitó la mano.

—¡Mia! ¡Ven a jugar conmigo!

Me puse rígida y miré a Jenson. Estaba hablando de fútbol americano con Oliver mientras Estelle y yo comentábamos los avances de la galería. Salvo aquel beso delante del cuarto de baño, manteníamos la distancia. Yo por respeto a Olivia, y él... no tenía ni idea. Lo que sí sabía era que las miradas de anhelo que cruzábamos eran pocas y escasas, y que eso había hecho aumentar mi ansiedad. ¿Es que no quería que estuviera allí? ¿O sí? ¿Le gustaba cómo me trataba su hija? Traté de bloquear esos pensamientos. Intenté tranquilizarme para que el pulso me fuera más despacio. Me recordé que era Jenson. Era el chico con el que había estado tanto tiempo, durante fines de semana enteros. Y ella era su hija. Me dije que si fuera al revés, me gustaría que él conociera a mi hijo. Pero no era mía, y había sido yo la que fue dejada a un lado por alguien al que amaba y al que consideraba mi mejor amigo mientras él tenía una hija.

Me levanté para acercarme a Olivia, porque no podía soportar la forma en la que me miraba, como si me hubiera interpretado mal y yo no quisiera ser su amiga. Tenía una mirada triste, pero no podía imaginarme que nadie le negara una petición tan simple. Me acerqué al columpio y la empujé. Ella se rio, moviendo las piernas en el aire. Una vez que se cansó, me senté en el que quedaba vacío a su lado y la miré. Nos contemplamos la una a la otra, sorprendida por lo amigable que era conmigo y cómo un simple gesto podía hacerla tan feliz. Jenson se unió a nosotras unos momentos después, y se puso detrás para empujarnos al mismo tiempo a ambas, mientras Olivia y yo tratábamos de averiguar quién podía llegar más alto.

Más tarde, cuando salimos del parque, le permití llevar mi cámara al cuello

y hacer fotos. Sus temas favoritos eran perros y ardillas. Parecía fascinada por la cámara; me gustaba tener algo que compartir con ella además de su padre, que seguía actuando de una forma muy extraña.

Más tarde, mientras revivía el día en mi cabeza, se me ocurrió que él no había hablado ni una sola vez de mí en los términos que tendría que usar para definir lo que habíamos sido. No era que lo esperara; a fin de cuentas, no era su novia. Ni siquiera estaba segura de ser su amiga. Para ser una persona que odiaba las etiquetas, que no quería ser clasificada, estaba dándole mucha importancia. Cogí la cámara y me puse a examinar las fotos que había hecho, y se me detuvo el corazón cuando llegué a una en la que salíamos Jenson, Olivia y yo en los columpios. Yo tenía los labios curvados mientras la miraba, con su despeinado pelo oscuro y aquella sonrisa que ofrecía a su padre. Jenson se reía igual que nosotras, mirándome y permitiéndome ser parte de esa instantánea de su vida, aunque solo fuera durante un momento.

La columna de Jenson

¡Lo que da de sí un fin de semana! Ya he mencionado antes que las citas son un poco —es decir, muy— diferentes cuando tienes un hijo. Y sé que algunas de las madres solteras están poniendo los ojos en blanco mientras piensan: «¿Qué va a saber de eso un hombre?». Bueno, pues algunos sí sabemos, y mucho. Cuando me divorcié de mi ex, quería tener la certeza de que podría ver a mi hija cada vez que quisiera. No quería ser padre solo los fines de semana, así que intento verla casi todos los días. Y cuando no la veo, hablamos por teléfono.

El fin de semana pasado vinieron a Nueva York mi mejor amigo y su esposa. Siendo como es el padrino de mi hija, y la persona por la que le pusimos ese nombre, siempre que viene organizamos todos nuestros movimientos alrededor del horario de la niña. Así que mi chica ha conocido a mi hija. Probablemente estéis ahí sentados pensando: «¿Y qué, Reynolds?».

Bueno, pues debo decir que TODO.

Ella se ha convertido en «la que se escapó».

¿Recordáis cuántas veces he escrito sobre ella?

Así que esto es una pasada.

Pero ahora que ha conocido a mi hija, que hemos tenido un día estupendo, que hemos disfrutado de un momento muy emotivo, se ha largado sin avisar. Dejándome en ascuas.

Mi hija es monísima y preciosa, pero ahora siempre me pregunta si va a volver a ver a Mia.

Mi respuesta: «Eso espero, Scout, eso espero».

Al menos disfrutamos de un almuerzo maravilloso y un buen rato en Central Park antes de que desapareciera por completo ..., ¿verdad?

La pregunta de la semana es de @Twihardmomof3: «Nombra las tres cosas que no pueden faltar en tu vida».

Respuesta: Salud, amor y felicidad.

21

Tenía una sesión temprano para la revista, y después de que la pareja en cuestión me contara cómo había sido su segunda oportunidad en el amor, pues cuando se conocieron y se enamoraron por primera vez él trabajaba para el padre de ella, y no volvieron a conectar hasta muchos años después, me pasé el resto de la mañana haciendo fotografías a gente que parecía estar de luto por algo. Luego me reuní con Estelle para almorzar.

La vi en cuanto atravesé las puertas de la pequeña cafetería en la que habíamos quedado. Estaba eligiendo un esmalte de uñas y, de vez en cuando, miraba la pared que tenía enfrente. Me pregunté qué vería cuando miraba los cuadros. ¿Los valoraría de forma objetiva o los apreciaría? Me pregunté también qué pensaría Jenson al conocer a la gente; ¿la analizaría tan profundamente como yo o aceptaría sus defectos para tratar de describirlo lo mejor posible, como cuando yo trataba de capturarlos con mi objetivo?

—¿Qué ves ahí? ¿Un corazón o una manzana? —preguntó Estelle mientras me sentaba frente a ella.

Miré la pintura.

—Una mancha roja.

—¿En serio? —insistió con una sonrisa.

Estudié de nuevo el lienzo y moví la cabeza asintiendo.

—Sí... Como mucho, un corazón dibujado por un alumno de cuatro grado.

—Eh..., no te metas con los niños de cuarto. En realidad algunos son tan buenos artistas que te sorprenderían.

—Estoy segura de ello. —Hice una pausa—. ¿Dónde está hoy tu Romeo?

—Ha salido con Jenson. Lo que puede significar que está en cualquier sitio, desde un club de *striptease* a una cafetería.

Me reí.

—Estoy segura de que no se les ocurriría llevar a Olivia a un club de *striptease*.

—Me alegro de que una de las dos tenga fe en ellos. Bueno, ¿qué tal las fotos? ¿Ha hablado ya Millie con su amiga? ¿Está moviendo el tema ese del que me has hablado?

Suspiré y cogí el menú para pedir la comida; luego entrelacé las manos y le expliqué mi idea.

—¿Vamos a hablar también del día que conociste a Olivia? —preguntó de repente.

Hice una pausa.

—Vale. Tiempo... ¿Qué tenemos que hablar sobre eso?

—Quizá sobre el hecho de que Jenson le dijo a Oliver que no ha podido contactar contigo después de ese día.

La miré boquiabierta.

—Estuve jugando con Olivia en el parque. Incluso le permití hacer fotos con mi cámara, y luego a Jenson no se le ocurre otra cosa que decirle a todo el puto mundo que he desaparecido para hacerme quedar como una gilipollas. ¡Y solo han pasado dos días!

—¡Oh, Dios mío! Voy a tener que empezar a leer su columna. —Se rio—. Bueno, dime qué opinas de ella. Parecías un poco descolocada.

—¡Es que lo estaba! No esperaba verla.

—¿Y?

—Y es adorable. —Me encogí de hombros—. No sé qué coño quieres que te diga.

—Bueno, eso es un buen comienzo, teniendo en cuenta que la semana pasada pensabas que era un engendro del demonio.

—No es cierto. Me gustan los niños. Lo que no significa que quiera pasar demasiado tiempo con ellos. No tiene nada de malo.

—¿Y qué pasará cuando yo tenga hijos? —preguntó.

Me recosté en la silla y la miré fijamente.

—¿Estás preñada?

—Todavía no.

—Ya sabes que adoraré todo lo que salga de tu vagina.

—¡Mia! —me advirtió, mientras se atragantaba con la risa.

—¿Qué?

—¡Filtra!

—Me pone enferma tener que estar filtrando todo el rato. Soy demasiado vieja para estas mierdas. —Hice una pausa para tomar un bocado de sándwich

del plato—. ¿Le has entregado ya el cuadro a tu fan número uno?

—Oh, sí. Y casi se puso a babear encima de Oliver todo el tiempo. Resultó muy divertido. —Tomó un bocado por su parte sin quitarme los ojos de encima —. Bueno, ¿qué piensas que harás ahora con Jenson?

Me encogí de hombros mientras terminaba de masticar.

—Teniendo en cuenta que el otro día se comportó de una forma muy rara, no tengo ni idea.

—Debe de haberle resultado rara la situación.

La miré de soslayo.

—Elle, también fue rara para mí.

—No me puedo creer que después de todo lo que has hecho, de ignorarlo, evitarlo y toda esa mierda, hayas vuelto a colarte por él.

—No me he colado de nuevo por él —protesté, tratando de no ahogarme con el agua.

Sonrió.

—Lo has hecho, y es culpa mía, por no haber estado aquí para protegerte de esos ojos lobunos.

—¿Ojos lobunos?

—¿Y cómo los describirías tú?

—Imagino que gris azulado.

Me lanzó la servilleta riéndose.

—Qué idiota eres...

—Una idiota realista, no ñoña.

—Lo que sea. Creo que todavía estás loca por él.

Me mordí la lengua. «Quizá era así».

—Y yo creo que tú estás loca. Punto.

—Lo digo en serio, Meep.

—Lo sé. Y yo pensaba que el sábado estábamos pasando un buen rato, hablando, divirtiéndonos y esas cosas, y luego, cuando llegué a casa y vi las fotos que nos habías hecho en el parque... —Dejé de hablar, recordando las imágenes que había encontrado en la memoria de la cámara cuando me puse a buscar instantáneas de perros para enviárselas a Jenson. Estelle me había hecho fotos con Olivia y Jenson. Parecíamos la respuesta al puto sueño americano. Solo nos faltaba otro niño y un perro, pero esa imagen era lo que todo el mundo deseaba. Podría ser lo que etiquetaría como #familiafeliz.

—Y has visto cómo podría ser todo...

—Supongo, pero él estuvo actuando de forma rara. Muy rara.

Me miró fijamente durante un instante.

—Meep, ten cuidado. Adoro a Jenson, pero hoy forma parte de un paquete. Son él y Olivia. Y también están incluidos Krista y su familia, el hombre con el que salga y todo eso.

Se me detuvo el corazón al oírle mencionar ese nombre, pero me limité a encogerme de hombros.

—De todas formas, estoy segura de que nunca llegaré a conocerla. ¿Es que no te acuerdas de que no voy a quedarme aquí para siempre?

—¡Gracias a Dios! Aquí hace demasiado frío para ti.

—Sí, eso parece —repuse con una sonrisa.

22

Cuando Estelle y Oliver se marcharon, sentí que me inundaba de nuevo aquel enorme vacío. Recordaba mi casa y todo lo que echaba de menos de ella, por lo que me resultaba imposible respirar sin sentir que estaba perdiéndome algo. A la mañana siguiente, salí del apartamento en busca de la magia, que encontré en la figura de un hombre sin hogar en el metro, un tipo que gritaba titulares mientras yo seguía camino hacia Brooklyn. Me maravillaba no necesitar revistas de cotilleos ni programas de prensa rosa para mantenerme al tanto de lo que ocurría. Hoy gritaba algo sobre las nuevas lesbianas de Hollywood.

—¡Bruce Jenner es lesbiana! —gritó, incorporándose de forma que al sentarse pudo apoyar la espalda contra unas enormes bolsas negras de basura que, imaginé, contenían toda su ropa.

Incluso el chico que estaba enfrente de mí leyendo el periódico se detuvo al oírlo. Por lo general, yo clavaba los ojos en el suelo y escuchaba, pero me vi obligada a mirar al hombre mientras explicaba este giro de los acontecimientos.

—Bruce Jenner es ahora una mujer. Es una mujer y le gustan las mujeres. ¡Es una lesbiana!

Clavé los ojos en el chico y él me devolvió la mirada con los ojos muy abiertos, como si estuviera tratando de sofocar la risa desde detrás del periódico, lo mismo que yo, que me tapaba los rasgos con la botella de agua. Cuando salí del metro, encontré más gente a la que hacer fotografías. En Nueva York estaba aprendiendo algo que no me había llamado la atención en casa: la inspiración estaba por todas partes. Ese mismo día, algo más tarde, mientras leía el periódico en un Starbucks cercano a mi casa, encontré una inspiración perfecta.

A primera vista, no tenía nada especial. No era más que una mujer vestida de forma normal, con vaqueros y una cazadora larga muy bonita, que llevaba un bebé apoyado en una cadera. Cuando la volví a mirar, noté que llevaba bolsas

en la otra mano. Al estudiarla una tercera vez, me fijé en que estaba llorando. La observé durante un rato mientras ella lloraba y hundía la cara en el hueco del cuello del bebé, como si fuera lo único que la sostenía a pesar de ser ella la que lo llevaba en brazos. Sin saber lo que hacía, subí la cámara hasta mi cara y apreté el botón antes de poder detenerme. Hice una foto y muchas más. Por fin, cuando ya no podía soportar verla allí de pie, llorando como estaba mientras la gente pasaba a su lado como si fuera invisible, me colgué la cámara al cuello y me acerqué a ella. Al final, resultó que Theresa tenía un mal día, nada importante. Cuando estaba finalizando la conversación, sonreía y me explicaba en qué lugares pensaba que podía captar buenas instantáneas. Hablamos poco más, hasta que el bebé reclamó su comida y nos separamos.

El ferviente ritmo de la ciudad me condujo a una pequeña galería en Brooklyn. Allí estuve manteniendo una conversación con el dueño, un joven artista con ideas similares a las mías. Utilizaba sus fotografías, parecidas a las que yo había estado haciendo, para mostrar los males del mundo con la esperanza de que la gente abriera los ojos. Rodrigo se había posicionado junto a la gente que quería mejorar las cosas y había vendido sus obras a muchas de las principales redes sociales y revistas.

—Sin embargo, lo mejor fue estar ahí, en medio de todo —comentó con sus brillantes ojos castaños, haciendo que deseara haber estado a su lado. Señaló una imagen que tenía detrás, en la que aparecía una chica que sostenía una pancarta con los derechos de los homosexuales justo ante un hombre con un letrero religioso que ponía algo sobre que no merecían ser salvados. Era una instantánea tan poderosa que tuve que dar un paso atrás.

Después de observar mi cámara, levantó la mirada hacia la mía.

—Es necesario mostrar estas cosas.

—Por eso estoy aquí.

Asintió.

—Bien. Vamos a tratar de hacerlo. ¿Tienes tiempo?

Me sobraba el tiempo, así que moví la cabeza.

De camino a casa, vi que tenía una llamada perdida de Jenson.

«Hola, he tenido que cumplir un plazo de locos... Ya te llamaré de nuevo. Te echo de menos», decía en el mensaje que me había dejado en el buzón de voz. Parecía cansado.

Cuando le devolví la llamada, no respondió.

Cada vez que pensaba en ello, notaba una sensación de inquietud en el

estómago. Sus palabras significaban muy poco, en especial después de cómo había actuado después de todo el encuentro con Olivia. No podía leer sus pensamientos de la forma en que acostumbraba a hacerlo antes. Y eso me molestaba todavía más que cualquier otra cosa, porque adivinar lo que pensaba y que él supiera lo que pasaba por mi mente era una de las mejores cosas de nuestra relación, incluso antes de estar juntos. La certeza de que nos entendíamos de una forma más profunda, una que iba más allá de las palabras, hacía que sintiera una especie de sosiego. No sabía si volveríamos a estar en ese punto, y la idea me molestó más de lo que quería admitir ante mí misma.

23

Después de volver a visitar la galería de Rodrigo para ver dónde había colgado las imágenes que le había dejado, me dirigí a la cafetería que sabía que frecuentaba Jenson, no porque estuviera pensando en reunirme allí con él o encontrármelo, sino porque llevaba una semana queriendo disfrutar de un café de verdad y era la primera oportunidad que tenía de conseguirlo. Cuando me acercaba al lugar, comencé a notar mariposas en el estómago. ¿Y si lo veía? Había hablado un breve rato con él la noche anterior, un intercambio de banalidades, y se vio obligado a colgar porque Olivia reclamaba su atención. Ni siquiera sé por qué lo había llamado, pero me alegró oír su voz al otro lado de la línea durante aquellos dos segundos. Incluso después de haber leído la columna dominical, me había sentido muy incómoda por lo que había ocurrido el sábado, y cuanto más lo pensaba, más creía que no había sido culpa mía o de Olivia, sino de él.

Suspiré. Daba igual. Habíamos pasado una noche increíble, y otra más, después. No me había dado por esas cosas que hacían las chicas, poniéndome a planear la boda cuando lo más lógico era que acabáramos rompiendo de todas formas.

Cuando tiré de la puerta para abrirla, no lo vi por ninguna parte y suspiré aliviada. Me acerqué al mostrador, pedí un café y me di la vuelta mientras esperaba. Luego saqué el móvil y llamé a Rob, pues quería asegurarme de que podía dormir en nuestra casa, aunque ahora técnicamente era suya y de Juan Pablo, cuando me desplazara a California a pasar el fin de semana. Mientras marcaba su número, vi por el rabillo del ojo que entraba más gente. Jenson sostenía la puerta abierta con una mano y su equipo con la otra. Iba vestido de negro de pies a cabeza, desde la gorra a las Converse, y la persona para la que sostenía la puerta era una mujer, con el pelo castaño claro, la piel pálida, como una muñeca de porcelana, y una sonrisa que parecía transmitir calma, quizá incluso a mí, si no estuviera tan afectada por lo que estaba viendo.

No era porque Jenson estuviera con una mujer, porque era obvio que estaba con él, sino porque por las fotos que había visto en Facebook, sabía que se trataba de Krista. En cuanto el tipo con la cresta azul puso mi taza en el mostrador, le hice un gesto con la mano para que no me llamara por mi nombre. Lo miré mientras arqueaba el *piercing* de su ceja con la mía en la misma posición, haciendo que soltara una risita.

—Vale, vale... —me dijo.

Sonreí y me fui hasta la esquina de la barra, donde estaba el azúcar. El joven debió de pensar que estaba loca, y quizá fuera así, pero no me importó. Entre las ranuras que dejaban las máquinas de café, fui capaz de echarle un vistazo a Jenson y a Krista. O bien era mucho más alta que yo, o llevaba unos tacones altísimos. Tenía los ojos a la altura de la nariz de Jenson, que se reía de algo que estaba diciendo mientras ella agitaba las manos con frenesí. Fue entonces cuando vi el anillo que llevaba en la mano izquierda. Tragué saliva antes de bajar la vista al móvil. Dejé a un lado el café y entré en Facebook para buscar su perfil. Lo tenía configurado como privado, y en la puta foto de perfil solo aparecía ella, por lo que no servía para nada. Traté de pensar, debía mirar si teníamos amigos en común. ¡Bingo! Estaba Oliver... ¡Menudo capullo! Hice clic a ver si había subido alguna imagen en la que estuvieran juntos, pero todas las que encontré eran antiguas. De ella embarazada, sentada en el patio trasero de una casa, sonriendo a algo que decía Oliver mientras Jenson bebía una cerveza no muy lejos. No me decían nada. ¡Qué putada! Claro que no me decían nada.

Me metí el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros y cogí de nuevo el café al tiempo que levantaba la vista. Se estaban acercando a donde yo estaba, así que me colé por una puerta lateral que tenía al lado y me quedé fuera, con la espalda apoyada en la fachada tratando de recuperar el control del corazón, que me latía con mucha rapidez. Un momento después, cuando sentí que había recuperado un poco la compostura, miré otra vez al interior. Estaban delante del camarero, y ella comprobaba el teléfono mientras él pedía algo. Después de que Krista guardara el móvil, miró a Jenson y sonrió por algo de lo que dijo. Acto seguido, alargó el brazo y le acarició la cara con la yema de los dedos. En ese preciso momento, él alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Sus pupilas adquirieron un gris atormentado por la confusión. Salí huyendo, porque no podía soportarlo. No podía aceptar la estampa que ofrecían. De hecho, no podía asimilar la idea de que estuvieran juntos.

Llegué a casa más rápido de lo que creía que podía. Él no me había seguido. Ni llamado. Y, gracias a Dios, pude reprimir mis emociones hasta que cerré la puerta a mi espalda. Me miré las manos temblorosas cuando dejé la cámara a un lado. Entonces se me aflojaron las rodillas de repente, y tuve que echar las manos para frenar la caída. Me dio la impresión de que nunca había tenido tantas lágrimas. Fue como si los sollozos se empujaran para salir, dejando mis pulmones sin aire y haciéndome sentir como si no pudiera respirar. Me faltaba el oxígeno, y tampoco lo encontraba. Me sentía como un volcán que no podía entrar en erupción, y solo podía dar jadeos nerviosos que no llevaban a ninguna parte.

Parpadeé cuando noté que el móvil vibraba contra mi trasero, obligándome a reaccionar. De forma inconsciente, llevé la mano atrás y lo cogí. Ver el nombre de Estelle en la pantalla hizo que me ardieran todavía más los ojos porque no era él. Jenson me había visto, y aun así no me había llamado. Todavía peor, sabía lo que yo había visto, y no me había llamado.

—Robbie me ha dicho que podía recogerte el viernes —me dijo con voz cantarina, y luego supe que había sonreído—. En realidad, dijo que podíamos ir los dos.

—Increíble.

—¿Qué? —Levantó la voz—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Todo. Probablemente no es nada.

Se rio por lo bajo.

—Suen a catástrofe. ¿Qué te ha pasado?

—Acabo de ver juntos a Jenson y a Krista.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En la cafetería a la que va él...

—¡Oh, Dios mío, Mia! ¿Has estado espiándolo otra vez?

—¡No! —grité—. No —repetí más tranquila—. No he hecho eso.

—¿Qué ha pasado entonces?

—He ido allí a tomar un café, ya te dije que me encanta cómo lo sirven. Además, he pensado que podía hacer algunas fotos del techo, que es precioso, pero luego entraron ellos dos juntos y...

—¿Y?

—Y ella llevaba un anillo en la mano.

—¿Un anillo de pedida? Bueno, no es un anillo que le haya dado él, Meep.

Asentí con la cabeza, aunque sabía que ella no me podía ver. Algunas de las

lágrimas comenzaron a desbordarse de nuevo.

—Sí, lo entiendo. Y de todas formas, no pasa nada, ¿verdad? Es solo una sortija y nada más. No hay problema. Pero luego, ella se puso a tocarlo.

Estelle contuvo el aliento.

—¿Se puso a tocarlo? ¿A Jenson?

—Sí, como si le gustara.

—¿Qué-coño-quieres-decir?

—No lo sé —repuse con la voz calmada mientras me secaba las lágrimas—. Y quizá no es nada. —Empecé a llorar más fuerte, incapaz de reprimirme—. Tal vez no era nada, pero no daba esa impresión, ¿me entiendes? Odio a esa mujer.

—Lo sé, cariño, y tienes buenas razones para ello —respondió Estelle.

Sentía su ternura en todas partes, en mi pelo, en mi espalda... Suspiré.

—No estoy siendo idiota, ¿verdad? Es una reacción normal, ¿no?

—No. Tranquila, no eres idiota. Y entiendo perfectamente que te moleste, pero creo que estás sacando la situación de contexto. ¿Jenson te ha llamado?

Solté una risa amarga.

—No. El muy capullo me vio, joder, me vio, y ni siquiera me ha llamado... Ni tampoco me ha seguido hasta aquí.

Permaneció un segundo en silencio.

—¿Estás tomándome el pelo? —susurró.

—Ya quisiera... —Hice una pausa para secarme las lágrimas.

—No sé, Meep, es que... —Se detuvo y suspiró—. Es solo que... Jenson no es así, lo sabes, ¿verdad? Voy a hablar con Oliver.

—¡Ni se te ocurra! ¡Es un secreto de chicas!

—Putos secretos... Es evidente que estás irritada, y estoy segura de que te estás montando un circo en la cabeza. Sería mejor que resolvieras esto de una vez para que no te volvieras loca al ver un anillo y una caricia —soltó casi gritando, como si yo necesitara un recordatorio de lo que había visto.

Suspiré al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared y cerré los ojos.

—Lo odio. Lo odio. Y también la odio a ella. No me gusta Nueva York. Odio el amor. Odio que mi corazón me recuerde cómo es tener su amor. Lo odio todo.

—Lo siento —musitó—. Lo siento muchísimo. Ojalá estuviera ahí.

—Quiero volver a casa —solté antes de empezar a llorar abiertamente—.

Solo quiero volver a casa.

—Te estaremos esperando siempre.

Eso era lo que significaba mi casa para mí. Era un lugar. Pero un lugar donde estaba mi familia, donde mis amigos me esperaban, donde siempre me sentía bien recibida, y donde, a pesar de todas las mierdas que habían pasado, siempre estaba a gusto. No tenía que quedarme aquí para tratar con Jenson y los sufrimientos que venían con él. Cerré los ojos y recordé aquel día en la playa, cuando me dijo que había dejado embarazada a una chica. El dolor me atravesó como si acabara de oírlo ahora mismo. Era algo que nunca olvidaría, sus palabras, su mirada de dolor mientras yo sentía que aquella frase abría el suelo debajo de mis pies.

Pensé en él en la cafetería. Riéndose mientras Krista le pasaba la mano por la cara y su expresión cuando me vio al otro lado del cristal. ¿Por qué tenía que dolerme tanto ver eso? ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para dejar que eso ocurriera de nuevo?

24

Me quedé dormida sobre un montón de mantas y toallas que había tratado de doblar después de hacer la colada. Hasta que me despertaron unos golpes en la puerta no fui consciente de ello. Después de que hubiera colgado la llamada que mantuve con Estelle, me había duchado y había pasado casi una hora sentada en las frías baldosas, llorando mientras el agua caliente me caía sobre la espalda. No quería hacer nada. No quería existir. Necesitaba volver a casa y ver a mi familia, pero sobre todo ansiaba abrazar a mi hermano. Quería que me envolviera entre sus brazos y quería llorar contra él hasta que ya no sintiera que el corazón se me desgarraba dentro del pecho.

—¡Ya voy! —grité mientras me acercaba a la puerta.

Me puse de puntillas para echar un vistazo por la mirilla y me quedé paralizada. Jenson estaba al otro lado de la puerta, mirándome fijamente a los ojos con aire sombrío. Me eché hacia atrás y solté el pomo como si estuviera ardiendo. El corazón se me aceleró una vez más.

—¡Mia! Abre la puta puerta. ¡Sé que estás ahí dentro!

Contuve la respiración. ¿Cómo coño lo sabía? Bajé la mirada a la rendija que dejaba la puerta en el suelo, no se podía ver nada. Retrocedí más, sin que mis pies descalzos hicieran ruido en la alfombra.

—¡Mia! —Golpeó la puerta con el puño. Me adelanté cuando le oí decir algo más y me di cuenta de que estaba hablando con el hombre que vivía en la puerta de al lado, que vestía unos pantalones y una camisa blanca como si acabara de regresar del trabajo.

—No me importa. Si no quiere oírme, entre en su casa —le dijo Jenson. No oí la respuesta del hombre; solo algunas palabras aisladas.

—Vale, ¡pues llame a la jodida poli! Tendrán que arrastrarme fuera de aquí, y entonces sí que se va a montar una buena escena.

—¡Quizá ella no quiere verte! —le gritó mi vecino.

Me cubrí el corazón con las manos y sonreí. Quizá no estaba tan sola como

pensaba, después de todo. Ese extraño estaba de mi parte.

—¡Ella no tiene ni puta idea de qué quiere! ¿Por qué no se mete en sus asuntos? —Era la voz de Jenson.

—Es asunto mío. Estaba tan tranquilo en mi apartamento cuando empecé a oír tus gritos.

Se abrió otra puerta, la que quedaba enfrente de la del hombre, en diagonal a la mía, y salió una chica de mi edad, Dana. Me había tropezado con ella muchas veces, en el ascensor, yendo o viniendo del metro. Habíamos sabido que ambas éramos fans de *Juego de tronos* el día que ella llevaba una camiseta con la cara de Tyrion donde se podía leer «Abraza al pequeño de los Lannister», y me reí hasta que se me saltaron las lágrimas.

—Quizá está con su novio —sugirió Dana.

—¡Su novio soy yo! —rugió Jenson.

Ella arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

—Er..., creo que no. Nunca te había visto por aquí. Con el único chico que la he visto es un rubio muy alto. —Lo miró de arriba a abajo como si estuviera diciéndole: «No, definitivamente no eras tú».

La cara de Jenson pasó de la ira al asesinato. Comenzaba a echar humo, y se quitó la gorra de la cabeza para atusarse el pelo con las manos antes de remangarse la camisa dejando a la vista los antebrazos. Por fin, después de soltar un suspiro, se volvió hacia la puerta y la golpeó tres veces, cada una más fuerte que la anterior.

—Mía, te juro por Dios que como me arresten por esto, tendrás que explicárselo tú a Olivia.

El corazón se me detuvo. ¡Joder! Miré a Dana y al tipo de la puerta de al lado y, finalmente, abrí la puerta con mano temblorosa. Di un paso adelante y eché un vistazo sin abrirla por completo. La miré primero a ella.

—Lo siento —me disculpé, luego clavé los ojos en el hombre.

—Ya he llamado a seguridad —me advirtió—. ¿Quieres que llame a la policía?

Negué con la cabeza.

—No es necesario. Estaba en la ducha... Y no he oído el barullo. —Mi mirada se encontró con la de Jenson, que tenía los ojos entrecerrados, y el corazón se me desbocó.

—Déjame entrar, Mía. Déjame entrar o sal tú. Sea como sea, vamos a hablar —aseguró. Su voz, muy seria y grave, hizo que me bajara un escalofrío por la

espalda.

Abrí más la puerta y lo invité a entrar.

—Lo siento —repetí.

—Avísame si necesitas algo —dijo Dana.

—Estaré ojo avizor —intervino el vecino.

—Gracias, pero no es necesario, lo juro. Es inofensivo. —Ambos me miraron con tanta duda que la necesidad de defenderlo fue más grande que la vergüenza o la cólera que sentía—. Jamás, nunca le haría daño a nadie —agregué—. Solo está un poco enfadado. Lo juro.

Cerré la puerta con llave antes de darme la vuelta hacia Jenson. Se paseaba de un lado para otro por el salón sin dejar de pasarse la mano por el pelo, ya descubierto. Mis ojos volaron a su mano izquierda al instante, donde no llevaba ningún anillo. Me empecé a retorcer los dedos cuando por fin me miró. Di un paso atrás hasta apoyarme en el mostrador de la cocina, porque sus ojos tenían una expresión demasiado intensa para soportarla cuando los clavó en los míos.

—No me puedo creer que no quisieras abrirme la puerta. Sabía que estabas dentro —dijo al tiempo que señalaba la entrada.

Solté un suspiro.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no te has quedado? Antes, cuando te he visto, ¿por qué te has marchado?

Di un paso adelante.

—¿Estás de coña? ¿Cómo tienes los cojones de hacerme esa pregunta? ¿Por qué no has venido detrás de mí? ¿Por qué no me has llamado? ¡Seguramente por la misma jodida razón por la que yo me he largado!

Negó con la cabeza.

—No sé qué crees haber visto.

—¡No! ¡No, no! No pienso permitirte que hagas esto. No vas a empezar a hablar para llenarme la cabeza de mierda. ¡Sé de sobra lo que he visto!

—¿Y qué has visto, Mia?

—Te he visto con tu ex. Te he visto en una pose realmente cariñosa con tu ex —puntalicé corrigiéndome a mí misma.

Él gimió mientras movía las manos, mirando al techo como si allí pudiera encontrar algo que lo ayudara. Si la vida hubiera sido un cómic, seguramente me habría convertido en Magneto, y utilizaría mis poderes para hacer

desaparecer toda esta mierda antes de irme al sur de California, pero, por desgracia, no vivíamos en las páginas de un libro. Solo éramos Jenson y Mia, unos locos llenos de defectos, que nos sentíamos estrepitosamente atraídos el uno por el otro.

—Eso no es... —suspiró. Su voz se apagó mientras me miraba de nuevo; esta vez sus ojos eran más claros, y tenían una expresión tierna—. ¿Has pensado que...? —Me miraba con la boca abierta, como si se le hubiera ocurrido algo de repente—. ¿Puedes decirme qué es exactamente lo que has visto?

Puse los ojos en blanco y tragué saliva, resistiéndome a su petición.

—¿Acaso importa? ¿De verdad crees que importa? Quiero que te largues, Jenson. Que te vayas de mi apartamento y de mi vida. Ahora mismo. ¡Y no lo digo de coña!

Él dio un paso adelante, acercándose más, hasta que solo nos separaron treinta centímetros.

—Dime qué has visto.

Abrí la boca y la volví a cerrar mientras miraba la pared que tenía al lado. Tragué otra vez para controlar el temblor de mi voz, pero no lo conseguí.

—Ella... Ella te estaba tocando. —Lo miré con los ojos llenos de lágrimas al recordar la escena—. Y te miraba amorosamente y toda esa mierda.

Entrecerró los ojos. Soltó bruscamente la respiración y se frotó el puente de la nariz con los dedos.

—¡Joder!

—Sí... Joder... —repetí con un susurro antes de intentar tragarme el nudo que tenía en la garganta—. Como ya te he dicho, te quiero fuera de aquí. Lárgate.

Abrió los ojos y recorrió mi cara con ellos hasta que por fin los clavó en los míos. Dio otro paso hacia mí al tiempo que subía los dedos hacia mi rostro, pero me eché atrás.

—Basta. Quiero que te vayas —repetí.

—No puedo irme. —Su voz era un ronco susurro, y la mirada de dolor que brillaba en sus ojos era una amenaza para mi compostura.

—Y yo no puedo hacer esto. Pensaba que podía. Que podría divertirme contigo sin complicaciones, pero no puedo. Ahora me doy cuenta de lo que quiero de verdad y no puedo, de verdad que no —expliqué, con los ojos llenos de lágrimas otra vez. Parpadeé con rapidez, pero no desaparecieron, solo

conseguí que se deslizaran por mis mejillas.

—Mia, no lo hagas —suplicó mientras me volvía a tender la mano. Di otro paso atrás, y mi espalda tropezó con la barra de la cocina.

—Por favor, vete.

—Te lo juro por Dios, Mia. Te juro que no hay nada. —Se detuvo, cerró momentáneamente los ojos y soltó un suspiro—. Te lo juro, Mia. Nunca te haría eso.

—Ya me lo hiciste una vez.

—¡No, no fue así! Tú lo sabes. Deja atrás todo eso. Ya hemos hablado de ello. ¿Por qué no lo olvidas?

—Porque no puedo, ¿vale? No puedo olvidarlo.

—Krista se va a casar, Mia. No había nada entre nosotros ni siquiera cuando estábamos casados. La mayor parte del tiempo solo fuimos compañeros, pero la considero mi amiga. —Hice un gesto de burla, y él continuó—: Amigos, Mia. Quizá cuando nos viste yo tenía una pestaña en la cara y ella me la quitó... A saber por qué me ha tocado, pero te puedo asegurar que fue algo completamente aséptico.

El dolor se quedó quieto en donde estaba. No sabía cómo podría conseguir que desapareciera.

—No importa. Da igual lo que ella estaba haciendo, lo que estabais haciendo. ¿Es que no te das cuenta de que nada de eso importa?

Era lo único de lo que me había dado cuenta cuando los vi juntos: no podía olvidar. No podía dejar a un lado algo que me había marcado tan profundamente, porque no solo me había dejado un agujero en el corazón, me había arrancado la mitad, y había partes de mí que no había recuperado cuando la herida se cerró.

—Mia, por favor —suplicó con voz ronca y llena de dolor. Negué con la cabeza mientras parpadeaba para contener nuevas lágrimas.

—No —dije cuando por fin pude hablar. Y para mi sorpresa mi tono era firme—. Ya es suficiente.

Se acercó otro paso hasta que nuestros pechos se rozaron, y lo único que pude sentir fue su calor, y el único olor que me envolvía era el suyo. Parpadeé una y otra vez, tratando de escapar de la neblina que amenazaba con romperme.

—Krista y yo somos amigos, Mia. Compartimos una hija. Tienes que aceptarlo.

—No puedo... —dije con voz tranquila, como si mi voz tuviera la capacidad de recuperación que yo no poseía.

Entonces, inclinó la cabeza y apretó los labios contra los míos. Su lengua se coló en mi boca para frotarse contra la mía con una insistencia que acabó con mi resistencia y volvió a despertar la química que había entre nosotros. Le devolví el beso con la misma energía, con la misma intensidad. Lo besé como si fuera la última vez, porque sabía que lo era. Cuando el deseo se hizo más fuerte y supe que no podía conformarme solo con besarlo, cuando necesité meter las manos por debajo de su camiseta para acariciarle los músculos de la espalda y sentir su cabeza entre las piernas mientras me sujetaba los muslos con sus grandes manos, me separé. Fue entonces cuando lo empujé con una fuerza que no sabía que poseía.

—No puedo hacerlo. Pensaba que podía, pero no puedo.

Asintió con la cabeza, pero noté que estaba irritado, y cuando volvió a hablar, se me detuvo el corazón.

—¿Qué has hecho con las cartas que te escribí?

Me alejé.

—¿Por qué?

—¿Las has leído?

—No —susurré.

Al oír su gruñido, lo miré a los ojos.

—¿Qué has hecho con ellas, Mia?

Mientras lo observaba, deseé que no hubiera surgido esa conversación. Jamás me había arrepentido de lo que había hecho con sus cartas hasta ese momento, en el que su tono y la intensidad de su mirada hicieron que quisiera recuperarlas, aunque solo fuera por un momento. Me cogió por la barbilla para que no apartara la vista.

—Las quemé hace mucho tiempo —susurré.

—¿Qué? —Dejó caer la mano y se echó atrás como si el impacto fuera difícil de soportar.

—Estaba destrozada.

Negó con la cabeza y soltó una risa de incredulidad.

—Me sentía muy herida, y tú seguías escribiendo y escribiendo —me justifiqué.

—Casi cada día, volqué en esas páginas más de mí mismo de lo que podrías imaginar. —Se interrumpió y negó otra vez con la cabeza—. Estaban allí todos

mis pedazos, y solo me quedaba la esperanza de que cogieras todas esas piezas y las juntaras para que pudiera volver a ser yo mismo. —Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y vi en los suyos un destello de dolor—. En las hojas había fragmentos de mi alma, y tú... los quemaste.

Sentí que algo hacía crac en mi interior, pero no fue suficiente. Sabía que nada de lo que dijera Jenson me haría cambiar de opinión. Sabía que aunque empezara a vomitar palabras de amor en ese momento, me parapetaría en una cueva, y no permitiría que entrara en ella. Me metería dentro de mí misma no porque no fuera lo suficientemente fuerte, sino porque no quería serlo. No sabía qué decirle, así que permanecí callada, con la cabeza gacha por la vergüenza, deseando no haber tratado sus cartas con tanto descuido. Por fin, me subió la cara para que lo mirara de nuevo.

—Puedes tratar de huir de esto, y yo te lo voy a permitir porque, incluso aunque pienses que te vas, tu corazón se quedará conmigo, y es algo de lo que me siento orgulloso, algo que no... —Hizo una pausa y desvió la vista un momento, con la voz llena de emoción—. Es algo que no pienso joder. Nunca. Así que si crees que necesitas tiempo, te lo daré, pero no pienses ni por un segundo que no volveré a ir a por ti, Mia. Y te juro por Dios que la próxima vez que lo haga, será para siempre.

Negué con la cabeza, con la boca abierta, mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. Sin embargo, no pude formar ninguna palabra. ¿Qué podía decir?

Se acercó a la puerta del apartamento y, cuando llegó allí, puso la mano en la manilla y se detuvo un instante.

—¿Sabes ese dolor que has sentido al verme con ella cuando has pensado que estábamos juntos? Pues yo lo he estado sintiendo durante los últimos cinco años, porque siempre estaba mirándote, incluso mientras tú estabas tan ocupada ignorándome. Siempre estaba allí. Cuando salías con Ben, y con David, y con Adam. Y también cuando lo hiciste con Todd, Scott o Phillip.

Negó con la cabeza sin dejar de mirar a la puerta, luego suspiró mientras se pasaba la mano por el pelo.

—El dolor no termina cuando pierdes a la persona que amas. El dolor está en la pérdida, en verla con otra persona y no poder hacer nada, porque sabes que no puedes darle la vida que se merece.

Me echó un último vistazo por encima del hombro mientras me lanzaba una mirada tan triste que me estremecí.

—He vivido con ese dolor desde el momento en el que te perdí. He

aprendido a vivir con él, pero no he aprendido a aceptarlo.

Luego se fue. Entonces se me doblaron las rodillas y empecé a llorar allí mismo, porque fue cuando me di cuenta. Mientras yo había estado tan ocupada haciendo caso omiso a ese hombre, quemando sus cartas, él había estado mirándome y esperando el momento adecuado.

«Pero él había estado casado. Había estado casado, y yo destrozada».

La columna de Jenson

Uno de los deportes que más disfruto es el boxeo. Existe algo muy potente en la forma en la que se enfrentan los púgiles, en sus expresiones y en el tiempo en el que se machacan. Es un deporte de fuerza física y también de lo contrario, estoy seguro, y no porque lo haya practicado yo mismo. Ya tengo suficiente acción en mi vida, en mi mente y en mi espíritu; soy mi propio adversario. El mundo es brutal, nuestras vidas son difíciles y se ven sacudidas por todos aquellos con los que entramos en contacto.

Mi pensamiento para hoy: Cuidar de mí mismo.

Ser cauteloso, porque los demás me van a golpear con fuerza. No deberíamos tener que lidiar con ese dolor, pero es lo que hacemos. Sin embargo, también respondemos con más sufrimiento, porque así es la vida. Y es probable que todo vuelva a empezar una y otra vez, porque somos idiotas y estamos locos.

Entonces, ¿por qué seguimos yendo a por más aunque sepamos que nos van a volver a derribar? Creo que es porque, como los boxeadores, anhelamos esa dosis de intensidad. Porque tenemos que demostrar que somos más poderosos que nuestra mente. Que somos más fuertes que nuestros sentimientos y, en definitiva, que vivimos con la esperanza de que un día no nos veremos defraudados por los demás ni por nosotros mismos.

La pregunta de la semana es de @BookNerdCarmen: «¿Eres oriundo de Nueva York? Si no es así, ¿de dónde eres y cómo haces para olvidarte de tu ciudad natal?»

Respuesta: No. Nací en Long Beach y me crié en Santa Bárbara. Mi hogar está donde está mi hija. Cuanto más tiempo estoy aquí, más me doy cuenta de que no echo de menos California, sino las personas que dejé atrás.

25

Al parecer, tenía problemas de acaparamiento... Fotografías, libros, zapatos y sentimientos encabezaban la lista. Después de que Jenson se fuera, no pude dormir. Tampoco pude comer, pero daba igual, ya que me iba a casa a pasar el fin de semana, y mi madre me cebaría con comida suficiente para sobrevivir cinco años. Sus palabras seguían repitiéndose una y otra vez hasta que se convirtieron en un disco rayado en mi memoria. Su voz, las frases, la expresión rota en sus ojos cuando se volvió a mirarme aquella última vez antes de marcharse... Parecía ser un punto de inflexión, pero no lo era.

Nuestro pasado era como un álbum de recuerdos congelados en el tiempo. Y los más conmovedores me dolían demasiado para desempolvarlos y volver a mirarlos. Aun así, no podía evitarlo. Seguían repitiéndose en mi mente. Cada vez que cerraba los ojos, nos veía juntos en la playa, yo corriendo hacia él al verlo llegar con nuestros amigos, riéndome cuando me atrapaba en el aire, luchando por la aprobación de mis padres. Tratando de calmar sus nervios por cosas sobre las que no tenía ningún control y asegurándoles que él era suficiente para mí.

Era algo que había ocurrido tan a menudo que se convirtió en una costumbre para nosotros. Trataba de leer su mente cuando no me decía lo que había pasado y por qué se sentía frustrado. Pero luego se presentaba en mi casa después de medianoche, con el ruido de la moto avisándome de su llegada, y salía a la calle para estar con él un poco más. En el silencio encontrábamos sosiego, un refugio donde nadie nos juzgaba ni perturbaba nuestra paz. Eso era cuando éramos Mia y Jenson, una pareja a la que todos envidiaban porque se nos veía bien juntos y porque teníamos lo que queríamos de la vida. Era entonces cuando nos encontrábamos, el uno en el otro.

Pensé en lo horrible que le debía de haber resultado verme con otros chicos, y cómo me habría sentido yo si hubiera estado en su lugar. A mi yo más joven no le importaba; ella me recordaba que había salido todo mal. Sin embargo, la

versión adulta negaba con la cabeza con lástima por mí, por él, por todos los que no me habían podido dar lo que llevaba anhelando tanto tiempo y que solo había encontrado con él. Quise llamarlo. Pedirle perdón por el pasado y el presente, pero no pude. Era demasiado egoísta. Demasiado terca.

Así que no lo hice. Preparé las maletas para ir a casa y fingir que jamás me había marchado. Que él no me había roto y que yo no había quemado los capítulos del libro que escribíamos juntos en la vida. Y mientras fingía, lloré por él, por nosotros, por el recuerdo de lo que tuvimos una vez y por lo que podríamos tener si me permitía olvidar todo lo que había pasado.

26

—¿Te has acostado con él? —Fue lo primero que me preguntó Robert cuando me recogió en el aeropuerto.

—¿Dónde está Elle? —cambié de tema, mirando a su alrededor.

—No ha podido venir. Ha habido una fuga en la galería o algo así. Me ha dicho que la llames. Y volviendo a lo que estábamos..., ¿no me puedo creer que te hayas acostado con él!

—No te he dado permiso para que me digas nada. ¿Acaso se te ha olvidado para qué he venido aquí?

Puso los ojos en blanco... Dos veces. Supuse que una vez era poco.

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo, y el jefe me ha dicho que no podía tomarme las vacaciones programadas.

—Tu jefe es papá, idiota.

—Vale, pues si te hubieras esperado un día más, podría haberme ido. Has sido tú la que decidió abandonar el barco y venirte a las primeras de cambio.

—Se detuvo para quitarme el equipaje de la mano y me puso el otro brazo sobre los hombros—. Todavía no puedo creerme que te hayas vuelto a acostar con él.

Gruñí.

—¡Y yo no puedo creerme que él haya escrito al respecto en un periódico de tirada nacional! —grité, ya calmada la euforia que había sentido al volver a ver a mi hermano—. Y no quiero hablar sobre él —añadí con tristeza.

Rob dejó caer el brazo y buscó mis ojos.

—¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza.

—No puedo hablar de eso —expliqué en voz baja.

—Voy a matarlo. Te juro que esta vez lo mato. ¡Menudo capullo! —explotó antes de cogerme la mano con la que le quedaba libre mientras arrastraba el *trolley* hacia el aparcamiento.

Le conté todo lo que había ocurrido mientras me llevaba en el coche a casa de nuestros padres, y me escuchó con inflexible atención, con esa clase de concentración que solo otorgaba a ciertas personas. Cuando terminé, le lancé una mirada tipo «¿Y bien?», a la que él respondió negando con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¡Joder...! Ni siquiera sé qué decirte.

—Es la primera vez... —me quejé mientras miraba por la ventana.

—Meep, él no ha hecho nada.

—¿Sabes...? —Suspiré profundamente—. He estado pensando en ello durante toda la semana. Y no, él no ha hecho nada. Y creo que me ha dicho la verdad sobre Krista. Pero, joder... Cuando pienso en ello, al recordar lo que vi..., me duele, Robbie —expliqué, tragándome las lágrimas. Y yo que pensaba que se había acabado el llanto—. Duele mucho.

—Lo sé —dijo mientras retiraba la mano de la palanca de cambios y me cogía la mía del regazo.

—En el fondo es simple: no sé qué pensar. No sé qué hacer.

—No hagas nada. Dentro de un mes ya estarás de vuelta en casa. Tienes programada una segunda entrevista con el museo. ¿Por qué vas a hacer algo? ¿Acaso él se va a mudar aquí?

Lo miré a los ojos.

—Imagino que no. Olivia vive en Nueva York.

—¿Te irías a vivir allí por él? —preguntó. Y abrió mucho los ojos en el silencio que siguió—. ¿En serio? ¿Te mudarías a Nueva York, un lugar que dices odiar, por él?

Me encogí de hombros.

—Jamás he dicho que estuviera cuerda.

Rob negó con la cabeza.

—Doy gracias a Dios por ello, porque tengo que reírme en tu cara.

Después de otro largo silencio, apoyé los pies en el salpicadero hasta que Rob me lanzó una mirada asesina y los bajé.

—¿Crees que papá ha leído la columna?

—¿La del domingo pasado?

Asentí moviendo la cabeza.

—Si no te ha llamado a gritos, imagino que no.

—Jenson solo ha mencionado mi nombre una vez, quizá ese día papá no ha leído el periódico.

Rob me lanzó una mirada de soslayo.

—Mía, por favor, cualquier idiota se daría cuenta de que está hablando de ti.

—¿Por qué todo el mundo dice eso? —gemí.

—¡Porque es verdad! —Se rio—. Espera a que lo lea papá...

Volví la cabeza hacia él con los ojos muy abiertos y llenos de temor.

—Será mejor que quememos el periódico antes de que llegue.

Rob se rio como si esta situación fuera la más divertida desde que Chris Farley había interpretado su papel en *Tommy Boy*. Cuando llegamos, lo miré y le comuniqué lo obvio sin palabras: los periódicos eran lo primero. Asintió. La risa de nuestra madre flotaba en el aire cuando entramos en casa, y no pude evitar curvar los labios por la sensación de calor que me produjo.

—¡Ya estamos en casa! —gritó Rob, lanzándome una rápida mirada antes de desaparecer en la cocina.

Mi madre soltó un chillido. Me la imaginé descruzando las piernas y levantándose del sofá de un salto mientras me acercaba. En efecto, cuando crucé el umbral del salón, corría hacia mí, con el moño rubio medio deshecho, las gafas de presbicia colgando del cuello sobre la camisa Oxford blanca y los brazos abiertos.

—Bienvenida a casa, mi niña —dijo mientras me estrechaba con fuerza.

—Solo estoy de visita —murmuré hundiendo la cabeza en su hombro.

—No me arruines la alegría —me pidió mi padre, que entraba en la habitación.

Solté a mi madre y rodeé a mi padre con los brazos para colgarme de su cuello. Olía a crema bronceadora y a agua salada. Estaba en casa.

—¿Has pillado alguna ola? —pregunté mientras me dejaba de nuevo sobre el suelo.

—Ha sido un buen día —repuso con una sonrisa.

—Envidia modo *on*.

—Pues no es para tanto —soltó mi madre, riéndose y alejándose cuando él intentó hacerle cosquillas—. Ha venido antes de tiempo.

—He cogido un par de olas buenas.

Mi madre asintió hasta que él apartó la mirada, y luego me observó a mí. Yo no podía dejar de sonreír. No me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que había echado de menos estar allí.

—Bueno, mañana por la mañana vamos —propuse.

—¿Dónde está tu hermano?

—Aquí estoy —dijo Rob—. Tenía una urgencia y me vi obligado a ir al aseo de mujeres.

Mi padre negó con la cabeza.

—Espero que no hayas dejado el olor de la última vez.

—¿Yo? ¡Yo no hago eso!

Nuestro padre le lanzó una mirada de reojo.

—La última vez que lo usaste, tuve que encender una de esas velas aromáticas y dejarla actuar durante horas. Y esta noche viene gente a cenar.

—Seguro que fue Mia —me acusó Rob.

—Pero ¿qué coño dices? ¡Llevo fuera más de un mes!

—Cuidado con esa lengua, Mia. —Lo dijo mi madre, claro. Puse los ojos en blanco.

—Y deja de hacer eso con los ojos o van a salir rodando. —Ese era mi padre.

—Tengo veintiséis años, no doce —repuse.

—Mientras estés en mi casa, las normas las dicto yo —recitó Rob, imitando la voz cantarina de nuestra madre.

—Cuando seas tú quien pague las facturas... —añadí, imitando a nuestro padre.

Los dos nos miraron con diversión durante unos instantes.

—Bueno, ya basta —dijo finalmente nuestra madre—. Vamos a comer.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y comimos hasta que no pudimos más. No pensé en Nueva York, en fotografías ni en Jenson. Durante horas, estuve envuelta en carcajadas por las historias de terror arquitectónico de algunos trabajos que estaban haciendo los hombres de la familia.

—¿Cuándo vuelve Juan Pablo de Brasil? —preguntó nuestra madre.

Rob sonrió.

—La semana que viene.

—¿Ha hablado ya con sus padres? —intervino nuestro padre.

—No —repuso mi hermano al tiempo que miraba hacia otro lado.

Eso me dolió como si me hubiera pasado a mí. Sabía cuánto estaba afectando ese asunto a mi hermano, y que mi madre seguía machacándolo, así que me levanté para recoger la mesa.

—Estoy saliendo con Jenson.

Rob me miró con los ojos abiertos como platos.

—¡Oh, Dios mío! —articuló con los labios mientras negaba con la cabeza.

Era su forma de decirme que no era necesario que hiciera eso. Me encogí de hombros.

—¿De qué Jenson hablamos? ¿Del Jenson punki que venía a recogerte hace años en moto? —intervino nuestro padre.

—No es un punki —repuse en voz baja, y luego subí el tono—. Mamá le envió un correo electrónico y le pidió que se ocupara de mí.

—Bettina, ¿qué coño...? —Mi padre nos miró a una y a otra como si nos hubieran salido cuernos a las dos.

Ella hizo un gesto vago con los hombros.

—Millie se había ido, y no quería que Mia anduviera sola por allí.

—Yo mismo habría ido a Nueva York si se sentía sola —soltó nuestro padre al tiempo que negaba con la cabeza—. No necesita la compañía de ese punki.

—¡Deja de llamarlo así! —vociferé, golpeando la mesa con las manos.

—¡Es lo que es! —Mi padre respondió gritando—. La última vez que formó parte de tu vida, te dejó hecha un desastre. ¿Desde cuándo sales con él? —insistió.

Apretaba los puños de una forma que hacía que sus bíceps se abultaran, algo que me habría puesto nerviosa si no se tratara de él. Menos mal que Jenson no estaba en Santa Bárbara.

—No hace mucho...

—Robert, ¿sabías algo de esto?

Rob asintió.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¡Nos vemos todos los putos días! ¿Por qué? —Se interrumpió y me miró—. Mia, esperaba más de ti. Te vas a Nueva York en busca de nuevas oportunidades para ¿terminar desenterrando el pasado? —Negó con la cabeza.

—Marc, Jenson es un buen chico —intervino nuestra madre.

—¡Hostia puta!

—¡Marc!

Mi padre dio una palmada en la mesa.

—¿Dónde está el periódico?

Rob y yo nos miramos con los ojos muy abiertos. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Si tan mal te cae, ¿por qué lees su columna?

—No me gusta para mi hija, en especial después de lo que te hizo. No puedo evitar que ese tipo sea un escritor entretenido, y ahora que sé que has estado saliendo con él, tengo que volver a leer todas las columnas.

Contuve la risa cuando Rob soltó un suspiro muy fuerte.

—Bueno, pues a mí sí que me gusta, y creo en las segundas oportunidades —intervino nuestra madre—. Sin embargo, lo que no me parece tan bien es no estar al tanto de la importancia de todo esto. ¿Lo sabe Estelle? ¿Qué es lo que dice ella al respecto?

—No es importante. De hecho, no es nada. —Hice una pausa—. Todavía no puedo definirlo.

Les conté casi todo, menos de la pelea y del sexo, claro. Mi padre puso los ojos en blanco mientras resoplaba todo el tiempo. Mi madre sonrió, sobre todo cuando empecé a hablar de Olivia. Se rio sobre los artículos que había escrito Jenson sobre algunas de nuestras citas, y mi padre negó con la cabeza, presa de la incredulidad, porque lo había leído y no podía creer que se tratara de mí. Al final, los dos se quedaron impresionados por el premio y el discurso.

—Pero no es suficiente para borrar años de dolores de cabeza. No quiero que te cuelgues por él nunca más —concluyó mi padre, que siempre quería tener la última palabra.

Me reí mientras le cubría la mano con la mía.

—Ya veremos; además, no es como si me hubiera engañado antes. Cuando ocurrió eso, no estábamos juntos.

—¿Estás segura? Actuaste como si te hubiera engañado —insistió él.

Lo había hecho. Todavía lo hacía, porque no sabía cómo asimilar que había estado con otras mujeres. Pensé en lo que me había dicho el otro día, en cómo me había visto salir con todos esos chicos. Yo no hubiera sido capaz de soportarlo.

—No me puedo creer que les hayas hablado de Jenson solo para desviar el tema —dijo Rob más tarde, cuando estábamos sentados frente a la televisión, en el apartamento que antes compartíamos.

—No ha sido nada.

—Claro que sí, Meep. Estoy harto de que me pregunten por Juan Pablo, y si ha hablado o no con su familia. Me he cansado de oír hablar sobre ello, de pensar en eso y de preguntarme si no será porque me pasa algo y se avergüenza de mí. —Hizo una pausa, y le cogí la mano—. Sé que no es por mí. Ya he pasado por eso. Sé lo difícil que es salir del armario, incluso cuando

sabes a ciencia cierta que tu familia te conoce y te acepta como eres. Pero aun así...

Le acaricié la mano.

—Eres la persona más generosa que conozco. Tengo fe en él, y todo saldrá bien. El amor siempre encuentra la forma de triunfar.

Se quedó callado, pero siguió apretándome la mano mientras veníamos el final de la temporada de *Juego de tronos*. Cuando acabaron los créditos y apagamos la pantalla, nos miramos durante un buen rato sin decir nada.

Pasamos la hora siguiente hablando de qué podía ocurrir en la serie a continuación. No se había publicado el siguiente libro, así que hicimos varias elucubraciones y sacamos nuestras propias conclusiones. Cuando terminamos de desstriparlo todo y lo único que quedaba era hablar sobre Jenson y Juan Pablo, permanecimos sentados en silencio, cogidos de la mano, mirándonos a los ojos y hablando sin palabras.

«Todo irá bien», le decía yo con una sonrisa de medio lado.

«Eso espero», repuso con el ceño fruncido.

Esta era una de las muchas cosas que me encantaban de mi hermano, lo familiar que resultaba todo, que las palabras fueran algo opcional. Quizá fuera el lenguaje personal que habíamos desarrollado los dos. Quizá solo fuera solidaridad fraterna. Fuera la razón que fuera, agradecía aquellas palabras no dichas, sobre todo tratándose de nuestras parejas.

—Estoy cansada, así que me voy a dormir —dije finalmente, apretándole la mano una última vez mientras me levantaba para ir al dormitorio que solía ocupar, y que ahora estaba lleno de cajas, aunque la cama seguía allí. Me di la vuelta y miré a mi hermano, que apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá al tiempo que se pasaba la mano por el pelo. Noté su angustia incluso con los ojos cerrados. Notaba su ceño fruncido y los labios apretados. Me atravesó una sensación de inquietud, y lo único que pude hacer fue desear liberarlo de todo eso.

—Robbie —dije bajito. Esperé a que abriera los ojos y me mirara—. Eres suficiente. Y cualquiera que tenga tu amor debe considerarse la persona más afortunada de la tierra. —Sonrió—. Y no lo digo solo porque seamos gemelos y las personas más chachis del mundo.

El sonido de su risa fue lo último que oí antes de cerrar la puerta. Normalmente, ese hubiera sido un día típico para nosotros, y de los que más me gustaba y prefería vivir, pero esa noche no era así. Me sentía como si me

faltara algo.

El sol llevaba jugando al escondite con las nubes casi toda la mañana, sin embargo, sentía la piel caliente debajo de él. Miré la artística calavera que llevaba tatuada mi padre en la espalda... Necesitaba con urgencia un buen retoque.

—Tienes que echarte más protector. —Levanté la cabeza al oír la voz de Rob, y sonreí al ver a Juan Pablo a su lado. Los dos llevaban unos trajes de neopreno con la cremallera abierta y sostenía sus tablas de surf debajo del brazo.

—Si me pongo más protector, acabaré tan pringada como una de esas ensaladas que tanto te gustan.

Juan Pablo se rio y dejó caer su tabla negra a mi lado para darme un abrazo.

—Tiene razón. Además, necesita broncearse un poco; está demasiado blanca.

Gruñí.

—Una de las ventajas de vivir en Nueva York. —Hice una pausa mientras estrechaba al novio de mi hermano—. ¿Qué tal te ha ido en Brasil?

—Bien. —Esbozó una amplia sonrisa y se pasó la mano por el largo y ondulado pelo castaño—. Muy bien.

Le devolví la sonrisa. Suspiró y me cogió las manos.

—Se lo han tomado muy bien. Para mi *sorpresiva*.

—Sorpresa —lo corrigió Rob, que estaba de pie a su lado.

—No, ha sido sorpresivo de verdad —insistió Juan Pablo.

Nos reímos. Mi hermano no podía dejar de sonreír, lo que significaba que yo tampoco.

—Entonces, ¿te vas a quedar aquí? —pregunté.

Mi padre, que había estado hablando por teléfono, puso fin a la llamada y se dio la vuelta. Abrió los ojos como platos cuando vio quién estaba con nosotros.

—Juan Pablo... ¿Ya de vuelta...? —Fue más una pregunta que una afirmación.

—Ya de vuelta. ¿Qué tal? —repuso él, acercándose a él con la mano tendida.

—Preparado para surfear. ¿Te quedas o tenemos que renovar el pasaporte?

Juan Pablo se rio, Rob lo miró boquiabierto y yo me di una palmada en la frente sorprendida. Sin que Juan Pablo lo supiera, mi hermano había contemplado la posibilidad de mudarse a Brasil, de forma temporal, si su pareja sentía la necesidad de permanecer allí.

—No hay prisa, pero me encantaría que todos visitarais mi país. También hay buenas olas.

Mi padre asintió con la cabeza y miró a mi hermano.

—Tenemos que ir. Ahora vamos a hacer un poco de surf.

Y eso hicimos. Pasamos el resto de la mañana en el agua, pero fue, sin duda, mi peor día de surf. Mi padre me dijo que me había faltado concentración; Rob, que estaba demasiado concentrada, y Juan Pablo lo resumió muy bien diciendo que no estaba poniendo el corazón en ello. No sabía dónde estaba ahora mi corazón. Ese órgano que solía sentir completo cuando pisaba la arena de la playa estaba en otra parte.

A mi pesar, se había fundido con el de Jenson. Me sorprendía mirando constantemente el móvil, y reprimiéndome para no llamarlo. Quería que me llamara él, y me estremecía al pensar que quizá no volvería a saber de él. Quizá esta vez había dejado que me fuera para siempre. Me había dicho que no estaba dispuesto a perderme, pero lo había consentido en el pasado. Quizá estaba harto de mis dudas y necesitaba un descanso de mí. La idea fue un golpe duro, rápido y doloroso, y me hizo ver que lo echaba de menos más de lo que quería reconocer.

Añoraba su voz y su risa, y... Todo.

Más tarde, después de haber asistido a la entrevista con el amigo de Rob en el museo, quedé con mis amigos en uno de mis restaurantes de *sushi* favoritos. Estelle y Oliver ya estaban allí cuando entré. Me senté enfrente de ellos y pedí una bebida. Estaba a punto de preguntar quién más se uniría con nosotros, ya que habían elegido una mesa enorme, cuando Victor, el hermano de Estelle y su amigo y compañero de trabajo, Bobby, se reunieron con nosotros.

—Llegué a pensar que te perderíamos en Nueva York —comentó Vic mientras se inclinaba para abrazarme.

—¡Ni hablar!

Se rio antes de sentarse a mi lado. Bobby se puso justo enfrente, junto a Oliver.

—¿Ha sido para tanto?

Abrí mucho los ojos.

—Hace muchísimo frío.

—A Jenson no parece importarle —me recordó.

Puse los ojos en blanco, porque eso era lo que hacía siempre que Victor mencionaba su nombre, pero sentí una punzada de tristeza. Él sonrió ante mi reacción.

—Bueno, entonces no pasa nada. Había pasado por mi mente que quizá estaba escribiendo sobre ti en los últimos tiempos.

Le lancé a Estelle una mirada desconcertada que decía: «Dile al idiota de tu hermano que se calle».

—Vic, chitón —advirtió ella, negando con la cabeza.

—Eh... Solo he hecho un comentario.

Moví la cabeza y, por una vez, me alegré de que Bobby intentara ligar conmigo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Un par de días.

—¿Qué planes tienes para después?

Me reí. Bobby era un chico guapo, con buen gusto. El típico vecino de al lado. No tenía aspecto de modelo de *GQ* como Oliver o Victor, y no poseía el encanto inalcanzable de Jenson. En resumen, Bobby no era mi tipo. Sin embargo, se esforzaba.

—No tengo ni idea. Pero definitivamente no voy a ir contigo, si era eso lo que estabas insinuando.

Contuvo el aliento y se llevó las manos al pecho.

—Eso rompe el corazón de cualquiera.

—Estoy segura de que sobrevivirás.

Continuamos lanzándonos pullas durante la cena, y en un momento dado Victor intentó convencernos para que fuéramos de copas.

—Es un sitio nuevo. Os va a encantar.

—Es posible que a Mia le encante. Otros ya no llevamos ese tipo de vida —dijo Estelle.

—Mia tampoco lleva ese tipo de vida —repliqué mientras le lanzaba una mirada significativa.

—¿Desde cuándo? —preguntó Vic.

—Desde que... No sé... Desde que he madurado.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo vas a haber madurado?

Oliver se rio.

—Ya verás.

Me reí, y, cuando vi que todos los ojos se volvían hacia mí, me encogí de hombros.

—A la mierda. Me largo.

Después de la cena, le dije a Estelle que me reuniría con ella en su casa. No fui a casa de Rob, sino que volví a la playa y me quedé sentada en la arena mucho después de que los surfistas hubieran desaparecido, y solo estábamos yo y la puesta de sol. Pensé en mi situación. En lo que quería y lo que no, en las cosas que echaba de menos de mi hogar que no podía conseguir en Nueva York. La lista era larga: mi familia, mis amigos, la playa, conducir mi propio coche, el estilo de vida, el clima... Llegaba hasta ahí y volvía a empezar en bucle: mi familia, mis amigos... Eso era insustituible para mí.

Cuando me cansé de estar sentada, de pensar, me obligué a levantarme y a coger la cámara que ni siquiera había sacado de la bolsa para irme a casa. De camino a casa de Rob, acabé llamando a la puerta de Estelle, porque, de repente, no tenía ganas de salir. Ella ya había empezado a arreglarse y no quería ser la única chica en discordia.

—No, ni hablar. No vas a quedarte en casa deprimida todo el fin de semana mientras estás aquí. Vas a arreglarte y a salir, te guste o no.

—No necesito arreglarme —dije con un gemido, mientras hundía la cara entre las manos.

Se rio y me las bajó.

—Qué modesta. Me pregunto por qué os llevaréis tan bien Jenson y tú.

Me dio un vuelco el corazón al oírle mencionar su nombre. Empecé a curvar los labios, pero no completé la sonrisa.

—Lo echo muchísimo de menos... ¿Cómo es posible? ¡Dios, odio esto! Se supone que no debía añorarlo.

—Estoy segura de que a él le pasa lo mismo. ¿Has hablado con él desde que tuvisteis esa pelea?

Hice una mueca burlona.

—No lo llamaría pelea. Fue un puto ataque por su parte. Y no, ni una

palabra.

—Jenson te está dando tiempo.

Me miré el regazo.

—Ni siquiera sé lo que quiero más. Lo único seguro es que cada vez pienso más en él. Quiero estar a su lado todo el tiempo, y mientras estaba reunida con mi nuevo jefe, solo podía preguntarme qué estaría haciendo Jenson. Es ridículo.

Se encogió de hombros.

—Vamos a salir. No vas a obtener las respuestas en este momento.

Aquello me hizo reflexionar. No, en realidad no necesitaba conocerlas en ese instante. Quizá eso fuera parte del problema. Siempre estaba tratando de averiguar lo que iba a pasar, asegurándome que no iba a resultar herida.

—Tienes razón.

—Y vas a salir —aseguró ella, haciéndome sonreír.

—Supongo que sí.

Cuando llegué a casa de Rob, Juan Pablo y él estaban haciendo la cena en la cocina. Me metí en el cuarto de baño para arreglarme y les dije que salía enseguida.

—Por fin está de vuelta mi hermana —dijo Rob mirando el corto vestido negro que había elegido y mi pelo ondulado hasta los hombros, así como mi cara maquillada para la noche.

—Y con taconazos —agregó Juan Pablo.

—Sí, ya, pero llevo unas bailarinas en el bolso por si acaso.

Se rieron y negaron con la cabeza.

—¿Adónde vas?

—De pubs. Ya sabes cómo se lo monta Victor cuando hace planes.

—Eso significa que acabarás borracha y ligándote a un abogado en algún momento de la noche. —Rob me guiñó un ojo. Se detuvo y frunció el ceño mientras reflexionaba sobre algo.

—No —solté antes de que dijera lo que estaba pensando, pero lo hizo de todas formas.

—¿Todavía no sabes nada de Jenson?

Negué con la cabeza, suspirando.

—Meep, estoy seguro de que está ocupado.

—Sí, quizá.

—Venga, ve a emborracharte y a conquistar a algún tío bueno. ¡Lígate uno

por mí!

—¡Eh! —le reprendió Juan Pablo, riéndose.

Sonreí con una pequeña reverencia.

—¡Intenta que no sea su tío otra vez! —gritó Rob mientras me alejaba por el pasillo.

Me quedé boquiabierta y me detuve para darme la vuelta. Le mostré el dedo corazón. ¡Capullo! Nunca se olvidaría de eso. Daba igual cuántas veces le dijera que no sabía que aquel tipo era familia de Jenson. Ni cuántas veces le hubiera explicado que ni siquiera me había acostado con él.

Los hechos habían pasado a la historia como «La vez que Mia estaba tan borracha que terminó en un rincón de un pub enrollándose con Patrick Davis, que resultó ser el hermano pequeño del padre biológico de Jenson». Me hubiera gustado gritar que ni siquiera tenían el mismo apellido. Que no se parecía. Y, por desgracia, la única razón por la que la gente sabía lo que había ocurrido era que Oliver estaba allí y me vio. Por supuesto, se lo dijo a Víctor, y él a Jenson, que se presentó más tarde y actuó como si yo estuviera cometiendo el peor crimen de la historia después del Watergate.

28

El lugar estaba repleto. Victor estaba enviando mensajes de texto a un amigo suyo desde que entramos, tratando de planificar a dónde iríamos después.

—Ya que pagamos, al menos deberíamos encontrar un sitio más grande — gritó por encima de la música mientras seguía escribiendo en el móvil.

Estelle y yo nos encogimos de hombros y seguimos bailando al ritmo de los acordes. No nos importaba dónde estábamos, la verdad. Y cuando Oliver se acercó a nosotras con unas bebidas, menos todavía.

—Está tratando de ver si podemos alquilar la casa de su amigo en Malibú — explicó Oliver, poniéndose al lado de Estelle.

La casa de su amigo en Malibú. ¡Oh, Dios! De repente, me faltó el aire. Siempre relacionaría esa casa con Jenson. Era la razón por la que no había estado en ella desde que rompimos, porque aquel lugar me traía malos recuerdos. Aunque también era porque si me lo encontraba allí y no estábamos saliendo, podrían contaminarse los buenos recuerdos de lo que habíamos compartido entre esas paredes. Sin embargo, ya no estábamos en malos términos. Aun así, ¿quería volver de verdad a la casa donde nos dimos el primer beso? ¿De la que habíamos salido en medio de la fiesta para hacer el amor a la orilla del mar? Por alguna razón, ahora me resultaba todavía más extraño.

—¿Por qué siempre queréis ir allí? —pregunté a nadie en particular.

Oliver se encogió de hombros y tomó un trago de la cerveza que sostenía en la mano.

—Es un sitio tranquilo.

—Me sorprende que estés bebiendo alcohol.

Estelle se rio.

—Se beberá una cerveza y luego se pasará al agua durante el resto de la noche.

—Si yo te contara...

—... los efectos que tiene el alcohol en tu cuerpo, no volverías a beber de nuevo —terminamos Estelle y yo al unísono. Ella puso los ojos en blanco y yo negué con la cabeza.

—Por eso no salgo con frikis —dije.

Estelle soltó una carcajada e incluso Oliver dejó escapar una risita que hizo que le diera una palmada en el pecho cuando se puso a toser.

—¿Y piensas que Jenson no es un friki?

Tomé un sorbo de vodka.

—Ni siquiera estoy segura de que estemos saliendo, pero solo para que conste, no, no creo que lo sea.

Oliver se rio.

—¿Por qué? ¿Porque tiene una moto?

—Y porque se ha hecho un montón de tatuajes —agregó Estelle.

Su marido puso los ojos en blanco.

—Además, jamás hablaría sobre los efectos del alcohol mientras está bebiendo cerveza en una fiesta. Solo los frikis lo hacen —expliqué.

—¿En serio? ¿Y quién más tiene un llavero que dice «Si lo encuentra, por favor, devuélvalo en el 221 de Baker Street»? —preguntó Oliver.

Oculté mi sonrisa detrás del vaso.

—Evidentemente, solo los que son realmente guays.

Estelle se rio.

—Piensas eso porque se lo has regalado tú.

—Por eso es tan guay.

—Escribe para un periódico —añadió Oliver, arqueando una ceja y levantando la botella de cerveza como si hubiera descubierto un nuevo elixir.

—Ni que sus artículos fueran sobre el efecto del calentamiento global... Pero, aunque lo hiciera, seguiría sin pensar que es un friki. —Fruncí los labios—. Bueno, quizá un poco, pero si lo fuera, sería uno muy atractivo.

Cuando las risas de Oliver y Estelle se estaban apagando, Victor se acercó para decirnos que nos marchábamos a la casa de la playa.

—Seguidme... —se limitó a explicar.

Así que me subí en el asiento trasero del cupé de dos puertas de Oliver y examiné mi cuenta de Twitter mientras él conducía. Detuve el dedo sobre el último mensaje de Jenson.

—¿Jenson está en Santa Bárbara?! —grité, interrumpiendo la conversación que mantenían Oliver y Estelle.

Él me miró a través del retrovisor, pero ella se giró hacia mí.

—¿Está aquí? —me preguntó. Las dos miramos a Oliver, que parecía un conejo rodeado de leones—. ¿Oliver? —dijo ella, cruzando los brazos.

Oliver se mantuvo en silencio mientras giraba el volante hacia una casa blanca de tres pisos y aparcaba detrás de Victor. Cuando apagó el motor y nos quitamos los cinturones, miró a Estelle, a mí y se encogió de hombros.

—Viene mucho por casa, en especial durante la temporada de fútbol americano. —Se interrumpió al ver que ninguna de las dos decía nada, y se limitó a sostenernos la mirada—. Los Chargers juegan mañana.

—¿Y? Eso no significa nada —respondí. Oliver negó con la cabeza y salió del coche mientras Estelle se reía—. ¿Eso quiere decir que va a venir? —insistí. Arrastré los pies detrás de Oliver cuando salí del vehículo, y él se dio la vuelta al tiempo que bajaba la vista para mirarme a los ojos.

—¿Eso supondría un problema?

Fruncí el ceño antes de bajar la mirada.

—No.

—¿Has venido acompañada?

Volví a buscar sus ojos.

—¿Qué? ¡No! No he quedado con nadie. —Me dio un vuelco el corazón. ¡Oh, Dios!—. ¿Él va a traer a una cita?

—No tengo ni idea —repuso Oliver mientras ocultaba la risa rascándose la nariz.

No me gustó nada aquella opresiva sensación en la boca del estómago. Pasé junto a él y subí los escalones para entrar en la casa. Escuché que Estelle le echaba la bronca mientras él se reía, pero me negué a darle la vuelta; no quería que ver la estúpida sonrisa que imaginaba en su cara. Después de estar una hora sentados en el patio, bebiendo vodka y vino mientras Victor y los chicos fumaban unos pitillos, me sentí completamente relajada. Era como volver a la universidad; Victor, Oliver y algunos de sus colegas hablando de sus cosas, al tiempo que ponía al día a Estelle sobre mi trabajo y lo que me gustaría mostrar en la galería.

—Tienes que ir por tu estudio y mirar si tienes allí alguna fotografía que puedas exponer —me sugirió Estelle.

Lo dudaba mucho. En general había hecho retratos de familias y otros temas más impulsivos, pero lo que yo quería mostrar era la parte más triste de nuestro mundo.

—Creo que podría optar por alguna foto de mi familia, todos somos un poco raritos —comenté.

Estelle se rio.

—Si es así, tendrías que inclinarte sobre todo esa serie que hiciste de tu familia basándote en *Juego de tronos*. —Hizo una pausa para sonreír—. Cuando tú te disfrazaste de Cersei y Rob de Jaime... Estáis muy mal de la cabeza.

—Nunca superarás eso—repuse riéndome.

—Sin duda. Voy a por otra copa. ¿Quieres una?

Asentí.

—Vuelvo ahora mismo. Voy a ver si todo está igual.

—Es una playa —se burló—. Dudo que haya cambiado.

Me encogí de hombros y fui hacia la puerta sonriendo. Me quité los zapatos al llegar a la arena, pero me quedé allí, junto a la casa, oyendo las voces de los chicos mientras hablaban y se reían. Sin embargo, escuchaba también el mar, las olas rompiendo contra las rocas no muy lejos. Apoyé la espalda en la fachada de la casa y cerré los ojos mientras movía los dedos de los pies en la arena. Con cada ola, el mar se llevó mis preocupaciones una a una, hasta que solo quedé yo, Mia, una chica que no se sentía tan perdida como antes, aunque no pudiera tener lo que más quería.

«Quizá deberías permitirte tener esas cosas y dejar de imaginar lo que podría pasar —me gritaba mi mente—. Quizá deberías pasar página de una vez».

Suspiré.

Subí de nuevo los escalones del porche y me sacudí la arena de los pies antes de volver a ponerme los zapatos. Mientras lo hacía, las risas se volvieron más fuertes. Me quedé inmóvil al instante, porque entre ellas distinguí la de Jenson. El sonido provocó que me pusiera nerviosa, que el corazón se me acelerara hasta que lo noté rebotar contra el esternón y contuve la respiración. Aunque sabía que iba a venir, me sentía sorprendida por su presencia. Di un paso adelante para verlo; camiseta gris y gastada, vaqueros oscuros, y mi corazón se detuvo. Una ráfaga de viento jugó con su pelo al tiempo que le pegaba la camiseta al pecho. Se peinó con los dedos y me miró por encima del hombro de Victor como si hubiera presentido que estaba allí.

Por un instante, o quizá un poco más, solo nos observamos fijamente. Yo estaba a un lado de la piscina, él rodeado por amigos, y fue como la primera

vez que nos besamos, solo que al revés. Entonces, él había estado solo junto a la piscina, escribiendo en su cuaderno, y yo había sido la chica que con una copa en la mano intentaba coquetear con él. La sonrisa desapareció de su cara mientras nos estudiábamos el uno al otro. Después de lo que me pareció una eternidad, se acercó a mí con largas y determinadas zancadas.

—Mía... —pronunció en un tono bajo y seductor.

—Jenson... —repuse, esperando no sonar tan jadeante como me sentía.

Me pasó los ojos por la cara como si estuviera preguntándome: «¿Te vas a marchar? ¿Te vas a quedar?».

Tragué saliva, insegura.

Sin esperar un segundo más, apretó la boca contra la mía, separándome los labios con la lengua. Subí las manos a su pelo y se lo apreté con los puños. Lo besé como si llevara años sin verlo, como si no lo hubiera tocado desde hacía mucho tiempo y lo hubiera echado de menos cada segundo que habíamos estado separados. Dejamos de besarnos por los gritos y alaridos que lanzaban nuestros amigos, pero siguió con la frente apoyada en la mía.

—He llegado a pensar que me darías un bofetón delante de todo el mundo —confesó, con la respiración agitada.

—¿Querías que lo hiciera?

Se apartó un poco y sonrió.

—No, pero habría valido la pena.

—Ha valido la pena, incluso sin pegarte —reconocí, y él curvó los labios.

—Vale, vale... ¿Puede ponerme alguien al tanto de lo que pasa? —pidió Víctor—. Me he quedado en que ella quería matarlo.

Jenson negó con la cabeza y yo me reí. Dejó caer la mano mientras daba un paso atrás para recorrerme con la vista: desde los dedos de los pies subió por mis muslos hasta mis pechos, y por fin, llegó a mis ojos. Tragó saliva con los ojos ardiendo de deseo irreprimible, y me cogió de la mano.

—¿El propósito al ponerte ese vestido es premiar a cada chico que te mire con fantasías de lo buena que estás desnuda?

—¿Me lo estás preguntando porque me estás imaginando sin ropa?

Me rodeó con un brazo sin dejar de mirarme con aquella expresión ardiente hasta que posó la mano en mi trasero.

—No tienes ni puta idea de lo que me estoy imaginando en este momento —murmuró antes de volver a besarme en los labios.

—Joder.... ¿Eso quiere decir que estos dos vuelven a estar juntos? —

insistió Victor al ver que estábamos besándonos de nuevo.

—¿Por qué hay que definirlo todo? —le pregunté mientras Jenson y yo nos acercábamos a los demás.

Vic se encogió de hombros.

—Me gusta saber qué esperar...

Gruñí.

—Pues sí que debe de ser divertido salir contigo.

Todos se rieron.

—Te sorprendería tanto, Meep, que no puedes ni imaginártelo.

—Oye, tío, que acabo de llegar. No quiero tener que pelearme contigo —intervino Jenson.

Una amplia sonrisa curvó los labios de Oliver y Victor, aunque Jenson frunció el ceño.

—Pensé que jamás llegaría este día —comentó Victor, y a continuación levantó una mano—. Corrijo: pensé que jamás llegaría ese día otra vez.

—Prepárate para las llamadas que nos va a hacer cuando ella regrese aquí: «¿Está saliendo con alguien? ¿Estás seguro? ¿Quién coño es ese tipo que aparece con ella en la foto?» —se burló Oliver, riéndose y dando un paso atrás cuando Jenson avanzó hacia él para quitarle la cerveza que tenía en la mano.

—Dame eso. Seguro que has estado bebiendo esta mierda toda la noche —aseguró, dando un buen trago.

Se me encogió el corazón al oír mencionar a los chicos con los que había salido mientras estaba estudiando fuera, recordando lo que me había dicho antes de que le pidiera que se largara, que él estaba siempre cerca, mirándome. Jenson bajó la botella de su boca y notó con el ceño fruncido la cara que yo estaba poniendo.

—Ven a dar un paseo conmigo.

Miré a mi alrededor, la seguridad que suponía el patio. Si nos íbamos ahora, ¿quién sabía cuándo volveríamos?

—¿Qué vamos a...?

—Ven a dar un paseo conmigo, Mia. —Su voz era ahora más firme.

Oí que Victor decía algo sobre unas chicas que iban a venir y miré a Estelle, que estaba a un lado, hablando con Oliver entre susurros. Todo el mundo parecía concentrado en sus asuntos. Cogí a Jenson de la mano y tiré de él, deteniéndome solo para quitarme los zapatos cuando llegamos a la arena.

—¡Dios, qué bajita eres! —dijo cuando terminé y le cogí de nuevo de la mano.

—Las mejores esencias se guardan en frascos pequeños.

—Y también los venenos —aseguró, cogiéndome en brazos como si fuera una niña.

—¡Vas a conseguir que me mire todo el mundo!

Me volvió a dejar en el suelo y traté de estirarme el vestido sin ningún resultado. Era demasiado corto y ceñido para conseguirlo.

—Para empezar, no hay nadie alrededor. Y en segundo lugar, ya te he dicho lo que pienso sobre eso que llamas vestido. —Me volví hacia él y oculté mi sonrisa en su pecho—. ¿Han estado mirándote los chicos? Los entiendo muy bien.

Me reí.

—¿Por qué te importa tanto?

Me llevó hasta un lugar oculto junto a una caseta de socorristas vacía y me indicó que me sentara, de forma que nadie me viera mientras él permanecía de pie delante de mí. A nuestro alrededor reinaba la oscuridad y estábamos solos. Los únicos sonidos que se oían eran las lejanas voces de nuestros amigos hablando en la distancia y las olas cuando morían en la orilla, contra las escaleras de la caseta.

—¿Sabes por qué me importa? —dijo, mirándome a los ojos.

—¿Porque estás celoso?

—No estoy celoso.

—Claro que estás un poco celoso. —Me sonrió y me inclinó para pasarle los dedos por el pelo. Cerró los ojos antes de emitir un gemido.

—No lo estoy. Es solo que no me gusta.

—¿No quieres que tengan la oportunidad de pedirme que les deje follarme como merezco? —dije, reprimiendo una sonrisa al ver que abría los ojos de golpe—. ¿Ni de decirme que se ponen duros al verme? ¿Ni que quieren sentir mis labios alrededor de su polla?

Jenson dio un paso adelante y me obligó a retroceder hasta que noté la pared contra la espalda, entonces hizo que nos tumbáramos. Sentí la arena fría en la espalda mientras se cernía sobre mí. Empezó a mordisquearme el labio inferior cuando bajó el cuerpo sobre el mío.

—¿Es eso lo que te decían? —preguntó mientras me exploraba la mandíbula, el cuello y los hombros con los labios—. ¿Te prometían que serías la única

chica que mirarían durante el resto de sus vidas si estabas con ellos? —Subió la boca hasta la mía—. ¿Te dijeron que habían abandonado una importante reunión porque la idea de que estuvieras aquí, tan lejos de ellos, los mataba? —Sus labios cayeron sobre los míos y se tragaron mi jadeo—. ¿Se saltaron el plazo de una entrega porque solo podían pensar en ti? —murmuró contra mí—. ¿Y que pensar en este momento, solo eso, en una escena como esta, era suficiente para olvidar cualquier amenaza de su editora sobre retenerles el sueldo durante más de tres meses?

—Jenson —susurré, besando su cara—. ¿Por qué ibas a...?

Sus labios se apoderaron de los míos antes de que pudiera terminar la frase. Nuestras manos se movieron con desesperado frenesí, tirando de la ropa del otro, hasta que Jenson tuvo los vaqueros bajados y me arrancó las bragas para arrojarlas a un lado. Mantuvo las manos en mi cara mientras giraba las caderas para hundirse dentro de mí, y, cuando lo hizo, comenzó a embestirme con una fuerza que provocó que gimiera y hundiera las uñas en su espalda.

—Porque lo nuestro vale mucho más que todo esto —dijo en un tono que parecía un ronroneo. Se retiró lentamente, haciéndome sentir cada centímetro de su erección, antes de hundir de nuevo hasta la empuñadura. Cuando gemí con fuerza, él me imitó—. Porque lo nuestro tiene un valor incalculable —continuó. Buscó mi cuello con los labios mientras se mecía contra mí con movimientos profundos y convulsos—. E incluso si lo tuviera, encontraría la forma de pagar cuatro veces más.

No pude contener los gemidos cuando apretó el ritmo, y mis gritos y sonidos de placer quedaron ahogados por las olas que rompían no muy lejos.

—Me gustaría poder pasar toda la noche abrazándote —dijo con pesar. Los dos estábamos llenos de arena, delante del apartamento de mi hermano.

—Me gustaría invitarte a entrar, pero ni siquiera estoy segura de que sea mi casa ahora.

Jenson se rio entre dientes. De camino allí, le había dicho que Rob vivía con Juan Pablo y que no sabía a dónde pertenecía ahora.

«Trasládate a Nueva York de forma permanente», me había sugerido.

«No es tan fácil», le había respondido.

No podía mudarme para siempre. Sí durante unos meses, pero ¿para siempre? No, no podía.

—Me gustaría autoinvitarme otra vez, pero la cosa es que Olivia me espera —dijo sonriendo. Me puse rígida y él se dio cuenta, porque me miró con atención.

—¿Qué te pasa?

Negué con la cabeza.

—La última vez que la vi... Cuando la conocí, actuaste de una forma muy rara. Creo que prefiero saber lo que me espera.

Él suspiró.

—Hablé con Krista sobre eso el día que nos viste..., el día que huiste —se corrigió—. No sé cómo actuar con Olivia cuando estoy contigo porque es algo que no he hecho nunca. Nunca le he presentado a ninguno de mis ligues. Aunque tampoco es que haya salido con muchas mujeres.

—¿No podríamos actuar como amigos? —pregunté, acariciándole con los dedos la barba incipiente.

—No sé si sería capaz de limitarme a eso contigo —confesó—. No sé si sabré fingir que no quiero besarte, que no quiero tocarte.

Sonreí.

—Puedes intentarlo. A mí me parece bien. Nada de ir cogidos de la mano, ni de besos, solo amigos delante de ella, al menos por ahora. No queremos confundirla, sobre todo si voy a volver a casa pronto.

Cambió de actitud al oírme decir eso, pero no dijo nada al respecto, y decidí cambiar de tema y hablar de su madre adoptiva. Era una conversación más segura.

—¿La traes a menudo a visitar a Patty?

—Siempre que puedo.

Tragué saliva.

—¿Has recibido noticias de...?

Negó con la cabeza; sabía de sobra que estaba preguntándole por su madre biológica, la mujer que lo había abandonado para no volver nunca. Había imaginado que se habrían puesto en contacto cuando comenzó a tener un nombre conocido, pero al parecer me había equivocado.

—La busqué y la encontré, pero no me he puesto nunca en contacto con ella. Siempre pensé que tenía la culpa de que se hubiera marchado, hasta que me di cuenta de que no era así.

—Y no lo era. ¿Ser el padre de Olivia te ha ayudado a entenderlo? —pregunté.

Él asintió.

—Los niños son criaturas inocentes. Siempre se esfuerzan por ser lo mejor posibles, y lo son. Son lo mejor que nos puede pasar, a pesar de las rabietas y los momentos difíciles. No necesito demostrarle que soy un buen hijo. Sé que lo soy, y si ella padecía otros problemas y no podía verlo, pues allá ella. La perdono, pero no quiero estar en contacto con esa clase de personas, alguien que no se ha tomado la molestia de buscarme después de abandonarme. No quiero que esté cerca de mi hija. —Se encogió de hombros.

Me quedé callada, sin querer interrumpir sus confesiones, dejando que soltara lastre.

—Me imaginé que si Krista abandonaba a Olivia, o que me largaba yo, sentiría ese peso sobre mis hombros durante toda la vida. —Hizo una pausa para tragar saliva y buscó de nuevo mis ojos—. Yo he sido afortunado. No todo el mundo disfruta de la misma suerte que yo. Casi nadie se encuentra con una Mia o una Patty... —Le apreté la mano cuando terminó de hablar.

—Pero sí que ha ocurrido. Ella te tiene a ti y eso es casi como disponer de diez personas.

Jenson se rio por lo bajo.

—Apenas soy una sola persona, Mia, pero intento ser mejor por ella.

Levantó la mano para secarme una lágrima que se me había escapado.

—Lo siento —susurré por fin—. Lamento no haber estado a tu lado.

Me besó en la punta de la nariz.

—Lo sé, nena. Yo también lo siento.

—Realmente estaba muy afectada por todo lo que pasó. No sabía cómo enfrentarme a ello.

Volvió a besarme en la punta de la nariz antes de pasar a mi boca.

—No creo que yo hubiera sabido hacerlo mejor, Meep.

Después de un largo silencio, me apoyé en los codos y lo miré otra vez.

—Mi padre sabe lo nuestro. —Me reí al ver su expresión de horror.

—¿Todavía posee esa Glock?

Volví a reírme.

—Sí, pero eso fue hace mucho tiempo.

Jenson se me quedó mirando un buen rato.

—En serio, creo que me quiere matar.

—Tal vez sea así, pero estoy aquí para protegerte.

—Ya veremos —se burló.

Jenson y yo nos quedamos hablando durante horas; incluso después de que se marchara, me llamó y seguimos hablando por teléfono. Era como si volviéramos a ser adolescentes. Como si al volver a reunirnos allí, hubiéramos abierto la puerta a todos los buenos momentos que pasamos juntos. En la conversación mencionó que Olivia se moría por ir a la playa, y supe que se perdería el día con sus amigos si la llevaba él, así que me ofrecí a ir a buscarla a casa de Patty.

Me presenté allí cuando Jenson ya se iba. Literalmente. Levanté la mano para llamar a la puerta pintada de blanco justo cuando él estaba abriéndola. Me brindó una sonrisa mientras se pasaba la mano por el pelo, y si no lo hubiera tenido húmedo, el olor que despedía habría sido suficiente para saber que acababa de salir de la ducha.

—¿Te he dicho alguna vez lo maravillosa que eres? —me preguntó sin dejar de sonreír mientras me recorría lentamente con los ojos—. ¿Qué llevas puesto debajo?

Me reí y di un paso atrás, pero él enganchó el pareo que usaba como vestido veraniego con un dedo y tiró de él.

—Vas a acabar por desatármelo.

Noté cómo se le encendían los ojos y negó con la cabeza.

—Cuando dices estas cosas...

—¿Es como cuando tú me haces acabar también?

—Igual que cuando acabas. Punto —respondió, pasándome un brazo por la cintura y pegándome a su cuerpo. Cada centímetro de él contra cada centímetro de mí.

Respiré hondo.

—Quizá no deberías hacer eso..., amigo.

Gruñó al tiempo que acercaba sus labios a los míos, y me besó con una pasión que me hizo temblar a pesar del calor.

—Me encantan tus labios, amiga—susurró sobre mi boca.

—Y a mí los tuyos, amigo.

—¿Cuándo va a venir Mia? —oímos que decía la vocecita de Olivia desde el interior de la casa.

Dejé caer los brazos desde su cuello y di un paso atrás con una sonrisa.

—Alguien está excitado.

—Yo también lo estoy —confesé.

Él no respondió, pero la mirada de ternura que me lanzó era más elocuente que la Enciclopedia Británica. Apretó los labios contra los míos una última vez para darme un beso rápido y tierno.

—Hasta luego —se despidió antes de alejarse.

Esperé a que se me sosegara el corazón y llamé a la puerta. Patty y Olivia me aguardaban para comenzar el día. Olivia insistió en que quería aprender a hacer surf, así que empecé a enseñarle... en seco, por supuesto.

—¡Quiero hacerlo en el agua! —dijo.

—Sin embargo, no puedes, y tu padre me castigaría si te dejo hacerlo —razoné.

Ella se rio.

—No puede castigarte. Eres mayor.

—Ya, bueno, pero eso no significa que no tenga miedo a que me castiguen.

Le dio un ataque de risa al oírme, y Patty sonrió mientras me miraba.

—La sabes llevar muy bien —me dijo cuando Olivia se concentró en construir un castillo de arena.

—Cuando estamos bajo la supervisión de un adulto.

Patty se rio.

—La sabes llevar y punto. ¿Sabes cuántas mujeres en tu lugar odiarían a esa niña durante toda la vida?

Siempre le había estado agradecida a Patty. No quería imaginar lo que le habría ocurrido a Jenson si no la hubiera tenido en su vida. Todo habría sido muy diferente.

—Ese muchacho me ha dado más dolores de cabeza de los que se merece nadie.

—Y a mí también, pero es un buen tipo.

Arqueó una ceja.

—Lo es. ¿Eso quiere decir que estáis juntos de nuevo?

Negué con la cabeza mientras miraba el castillo de Olivia.

—Es más complicado.

—Las mejores cosas siempre lo son.

—¿Puedes ayudarme a construirlo? —me pidió Olivia con un gemido al tiempo que nos miraba. Las dos nos reímos, y me acerqué a ella.

Pasamos el día levantando castillos que finalmente se caían, con la esperanza de que alguno durara lo suficiente. Hice fotos de todos. De nosotras,

de la playa, de Jenson y los chicos cuando nos unimos a ellos para ver el partido de fútbol americano en casa de Víctor.

—No sabía que en nuestro club ya había personas de todas las edades — comentó Vic, sonriente, cogiendo a Olivia en brazos y dándole un beso en la mejilla.

—Siempre me dices eso, tío Vic.

—Eres la única chica a la que permito estar aquí un domingo de fútbol — susurró.

Ella frunció el ceño e hizo un puchero.

—¿Y Mia?

Victor se rio entre dientes mientras me miraba.

—Ella no cuenta.

—Sí que cuenta —protestó Olivia agarrándome la mano para acercarse conmigo al sofá donde estaba sentado Jenson—. Papá, Mia y yo tenemos un club. Y tú estás en el del tío Vic y en el del tío Bean.

—¿Y si yo quisiera estar en vuestro club? —preguntó él, envolviéndome la cintura con un brazo y acariciando la cara de Olivia con la mano libre al tiempo que apoyaba una bota en el borde de la mesita de café de Vic. Le lancé una mirada de advertencia, tratando de liberarme, pero él me sujetó con más fuerza.

—Bueno... —repuso Olivia, mirándome un instante—. Tenemos que hablarlo. ¿Quieres que papá esté en nuestro club?

Jenson me pellizcó el costado.

—Sí, Mia, ¿me quieres en tu club?

Me reí y traté de alejarme de nuevo, pero él me lo impidió y me mordió el otro brazo mientras me acercaba otra vez.

—¡Joder, Jenson! —Se rio entre dientes y Olivia contuvo el aliento. Víctor y Oliver se miraron y sacudieron la cabeza—. Lo siento —murmuré.

—Papá, no puedes morderla. No va a querer que estés en el club si lo haces. No es agradable.

—Sí, papá, no es agradable —susurré mientras hacía una mueca que provocó que la mirada en sus ojos se volviera más ardiente.

—Después te demostré lo agradable que puedo ser —me susurró al oído cuando Olivia se alejó para sentarse al lado de Oliver.

—¿Sí? ¿Eso significa que no vas a morderla más?

—Quizá lo haga —dijo él, pellizcándome el hombro y frotando luego el

dolorido punto—. Quizá le guste.

Sentí que me estremecía por el calor de su cuerpo, por la promesa de su mirada, de sus palabras, de su contacto.

—Jenson, solo somos amigos —susurré.

Él sonrió y se inclinó hasta que su boca quedó junto a mi oreja.

—Ya te lo he dicho. No sé cómo hacer eso —respondió en el mismo tono.

Eso era por estar allí, con nuestros amigos, en nuestra ciudad; todo era perfecto. Y muchas veces iba a desear poder rebobinar el tiempo solo para volver a vivir ese día.

La columna de Jenson

No pretendo saberlo todo, pero he vivido lo suficiente como para entender que las segundas oportunidades no se presentan todos los días. Este fin de semana lo he recordado. Fui a «casa» para pasar el fin de semana y llevé a mi hija conmigo para visitar a mis amigos y a mi madre adoptiva. Estar de vuelta siempre me traslada a la infancia, lo que tiene su parte buena y su parte mala, dado que algunas experiencias no fueron demasiado positivas. No fueron las únicas, de todas formas. Cada vez que voy, me veo obligado a revivir esos recuerdos, y nunca lo lamento. Parece que cada año que pasa aprecio más esos días. Hay muchas veces en las que lo bueno sobresale, y en otras ocasiones solo acude lo negativo a mi mente, por lo que en los momentos como este aprecio todavía más los que me ponen de buen humor.

Supongo que esta visita era diferente por una razón: estaba allí con Mia y con Olivia. Tenerlas allí a las dos con todos nuestros amigos era algo que había pensado que nunca ocurriría. Lo había imaginado antes, pero solo había sido eso, una fantasía de mi mente. Vivirlo en realidad parecía casi surrealista.

La pregunta de la semana es de @AnjeliMaed: «¿Cómo sabe uno que ha superado una relación?».

Respuesta: Solo uno mismo puede responder a eso. Creo que cuando ya no comparas a esa persona con todas las que conoces.

29

Ya estaba de vuelta en Nueva York cuando Millie me llamó y comenzó a disculparse profusamente antes de que pudiera abrir la boca. Me preparé para que me dijera que no había podido conseguir que ninguno de sus contactos hiciera una exposición de mis imágenes. Pero luego soltó la frase más alucinante que jamás había escuchado.

—¡Te he conseguido el Met! Es para este sábado. Ya sé que te aviso en el último momento, pero les han fallado dos artistas y están buscando a alguien que los sustituya.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —grité una y otra vez hasta que me cansé de saltar y ya no me quedaron más lágrimas—. ¡Mis fotos van a colgar en las paredes del Met! ¡Oh, Dios mío! ¡Me muero! ¡Me muero! ¡Me muero!

Millie se rio.

—Será mejor que no. ¡Te necesitan allí el sábado!

Solté un nuevo alarido.

—Te adoro. Te quiero. ¡Te amo!

Me sonó el teléfono en cuanto colgué, y respondí sin mirar la pantalla.

—Necesito que me hagas un favor enorme. —Fueron las primeras palabras que soltó Jenson.

—¿Estás bien? —pregunté mientras intentaba tranquilizarme después del notición que acababa de recibir.

—¿Mañana lo tienes muy ocupado?

Desde el salón, entrecerré los ojos para ver la hora en el microondas. Todavía era pronto, podía ir hoy a la tienda con las fotos que quería imprimir. Una vez que tuviera resuelto ese tema, cualquier cosa que pudiera hacer podía esperar al jueves.

—No, ¿qué ha pasado?

—¿Crees que podrías ocuparte de Olivia durante un par de horas?

Se me cayó el teléfono, aunque lo recogí con rapidez mientras intentaba centrar mis dispersos pensamientos. Había estado con su hija un par de veces, pero eso no me convertía en una experta en niños.

—Mmm... Claro. ¿La traerás aquí o quieres que vaya ahí?

Permaneció en silencio durante un instante.

—¿Podrías venir tú?

—Por supuesto.

—Puedes venir ya esta noche, si quieres. A mi lado hay un enorme espacio vacío que tiene tu nombre escrito.

Me reí, pero rechacé la invitación. Si iba a su casa, no conseguiría tener impresas las fotos a tiempo. Al colgar, empecé a examinar mis trabajos y a copiarlos en una unidad USB. Mientras iba de camino al centro de impresión digital que me había recomendado Millie, crucé los dedos y susurré un mantra que había aprendido en yoga esa misma semana para tranquilizar mis nervios. El chico que había detrás del mostrador, que parecía miembro de los ángeles del infierno, me miró como si estuviera loca cuando le dije que las necesitaba para la mañana del sábado.

—¿Podrías echarles antes un vistazo? —añadí cuando volvió a mirarme así.

—Puedo tenerlas, pero en ese tamaño... —Hizo una pausa para acariciarse la barba, y yo le lancé una mirada suplicante. Por fin, suspiró—. Espera un segundo.

Resopló mientras se iba a la trastienda. Suspiré profundamente al tiempo que miraba a mi alrededor, fijándome en las hermosas instantáneas que había detrás del mostrador.

—¿De qué tipo de imágenes se trata? —preguntó cuando regresó.

—Son de gente —repuse, y supe que estaba esforzándose para no poner los ojos en blanco—. Por favor, míralas —añadí.

Él arqueó una de sus pobladas cejas antes de soltar una profunda risa.

—Vale, las miraré. Pero quiero que sepas que, incluso aunque me gusten, eso no significa que pueda tenerlas impresas tan rápido.

Le deslicé la unidad de USB por el mostrador con un gemido, y él se rio al recogerla.

—¿Un chicle?

—Mi hermano tiene un sentido del humor muy peculiar.

El joven negó con la cabeza mientras la enchufaba en el ordenador. No aparté la mirada de su cara y sonreí cuando vi que dejaba de curvar los labios

y que miraba las imágenes con más seriedad.

—¡Joder!

Asentí sin dejar de sonreír. Cuando terminó, volvió a mirarme y sentí que me estudiaba con una nueva apreciación, quizá incluso respeto.

—En serio, de verdad, necesito tenerlas para el sábado por la mañana. Es una oportunidad única. Me las van a exponer en el Met. ¡En el Met! —añadí con entusiasmo.

Movió la cabeza mientras se acariciaba la barba de nuevo y tecleaba algo en el ordenador. Esta vez, cuando me miró, sonreía.

—Ven a buscarlas el sábado a las once. Estarán listas. —Se rio cuando solté un grito de entusiasmo al tiempo que daba saltitos. Si no hubiera sido porque el mostrador se interponía entre nosotros, lo habría abrazado.

Me desperté antes de lo necesario y fui a clase de pilates a las siete y media. El sin techo que siempre me ponía al tanto de los chismes no iba en el metro, lo que me hizo sentirme perdida, pues ya esperaba enterarme de todo con su información. Después de ducharme, me puse una ropa más abrigada, cogí la bolsa y fui a casa de Jenson. De camino, estuve catalogando qué imágenes colgaría en la exposición mientras trataba de ponerle un título a cada una. Cuando el tren llegó a mi parada, me bajé y cambié al móvil mientras andaba, mirándolas en esa pantalla más pequeña. Todavía me quedaban unos cinco minutos andando, y podía aprovechar el tiempo.

—Deberías mirar por dónde vas —me dijo Jenson al verme acercarme a su casa.

—Lo haría, pero el vagabundo que me informa de las noticias no iba en el metro esta mañana.

—¿Consideras que lo que publican en people.com es noticia de actualidad? —preguntó bajando los escalones cuando llegué a su altura.

Fruncí el ceño mientras presionaba el botón de inicio para ocultar la pantalla.

—No estaba mirando la web de *People*.

—Ya... —Me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza, levantándome un poco del suelo para enterrar la cara en mi cuello—. Gracias por venir —dijo mientras me soltaba y me cogía la mano para llevarme dentro—. Olivia todavía está dormida. Está malita.

—Pobrecita. ¿Tiene fiebre?

Asintió.

—Le estoy alternando ibuprofeno y paracetamol cada cuatro horas. Le acabo de dar, así que estará bien durante un rato.

—¿Podrá comer algo cuando despierte?

—Quizá, pero ayer no quiso comer nada.

—¿Y Krista?

Me miró sorprendido. Supuse que porque había utilizado su nombre, no algo más aséptico como «la madre de Olivia», o «tu ex».

—Lleva toda la semana con reuniones muy importantes, Olivia ha tenido que quedarse aquí.

Asentí con la cabeza al tiempo que me mordía la lengua para no decir nada. Olivia no era hija mía, y estaba segura de que no era la primera vez que estaba enferma. Quizá su madre ya se hubiera acostumbrado. Quizá estaba muy preocupada porque no podía cuidarla. No era quién para juzgarla. Bueno, al menos trataría de no hacerlo.

—Hoy tengo una reunión a la que no puedo faltar, y tengo que cumplir un plazo de entrega, pero no lo conseguiré si estoy con ella porque me resulta imposible escribir.

—Puedo quedarme un tiempo. —Hice una pausa—. Es decir, un par de días. —Aparté la mirada—. Solo si necesitas que me quede y que te ayude. No quiero entrometerme ni nada, y no quiero que su madre se sienta molesta si se entera de que estoy cuidando a Olivia, y no le caigo bien o algo de eso...

—Mía.

—¿Qué? —Volví a mirarlo.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. Incluso puedes mudarte aquí, si quieres.

Sentí la cara caliente.

—Déjalo...

Sonreía de oreja a oreja mientras se acercaba a mí para levantarme la barbilla con una mano.

—Gracias por venir. —Me besó en la frente—. Y me gustaría que te quedaras un par de días... o para siempre. Tienes que elegir.

Se me aceleró el corazón. Por sus palabras, por la seriedad de su tono, por la forma en la que su mano me hacía sentir como si fuera yo la que tenía fiebre.

—¿No tienes que marcharte? —pregunté con un susurro.

Él bajó la cabeza y apretó los labios contra los míos.

—Sí.

—Bueno.

—Lláname si necesitas algo.

—Creo que puedo ocuparme de todo.

—Sí, tú puedes ocuparte de cualquier cosa —aseguró, besándome una última vez antes de ponerse la cazadora.

Observé su espalda mientras recorría el pasillo y salía, y luego miré al piso de arriba. ¿Debía dejarla dormir o subir para despertarla? ¿Se asustaría si veía que su padre no estaba? ¿Le había dicho que iba quedarme yo con ella? ¡Oh, Dios! ¿Y si tenía algo grave? ¿En qué coño me había metido?

Después de un rato, decidí quedarme abajo, sentada a los pies de la escalera, para ser más específicos, y esperar hasta que oyera algún ruido. A las once y media, oí un fuerte ruido contra el suelo y volé hacia arriba, subiendo los escalones de dos en dos.

—¿Olivia?! —grité con frenesí.

Al ver que ella no respondía, repetí su nombre en voz alta, con más fuerza. Llegué a la puerta y me la encontré de pie delante de la cama, con un pijama rosa de *Frozen*. Su pelo castaño estaba despeinado y le cubría la mayor parte de la cara mientras miraba hacia abajo, gimiendo.

—¿Estás bien? —pregunté mientras me acercaba. Un olor nauseabundo inundó mis fosas nasales, y me di cuenta de que había vomitado en el suelo, ante sí—. ¡Joder! —susurré. Abrió mucho los ojos grises al oírme—. Lo siento. Olvida que he dicho eso. Vale, no pasa nada. ¿Puedes pasar por encima para llegar hasta mí?

Alargué la mano hacia la suya y le hice rodear el charco de vómito, mientras que ella, con la otra mano, sacaba el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros para llamar a su padre. Él cogió la llamada al primer tono.

—¿Puedo bañarla? Hemos tenido... una especie de accidente —le dije mientras le apartaba el pelo de la cara con los dedos.

—¡Joder! Quizá debería cancelar la reunión.

—No, no. Está bien. No tiene fiebre ni nada de eso, pero no quiero que se sienta violenta, y como está en pijama...

—Mía —me interrumpió—. Sí, puedes bañarla. Gracias.

—De acuerdo. Te llamaré después. Que tengas una reunión cojonuda. —Cerré los ojos—. Lo siento. Que te vaya todo bien.

Jenson se rio entre dientes.

—Gracias.

Puse fin a la llamada y arrojé el móvil sobre la mesilla de noche blanca mientras me agachaba para mirar a Olivia.

—¿Tu padre te dijo que yo estaría aquí?

Asintió.

—¿Te parece bien si te ayudo a bañarte?

Se quedó callada un instante antes de asentir de nuevo.

—¿Quieres ser tú la que elija la ropa?

Otro movimiento de cabeza, y esta vez llegó acompañado de una sonrisa.

Solté un suspiro de alivio. Esperaba que a su madre no le pareciera mal. Pensé que si estuviera en su lugar, me sentiría agradecida. Suspiré de nuevo. Tenía la esperanza de que ella sintiera lo mismo. Después de que se bañara y se cambiara de ropa, bajamos y le di Gatorade, porque eso era lo que me habría hecho beber mi madre.

—¿Crees que puedes quedarte aquí viendo la televisión mientras voy a limpiar?

—Sí —susurró.

—¿Quieres que antes te prepare algo de comer?

Ella me miró mientras inclinaba la cabeza a un lado de la misma manera que su padre cuando trataba de buscar una excusa.

—Sé cocinar —aseguré.

No podía creerme que tuviera que convencer a una cría de mis habilidades en la cocina. No podía creer tampoco que estuviera cuestionándome con una maldita mirada.

—¿Qué sabes hacer?

Sonreí.

—¿Qué es lo que quieres comer?

—Helado.

Me reí con ganas.

—Bueno, pero no creo que tu padre quiera que tomes helado. ¿Qué te parece una sopa?

Hizo un mohín.

—Una sopa deliciosa. Como la que toma la princesa Anna en *Frozen*.

—No toma sopa, sino chocolate.

—¡Y sopa! Venga, estará muy buena, y luego probaremos algo dulce.

—¿Como helado?

—Si tienes bien la garganta... Será algo que evaluaré después de que tomes la sopa.

Soltó un suspiro y se apretó las rodillas contra el pecho.

—Eso es lo que dice papá cuando va a ser que no.

—Eh... no te pases. Soy mucho más guay que tu padre.

Me miró durante un instante.

—¿Puedo volver a hacer fotos con tu cámara?

Me reí.

—Solo después de que tomes la sopa. Y si dentro de un rato te sientes mejor, podemos jugar a los disfraces.

Se puso derecha.

—Ya me siento mejor ahora.

—Después de la sopa.

Por fin, asintió con la cabeza, y me puse a hacer la sopa. La acción de tomarla fue mucho más rápida que la de convencerla. Después de que se la terminara, le entregué la cámara para que estuviera estudiándola mientras iba arriba a limpiar. Fue una desagradable sorpresa descubrir que el vómito de un niño era tan oloroso como el de un adulto. Cuando terminé, cogí el móvil y volví a bajar.

—He hecho muchas —me dijo mientras me devolvía la cámara para que las mirara.

Me reí de lo que vi.

—Te has hecho un montón de *selfies*.

—Eso es lo que hace mamá.

—Es divertido —dije, e hice uno de las dos.

Después nos pusimos a disfrazarnos, mientras me aseguraba de comprobar de forma continua su temperatura, por si acaso. Mientras Olivia me estaba aplicando una sustancia pegajosa con purpurina en el pelo, comenzó a sonar el teléfono, haciendo que nos quedáramos quietas.

—¿Se puede echar eso en el pelo? —pregunté con un susurro.

Se encogió de hombros.

—Estaba ahí.

—Santo cielo. ¿No es algo a prueba de niños?

El teléfono seguía sonando y, por fin, estiré las piernas y me levanté del suelo. Miré a Olivia mientras lo cogía y respondía.

—¿Eres Mia? —preguntó una voz femenina que poseía un tono melódico y dulce que me puso de los nervios.

—Sí.

—Hola, soy Krista, la madre de Olivia —añadió, después de una pausa.

—Ah, hola.

—¿Está Olivia despierta?

—Sí, ¿quieres hablar con ella?

Dejé que Olivia hablara con su madre mientras yo limpiaba la cocina y leía las instrucciones del bote de purpurina. Cuando terminó con el teléfono, me lo tendió para que hablara con su madre.

—Gracias por cuidarla. Si llama Jenson, ¿podrías decirle que pasará a buscarla a eso de las seis y media?

—Claro.

—Vale, bueno, supongo que nos veremos luego, si todavía estás ahí.

—Por supuesto.

Colgué antes de que las cosas se pusieran más incómodas.

—¿Vas a ser como mi madre?

Clavé los ojos en Olivia, que seguía sentada en el suelo. Intenté tres veces colocar el teléfono en la base y luego me coloqué a su lado.

—¿Por qué me lo preguntas? —susurré finalmente cuando nos acomodamos las dos.

Inclinó la cara a un lado para mirarme.

—Tengo dos papás.

Fruncí el ceño.

—¿Sí?

Asintió con la cabeza, mirándome con una expresión muy seria.

—Uno vive aquí, y el otro con mi madre. Si te quedas a vivir aquí, ¿serás también mi mamá?

Esa niña llegaba directa a mi corazón con sus preguntas y con la forma en la que trataba de concentrarse en mí a pesar de su somnolencia.

—¿Qué te parece si nos acostamos un ratito? —sugerí.

—No estoy cansada.

La senté en mi regazo de todas formas y puse Disney Channel. No tardó mucho en dormirse con la cabeza sobre mi pecho y los brazos laxos. Me las arreglé como pude para ponerme de pie y la dejé en el sofá que tenía detrás, donde la cubrí con una manta de los Chargers de San Diego que Jenson tenía

sobre el respaldo.

La siesta apenas duró quince minutos, y se despertó con la energía de un terrier. Me llevó mi tiempo convencerla de que no debía volver a usar el pegamento de purpurina en el pelo nunca más. Y no creía que lo hubiera logrado. Estuvo diez minutos intentando que le diera helado. Por fin, se rindió y se conformó en su lugar con Gatorade y unas uvas.

—¿Por qué las has pelado? —me preguntó mientras le tendía el plato. La miré al tiempo que me metía una en la boca.

—¿No es eso lo que se hace con los niños pequeños?

Hizo una mueca.

—Por eso. Yo ya soy mayor. Tengo casi cinco años.

—Lo sé.

—¿Sabes cuándo es mi cumpleaños?

—El 8 de noviembre.

Arqueó las cejas sorprendida.

—¿Cómo lo has sabido?

Sonreí.

«Por Facebook, Olivia. Por Facebook».

—Se lo he oído a tu tío Oliver.

—¿Sabías que el tío Bean sabe hacer trenzas? —dijo con una sonrisa cuando mencioné a su padrino.

—¿En serio? —Estaba realmente impresionada.

Asintió frenéticamente con la cabeza.

—¿Y tú sabes?

—Creo que todavía me acuerdo de cómo hacer una trenza. Ven aquí. —La senté entre mis piernas, frente a la pantalla del televisor. Había puesto *Frozen* en pausa cuando se despertó y ella ni siquiera se había dado cuenta. Dividí su pelo en tres partes y me di cuenta de que solo sabía hacer una trenza sencilla. Así que cogí el móvil y miré algunos tutoriales en Youtube capaces de convertir a cualquiera en trenzadora profesional en solo veinte minutos.

Después de peinarla, le hice una foto y se la mandé a Oliver, que me respondió con un emoticono sonriente. Comimos sopa por segunda vez y, por fin, se puso a leer algunos libros que tenía. El televisor seguía encendido cuando empezó a anochecer, y no había sabido nada más de Jenson o Krista, salvo algunos mensajes aislados de Jenson para que lo informara sobre el estado de Olivia.

Después de discutir sobre qué película era mejor: *Toy Story* o *Monstruos S. A.*, y llegar al acuerdo de que era la primera; de quién tenía el pelo más bonito: Jazmin o Rapunzel, ella dijo que Rapunzel y yo que Jazmín, terminamos de ver *Frozen*.

Sentí que un barco se movía debajo de mí, pero ya estaba llegando a la orilla, donde me tendía la mano el príncipe Hans, que se parecía mucho a Kit Harrington, por lo que me di cuenta de que estaba soñando.

—Estoy llegando —dije, luchando contra el balanceo del barco que amenazaba con despertarme. Cuando lo conseguí por fin, parpadeé un par de veces, al principio lentamente, luego con más rapidez al ver que la cara de Jenson entraba en mi campo de visión. Entonces me di cuenta de que me había tumbado para abrazar a Olivia y me había quedado dormida. Me intenté levantar, pero Jenson me puso la mano en el hombro para que no lo hiciera; Olivia tenía apoyada la cara en la parte superior de mi pecho, con un brazo sobre mí y el otro colgando por el lateral; estaba profundamente dormida.

—Hola —susurré cuando por fin logré fijar la vista en Jenson. Se agachó para que su cara quedara junto a la mía y se pasó los dedos por el pelo.

—Hola —me respondió, recorriendo mis rasgos con los ojos hasta que los subió de nuevo a los míos—. ¿Qué tal todo?

Sonreí.

—Muy bien.

—¿Con qué estabas soñando?

Mi sonrisa se hizo más amplia.

—Con Kit Harrington.

Jenson se rio y sacudió la cabeza incorporándose.

—Voy a llevarla a la cama.

Suspiré cuando lo hizo, y vi la forma en la que ella se abrazaba a su cuello, acurrucándose contra él mientras se alejaban. Ver sostener a un niño de una forma tan amorosa hacía que me derritiera por dentro. La única palabra que acudió a mi mente fue: mojabragas. Me di cuenta entonces, mientras los observaba, que si pasaba más días como este, en su casa, con él y su hija, no iba a querer marcharme. Y yo no era de las que tenía instinto maternal. De verdad. Había dicho al menos cien palabras malsonantes delante de esa pobre niña, y le había permitido usar un poco de pegamento con purpurina en mi pelo, que seguramente quedaría allí de por vida.

—¿La has hecho tú? —preguntó mojado un dedo en la sopa y chupándose.

«¡Dios!». Incluso eso lo hacía de forma muy sexy. Seguramente debería haberme levantado para marcharme en ese momento. Hasta que no había pasado el día con su hija, no había sentido los ovarios gritándole a mi mente: «¡Podrías ser tú!». Nunca lo había querido. Nunca. Pero estar allí con él, con ellos, me daba ganas de tenerlo, y era algo inaceptable por muchas razones. Lo miré antes de coger los cuencos de color rosa y los vasos de la mesa para llevarlos al fregadero, y de repente me pareció todavía más sexy. ¿Siempre había estado tan bueno? Parpadeé para dejar de pensar eso, ya que él me estaba mirando y, seguramente, esperaba una respuesta mientras revolvía la sopa para calentarla. Tuve que olvidarme de aquella fantasía para mayores que inundaba mi mente.

—Sí. Sé que podía hacer gofres, pero me pareció que era mejor que tomara sopa, ya que está enferma y eso era lo que siempre me daba mi madre cuando...

Se acercó a grandes zancadas con una expresión en su cara que hizo que me callara la boca y me estremeciera. Me puso la mano en la nuca y acercó mi boca a la suya para besarme a fondo. Noté un leve sabor a sopa de pollo en su frenética lengua. Cuando se alejó de mis labios, me tiré yo sobre los suyos. Por fin, nos separamos y apoyó la frente en la mía.

—Gracias —suspiró.

Nos interrumpió el timbre de la puerta y, aproveché que él iba a abrir para ir al cuarto de baño. No estaba segura de que pudiera conocer a Krista en persona por el momento. Afiné el oído todo el tiempo que estuve allí, pero no escuché a ninguna mujer. Después de lavarme las manos y el pegamento del pelo, fui a la cocina y me lo encontré de pie con la espalda apoyada en la encimera mientras escribía algo en el móvil.

—Era la abuela de Olivia.

—¿Se la ha llevado en brazos?

—Sí, tenía prisa. Iban a algún sitio esta noche. Sin embargo, Olivia seguía durmiendo, así que no te has perdido nada —explicó, dejando el móvil a un lado para mirarme.

Le rodeé el torso con los brazos mientras él me retiraba el pelo de la cara.

—¿Qué tal ha ido tu reunión? ¿Has podido escribir algo?

Me pasó las manos por los hombros, por los brazos.

—La reunión fue muy bien. Con respecto a escribir... Tardé en concentrarme, pero una vez que lo conseguí, fue muy bien.

—¿Sobre qué era la reunión? —pregunté, poniéndome de puntillas para darle un beso en la clavícula. Tomó aire cuando empecé a desabrocharle la camisa y a pasarle la boca por el pecho desnudo, por los trazos negros de los tatuajes de su tórax, entre botón y botón.

—De plazos.

—Mmm... —Seguí bajando hasta pasarle la lengua por la parte inferior del abdomen.

—Mia... —susurró, poniéndome las manos en la cabeza.

—¿Mmm? —Le desabroché el cinturón y le bajé los vaqueros al tiempo que alzaba la cabeza para mirarlo.

La pasión que brillaba en sus ojos no se correspondía con la ternura con la que me tocaba. El corazón me latía con fuerza cuando agarré los *boxers* y se los bajé para poder rodear su erección con los dedos. Jenson soltó un suspiro, y se estremeció cuando moví la mano arriba y abajo lentamente, gimiendo cuando apreté los labios contra él y empecé a lamerlo, a saborearlo, a chuparlo, hasta que solo se oyeron sus gemidos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mia! ¡Es tan jodidamente perfecto...!

A continuación, aumenté el ritmo, y él me agarró con más fuerza.

—¡Quédate conmigo! —comenzó a decir—. ¡Te he echado muchísimo de menos!

Al final, las palabras se desvanecieron y lo único que emitía era roncosp gruñidos guturales mientras se impulsaba dentro de mi boca, hasta que se estremeció y lo único que me quedó fue ingerir su esencia.

Se ajustó la ropa, observándome mientras me levantaba, y me limpió los labios.

—Creo que deberías mudarte aquí —dijo.

Me reí y le di una palmada juguetona en el pecho. El corazón se me disparó al notar su piel caliente y desnuda debajo de la mano. Tenía graves problemas si todavía me sentía así después de lo que acabábamos de hacer.

—Pero sí que te quedas el sábado, ¿no? —preguntó sonriente abrochándose la camisa.

Fruncí el ceño hasta que recordé que habíamos quedado para hacer un *brunch* los sábados.

—Joder... No voy a poder.

Me miró, esperando en silencio a que se lo explicara.

—Rob y mis padres vendrán este fin de semana. Y también Estelle —añadí.

—Ah, pensaba que habías ido a casa porque Rob no podía venir.

Miré a mi alrededor, posando los ojos en la cocina, en la pared posterior de color azul claro... Por fin, lo miré a él sin poder contener mi sonrisa.

—Es que... voy a exponer mi fotos en un sitio este fin de semana.

—¿Qué? ¿Dónde?

Hice una pausa para morderme el labio inferior y poder contener el chillido de excitación que iba a acompañar a las palabras que dijera.

—¡En el Met!

Jenson me miró boquiabierto.

—Estás de coña...

—¡No estoy de coña! —aseguré, dejando escapar una risa al tiempo que lo cogía de las manos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Primero no me cuentas lo de la galería que hay al doblar la esquina, y ahora esto...

—Es que... —Me encogí de hombros mientras bajaba la vista hacia otro lado—. Has estado ocupado.

—Mia... —dijo, levantándose la cara para que lo mirara a los ojos—. Nunca estoy demasiado ocupado para ti.

Me volví a encoger de hombros. Era cierto que había estado ocupado. Tanto que cada vez que lo veía ni siquiera hablaba con él, solo quería que se fuera a la cama y se quedara allí para dormir del tirón hasta el día siguiente.

—¿Necesitas que te eche una mano para llevar las fotos?

Recorrí con los ojos sus rasgos, y sonreí mientras él curvaba los labios.

—Estoy segura de que Robbie me ayudará.

—Quiero ayudarte yo. —Se interrumpió y dio un paso hacia delante, tan cerca que nuestras narices se rozaron—. Quiero ayudarte, quiero estar a tu lado cuando le muestres al mundo tu talento.

Tragué el nudo que sus palabras me hicieron sentir en la garganta.

—No es «al mundo».

—Como si son dos personas. Quiero estar allí contigo. —Suspiró y me besó en la frente—. Te he echado mucho de menos, Mia. No me hagas añorarte más. Déjame acompañarte.

Sentí como si fuera a llorar y no hablé, solo asentí y parpadeé ante la sinceridad de sus ojos.

«Me voy a ir muy pronto», quise gritar, pero me contuve.

—¿Te parece bien? —preguntó, rozando su nariz contra la mía.

Asentí.

—Bien, porque no te habría hecho ni caso y habría estado allí de todos modos.

Eso me arrancó una risa. Escuchó con interés mientras le hablaba de las imágenes y lo emocionada que me sentía al saber que por fin iba a verlas la gente, y luego me ayudó a buscar un título ajustado a las descripciones que le hacía, dado que me negué a mostrarle las imágenes. Quería que fuera una inmersión completa. Hablamos hasta el anochecer, cuando se puso más cómodo, y decidí marcharme.

Incluso después de negarme a quedarme, trató de sobornarme con sus hábiles dedos y su lengua, pero me sentía invadida por leves inseguridades y decidí que era mejor que volviera a casa. Bajó conmigo los escalones y apretó los labios contra los míos para darme un beso que me hizo encoger los dedos de los pies.

—No vas a conseguir sobornarme para que me quede, ¿sabes? —susurré contra su boca.

Sonrió.

—No, hoy no, pero algún día...

30

Davis, el ángel del infierno de larga barba que trabajaba en el centro de impresión digital, me entregó las fotografías a tiempo. Rob y Jenson me ayudaron a colocarles los títulos que les iba dictando.

—Recuerda que no te van a pagar por esto —dijo mi hermano.

—Recordaré este momento cuando me paguen para exhibir mi trabajo en todo el mundo. —Eso les cerró la boca a los dos.

Una vez que colgamos todas las imágenes, Helen, una de las comisarias de la exposición, me ayudó a poner la descripción y el título al lado de cada una. De vez en cuando, una crea algo de lo que se siente orgullosa hasta el punto de que apenas puede reprimir las lágrimas cuando lo mira. Las fotos expuestas en esa pared, y la reacción cuando las veía todo el mundo —incluida Helen—, me emocionaban de esa manera. Los tres nos reunimos con mis padres para comer en un lugar que Jenson decía que servían los mejores platos mexicanos de la ciudad. Todos estábamos más interesados en las margaritas, que estaban deliciosas, por lo que nos mostramos de acuerdo. Los intensos ojos azules de mi padre estaban clavados en el brazo con el que Jenson me rodeaba la cintura cuando nos acercamos a la mesa. Me di cuenta de que a pesar de su entusiasmo cuando lo visitamos en Santa Bárbara, todavía no le gustaba que aquel escritor tatuado que volaba en una moto por las calles de Nueva York hubiera vuelto a mi vida.

—¿Qué tal es tu relación con tu exmujer? —preguntó mi padre mirando a Jenson con los ojos entrecerrados, como si fuera un gato salvaje acechando a su presa.

—Es bastante buena. Tenemos un horario marcado con Olivia, y nos llevamos bien.

—¿Cómo de bien?

Las palabras hicieron que me estremeciera. Jenson retiró el brazo de mi hombro y me buscó la mano en el regazo para apretármela con fuerza. Tomé un

buen sorbo de margarita, esperando que el tequila hiciera efecto más rápido.

—Intentamos ser buenos padres. Krista lleva años viviendo con su novio. — Hizo una pausa y sonrió al recordar algo—. Ahora están prometidos. Él tiene también una hija de un matrimonio anterior. Por cómo nos llevamos todos, diría que nuestra relación es muy amigable —explicó, buscando mis ojos con una sonrisa.

Esperé a que cambiaran de tema antes de excusarme para ir al cuarto de baño. Cuando volví y oí algunas palabras de la conversación que estaban manteniendo, me detuve.

Mi padre estaba hablando con una ceja arqueada.

—Si dejaras embarazada a mi hija —decía, e hizo una pausa antes de continuar—, algo que será mejor que no suceda, y luego ella estuviera con otro tipo, ¿te harías amigo de él?

—Ni de puta coña —afirmó Jenson en tono burlón.

Rob soltó una carcajada. Mi padre miró a Jenson con diversión mientras él se cruzaba de brazos y se reclinaba en la silla.

—Por favor, explícanos tu respuesta —le invitó mi padre haciendo un gesto con la mano.

—Marc, déjalo en paz —intervino mi madre.

—Bettina, no te metas en nuestras cosas. Estamos hablando de cosas de hombres.

—Pues hacedlo de otro tema, como de deportes.

—No podría soportar compartir con Mía una situación así —dijo Jenson.

Me dio un vuelco el corazón y luego se me aceleró sin control. Me quedé sin respiración.

—Sin embargo, esperas que ella digiera que la compartas con otra mujer. — Para mi sorpresa, eso había salido de la boca de Robert.

Y fue la señal para que saliera de mi escondite y volviera a sentarme. Rob me lanzó una mirada de reojo, a la que respondí con otra que decía: «¡Cállate!». Por fin, me volví hacia mi madre, pero ella se limitó a encogerse de hombros, negándose a intervenir más.

—No tiene que compartirme con nadie más que con Olivia. Krista es...

—Alguien con quien tendrá que relacionarse durante el resto de su vida si sigues con ella —concluyó Rob.

Después de un instante, Jenson asintió lentamente, concediendo que tenían razón. Solté el aire, y me sorprendió darme cuenta de que ya no sentía la

pesada carga que solía acompañar ese pensamiento.

—Mia sabe que no tiene que preocuparse por eso. Haré lo que sea necesario para demostrárselo —siguió diciendo Jenson mientras buscaba mi mano por debajo de la mesa—. Mi mayor preocupación es que Olivia se encariñe con ella, y que luego Mia se vaya y no quiera formar parte de su vida.

Las palabras me impactaron como si estuvieran anunciando la llegada de un tren de carga pero ya fuera demasiado tarde para esquivarlo. Lo miré con el ceño fruncido. Nunca me había planteado qué pensaba Jenson sobre eso. Ni lo que pensaba Olivia. Viendo que aquel tema se dirigía en una dirección a la que no quería enfrentarme delante de mi entrometida familia, carraspeé.

—¿Podemos cambiar de tema?

Hubo un largo silencio lleno de preguntas no formuladas.

—¿Qué opinas sobre la temporada que están haciendo los Chargers? —preguntó mi padre.

Jenson defendió su respuesta y mantuvo la conversación en temas más neutrales, pero en mi cabeza seguían dando vueltas las palabras que había dicho antes. Me pasé toda la comida preocupada por cosas que no me habían atormentado hasta entonces.

31

Mis padres se alojaban en un hotel cerca del Met; yo me quedé en casa de Jenson. Intentaba apurarme lo máximo posible para estar lista, y para ello esquivaba los juguetes esparcidos de Olivia y trataba de no tropezarme con las deportivas de Jenson cada vez que pasaba de la habitación al cuarto de baño.

—¡Jenson! —grité después de soltar un suspiro—. ¿Puedes ayudarme a recoger todo esto?

Su risa rebotó en las paredes mientras subía las escaleras hasta el dormitorio.

—¿El qué, princesa?

Le lancé una mirada de advertencia.

—No me llames así.

—Lo siento, no tengo una criada que mantenga mi casa en orden —dijo, sonriendo como un idiota antes de soltar una carcajada mientras esquivaba el cepillo que le lancé.

—No tengo criada desde que me fui de casa de mis padres. ¡Aprende a ordenar tus cosas!

Se acercó y me rodeó con sus brazos desde atrás. Me besó en el cuello al tiempo que miraba nuestro reflejo en el espejo.

—Sí, señora. ¿Esto es lo que vas a llevar puesto?

Suspiré.

—Sí. ¿Me queda bien?

—Estás guapísima. —Me pasó las manos por los costados—. ¿Voy a poder tocarte esta noche?

Le sujeté las manos cuando las ahuecó sobre mis pechos, y las aparté.

—No.

Se puso serio.

—Pero soy tu ligue.

—Nunca te he dicho que fueras mi ligue —respondí riéndome a ver que me

miraba con los ojos entrecerrados.

—Es una regla no escrita.

—¿Hay reglas para la gente que está follando?

Regresé al cuarto de baño para aplicarme el lápiz de labios y él me siguió, observando cada uno de mis movimientos.

—Qué ganas de quitártelo a lametones... —gimió, volviéndome a rodear con los brazos.

Lo empujé porque aquello me hacía sentir mariposas en el estómago, y porque me excitaba con sus promesas.

—Deja de tocarme. Estás distrayéndome. Y ve a vestirte antes de que me vaya sin ti.

—No puedes hacer eso.

—Es una regla no escrita.

Se me quedó mirando a los ojos durante un buen rato a través del espejo.

—Estaré listo dentro de cinco minutos.

Aprovechando que él estaba arreglándose, recogí los juguetes de Olivia. Estaba en la planta de abajo bebiendo agua cuando oí el ruido de sus pasos. Casi me atraganté cuando apareció ante mí con un traje oscuro con una camisa blanca y una pajarita a juego.

—Vas muy guapo —dije con un gemido.

Él sonrió y se pasó la mano por el pelo mojado.

—¿Estás preparada?

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué? Tus fotos son espectaculares. —Se acercó y me cogió la mano para besar el punto y coma que tenía tatuado en la muñeca—. Y no lo digo por decir.

Asentí con la cabeza y respiré hondo.

—Sigo estando nerviosa.

Se rio mientras me llevaba al exterior. Mis padres y Rob estaban ya en la galería cuando llegamos, y Estelle, cuyo vuelo había sufrido algo de retraso, corría hacia mí.

—¡Oh, Dios mío! Lo he hecho —dijo antes de rodearme con los brazos—. Gracias por dejarle la llave al portero. Me he dado una ducha de dos minutos, literalmente, y me he vestido lo más rápido que he podido.

—No me puedo creer que hayas venido.

—No me puedo creer que no te lo creas.

Nos reímos, y abrazó también a Jenson cuando me soltó.

—Oliver ha enviado algo para Olivia. Recuérdame que te lo dé.

Respiré hondo una última vez, y entré en el Met con aquellas personas que tanto significaban para mí. Millie nos alcanzó cuando llegábamos a la galería en la que estaban expuestas mis fotos.

—¡Oh, Dios mío! Acabo de verlas, Meep. He llorado. En serio, no he podido contener las lágrimas —me dijo al tiempo que me abrazaba—. Esto va a ser un buen impulso para ti.

Estaba hablando con ella, pero se calló de golpe cuando entré en la sala. La forma en la que habían configurado las luces para que enfocaran las fotografías que había a nuestro alrededor me dejó sin aliento. Había muchas obras expuestas, tanto de artistas conocidos como noveles, y tomé nota mental para buscarlos a todos antes de que terminara la noche. Me acerqué a la primera de mis imágenes.

—¿La has hecho tú? —preguntó mi padre mientras mi madre jadeaba como si fuera lo más extraordinario que hubiera visto jamás.

Se llamaba «Enterándome de las noticias por Derek», y mostraba a un hombre con una camisa gris rota que levantaba los brazos de forma animada. Sonreí.

—¿Le pediste que posara para ti? —preguntó Rob. Negué con la cabeza.

—Solo hice las fotos —expliqué, mirando las bolsas de basura negras con sus cosas que contrastaban con la parte blanca del metro—. Como compensación le regalé ropa nueva y algunos vales para comida.

Jenson buscó mi mano. Supe que era la suya por el tamaño y el suave contacto con su palma, así como por la forma en la que enredó los dedos con los míos. Pasamos a la siguiente.

Se titulaba «No llores, cariño. El mundo está lleno de lágrimas».

—Es una madre soltera —expliqué. Todos miraron a la madre que lloraba con la frente apoyada en la del bebé, mientras estaba quieta en una acera llena de gente, esperando a que la lluvia disminuyera.

Hasta que no me di la vuelta, no vi que tenía una pequeña audiencia pendiente de mis palabras. Pasé a la fotografía siguiente y luego a otra... hasta llegar a la última, mi favorita. Era una imagen de gran tamaño que colgaba en el centro de la sala. En ella, un hombre de traje con un maletín en una mano y el móvil en la otra pasaba junto a otro con la ropa hecha jirones que cargaba con una bolsa de plástico de color amarillo y una taza para pedir limosna. Los

dos iban en direcciones contrarias, saliendo del plano de la foto, y el Empire State Building, al fondo, servía como clara división entre los dos. No dije nada, no tenía explicación para esa foto. Era la única que no tenía título. La imagen era tan potente que resultaba más elocuente que las palabras. Mostraba la esperanza y la desgracia a la vez. El poder y cómo estaba fuera del alcance de algunos. Hablaba de las diferencias entre los habitantes en una ciudad conocida por las oportunidades que ofrecía, y de que no todo el mundo tenía la suerte de disponer siquiera de una. Y, en última instancia, esperaba que dijera: «¿Quieres algo? Ve y consíguelo. Tienes en tu mano la oportunidad de ser algo. No importa quién eres o de dónde vienes. El poder es tuyo. Así que a por ello».

Por la expresión que vi en los ojos de Jenson al observar la imagen, supe que lo había conseguido. Salí de allí sintiendo que había logrado lo que me había propuesto porque había hecho que apareciera esa mirada en la cara de una persona que había conseguido por sí misma todo lo que yo quería enseñar con la fotografía.

La columna de Jenson

Me he dado cuenta de que me gusta que me sorprenda de vez en cuando la gente de la que ya espero lo mejor. Y este fin de semana fue una prueba de ello. Acudí al Met a la inauguración de una exposición de fotografía para apoyar a una persona que admiro hasta casi —según algunos— la locura. Pensaba que sabía lo que me iba a encontrar, ya que he visto innumerables trabajos suyos, y estuve ayudándola a preparar el evento. Básicamente la obligué a que me permitiera ser su pareja, y no puedo sentirme más feliz de haberlo hecho. Llevo algunos años escribiendo en esta columna sobre mi vida amorosa, y no estoy seguro de si estáis o no al tanto, pero salgo con la misma persona desde hace un tiempo.

Sé que he dicho que nadie podía interesarme tanto como mi hija de cuatro años, pero si tuviera que elegir a alguien, sería a mi chica. Es buena, hermosa y posee más talento que cualquier otra persona que conozco. Si estás en la ciudad esta semana, te animo a ver la exposición de Mia Bennett en el Met. Se llama «Sin buscarlo» y es impresionante. Te prometo que después de ver sus fotos, saldrás de allí y no mirarás la pantalla del móvil durante al menos un par de horas. Yo todavía sigo pensando en ellas.

Mi opinión sobre el Met: Hay que ir.

Mi opinión sobre «Sin buscarlo»: Impresionante.

La pregunta de la semana es de @Livlovesbooks: «¿Comprometerías tu seguridad financiera para perseguir un sueño como un Quijote, sin importar la edad que tengas?».

Respuesta: Por mi sueño en particular, sería capaz de buscar un equilibrio. Deseo que sea así para todos los demás. Siempre hay un camino.

32

Posiblemente había lanzado a Jenson el mayor grito en la historia de los gritos. Quería estar enfadada por que hubiera roto las reglas y hubiera usado mi nombre, pero me sentía tan orgullosa de lo que había puesto en esa columna que no podía comportarme como una completa bruja al respecto. Solté mis quejas y luego le di las gracias. Me lo permitió antes de echarse a reír. Lo amaba. Me di cuenta entonces de que era probable que lo amara durante toda esta vida, y quizá también en la siguiente, pero nada de eso cambió el hecho de que mi nueva jefa, Giselle, me llamara para que regresara a California y empezara a trabajar una semana antes. Y estuve de acuerdo. Todavía no le había dicho nada a Jenson, no me atrevía a hacerlo, a pesar de que era necesario. Lo que lo hacía tan difícil era que fuera un tema tabú en nuestra relación, pues ninguno de los dos había dicho una palabra al respecto desde que volvimos de Santa Bárbara. Era como si la mera mención del tema nos pudiera arrancar de la nube de felicidad en la que habíamos flotado desde entonces. Sin embargo, no podía rechazar el trabajo. No podía. Tenía que aceptarlo o me pasaría el resto de mi vida preguntándome qué podría haber pasado y recriminándome no haberlo hecho. Era mi trabajo ideal, y no dejé de recordármelo ni un segundo. ¡Mi sueño! Pero cuanto más me lo recordaba, más me preguntaba si no sería un sueño que se había quedado pequeño. Algo que nunca sabría a menos que lo intentara.

Me sentí culpable cuando hablé con Rob y me dijo que los demás candidatos tenían más experiencia que yo en ese campo y que, sin embargo, me lo habían ofrecido a mí. La sensación de si estaba tomando o no la decisión correcta no regresó hasta unos días después, cuando estaba entre los brazos de Jenson y él me leía algunos fragmentos de su libro.

«Él no estaba seguro de muchas cosas, pero sí de algunas. Ella se había hecho un sitio en su corazón, y no había podido deshacerse de nada de lo que había dejado atrás. Quería ir detrás de ella, pedirle que se quedara con él, pero estaba asustado.

No la dejaba ir porque no la amara lo suficiente para pedirle que se quedara, sino porque no podría soportar que le dijera que no lo haría».

Esperé hasta estar segura de que había terminado de leer. Hasta que supe que mi corazón no entraría en combustión cuando mis ojos se encontraran con los suyos. Entonces, lo miré vacilante. Esperaba hallar allí algo de la intensidad que se había apoderado de sus ojos en los últimos tiempos, pero sus pupilas grises carecían de seguridad y estaba llenas de la misma inquietud que yo sentía. ¿Sabía que me iba a ir? ¿Había leído mis pensamientos como hacía tan a menudo? ¿Esperaba él que le dijera que debería haberme pedido que me quedara, aunque supiera que me habría ido igual?

En lugar de hablar, puse la mano sobre la suya y la llevé a mi boca. Una oleada de anhelo me atravesó mientras nos mirábamos, y luego apreté los labios contra el tatuaje incompleto del símbolo de infinito que tenía en la muñeca. Después seguí hacia la pluma que le cubría la cara interna del antebrazo. Cuando le escuché contener la respiración, le bajé el brazo con suavidad.

—No sé ni qué parte chupar —susurré bajito mientras se inclinaba hacia mí.

—Quizá no haya llegado el momento de chupar —musitó con suavidad, pasando los ojos por mis rasgos al tiempo que deslizaba las manos por mi torso, por debajo de la camiseta que había llevado para dormir.

—¿Seré la primera en leerlo cuando lo acabes? —pregunté.

—¿Seguirás aquí?

Aparté la mirada.

—No quiero hablar de eso.

—Ni yo —aseguró.

Luego me cubrió la boca con la suya, y no pude pensar nada más. Nos perdimos en el beso como lo hacen los amantes secretos, y cuando nos separamos, le pedí que me leyera un poco más. Nos quedamos así casi toda la noche, con las piernas entrelazadas, las lenguas enredadas. Y solo dejé la cama y su casa para ir a la mía, e incluso algunas noches, de alguna forma, él terminaba allí, como si no estuviera dispuesto a perderme de vista ni siquiera un segundo.

Terminé el reportaje para *Newsweek* el miércoles, y no tendría que volver a Nueva York hasta abril del año siguiente, cuando se publicara el especial. Fran me prometió que me daría trabajo si quería, y se lo agradecí. Al igual que Millie, no creía que el trabajo en la revista de Los Ángeles fuera el más

apropiado para mí.

—Sencillamente, no creo que pertenezcas allí —me dijo durante el almuerzo. Nos habíamos reunido con Millie en un pequeño Deli mientras todo el mundo estaba ocupado.

—Es lo que he querido toda mi vida —argumenté—. No puedo dejar pasar esa oportunidad.

—Bueno, si te decides a volver, quiero que sepas que siempre habrá aquí un lugar para ti —ofreció Fran.

—Y sabes que puedo conseguirte trabajo en una revista de moda aquí, si es eso lo que prefieres —agregó Millie.

Sonreí, agradeciendo tener de mi parte a esta gente tan dedicada.

El sábado estaba comiendo con Jenson, escuchándole hablar sin parar de lo poco que le gustaba el nuevo libro de Harper Lee, cuando vi una cara familiar por encima de su hombro. Jenson se interrumpió cuando vio la repentina sonrisa de sorpresa en mi cara.

—¿Cómo estás? Pensaba que te habías marchado sin despedirte —dijo Carson al detenerse delante de nuestra mesa.

—No, todavía estoy aquí. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien. Estoy probando sitios nuevos en Brooklyn, ya que un amigo se acaba de mudar aquí.

—Qué bien...

Se tomó un segundo para lanzar una mirada a Jenson, que nos observaba con una expresión de curiosidad.

—Hola de nuevo —le dijo. Jenson le respondió el saludo y Carson volvió los ojos hacia mí—. Bueno, disfrutad de la comida. Quizá podríamos ir a comer *sushi* antes de que te vayas.

Jenson se aclaró la garganta observándolo con intensidad. Le lanzó dagas con los ojos esperando a que yo respondiera.

—Quizá —dije con una sonrisa estudiando a Carson—. Saluda a tus padres de mi parte.

—Lo haré. Hasta luego —se despidió de Jenson y se alejó.

—¿*Sushi*? ¿En serio?

—Solo está siendo amable, Jenson.

—A mí me parece que está siendo algo más que amable.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí.

—Actúas como si tuvieras alguna razón para estar celoso.

Me recorrió lentamente con la vista, dibujando cada parte de mi cara hasta que regresó de nuevo a mis ojos.

—Tienes razón.

—Parece que, después de todo, has madurado —comenté con una sonrisa.

—Sí —se burló—. Tratar de no arrancarle la cabeza a ese tipo es más maduro que salir ahí fuera y hacerlo.

No podía dejar de sonreír, hasta que recordé que esto terminaría dentro de poco. Después de comer, me cogió de la mano mientras llamaba a su ex para preguntarle sobre Olivia. No apartó la mirada de la mía durante la conversación, así que supe que me iba a decir algo que no quería oír.

—Tenemos que acortar la cita —informó después de la llamada—. Bueno, la cita a solas, porque tengo que ir a recoger a Olivia.

Arqueé las cejas.

—¿A casa de su madre?

—Al campo de fútbol.

—Donde estará tu ex.

—Mía, tiene un nombre.

—Ya lo sé, Jenson.

—Quizá deberías ensayar y decirlo algunas veces antes de encontrarte con ella.

—Quizá deberías irte a la mierda.

Me miró boquiabierto durante un instante, pero se rio cuando se recuperó.

—Estamos divorciados, Mia. ¡Divorciados! No nos hemos separado y ya. No estamos dándonos un tiempo a ver si lo nuestro se arregla. ¡Di-vor-ciados! Para empezar, jamás deberíamos habernos casado, y ahora mismo, los dos mantenemos una relación feliz con otra persona.

Me miré las manos, en el regazo, un instante y recordé cómo me había sentido al verlos juntos en la cafetería, y solté un suspiro.

—Lo siento. Es que... creo que no debería ir contigo.

—¿Por qué? Sabes que Olivia flipará cuando te vea.

Cerré los ojos.

—Ella no me gusta. —Abrí los ojos de golpe—. Me refiero a Krista, no a Olivia. Adoro a tu hija.

Su mirada se volvió más tierna.

—Nena, ni siquiera la conoces.

—La conozco lo suficiente. Sé que hace años quería pegarle solo por estar

viva.

—Lo siento. —Se quedó quieto y luego se pasó una mano por el pelo al tiempo que soltaba un suspiro—. Lamento que te hayas sentido así alguna vez, pero es la madre de Olivia.

Gruñí.

—¡Ya lo sé! ¿Es que no lo entiendes? Ese es el problema. ¡Es la madre de Olivia! Y tienes obligaciones con ella. Yo no. —Hice una pausa—. Ya está. Ya lo he dicho. —Solté un largo, aunque aliviado, suspiro mientras le ponía la mano en la nuca. Me incliné para besarle en la mandíbula—. Nos vemos luego.

Había dado los pasos suficientes para llegar hasta la esquina cuando él me alcanzó y me cogió del brazo.

—¿Quieres dejar de huir de mí?

—Tengo que irme —expliqué al tiempo que sacudía la cabeza.

Captó el significado de mis palabras, porque me abrazó hasta que sentí su aliento en la cara. Tuve que cerrar los ojos para contener la sensación que me recorría.

—No, no es cierto. Ven a recoger a mi hija conmigo, te presentaré a su madre y a su prometido, que da la casualidad de que es un hombre muy agradable, y luego regresa a casa conmigo, para que pueda hacerte sentir muchos orgasmos. Eso es tan obvio que era innecesario decirlo —concluyó, besándome la mandíbula hasta llegar a la oreja.

—Vale —susurré, porque no podía decir otra cosa.

—Bueno. Ahora vamos a marcharnos antes de que tenga que castigarte por ser tan mala.

Solté una risita.

—Si acabas el día sin que te dé un bofetón, deberías darle gracias a Dios.

Eso hizo que se riera a carcajadas, y que nos mirara la gente que teníamos alrededor. Me mantuvo apretada contra su cuerpo; cuando me soltó, me cogió de la mano hasta llegar al final de la calle, donde supuse que estaba jugando el equipo de Olivia. Recorrí el campo con la mirada y esboqué una amplia sonrisa cuando la vi golpear el balón hacia la portería.

—¡Oh, Dios mío! Qué mona está con esa camiseta... —dije.

Jenson sonrió mientras la miraba.

—Es verdad.

—¡Gracias por venir! —dijo una voz a nuestro lado antes de que pudiera

prepararme. Cuando me di la vuelta, vi a Krista, con vaqueros, aggg..., y un jersey ceñido. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta que seguía tratando de alisar con la mano izquierda, donde había un anillo descomunal. ¡Joder! Si lo hubiera visto antes de cerca, habría sabido que no era Jenson quien se lo había dado.

—Debes de ser Mia —adivinó, dirigiéndose a mí.

Me brindaba una cálida sonrisa, que me dejaba sin razones para odiarla, salvo las obvias. No me importaba que estuviera comprometida con otra persona, porque solo pensar que había dormido junto a Jenson era suficiente para querer agarrar un bate y golpearla con él. Sin embargo, no lo haría.

—Olivia te menciona en todas las conversaciones últimamente —añadió en tono ligero y acogedor. Sabía que trabajaba en algo relacionado con finanzas, pero tenía más aspecto de instructora de yoga—. Gracias por haberla cuidado cuando estaba enferma. Me sentí muy culpable al no poder ocuparme yo misma, pero estaba hasta las cejas de trabajo y Barry no podía cogerse el día libre. —Se interrumpió y miró al campo de fútbol—. Me alegro de que haya estado con alguien que la hiciera sentir tan cómoda.

Por fin, solté con un suspiro parte de mi rabia por que se hubiera acostado con Jenson, y sentí que con ese aire se alejaba algo del malestar que sentía. Era evidente que había pasado página. Jenson no me había dado ninguna razón para no confiar en él. Olivia era el regalo más impresionante que nadie pudiera desear.

—Me alegro de haber sido de ayuda. Es una niña increíble.

Krista sonrió.

—¿Verdad?

Nos volvimos hacia el campo y la vimos correr en el sentido contrario a hace un rato.

—Cuando Jenson habló de fútbol, pensé que al llegar me encontraría a un montón de niños tomándole el pelo a Olivia, pero parece que sabe lo que hace —dije.

Krista se rio.

—Eso es gracias a Barry. Ha sido jugador profesional, y piensa que el fútbol es el mejor deporte del mundo.

Posé la mirada en el campo. Había algunos padres muy sexis, incluido Jenson, claro está. Pero no podía negar que había alguno más tan guapo como él. Volví a mirar la mano de Krista; que su novio hubiera sido deportista

profesional explicaba el pedrusco que llevaba en el dedo.

—¿Dónde se ha metido Barry? —preguntó Jenson.

Pegué un brinco. Me había olvidado de que estaba tan cerca de mí.

Krista frunció el ceño mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Si estaba ahí hace nada...

—Oh, ya lo veo. —Jenson señaló en la dirección en la que estaba jugando Olivia. Había muchos chicos, calculé que universitarios, que hacían un círculo alrededor de un hombre que llevaba una camiseta de fútbol azul marino.

—¿Es... el entrenador? —pregunté.

—Sí —me dijo Krista con una sonrisa enorme mientras lo observaba.

Asentí con aprecio y levanté la vista cuando sentí que Jenson entrelazaba los dedos con los míos.

—Deja de mirarlo así —me advirtió en un susurro que hizo que me estremeciera—. Ahora vuelvo —añadió antes de besarme y soltarme la mano para correr hacia ellos.

—¿Te resulta incómodo todo esto? —preguntó una vez que Jenson estuvo lejos de nosotras.

Me di la vuelta hacia ella y clavé la mirada en sus ojos castaños.

—Podría ser peor —reconocí al tiempo que me encogía de hombros.

Se rio.

—Sí, sin duda podría ser peor. —Hizo una pausa para ponerse seria—. Sé que no es asunto mío, y que lo que yo diga no significa nada, pero jamás lo había visto mirar así a nadie. Yo incluida —terminó con una breve carcajada que no pude acompañar.

Aparté mis ojos de los de ella y busqué a Jenson. Estaba hablando con Barry, riéndose de algo mientras movía la cabeza. Barry le respondió algo y los dos se volvieron hacia nosotras. Jenson me señaló a mí, o quizá a Krista, no supe decirlo, hasta que Barry dio un paso atrás y puso la mayor expresión de sorpresa que hubiera visto en nadie, y supe que hablaban de mí. Krista se rio.

—Por si todavía no te has dado cuenta, eres muy popular por aquí.

Me llevé la mano a la frente.

—¿Qué le dirá a la gente? —pregunté, más para mí que para ella, pero Krista lo oyó y soltó una risita.

—Eres consciente de que ha publicado una serie de libros sobre un personaje que se llama Mia, ¿verdad?

Gemí y oculté mi rostro entre las manos durante un momento, haciendo que ella se riera con más fuerza.

—Pues además de eso, no mucho. —Hizo una pausa para inclinar la cabeza a un lado—. A menos que se emborrache, que es cuando lo suelta todo.

—¡Oh, Dios mío! —Me daba miedo preguntar.

—Sí. —Hizo un mohín—. Lo que sea, pasado está. Todos estamos bien ahora, y no podría sentirme más feliz al ver que vuelves a formar parte de su vida, y que eres tan buena con Olivia, que realmente es lo único que me importa.

Le dirigí una sonrisa de agradecimiento e hice un movimiento con la cabeza para mirar a Jenson y a Barry, que se acercaban hacia nosotras. Barry era algo más bajo que Jenson, pero no mucho. Me hubiera gustado tener la cámara a mano, porque estaba segura de que podría vender esa instantánea para *GQ* por una buena cifra. Suspiré, al igual que Krista. Nos miramos la una a la otra y soltamos una risita tranquila. Cuando Jenson estuvo más cerca, nuestros ojos se encontraron y todos los demás desaparecieron, Barry incluido, porque solo podía verlo a él. Aspiré aire con fuerza cuando llegó hasta mí. Me cogió de la mano mientras me presentaba a Barry. Después, estuvimos hablando los cuatro al tiempo que mirábamos jugar a Olivia, y cuando terminó, la niña corrió hacia Jenson en primer lugar. Lo rodeó con los brazos antes de saludarme a mí y preguntarme si había visto el partido.

Sentí sobre mí tres pares de ojos cuando me agaché para responderle afirmativamente y añadir que había hecho unos pases impresionantes. No tenía ni idea de fútbol, salvo lo poco que le había oído decir a Juan Pablo, pero Barry me hizo una señal de aprecio, y supe que lo que había dicho era correcto. Me levanté con Olivia en brazos para que pudiera despedirse.

—Adiós, mamá. Adiós, Barry —dijo, dándoles un beso a cada uno, pero sin soltarse de mi cuello.

Krista esbozó una sonrisa, lo mismo que Barry; Jenson nos miraba como si estuviera a punto de llorar. Mientras volvía a casa con el brazo de Jenson en el hombro y la niña en los brazos, sentí que se me rompía el corazón al pensar que en menos de una semana estaría muy lejos de todo esto.

33

Recibí la llamada de una de las comisarias del Met unos días después de la exposición. Comenzó con los agradecimientos habituales: «Gracias por participar», «Nos ha encantado tu trabajo», y por fin, me preguntó si podía reunirme con ella. Jenson se había quedado en mi apartamento después de devolver a una enfurruñada Olivia a su madre. No entendía por qué no podía tener una fiesta de pijamas con nosotros, pero le prometí que disfrutaríamos una otro día.

Me resultó muy difícil desenredarme de los cálidos brazos de Jenson y salir de la cama, pero lo hice y conseguí estar preparada a tiempo, llegando con cinco minutos de adelanto a la reunión. Utilicé el tiempo extra para pasearme por el Met y examinar las obras de arte que había expuestas cerca del despacho donde se desarrollaría la reunión. Saber que mi propio trabajo estaba colgado en las mismas paredes que esas fotos era suficiente para querer pellizcarme y comprobar que era real. No lo hice, claro está, pero lo necesitaba. Me sentía como si tuviera que despertar de este increíble sueño que había vivido durante los últimos meses: las sesiones que había realizado para la revista, conseguir que hubiera una muestra con mis fotografías, pasar tiempo con Jenson y Olivia... Todo era demasiado bueno para ser verdad, y sabía que lo bueno no solía durar.

Una mujer de edad, con el pelo gris y los finos labios pintados de un profundo tono cereza, me hizo pasar a la oficina. Nos presentamos formalmente. Era Carol, la ayudante de la comisaria. Y yo era Mia, la chica de manos pequeñas y grandes sueños. Hablamos sobre arte y fotografía, y le conté lo que pretendía conseguir con mi trabajo. Después de una larga conversación, estuvimos de acuerdo en muchas cosas; me dio una sensación de seguridad que no había percibido en mucho tiempo.

Lo único que no había cambiado era que tenía que volver a casa, y todavía no se lo había dicho a Jenson. Seguía hablando conmigo misma delante de

cada espejo que veía. Solo le diría que había disfrutado mucho con él, pero que mi vida estaba en California. Allí estaba mi trabajo, mi nuevo trabajo, mi futuro... Era lo que siempre había querido. Él lo entendería. Pero cada vez que lo veía, me quedaba callada.

—Tenemos que hablar —le dije, tan pronto como entré en casa de Jenson un par de días después.

Levantó la cabeza; estaba junto a las escaleras, pasando la aspiradora. Parecía muy a gusto con unos pantalones grises de chándal. Una vez que dejó el aspirador contra la pared, se acercó y me dio un abrazo enorme, aplastándome la cara contra su pecho antes de levantarme en el aire para darme un beso.

—Ahora ya podemos hablar —dijo después de haberme dejado sin aliento. Me llevó al salón y me miró.

—Tengo que irme pronto —dije. Quitó la tirita de un tirón. Él me miró muy serio, esperando que continuara—. Mi jefa en *People* me ha llamado para que me incorpore antes.

Su expresión no revelaba nada, aunque noté que uno de los músculos de la mandíbula se le contraía de forma involuntaria.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Cerré los ojos un momento y solté un suspiro.

—Desde hace un par de días.

—¿Y no me has dicho nada? —dijo en un tono más elevado.

Me miré los pies, la distancia que nos separaba.

—No sabía cómo hacerlo.

—¿Cuándo tienes que estar allí?

—Empiezo la semana que viene.

Alcancé a ver la tormenta que se fraguaba en sus ojos antes de que apartara la mirada.

—Vale. Bueno, ya se nos ocurrirá algo, ¿verdad? Puedo ir por allí. —Hizo una pausa para soltar un suspiro—. Tengo que mirar cuándo me va bien, y tú también puedes volver aquí.

—Jenson —le dije, interrumpiendo sus pensamientos. Yo le había dado

vueltas a la cuestión un millón de veces y siempre sacaba la misma conclusión: era imposible—. No podemos. Lo sabes. ¿Qué vamos a hacer? ¿Mantener una relación basada en Skype y visitas una vez al mes?

Él apretó los dientes, tensando la mandíbula.

—¿Eso es todo? ¿Te dejo entrar de nuevo en mi vida, en la de Olivia, y ahora te alejas de mí..., de nosotros, igual que la otra vez?

—¡Joder! —Suspiré comenzando a sentir las lágrimas por las mejillas—. No me hagas esto. No me hagas sentir culpable.

—Tengo que hacerlo, Mia, porque una vez que te hayas ido, tendré que enfrentarme a todas las preguntas. Tú te irás a casa y harás lo que sea que te espere allí. Yo me quedaré aquí, con tu recuerdo en cada rincón de mi casa como si fueras un puto fantasma.

Abrí la boca, pero la cerré para contener un sollozo. Cuando pude hablar, las palabras me arañaron la garganta reseca y salieron entrecortadas.

—No es eso lo que quiero.

—Pues no te marches. Quédate aquí. ¿Qué es lo que te espera allí? ¿Un trabajo? Yo te encontraré un trabajo. ¿La familia? —preguntó, dando un paso hacia delante para cerrar los dedos alrededor de mi muñeca—. Yo te la daré. Podemos crear una familia aquí. Te lo daré todo, Mia. —Su voz se hizo más tierna, y se me humedecieron los ojos.

—No puedo no marcharme —susurré.

Su mirada se hizo más dura, como si así pudiera convencerme, someterme. Como si el tiempo que habíamos pasado juntos fuera suficiente para borrar los lazos de sangre de toda una vida. No podía hacerlo. No podía. Luego se inclinó y me besó. Fue un beso feroz, sin complejos, que me hizo acabar sobre el sofá. Toda la necesidad reprimida se vio volcada en ese beso. Le tiré del pelo cuando me quitaba la blusa por la cabeza. Nos arrancamos mutuamente la ropa de forma salvaje, con frenesí, poco dispuestos a esperar un segundo más para que nuestra piel entrara en contacto.

Me dio la vuelta de repente, pegando el pecho a mi espalda, con su erección contra mis nalgas. Acercó la boca a mi oreja al tiempo que deslizaba las manos hasta mis piernas para separarlas más. Gemí cuando me apretó el pecho y me mordió el hombro.

—No puedes marcharte —aseguró con la voz ronca mientras me abría más los muslos con las palmas de las manos y ponía la polla entre mis piernas—. Tienes que quedarte aquí —agregó con un gruñido impulsándose en mi

interior. Jadeé.

—No puedo.

—Lo intentaremos —añadió hundiéndose con envites largos y profundos—. No me puedes crucificar por algo... —Hizo una pausa en la que respiró hondo antes de retirarse por completo para volver a penetrarme con fuerza— que hice en el pasado... —se quedó quieto— cuando he cambiado radicalmente.

Me volvió a morder el hombro otra vez, y sentí que mis entrañas empezaban a vibrar desde lo más profundo hasta la punta de los pies. Me penetró una y otra vez. Dentro y fuera, y profundamente dentro de nuevo, y lo sentía en todas partes. Cerré los ojos y grité su nombre. Embistió otra vez más...

—Te —se hundió de nuevo— amo... —Se volvió a clavar en mí.

Y sentí que estallaba en mi interior.

Cuando recuperamos el aliento y se retiró por completo, me balanceé hacia delante, hacia el respaldo del sofá. Me sentía saciada y completa. Me limpió entre las piernas y luego se ocupó de él mismo. Lo miré. Estábamos completamente desnudos. Completamente desnudos en cuerpo y alma. Se acercó una vez más y me dio un beso.

—Te amo —susurró sobre mis labios.

Me sentía salvaje y jadeante, así que di un paso atrás, dejando que mis manos resbalaran desde su estrecha cintura. La distancia que abrí entre nosotros no sirvió para calmar el irregular latido de mi corazón, ni la forma en la que el pulso me resonaba en los oídos. Yo tenía los ojos muy abiertos, y los de él estaban muy serios. Dio un paso adelante hasta que volví a apoyarme en el respaldo del sofá.

—Jens... —fue todo lo que pude decir antes de que su boca cayera de nuevo sobre la mía. Recorrió mi cuerpo con sus grandes manos hasta llegar a las caderas. Las dejó allí inmóviles, sosteniéndome mientras se alejaba de nuevo, mordiéndome el labio inferior.

—Te amo, Mia, y no voy a alejarme de nuevo. No pienso fingir que lo que hay entre nosotros ha sido para cerrar lo que hubo antaño o por diversión, cuando los dos sabemos que no es así. —Se detuvo y soltó un profundo suspiro al tiempo que buscaba mis ojos—. Te amo, y no pienso negociar con lo que siente mi corazón. Créeme, lo he intentado. He tratado de buscar todas las excusas racionales que mi mente ha sido capaz de pensar: fue un amor de juventud; ella estuvo a mi lado cuando no tenía a nadie más; y eso me hace sentir como si lo hubiera tenido todo cuando, en realidad, solo eran jirones,

eran los errores del pasado de dos personas—. Parpadeé para contener las lágrimas, pero se me escapó un sollozo y le rodeé el cuello con los brazos. Él me estrechó con fuerza contra su pecho—. Mi vida ha cambiado. Yo he cambiado, pero mi amor por ti no lo ha hecho. En cualquier caso, ha madurado. Plantaste una semilla en mi interior y creció como una hiedra en mi corazón. No hay sitio para nadie más.

—Te amo —gemí entre lágrimas sin poder reprimir las palabras—. Te amo, y pensé que nunca te lo diría de nuevo. —Levanté la mano para retirarle el pelo que le caía sobre la frente—. Pero no sé si seguiré de acuerdo con esto una vez que esté en el otro lado del país. Y no quiero crucificarte por nada. Ya no, pero me conozco a mí misma y no sé si puedo hacerlo. Vamos a darle un tiempo, un par semanas a ver cómo va, ¿vale? No te estoy diciendo que no para siempre. De hecho no estoy diciéndote que no. Digo que lo intentaré, pero tengo que volver a casa.

—¿Y Olivia? —preguntó, vacilando al decir su nombre.

Cerré los ojos, porque no podía soportar la idea de cargar también con su dolor. El mío pesaba demasiado.

—Estaré a una llamada telefónica de distancia —dije en voz baja—. Y volveré.

Parpadeó con rapidez y se dio la vuelta para darme la espalda. Lo rodeé con los brazos, apretando la cara contra su espalda.

—Lo siento. Lo lamento mucho. No quería que ocurriera esto —susurré con la voz ronca mientras las lágrimas corrían por mi cara y su espalda.

—El amor es algo que pasa —dijo—. No se puede pedir perdón por ello.

—Lo que lamento es marcharme.

—Tienes que hacer lo que tienes que hacer —dijo, agarrándome los brazos.

Dejé caer las manos y me limpié la cara. Me sentía como si estuviera atrapada entre dos mundos y ambos quisieran la misma parte de mí misma. Cuando recogimos a Olivia en casa de Krista y Barry esa misma noche, ya estaba dormida. La sostuve entre mis brazos cuando se despertó del viaje en coche, y la metimos en la cama.

—¿Tienes que marcharte? —susurró con la voz somnolienta.

—Tengo que hacerlo —respondí, pasándome la mano por el pelo.

—¿No te gusta esto?

—Sí, pero todas mis cosas están allí —expliqué.

—Pues tráelas —razonó con lógica—. Puedes ponerlas en mi armario.

Eso fue suficiente para que sintiera un enorme nudo en la garganta. ¿Cómo iba a ser capaz de dejar a esta niña? Justo cuando me había convencido de que podía vivir sin su padre, ella se las había arreglado para llegar a mi corazón y hacerse allí su pequeño hueco.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo, abriendo los ojos el tiempo suficiente para que leyera la sinceridad de sus palabras—. ¿Volverás pasado mañana? —Negué con la cabeza, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Volverás el sábado a verme jugar? —Negué con la cabeza de nuevo mientras me secaba la cara—. ¿Te vas a llevar toda tu ropa? —preguntó finalmente. Asentí—. ¿Y también la cámara? —No respondí. Si lo hubiera hecho, me habría roto allí mismo. Así que la besé en la frente y le prometí que pronto volvería a verla.

Cuando ya salía de su habitación me llamó una vez más. Me di la vuelta con la mano en el marco de la puerta.

—Por favor, no te vayas. Te quiero —dijo.

Todo el peso de la tristeza cayó sobre mí en ese momento, noté un nudo en la garganta y las lágrimas hicieron que me ardieran los ojos.

—Yo también te quiero muchísimo —dije, y de alguna manera reuní las fuerzas necesarias para salir de la habitación.

Me encontré con Jenson en el pasillo y apoyé la barbilla en su pecho con los ojos cerrados dejando que me llevara al salón.

Me pregunté si me culpaba de la misma forma que culpaba a su madre por haberlo abandonado. No nos dijimos nada más después de eso. Me fui esa noche porque no podría soportar el dolor a la luz del día. Me fui al apartamento. Llevé allí mi cuerpo, mi mente. Pero los pedazos de mi corazón quedaron esparcidos por el suelo de madera de la cocina de Jenson.

La columna de Jenson

Mi hija lleva casi un año jugando al fútbol. El hombre con el que comparte vida su madre fue jugador profesional de ese deporte, y supongo que el entusiasmo que este muestra, mezclado con lo poco que le gusta el ballet, hizo que quisiera jugar. Y le encanta. Adora dar patadas al balón, pero este fin de semana decidió, en medio de un partido, que iba a dejarlo. Sin decir palabra, dejó de correr, se quitó los tacos, sacó las espinilleras de las medias y las lanzó a un lado. La escena se parecía

mucho a uno de esos memes en los que los chicos lanzan los libros al aire un viernes. Yo la observaba desde la distancia, boquiabierto, sin saber cómo reaccionar. La dejé pronto con su padrastro para que fuera él quien la hiciera razonar en lo que pensaba que era algún incidente relacionado con el fútbol. Tenía que ser algo de eso, ¿verdad? Mi hija no es una cobarde. Luego fue su madre quien la intentó convencer. Al final, las dos se volvieron hacia mí como si fuera una especie de alquimista en la materia.

No lo soy, y cuando me acerqué a ella y me agaché hasta su altura para preguntarle qué le pasaba, me miró con los ojos llenos de lágrimas y me dijo: «Es que hoy no me siento capaz de jugar al fútbol».

Así que cogí a mi niña en brazos y salí del campo con ella en un brazo y sus botas en otro. Porque a veces uno no es capaz de hacer algo, y no pasa nada. Puedo entender que no quisiera jugar en ese momento. Lo que no entiendo es tener que luchar por alguien una y otra vez, demostrarle que siempre estarás a su lado y que esa persona se dé por vencida. Eso es todo.

Me siento un poco insensible en este momento. Es posible que todavía no lo haya asimilado. O quizá solo intento mantener la esperanza de que no quiere jugar al fútbol en este momento, pero sí querrá hacerlo pronto. La cuestión es que la próxima vez que quiera jugar, si llega ese momento, tengo que estar a su lado. Y necesito estar dispuesto a llevarla sin excusas a los entrenamientos y partidos, porque no quiero fallarle. Quiero que gane el Mundial, lo quiero todo. Y no voy a dejar que aspire a nada menos que eso.

Para aquellos de vosotros que odiáis a los blogueros imprecisos (porque sois un poco chismosos y solo los cotillas odian eso), voy a deletrearlo: Mia Bennett, te estoy dando tiempo. No porque lo necesite ni porque crea que lo necesitas tú, sino porque la última vez fui yo quien se marchó y tú no tuviste ninguna elección. Ahora la tienes. La pelota está en tu tejado. Avisame cuando puedas volver a jugar al fútbol.

La pregunta de la semana es de @MJABRAHAM12: «Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿qué consejo te darías cuando tenías veintiún años?».

Respuesta: Piensa en tus actos. Tienen consecuencias.

34

Pensaba que residir en Santa Bárbara lo suponía todo para mí, hasta que llegué lo suficientemente lejos para ver que no era así. Estar en casa hizo que me diera cuenta de que la cómoda manta que esperaba encontrar allí era solo una ilusión, y que los hábitos que había creado a lo largo del tiempo solo eran eso, hábitos. Y los había abandonado en el momento en el que mudé a Nueva York y me obligué a dejarlos atrás.

Hay un estúpido e irritante cliché que dice que el hogar está donde está el corazón. Ahora lo entendía.

Todavía pensaba que era una estupidez irritante, pero lo comprendía.

La cuestión era que mi corazón se dividía en dos: mi familia, y Jenson y Olivia, y no sabía qué parte rompería antes. Lo único que sabía era que, definitivamente, una de las dos se rompería.

Solo había hablado con Jenson unas cinco veces desde que regresé a casa, y la mitad de ellas habían sido porque Olivia preguntaba por mí y le rogaba que me llamara. Los días que no oía su voz me sentía inquieta. Al principio me había dicho que era el cierre, que solo era el final. ¿Desde cuándo se había convertido en otra cosa? ¿Y si siempre le hubiera faltado florecer?

—¿A quién tratas de convencer? ¿A mí o a ti misma? —Era lo que me había dicho Maria cuando le dije que mi trabajo en *People* era la decisión más correcta para mí. Maria era la amiga que se había hecho cargo del estudio de fotografía cuando me mudé a Nueva York. Durante la semana me había estado levantando pronto para hacer fotografías de modelos y actrices de las que salen en las portadas de la revista y en algunos artículos. La mayor parte de los días andaba hacia la playa cuando salía del trabajo, siguiendo el sonido de las olas. Eso era lo que decía que echaba más de menos, ¿verdad? Me sentaba allí, mirando el vasto mar, durante lo que me parecía una eternidad, hasta que los ruidos que hacía mi estómago me obligaban a levantarme para ir a casa. Maria acostumbraba a cerrar alrededor de las ocho, y para ese momento,

había mirado el olvido azul durante más de una hora. Como un reloj, entramos en la cafetería y tomamos un café, y luego atravesé las puertas de la galería como todas las noches.

—No trato de convencer a nadie —le dije en respuesta a su pregunta.

Paseé la vista por la galería. Había obras de pintores italianos y de escultores locales, y de alguna forma, también había sitio para mis fotografías. Me animaba ver que, a pesar de haberme dedicado a otras experiencias, lo había conseguido.

Maria me miró mientras se pasaba la lengua por los dientes como siempre que no se creía lo que estaba diciéndole.

—Eres consciente de que estás enamorada de ese hombre.

—Sí.

Abrió los ojos como platos.

—¿Entonces?

—Entonces nada. La vida es así, ¿sabes? Injusta y puñetera.

—Pero no tiene por qué. Puedes regresar a Nueva York. No hay nada que te retenga aquí.

—Solo el trabajo. El que he querido durante toda mi vida.

—Fotografía en una revista del corazón... —concluyó asépticamente—. Has expuesto en las paredes del puto Met y prefieres trabajar en un tabloide.

Suspiré.

—Es lo que siempre he querido. Que mis fotos se vieran, y en portada. Es algo seguro...

—Mía, que sea seguro no está haciéndote feliz. Lo que te mola es estar en una galería de prestigio. No creo que trabajar para *People* sea lo que has soñado siempre. ¿Y qué me dices de ese libro de fotografía?

—Mira a Annie Leibovitz.

Maria me miró de reojo.

—Estás de coña, ¿verdad?

Apreté los labios. Las dos sabíamos que lo que había conseguido Annie lo conseguía poca gente.

—No quiero decir nada —dije, encogiéndome de hombros al tiempo que tomaba un sorbo de café con leche.

Estaba quedándome con ella. Lo sabía, pero cada vez que pensaba en las consecuencias de mudarme, me acordaba de Estelle, Robert, mis padres, el clima, la playa y que podía usar el coche para ir a donde coño quisiera, y tener

la vida que quería. Eso era lo que me encantaba de Santa Bárbara, y no podía conseguir ninguna de estas cosas en Nueva York.

Pero luego pensaba en Jenson y Olivia y la forma en la que me habían acogido como si fuera un gato callejero, envolviéndome con su amor y afecto. Los echaba de menos. Los extrañaba tanto que cada vez que pensaba en ellos sentía que se me rompía el corazón en mil pedazos diminutos que eran demasiado pequeños para volver a pegarlos. Y Nueva York no era tan malo. Es decir, si ignoraba el clima y lo superpoblada que estaba. Me había acostumbrado al transporte, y no echaba de menos conducir un coche. Solo tenía que decirle a Giselle que no quería el trabajo. Podía parecer malo para mi futuro, pero le explicaría que no era lo que me llenaba, y le contaría que tenía una exposición en el Met y quizá no le molestaría tanto.

Cuando fui a casa de Estelle para almorzar, se lo conté mientras me miraba fijamente. Después de estar un rato en silencio, me observó con intensidad. Sabía que le costaría asimilarlo. Yo había tenido una semana para pensarlo y procesar lo que supondría trasladarme allí de forma permanente, y todavía me entristecía pensar que nuestros hijos no crecerían juntos como nosotras.

—Ya he tomado la decisión —dije.

—Ya lo veo —convino al tiempo que nos servían un poco de vino—. Bien, lo bueno es que Jenson es de aquí, y vendrá cada fin de semana durante la temporada de fútbol americano, así que nos veremos bastante.

Sonreí, una mueca triste que me llevó a las lágrimas con rapidez. Estelle se levantó y se sentó a mi lado para abrazarme.

—Todo saldrá bien, Meep.

—¡Lo sé! ¡Pero nuestros hijos no crecerán juntos como planeamos! No irán al mismo colegio ni intercambiarán impresiones sobre los otros chicos. —Cuanto más hablaba, más lloraba—. ¡Dios, menuda estupidez! Voy a hacer algo que me hará muy feliz y me pongo a llorar por lo que podrían hacer unos hijos que no tenemos y los chismes que llenarían sus vidas. —Aun así, lloré más abrazándome a ella. Entonces, cuando terminé, me sequé las lágrimas y vi que ella también tenía algunas en sus ojos.

—Esto es de idiotas —aseguró cuando se secaba los ojos—. Pero... podemos hablar por Skype, y siempre formaremos parte de la vida de la otra.

La miré a los ojos.

—¿Crees que voy a hacer lo correcto?

—¿Te hace feliz?

Suspiré y asentí con una sonrisa.

—¿Más feliz que ese trabajo que siempre has querido? —preguntó, pronunciando lentamente cada palabra.

Me reí.

—Sin duda, mucho más feliz.

—Entonces, adelante —me animó encogiéndose de hombros—. Haz que tu alma sonría.

Sorbí por la nariz.

—Eres tan cursi...

—¿No te gusta esa expresión? —preguntó ella mientras se reía de mi expresión de horror.

—No. La que me gusta es «Haz que tu alma arda». No me va esa mierda cursi sobre almas que sonrían.

Se rio y puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, amiga.

—Creo que debería llamar a Carol, la del Met, y enterarme de si sigue contando conmigo.

—¿Qué me dices de las fotos que vendiste en la exposición? Te debería quedar algo de dinero.

Sí. Había vendido muchísimas fotos en la muestra y, para mi alegría, el museo se había ofrecido a mantener expuesta mi favorita. Sin embargo, la jungla de cemento me había dejado a dos velas antes de que pudiera pedir un café con leche.

—Pero sigo necesitando un sueldo... Ya sabes que no soy de las que se quedan sentadas esperando.

Lo único que me faltaba era decírselo a mis padres y a Rob, pero mis padres no estaban en casa cuando llegué por la noche y Rob no me cogió el teléfono. Pasé la noche deprimida en una casa vacía. Podría haber llamado a Maria para ver si quería venir un rato o hacer algo conmigo, pero ¿para qué, si sabía que seguiría sintiéndome igual de triste aunque estuviera acompañada?

No era que pensara que no podía vivir sin Jenson, pero estaba triste sin él. Lo echaba de menos. Y no había nada malo en añorar a alguien.

Mientras estaba paseándome por la cocina, pensando qué comer, vi un sobre de FedEx sobre la encimera y me acerqué. El corazón me dio un vuelco al ver mi nombre escrito con la letra de Jenson. «¿Me ha enviado una carta por mensajero?». Sentí que me mareaba de la emoción mientras subía corriendo

las escaleras hasta mi antigua habitación, donde me encerré para abrir el sobre. Al mirar en el interior, me di cuenta de que había trocitos de papel. Le di la vuelta y dejé que cayeran como si fueran confeti sobre la cama. Cuando los miré con atención, me di cuenta de que eran pequeños corazones de papel. También había una nota:

«¿Estás leyendo mis columnas?».

Cogí el móvil y le envié un mensaje.

«Por supuesto que las estoy leyendo. Me encantan los corazones».

Me quedé mirando el teléfono que había dejado en la mesilla de noche esperando su respuesta, pero no llegó hasta la mañana siguiente. El corazón se me detuvo cuando leí la sencilla respuesta.

«Esto me está matando».

A mí también me mataba aquel tiempo que estábamos pasando separados.

La columna de Jenson

Para aquellos de vosotros que me seguís en Twitter y os quejáis de que a mi columna últimamente le falta corazón, tenéis razón.

No encuentro mi corazón últimamente.

Noto que me falta todo.

Pero, como dice Queen, Show must go on.

Y eso intento.

Si tienes que superar una ruptura y eres padre soltero, asegúrate de salir con chicas sin corazón. De esas que no dejen atrás sus más preciadas posesiones con una nota diciendo que volverán a por ellas. Una que no le escriba a tu hija una carta diciéndole lo especial que la considera y que puede ser lo que quiera en la vida.

Si vas a tener que superar una ruptura y eres padre soltero, asegúrate de salir con alguien a quien no puedas imaginar como una madre para tu hija, porque, cuando se vaya, te quedarás pensando qué tendrías que haber hecho de distinta forma para que no se fuera.

La pregunta de la semana es de @BristerRobin: «Me afeité las piernas por primera vez a los nueve años. Ahora ya uso crema depilatoria, lo que me hace pensar en

cómo se enfrentan a estas cosas los padres solteros. @JRChronicles, ¿alguna idea?».

Respuesta: ¡No sé nada sobre afeitarse las piernas! ¡No me asustes! Mi hija nunca se hará mayor.

¡Dios mío! Estoy embarazada.

La columna de Jenson

El otro día recibí una pregunta que me parece muy adecuada. La recibí de @Wendylegrand58.

Era la siguiente: «Si pudieras escribir el final de tu vida, ¿qué pondrías en el epílogo?».

Mi respuesta es muy simple: No estamos preparados para escribir el final de nuestras propias historias. Si fuera así, la mayoría seríamos capaces de autoengañarnos y librarnos de la muerte porque tenemos miedo del fin. Sé lo que me haría feliz tener al final. Sin embargo, he aprendido que lo importante de la vida no es su final, sino los capítulos intermedios. Lo que hacemos mientras vivimos y cómo reacciona la gente ante ello.

En realidad, nadie espera con ilusión los epílogos salvo en las historias de ficción. Y yo no soy una excepción a esa regla. Sé que mi vida terminará algún día, pero espero que el legado que deje detrás sea tan grande que nadie se acuerde de cómo y por qué es así. Solo será una anécdota en mi muy larga y muy feliz (espero) vida.

La pregunta de la semana es de @FitchM: «¿Qué autores te gustan?».

Respuesta: Neil Gaiman y Stephen King.

36

—¡Joder! Eres idiota. —Esa fue la opinión de Rob.

—Vamos a esperar a que lleguen los resultados del laboratorio. —Y esa era la contribución de Estelle.

—No me gusta la situación en la que me estáis poniendo. —Oliver, por supuesto.

—¡Oh, por Dios! ¿No es parte de tu juramento? Además, nadie te ha pedido que estés aquí mientras meo en un palito.

—¿Estás echándome de mi propia casa? —se burló—. Y soy pediatra, por lo que no tengo que lidiar con adultos que hacen estupideces. ¡Es lo que más me gusta de mi trabajo! Por si fuera poco, me has pedido que te saque sangre y que te haga un análisis porque eres demasiado gallina para enfrentarte a los hechos e ir a tu puto médico.

—¿Y qué? ¿Quieres que avise a mi seguro para que te pague?

—¡Eh! ¡Ya basta! —medió Estelle levantando los brazos entre nosotros como si fuera el árbitro de un combate de boxeo. Suspiró y me miró—. ¿Cuándo se lo vas a decir?

Se me llenaron los ojos de lágrimas con solo pensar en ello.

—No puedo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con «no puedo»? —Lo dijeron los tres al unísono.

Sorbí y me sequé la cara.

—No puedo hacerlo desde aquí. No puedo llamarlo y decírselo sin más. ¡Dios! Ni siquiera puedo responder al teléfono si me llama; sabría que me pasa algo. —Se me escapó un gemido seguido de un sollozo ahogado.

Oliver chasqueó la lengua, captando nuestra atención.

—¿Así que vas a ignorarlo? Después de alejarte de Olivia y de él, ¿no se te ocurre otra cosa que hacer caso omiso a sus llamadas y no informarlo de que va a tener otro hijo? ¿Un hijo contigo?

—Bean, no necesita que la hagas sentirse culpable en este momento —
intervino Rob.

—Oliver, tiene razón.

Oliver suspiró y dejó caer la cabeza.

—Lo siento, Meep. Es que... Es que es mi mejor amigo. ¿Cómo te sentirías tú si estuvieras ocultándole algo así a Estelle?

—Preocupada —me burlé, y me reí de mi propia broma. Gemí cuando todos me miraron—. Estoy jodida, chicos. Es oficial.

Rob se acercó y me rodeó con los brazos.

—Vamos a esperar a que tengamos los resultados antes de decidir nada, ¿vale? —Hizo una pausa y levantó la cabeza para mirar a Bean—. ¿Podrías tener la boca cerrada durante unos días?

Asintió.

—Lo único que le pido es que se lo diga en cuanto lo sepa con certeza. Le vas a dar una alegría. En realidad no disfrutó del embarazo de Olivia, ¿sabes? Estaba demasiado ocupado tratando de llegar a ti para implicarse en nada antes del parto... Aunque sé que es algo que ahora lamenta. Meep, le vas a dar la oportunidad de hacerlo.

Accedí moviendo la cabeza.

—Solo necesito asimilarlo yo antes de que me vea el médico.

Y no quería que él se lo dijera a Jenson y que este intentara comportarse como un caballero de brillante armadura que regresara aquí de forma precipitada para casarse conmigo. ¡Oh, Dios! ¿Y si me lo proponía solo por esto? No quería eso.

No podía decirles a mis padres que estaba embarazada. No tenía valor para hacerlo. Sin embargo, me las arreglé para convocar una reunión familiar, lo que despertó sus sospechas al instante. Cada vez que nos cruzamos por la casa ese día, me comporté con torpeza. Me miraban divertidos, y casi les oía pensar lo mismo que cuando Rob y yo éramos adolescentes y él trataba de «ocultar» su sexualidad. «¿Crees que están fumando marihuana? Es evidente que ella se acuesta con ese tal Jenson. Menudo problema. Espero que no la deje embarazada». Dios..., esto iba a ser más difícil de lo que pensaba, y ya no era una adolescente.

Rob llegó a la cena familiar con dos botellas de vino en la mano. Me dirigió una amplia sonrisa, como si hubiera hecho lo correcto, hasta que le recordé con una mirada que estaba embarazada y era idiota. Eso borró la sonrisa de sus labios.

—¡Mierda, se me había olvidado! —articuló con la boca mientras se encogía de hombros—. ¡Lo siento!

—Gracias, cariño. Vamos a ponerlas en la mesa. Tu padre ya se ha sentado —dijo nuestra madre mientras se acercaba a saludar a Rob.

Cuando entré en el comedor, posé los ojos en el periódico que mi padre tenía en la mano. Me volví hacia Rob con rapidez.

—Todavía no lo he leído —dijo nuestro padre.

Rob y yo nos miramos a los ojos y supe que teníamos la expresión de cuando nos pillaban haciendo algo malo. Le había contado que planeaba trasladarme a Nueva York, e inmediatamente se puso a intentar encontrar la manera de poder mudarse también. «Puede que me lleve algún tiempo, pero iré allí», me había dicho, y lo había creído, porque Rob haría cualquier cosa que me hiciera sentir mejor.

—Lo pensaba leer en voz alta —agregó nuestro padre.

Volví hacia él la cabeza tan rápidamente que me dolió el cuello.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué? A ti te pasa algo, y si este periódico me va a dar una pista sobre lo que es, mejor averiguarlo en una reunión familiar. —Hizo una pausa y deslizó un sobre por encima de la mesa—. Por cierto, te ha enviado algo. Estaba en tu habitación.

Me senté donde acostumbraba, justo enfrente de mi padre y al lado de Rob.

—¿Lo vas a abrir ahora o en privado?

—¡En privado, papá! ¡Ya no tengo quince años!

—No he dicho eso. —Suspiró y abrió el periódico.

—Estamos a punto de cenar —intervino mi madre.

—Lo haremos después de que lea esto. —No lo hizo en voz alta, pero yo sabía qué era lo que estaba leyendo mientras sus ojos se movían sobre la página. Cuando terminó, negó con la cabeza mientras volvía a doblar el diario y lo dejaba a un lado.

—Bueno, ya está.

—¿Ya está? ¿Qué dice? —preguntó Rob—. Lo siento —susurró entre dientes cuando le di una patada por debajo de la mesa—. ¡No lo he leído!

—Lo usual. Está loco de amor desde que Mia ha vuelto.

Gruñí por lo bajo.

—¿Podemos comer de una vez y dejar la conversación para más tarde? Estoy quedándome sin apetito.

Estuvieron de acuerdo. No es que tuviera demasiadas ganas de ingerir nada con aquellos nervios carcomiéndome, pero aprecié el silencio y que nos apartáramos de ese tema en particular durante un tiempo antes de lanzar la bomba.

—¿Para qué querías que nos reuniéramos? —preguntó mi madre, tomando un sorbo de vino.

Doblé la servilleta en mi regazo, y la volví a plegar otra vez. Y otra. Por fin, carraspeé y los miré uno a uno, aunque luego bajé la vista de nuevo.

—Me voy a trasladar a Nueva York de forma permanente. —Creía que decir las palabras en voz alta me reportaría algún tipo de alivio, pero lo único que conseguí fue que el dolor en el pecho se agudizara. Mi padre dejó caer el tenedor y mi madre me miró boquiabierta.

—¿Qué quieres decir con «permanente»? —preguntó, no con desdén, sino con incredulidad.

Parpadeé una y otra vez, pero los ojos se me llenaron de lágrimas igual. Odiaba aquella estúpida montaña rusa hormonal que estaba experimentando.

—Creo que es más ventajoso profesionalmente. Podré ampliar mis metas y...

—Eso lo puedes hacer aquí —dijo mi padre, interrumpiéndome—. Corta el rollo, Mia. Lo que quieres es vivir con el punki.

Las lágrimas comenzaron a caer, pero me las sequé con rapidez.

—Tiene casi treinta años, papá. Se ha buscado la vida de una forma increíble, muy alejado de lo que tú pensabas que iba a hacer. Es un gran padre y sí, es la principal razón de que vaya a mudarme, porque lo amo y no quiero vivir sin él si puedo evitarlo. —Me sequé otra vez las lágrimas—. Quizá un día de estos puedas dejar de llamarlo «el punki» aunque solo sea por respeto hacia mí.

Suspiró y se frotó los ojos con el pulgar y el índice antes de dejar caer la mano para mirarme de nuevo.

—Las viejas costumbres tardan en desaparecer. Sé que ha madurado y... —Soltó otro suspiro y golpeó la mesa—. ¡Joder, sé que es un buen padre! Pero no quiero que me robe a mi niña.

—No lo haré, lo sabes —dije bajito, deseando que las lágrimas desaparecieran.

Mi madre soltó un mudo sollozo.

—Sin embargo, la familia ya no se reunirá los domingos. ¿Y con quién voy a ir de compras?

—Mamá, hazlo con Teresa —sugirió Rob.

—Y vendré cada quince días, si puedo.

—No «si puedo». Lo harás y punto —concluyó mi padre. Seguía pareciendo que iba a ponerse a llorar—. ¿Y qué harás con el estudio? ¿Se lo quedará Maria? —preguntó después.

Asentí.

—Lo está haciendo muy bien.

—¿Y qué opina el... Jenson sobre esto? —preguntó mi padre, aclarándose la garganta.

—No lo sabe todavía.

Los dos se me quedaron mirando, esperando una explicación.

—Quiere darle una sorpresa —dijo Rob—. Y es posible que yo también me traslade a Nueva York, así que si vais a gritar y cabrearos, hacedlo ahora mismo.

—¿Qué coño dices? —dijo mi padre.

—¿Estás de broma? —añadió mi madre.

Por el rabillo del ojo, vi que Rob se encogía de hombros y tuve que reírme. Por fin, mientras pensaba sobre todo eso durante unos minutos, me di cuenta de que si no les decía en ese momento que estaba embarazada, no sabía cuándo podría decírselo en persona, y les dolería que lo hiciera por teléfono o incluso

a través de Skype (suponiendo que pudiera conseguir que mi padre aprendiera a usarlo). Busqué la mano de Rob por debajo de la mesa y nuestros ojos se encontraron mientras me miraba boquiabierto... «¡Dios!», musitó, y por fin, me apretó la mano.

—Y estoy embarazada.

Mis padres, benditos fueran, solo me miraron con la boca abierta.

—Dime que es una broma —dijo nuestro padre por lo bajo.

—¿Es de verdad? —preguntó mi madre mirándome antes de clavar los ojos en mi padre—. ¿Se trata de una broma de Punk—d? ¿Una cámara oculta?

Rob negó con la cabeza a la vez que yo.

—Mamá, ese programa no se emite desde hace años, así que tienes que dejar de decir esas cosas —le dijo.

—¿Tú lo sabías? Claro que lo sabías —adivinó mi padre, mirando a Rob.

—No le echas la culpa a Robbie.

—«No le echas la culpa a Robbie» —me imitó—. Llevo oyendo eso desde que teníais tres años, te tiró del columpio y tuve que pasar la noche en urgencias. ¡Quizá ya es hora de que le eche la culpa a Robbie!

—No es que haya sido yo quien ha mantenido relaciones sexuales sin protección y se ha quedado embarazado.

Solté una risita. Mi padre clavó los ojos en mí y dejé de reírme.

—Tengo veintiséis años, me gano la vida con lo que me gusta hacer y estoy embarazada del hombre del que llevo enamorada toda mi vida —expuse—. Creo que todos estamos de acuerdo en que esto no es una puta tragedia.

—Pero no vamos a ver cómo te crece la barriga, ni a pasar tiempo con el bebé —se quejó mi madre, dejando salir las lágrimas. Se cubrió la cara con las manos dejando que mi padre le rodeaba los hombros con un brazo. Él me lanzó una mirada con la que decía «¿Ves?».

—¿Cómo te vas a mudar al otro lado del país con mi nieto? —preguntó mi padre—. Eso es...

—¿Lo mismo que hiciste tú? —argumentó Rob. Mi padre se había trasladado a California desde Illinois cuando conoció a nuestra madre en la universidad.

—Supongo que tienes razón —convino nuestro padre. Me miró a la cara durante un par de segundos y, como si de repente no pudiera contenerse más, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó del lugar donde estaba sentado enfrente de mí y rodeó la larga mesa. Me quedé quieta y le rodeé el cuello con los brazos cuando me dio un abrazo—. No me puedo creer que mi niñita vaya

a tener un bebé —dijo contra mi pelo al tiempo que me estrechaba con fuerza. Cuando me soltó, se secó los ojos y me miró—. Si se trata de un niño, tienes que dejar que juegue al béisbol.

Me reí y me sequé las lágrimas.

—Ya veremos.

Mi madre, que había seguido a mi padre, me abrazó también.

—Y si es una niña, tendremos fiestas de té y vendrá de compras con nosotras.

—¡Oh, Dios mío! Allá vamos... —dijo Rob poniéndome la mano en el hombro—. De cualquier forma, este bebé tendrá mucho amor. En especial cuando me mude allí.

Mis padres protestaron y nosotros dos nos reímos, y durante el resto del tiempo que permanecí en Santa Bárbara me sentí muy agradecida de tener gente así en mi vida. Pensé en Jenson y en lo difícil que había sido todo para él cuando se enteró del embarazo de Krista. Lo difícil que debía de haber sido alejarse y no poder mantener la amistad conmigo, la persona con la que compartía la mayoría de sus problemas.

—Tenéis que ser amables con Jenson cuando lo veáis. No tiene padres a los que dar noticias como esta —les dije muy seria.

—Incluso lo abrazaré y sonreiré —aceptó mi padre.

—Papá — gemí.

—Eh..., quieres que lo trate como a un hijo, ¿no? Pues es lo que haría con Robbie.

—En medio de cualquier reunión —agregó Rob—. Es muy humillante.

—Seguro que por eso quiere alejarse de nosotros —intervino nuestra madre.

—Esta casa es un circo —murmuré. Pero, ¡joder!, me sentía muy feliz de formar parte de esta familia.

La columna de Jenson

¿Cómo se sabe que se te está rompiendo el corazón?

Es una pregunta que he oído que le preguntan a mi mejor amigo, que es médico, para ligar con él. Oliver, por supuesto, les da una explicación científica sobre que el corazón es un músculo y no puede romperse.

Es una respuesta que me dije varias veces cuando me alejé de mi novia de siempre

para casarme con otra mujer. El corazón no se puede romper. Me aferré a esa idea como si fuera el hilo de esperanza que necesitaba para que mi vida no fuera una mierda. Sin embargo, ese hilo se rompió hace mucho tiempo.

A diferencia de Oliver, creo que el corazón sí se puede romper. Creo que el mío se debilita cada día que pasa sin estar con ella. Creo que mis pulmones no se llenan de aire, y que las canas que me están saliendo antes de tiempo se deben a la preocupación que me embarga al no tenerla cerca. Creo que mi apetito necesita cierto estímulo, pero sigo sin recibir mi alimento más importante, ya que no me apetece comer sin que ella comparta mi plato.

La pregunta de la semana es de @DMC_17: «¿Qué le dirías a un profesor que te aconsejó no usar determinadas palabras en tus escritos porque son de uso común?».

Respuesta: Un profesor mío me dijo una vez algo que nunca he olvidado: «La escritura no tiene reglas. Si unas palabras te sirven, utilízalas».

No podía decirles a mis padres que estaba embarazada. No tenía valor para hacerlo. Sin embargo, me las arreglé para convocar una reunión familiar, lo que despertó sus sospechas al instante. Cada vez que nos cruzamos por la casa ese día, me comporté con torpeza. Me miraban divertidos, y casi les oía pensar lo mismo que cuando Rob y yo éramos adolescentes y él trataba de «ocultar» su sexualidad. «¿Crees que están fumando marihuana? Es evidente que ella se acuesta con ese tal Jenson. Menudo problema. Espero que no la deje embarazada». Dios..., esto iba a ser más difícil de lo que pensaba, y ya no era una adolescente.

Rob llegó a la cena familiar con dos botellas de vino en la mano. Me dirigió una amplia sonrisa, como si hubiera hecho lo correcto, hasta que le recordé con una mirada que estaba embarazada y era idiota. Eso borró la sonrisa de sus labios.

—¡Mierda, se me había olvidado! —articuló con la boca mientras se encogía de hombros—. ¡Lo siento!

—Gracias, cariño. Vamos a ponerlas en la mesa. Tu padre ya se ha sentado —dijo nuestra madre mientras se acercaba a saludar a Rob.

Cuando entré en el comedor, posé los ojos en el periódico que mi padre tenía en la mano. Me volví hacia Rob con rapidez.

—Todavía no lo he leído —dijo nuestro padre.

Rob y yo nos miramos a los ojos y supe que teníamos la expresión de cuando nos pillaban haciendo algo malo. Le había contado que planeaba trasladarme a Nueva York, e inmediatamente se puso a intentar encontrar la manera de poder mudarse también. «Puede que me lleve algún tiempo, pero iré allí», me había dicho, y lo había creído, porque Rob haría cualquier cosa que me hiciera sentir mejor.

—Lo pensaba leer en voz alta —agregó nuestro padre.

Volví hacia él la cabeza tan rápidamente que me dolió el cuello.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué? A ti te pasa algo, y si este periódico me va a dar una pista sobre lo que es, mejor averiguarlo en una reunión familiar. —Hizo una pausa y deslizó un sobre por encima de la mesa—. Por cierto, te ha enviado algo. Estaba en tu habitación.

Me senté donde acostumbraba, justo enfrente de mi padre y al lado de Rob.

—¿Lo vas a abrir ahora o en privado?

—¡En privado, papá! ¡Ya no tengo quince años!

—No he dicho eso. —Suspiró y abrió el periódico.

—Estamos a punto de cenar —intervino mi madre.

—Lo haremos después de que lea esto. —No lo hizo en voz alta, pero yo sabía qué era lo que estaba leyendo mientras sus ojos se movían sobre la página. Cuando terminó, negó con la cabeza mientras volvía a doblar el diario y lo dejaba a un lado.

—Bueno, ya está.

—¿Ya está? ¿Qué dice? —preguntó Rob—. Lo siento —susurró entre dientes cuando le di una patada por debajo de la mesa—. ¡No lo he leído!

—Lo usual. Está loco de amor desde que Mia ha vuelto.

Gruñí por lo bajo.

—¿Podemos comer de una vez y dejar la conversación para más tarde? Estoy quedándome sin apetito.

Estuvieron de acuerdo. No es que tuviera demasiadas ganas de ingerir nada con aquellos nervios carcomiéndome, pero aprecié el silencio y que nos apartáramos de ese tema en particular durante un tiempo antes de lanzar la bomba.

—¿Para qué querías que nos reuniéramos? —preguntó mi madre, tomando un sorbo de vino.

Doblé la servilleta en mi regazo, y la volví a plegar otra vez. Y otra. Por fin, carraspeé y los miré uno a uno, aunque luego bajé la vista de nuevo.

—Me voy a trasladar a Nueva York de forma permanente. —Creía que decir las palabras en voz alta me reportaría algún tipo de alivio, pero lo único que conseguí fue que el dolor en el pecho se agudizara. Mi padre dejó caer el tenedor y mi madre me miró boquiabierta.

—¿Qué quieres decir con «permanente»? —preguntó, no con desdén, sino con incredulidad.

Parpadeé una y otra vez, pero los ojos se me llenaron de lágrimas igual.

Odiaba aquella estúpida montaña rusa hormonal que estaba experimentando.

—Creo que es más ventajoso profesionalmente. Podré ampliar mis metas y...

—Eso lo puedes hacer aquí —dijo mi padre, interrumpiéndome—. Corta el rollo, Mia. Lo que quieres es vivir con el punki.

Las lágrimas comenzaron a caer, pero me las sequé con rapidez.

—Tiene casi treinta años, papá. Se ha buscado la vida de una forma increíble, muy alejado de lo que tú pensabas que iba a hacer. Es un gran padre y sí, es la principal razón de que vaya a mudarme, porque lo amo y no quiero vivir sin él si puedo evitarlo. —Me sequé otra vez las lágrimas—. Quizá un día de estos puedas dejar de llamarlo «el punki» aunque solo sea por respeto hacia mí.

Suspiró y se frotó los ojos con el pulgar y el índice antes de dejar caer la mano para mirarme de nuevo.

—Las viejas costumbres tardan en desaparecer. Sé que ha madurado y... —Soltó otro suspiro y golpeó la mesa—. ¡Joder, sé que es un buen padre! Pero no quiero que me robe a mi niña.

—No lo hará, lo sabes —dije bajito, deseando que las lágrimas desaparecieran.

Mi madre soltó un mudo sollozo.

—Sin embargo, la familia ya no se reunirá los domingos. ¿Y con quién voy a ir de compras?

—Mamá, hazlo con Teresa —sugirió Rob.

—Y vendré cada quince días, si puedo.

—No «si puedo». Lo harás y punto —concluyó mi padre. Seguía pareciendo que iba a ponerse a llorar—. ¿Y qué harás con el estudio? ¿Se lo quedará Maria? —preguntó después.

Asentí.

—Lo está haciendo muy bien.

—¿Y qué opina el... Jenson sobre esto? —preguntó mi padre, aclarándose la garganta.

—No lo sabe todavía.

Los dos se me quedaron mirando, esperando una explicación.

—Quiere darle una sorpresa —dijo Rob—. Y es posible que yo también me traslade a Nueva York, así que si vais a gritar y cabrearos, hacedlo ahora mismo.

—¿Qué coño dices? —dijo mi padre.

—¿Estás de broma? —añadió mi madre.

Por el rabillo del ojo, vi que Rob se encogía de hombros y tuve que reírme. Por fin, mientras pensaba sobre todo eso durante unos minutos, me di cuenta de que si no les decía en ese momento que estaba embarazada, no sabía cuándo podría decírselo en persona, y les dolería que lo hiciera por teléfono o incluso a través de Skype (suponiendo que pudiera conseguir que mi padre aprendiera a usarlo). Busqué la mano de Rob por debajo de la mesa y nuestros ojos se encontraron mientras me miraba boquiabierto... «¡Dios!», musitó, y por fin, me apretó la mano.

—Y estoy embarazada.

Mis padres, benditos fueran, solo me miraron con la boca abierta.

—Dime que es una broma —dijo nuestro padre por lo bajo.

—¿Es de verdad? —preguntó mi madre mirándome antes de clavar los ojos en mi padre—. ¿Se trata de una broma de Punk'd? ¿Una cámara oculta?

Rob negó con la cabeza a la vez que yo.

—Mamá, ese programa no se emite desde hace años, así que tienes que dejar de decir esas cosas —le dijo.

—¿Tú lo sabías? Claro que lo sabías —adivinó mi padre, mirando a Rob.

—No le echas la culpa a Robbie.

—«No le echas la culpa a Robbie» —me imitó—. Llevo oyendo eso desde que teníais tres años, te tiró del columpio y tuve que pasar la noche en urgencias. ¡Quizá ya es hora de que le eche la culpa a Robbie!

—No es que haya sido yo quien ha mantenido relaciones sexuales sin protección y se ha quedado embarazado.

Solté una risita. Mi padre clavó los ojos en mí y dejé de reírme.

—Tengo veintiséis años, me gano la vida con lo que me gusta hacer y estoy embarazada del hombre del que llevo enamorada toda mi vida —expuse—. Creo que todos estamos de acuerdo en que esto no es una puta tragedia.

—Pero no vamos a ver cómo te crece la barriga, ni a pasar tiempo con el bebé —se quejó mi madre, dejando salir las lágrimas. Se cubrió la cara con las manos dejando que mi padre le rodeaba los hombros con un brazo. Él me lanzó una mirada con la que decía «¿Ves?».

—¿Cómo te vas a mudar al otro lado del país con mi nieto? —preguntó mi padre—. Eso es...

—¿Lo mismo que hiciste tú? —argumentó Rob. Mi padre se había trasladado

a California desde Illinois cuando conoció a nuestra madre en la universidad.

—Supongo que tienes razón —convino nuestro padre. Me miró a la cara durante un par de segundos y, como si de repente no pudiera contenerse más, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó del lugar donde estaba sentado enfrente de mí y rodeó la larga mesa. Me quedé quieta y le rodeé el cuello con los brazos cuando me dio un abrazo—. No me puedo creer que mi niñita vaya a tener un bebé —dijo contra mi pelo al tiempo que me estrechaba con fuerza. Cuando me soltó, se secó los ojos y me miró—. Si se trata de un niño, tienes que dejar que juegue al béisbol.

Me reí y me sequé las lágrimas.

—Ya veremos.

Mi madre, que había seguido a mi padre, me abrazó también.

—Y si es una niña, tendremos fiestas de té y vendrá de compras con nosotras.

—¡Oh, Dios mío! Allá vamos... —dijo Rob poniéndome la mano en el hombro—. De cualquier forma, este bebé tendrá mucho amor. En especial cuando me mude allí.

Mis padres protestaron y nosotros dos nos reímos, y durante el resto del tiempo que permanecí en Santa Bárbara me sentí muy agradecida de tener gente así en mi vida. Pensé en Jenson y en lo difícil que había sido todo para él cuando se enteró del embarazo de Krista. Lo difícil que debía de haber sido alejarse y no poder mantener la amistad conmigo, la persona con la que compartía la mayoría de sus problemas.

—Tenéis que ser amables con Jenson cuando lo veáis. No tiene padres a los que dar noticias como esta —les dije muy seria.

—Incluso lo abrazaré y sonreiré —aceptó mi padre.

—Papá — gemí.

—Eh..., quieres que lo trate como a un hijo, ¿no? Pues es lo que haría con Robbie.

—En medio de cualquier reunión —agregó Rob—. Es muy humillante.

—Seguro que por eso quiere alejarse de nosotros —intervino nuestra madre.

—Esta casa es un circo —murmuré. Pero, ¡joder!, me sentía muy feliz de formar parte de esta familia.

¿Cómo se sabe que se te está rompiendo el corazón?

Es una pregunta que he oído que le preguntan a mi mejor amigo, que es médico, para ligar con él. Oliver, por supuesto, les da una explicación científica sobre que el corazón es un músculo y no puede romperse.

Es una respuesta que me dije varias veces cuando me alejé de mi novia de siempre para casarme con otra mujer. El corazón no se puede romper. Me aferré a esa idea como si fuera el hilo de esperanza que necesitaba para que mi vida no fuera una mierda. Sin embargo, ese hilo se rompió hace mucho tiempo.

A diferencia de Oliver, creo que el corazón sí se puede romper. Creo que el mío se debilita cada día que pasa sin estar con ella. Creo que mis pulmones no se llenan de aire, y que las canas que me están saliendo antes de tiempo se deben a la preocupación que me embarga al no tenerla cerca. Creo que mi apetito necesita cierto estímulo, pero sigo sin recibir mi alimento más importante, ya que no me apetece comer sin que ella comparta mi plato.

La pregunta de la semana es de @DMC_17: «¿Qué le dirías a un profesor que te aconsejó no usar determinadas palabras en tus escritos porque son de uso común?».

Respuesta: Un profesor mío me dijo una vez algo que nunca he olvidado: «La escritura no tiene reglas. Si unas palabras te sirven, utilízalas».

38

Estelle me invitó a cenar, y cuando llegué a su casa y me recibió dando saltitos, supe que pasaba algo.

—Jenson sale en la tele esta noche, ¿lo sabías? —preguntó en cuanto entré.
Fruncí el ceño.

—No. ¿Por qué sale en la tele?

—Es que está haciendo una gira de promoción y, al parecer, eso de los romances ha sido elegido por gente del cine o algo así.

—Estás de coña... —Me quedé boquiabierta.

—Eso es lo que me ha dicho Oliver —añadió al tiempo que se encogía de hombros.

—No, Oliver no ha dicho eso —dijo el aludido, saliendo del dormitorio.

Llevaba unos pantalones cortos de deporte y se secaba el pelo con la toalla. Supuse que acababa de salir de la ducha, ya que olía a champú masculino.

—En serio, ponte una puta camiseta o algo —gruñí, haciendo que los dos se rieran—. ¿De qué estás hablando? ¿Por qué sale Jenson en la tele?

Oliver suspiró, negando con la cabeza mientras se acercaba a la pantalla. Cogió el mando y sintonizó un programa de entrevistas muy popular. Se sentó en el sofá de enfrente, lo mismo que Estelle, y me miraron. Pero yo seguía en estado de shock, como si fuera objeto de una cámara oculta, o algo así.

—Estáis de coña, ¿no? Vais a hacer que me siente y luego sonará el timbre, aunque no se tratará de una pizza, sino que estará Jenson al otro lado de la puerta, ¿verdad?

Arquearon las cejas.

—Er..., no. No habría estado mal; claro, que teniendo en cuenta que no le has respondido al teléfono... —Oliver dejó la frase inconclusa.

—Sí, eso habría sido muy romántico —convino Estelle.

Los miré confusa y me senté en el otro sillón.

—Entonces, ¿por qué vemos este programa? Estáis liándome. ¿Lo van a

entrevistar? ¿Por qué lo sabe todo el mundo menos yo?

Sonó el timbre de la puerta, y pegué un brinco en el asiento, con el corazón acelerado.

—Os lo juro por Dios, como sea él, estáis muertos. Oficialmente.

Oliver puso los ojos en blanco y se levantó para abrir la puerta. No era Jenson ni un repartidor de pizzas, sino Victor.

—Tiene que ser una jodida broma —gemí por lo bajo.

—¿Qué coño...? Yo también me alegro de verte —saludó, entrando en el salón y sentándose a mi lado. Puse los ojos en blanco y me acerqué a él para darle un abrazo.

—No es nada personal, Vic, es que me siento como si estuvieran gastándome una broma de cámara oculta, como en ese programa, Punk—d.

—¿Te refieres a ese programa en el que la gente era sorprendida con algo? —preguntó.

—Bien, Vic, acabas de describir todos los que han emitido en los últimos veinte años —se burló Estelle.

—Pero en divertido... —dijo él.

—Una vez más, todos y cada uno —repuso ella.

—El que presenta ese tipo que está casado con Demi Moore.

—Están divorciados, pero sí, ese.

—Estoy totalmente fuera de onda —dijo—. ¿Veis? Es que no sé ni para qué se casan. Pero no hablo de vosotros. Vuestro matrimonio va a durar para siempre.

Oliver negó con la cabeza y Estelle sacudió la suya mientras yo trataba de no reírme.

—Principalmente porque te mataré, Bean, si le rompes el corazón a Elle —añadió Victor antes de reírse—. Entonces —se dirigió a mí—, ¿estamos aquí para ver cómo Jenson se pone en ridículo?

—Habla por ti, yo me acabo de enterar de que va a salir en la tele.

Frunció el ceño.

—Pensaba que estabais saliendo.

—Salíamos —dije, pero me detuve—. Salimos.

—A ver, aclárate, ¿salíais o salís?

—Salimos.

—Mmm...

—Mmm, ¿qué?

—Mmm, nada.

—Te voy a matar, Victor.

—Jamás debes decir lo que vas a hacer antes de llevarlo a cabo, Meep. Ellos quedan de testigos.

Gruñí. Estelle gimió y Oliver rio.

—Nadie quiere que te pongas en plan abogado, Vic. Meep no sabía nada porque él quería sorprenderla.

El programa empezó por fin, y se me aceleró el corazón.

¿Por qué demonios su agente había concertado esa entrevista? Entonces vi el título del programa y me relajé un poco: «Autores literarios menores de treinta y cinco años». Era evidente que querían dar a conocer autores que estaban a punto de lanzar nuevos libros. Jenson era uno de los tres invitados. Al parecer, los iban a entrevistar uno a uno, porque todavía estaban con el segundo cuando llegó la pizza.

Cuando mostraron el avance de lo que emitirían después del anuncio, el corazón me bajó al estómago y tuve que poner la porción de pizza a medio comer en el plato porque noté que me mareaba.

—¡Oh, Dios mío! Es el siguiente —dijo Estelle con un chillido tipo *fangirl*.

—No sé por qué estoy nerviosa —reconocí—, pero lo estoy.

Ella se rio.

—Yo también.

Oliver y Victor compartieron una mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Dios..., ahora ni siquiera puedo comer. —Dejé el plato de plástico en la mesa para el café.

El programa se reanudó otra vez y una rubia muy maquillada presentó a Jenson, que estaba sentado frente a ella, con una camiseta blanca, una americana negra y vaqueros oscuros.

—Está muy bueno —comentó Estelle.

Aunque no podía apartar los ojos de la pantalla, la oí aullar, y supuse que Oliver había mostrado su desaprobación ante aquellas palabras, como siempre.

—Sí —convine con un suspiro. Se había peinado hacia atrás y se había recortado la barba en plan barbita de tres días.

—Ni siquiera parece nervioso —constató Victor.

—Yo lo estaría —reconoció Oliver.

—¡Shhh! —advertí.

Se callaron. Me eché hacia delante en el asiento y me incliné sobre el mando a distancia para subir el volumen.

—Eres conocido por tus libros infantiles, y en Nueva York, por las columnas dominicales, ¿qué es lo que te impulsó a escribir una novela romántica?

Jenson sonrió y se pasó una mano por el pelo.

—Escribo lo que me pide el cuerpo. Lo que me sale, y en este momento ha sido esta novela.

—¿Puedes hablarnos un poco sobre ella? —le dio pie la entrevistadora.

—Claro. Se trata de un chico y una chica que están destinados a estar juntos, pero la vida los obliga a separarse por un tiempo, hasta que vuelven a encontrarse. Luego se dan cuenta de que su vida ha cambiado un poco, y deben averiguar si vale la pena cambiar la existencia que llevan para poder estar juntos.

La rubia sonrió.

—Parece una historia muy romántica y caótica.

—La mayoría de los romances lo son.

—¿Te has inspirado en tu vida o en la de alguien conocido?

—Sin duda, en mi vida.

—¿Has escrito la novela para la chica que se te escapó?

—Sí.

—¿Puedes contarnos algo sobre ella, sobre vuestra historia o incluso leernos un fragmento?

Volvió a sonreír, miró a la cámara directamente y guiñó un ojo. Sentí que el aire ardía a mi alrededor. Comencé a mover el pie por la impaciencia que me embargó mientras esperaba.

—Algunos afirmaban que la amaba hasta la locura, rozando la obsesión. Decían que la había puesto en un pedestal y que no conocía su verdadero yo. Quizá tuvieran razón. Tal vez me volví loco. Pero voy a ser sincero: si era así, me importa un bledo. Solo sé que ella consigue que arda, y si me analizaran sabrían si está cerca de mí o no por las huellas de llamas que deja a su paso. Porque eso es lo que siento cuando pienso en ella, y prefiero vivir en llamas que muerto en vida sin ella. —Hizo una pausa, y yo solté el aire, pero luego dijo una cosa más—: Vuelve conmigo, mi pequeña Correcaminos; mi mundo es frío y aburrido sin ti.

Tanto la entrevistadora como mis amigos guardaron un sorprendido silencio. La rubia fue la primera en reaccionar; parpadeó tres veces antes de hablar.

—Guau... Ha sido... Sin duda, voy a leerlo. Espero que tu Correcaminos regrese, pero si no se decide, estoy segura de que habrá muchas mujeres dispuestas a ocupar su lugar.

Estelle y yo compartimos una mirada: «¡Menuda zorra!».

Jenson siguió hablando sobre el libro, mencionando cuándo se publicaría, mientras yo permanecía allí sentada con la boca abierta. Miré a mi alrededor, a Estelle, Oliver y Victor, que tenían el mismo aspecto que yo.

—Bueno... Creo que podemos estar seguros de que seguís juntos —comentó Victor finalmente—. Quiero decir, que, ¡joder!, hasta me ha conmovido a mí. Sin embargo, sigo pensando que está obsesionado contigo.

Unos días después, me senté en el centro de la cama con un sobre que me había enviado Jenson. Cayó sobre mí una sensación de *déjà vu* mientras permanecía sentada en el mismo sitio donde había recibido las cartas que me había enviado cuando se marchó. Las que había quemado, sin abrir. En esta ocasión había muchas cosas diferentes: mi edad, mi experiencia, mi vida, pero la sensación de anticipación que me inundó era la misma. Y me di cuenta de que sería así siempre. Podría leer un simple Post-it escrito por él de su puño y letra, y me embargaría la misma emoción. Abrí el sobre y sonreí al ver más corazones de papel; esta vez con palabras escritas en ellos.

Leí los primeros:

«Vuelve a casa, mi Correcaminos. El invierno no es lo mismo sin ti».

«No puedo ver Sherlock sin ti».

«No me gusta hacer un brunch cuando no estás conmigo».

«He perdido a mi musa; por favor, devuélvemela».

Me reí cuando lo leí, pensando en todas las veces que Oliver había llamado idiota a Jenson y lo bien que le había ido. Al volcar el sobre, me di cuenta de que también me había enviado un manuscrito del libro. Sonreí. Y, por fin, un montón de folios. Dejé el manuscrito a un lado y me concentré en las páginas sueltas. La primera estaba en blanco, pero en la siguiente había una explicación.

«No te enfades conmigo, pero he convencido a Fran para que incluyera nuestra historia en el especial del periódico. Sin embargo, no tardé demasiado en hacerlo: es una romántica empedernida. El único problema es que está sin terminar. Aunque

yo quería que siguiera siendo así, porque nuestro amor no tiene fin, Ross —el muy idiota— se ha empeñado en ponerle fin, ya que ha querido entrevistarnos. He respondido mi parte. El resto depende de ti».

Cuando pasé la página, me sorprendió ver imágenes de nosotros dos, de mí, de él, de los tres en un parque. Y cuando seguí, sonreí porque me di cuenta de que me había enviado la entrevista, y si no hubiera decidido ya que ningún trabajo soñado era mejor que despertarme todos los días junto al hombre de mis sueños, lo habría hecho en ese momento.

Entrevista realizada por Ross Lindstrom para Newsweek.

La gente habla de medias naranjas como si fueran la pieza que falta en el rompecabezas irresoluble que son nuestros corazones. No sé si estar o no de acuerdo con esa idea, porque ya he encontrado al amor de mi vida; la conocí cuando los dos éramos muy jóvenes. Demasiado para reconocer el amor, argumentarían algunos, pero no puedo imaginarme completo sin ella, ya que lo es todo. Siempre lo ha sido. Mia es una de esas personas que, sin duda, ha llegado a este mundo con todas sus opiniones formadas, con pensamientos y conductas propias, en los que nadie podía influir a menos que fueran Arthur Conan Doyle o, quizá, George R. R. Martin.

Nos conocimos cuando éramos niños, pero no fue hasta que terminamos nuestra formación y tuvimos claras nuestras ideas y opiniones sobre la gente que nos enamoramos. Eso no quiere decir que ignoráramos al otro, sino que todavía no estábamos preparados. Diría que los seres humanos no estamos destinados a encontrarnos, sino que nuestras almas quedan prendidas alrededor de las personas que amamos y las vidas en las que influimos. No lo discuto, porque siempre he sabido que ella ha sido quien tiene cerebro en nuestra relación. Incluso cuando nos separamos no perdimos el contacto, ya que con frecuencia salía su nombre en una conversación con las personas con las que ambos seguíamos tratando. «Con todo el tiempo que ha pasado, podrías haber pasado ya de ella». Es algo que siempre me ha rondado por la cabeza, y, de acuerdo, podría haber seguido adelante, pero no fue así.

Los dos hemos salido con otras personas, y creo que hablo en nombre de los dos cuando digo esto: no ha funcionado.

RL: ¿Ha habido algún momento en el que pensaras que no volveríais a estar juntos?

JR: Todos los días. Bueno, rectifico: se me pasó por la cabeza todos los días, pero luego pensaba: «Bueno, quizá... Si se presenta la ocasión, si la situación es propicia, si las estrellas se alinean de nuevo...».

RL: Algunos pensarán que estás loco por mantener la esperanza tanto tiempo.

JR: Tendrían razón. Pero jamás he presumido de estar cuerdo.

RL: Ahora que estáis juntos de nuevo, ¿crees que os casaréis o que esperaréis a ver qué pasa?

JR: Ya hemos esperado bastante.

RL: ¿Cómo se lleva Mia con tu hija?

JR: Se adoran.

RL: ¿Se ha complicado la situación con tu ex ahora que vas en serio con otra persona?

JR: Sin duda no. Creo que le hace feliz que yo también lo sea.

RL: ¿Quieres agregar algo más?

JR: Puede que nuestras almas estén realmente repartidas en las cosas que nos gustan, y que todos nos sintamos muy perdidos, pero desde el momento en el que me miró, sentí como si hubiera encontrado la mía.

39

Llegué a un acuerdo con Carol sobre las fotografías que quería para el Met. Me había dado un adelanto importante a cambio de conservarlas y poder transferirlas a otros museos. También me dijo que hablaría con una amiga de National Geographic sobre mí. Una vez que dejé oficialmente el trabajo en Los Ángeles, llamé a Fran para decírselo, y me ofreció un empleo como fotógrafa para algunos artículos de la revista, pero era un trabajo que obligaba a viajar, así que tuve que decirle que lo pensaría. Hablaría de ello con Jenson..., si todavía me dirigía la palabra.

Empecé a leer su libro y, cuando llegué a la última página, pensé: «¿Qué coño...?».

—¡Solo me ha enviado la mitad del libro! —le dije a Oliver cuando lo vi en el desayuno.

Se rio.

—Es un puto genio.

—No lo es. ¿Lo has leído?

Frunció el ceño.

—¿Doy la impresión de que me queda tiempo para leer libros románticos? El último que leí fue sobre la desensibilización de los sistemas.

—Dios..., qué friki eres.

Se encogió de hombros.

—Me siento abrumada, Bean. No sé qué pensar. No hablar con él me está volviendo...

—Loca —completó.

—Exacto —reconocí.

Se encogió de hombros otra vez.

—Es una suerte que esté de gira de promoción, dado que tengo que vigilarte y estoy cansándome de mentirle por ti.

—Pero ¿qué te pregunta?

—«¿Meep está saliendo con alguien? ¿Por eso no responde a mis llamadas? ¿Estás seguro de que vio la entrevista? La llamé en cuanto recibí un mensaje de texto suyo al respecto y no me ha respondido...» —soltó Oliver imitando a Jenson.

Dejé caer los hombros. Puse los codos sobre la mesa y apoyé la barbilla.

—No puedo hablar con él, Bean, se lo diría en cuanto oyera su voz. No se me da bien mentir.

Suspiró mientras se pasaba la mano por el largo pelo.

—Creo que todo esto es una mierda, pero vas a regresar muy pronto, así que... —Se encogió de hombros.

No me hizo sentir mejor. Después de esa conversación, me pasé el día vomitando.

Un par de días después, les pedí ideas y consejos a mis amigos —mis autoritarios, impositivos y adorables amigos— para regresar con Jenson. Rob lo llamó «Operación Retorno con Jenson». Era un nombre ridículo para una tarea igual de ridícula, así que protesté.

—Simplemente me presentaré ante su puerta —dije al principio. Oliver hizo una mueca—. Eres un pesado. ¿Y qué estás haciendo aquí? —pregunté, poniendo los ojos en blanco.

Se rio por lo bajo.

—Porque es mi puta casa, ¡joder!

Era cierto, ¡maldito fuera! Me había reunido de nuevo con Robert para que los tres (Estelle, él y yo) pudiéramos depurar el plan, y Oliver se unió a nosotros cuando llegamos al meollo de la cuestión. Poco después, llamó Víctor a la puerta, y, aunque les rogué que no le dejaran entrar, no me hicieron caso. ¡Capullos! Y luego, por supuesto, él también se sentó y dio su opinión.

—¿Os imagináis que lo llames y te diga que se reunirá contigo en algún sitio y que aparezca con uno de esos ligues suyos? —Víctor hizo una pausa larga—. Ha sido una idiotez.

—Eres un capullo —dijimos Estelle y yo a la vez.

—Un capullo que piensa en el futuro.

—En serio, ¿no podéis ponerle un bozal? —gemí mientras hundía la cabeza entre las manos.

Lo último que necesitaba era tener esa imagen en la cabeza. Conocía a

Jenson lo suficiente para saber que no iba a salir con ningún ligue en ese momento. Sabía que estaba ocupado. Lo que no sabía era cómo se sentía, porque seguía sin hablar con él. Solo nos habíamos dirigido la palabra una vez. Solo una, y fue porque quería saber si había visto la entrevista. Le dije que sí y no le di pie a mucho más, porque no sabía cómo hablar con él sin anunciar: «Oye, estoy embarazada. ¡Vamos a tener un bebé!». Fue una conversación muy corta y llena de monosílabos y «Ya hablaremos más adelante», que era lo que le había estado repitiendo hasta que colgué. Fue muy incómodo, y eso era algo que no describía nunca a nuestras conversaciones. ¿Intuiría que estaba pasando algo? ¿Pensaría que me iba a quedar en California?

—Sabes que piensa que te vas a quedar aquí, ¿verdad? —dijo Oliver.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—¿Por qué va a pensar eso? Ni siquiera he hablado con él.

Se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que está leyendo entre líneas.

—¿De qué líneas hablas? ¡No hemos intercambiado una palabra!

—De la última vez que hablasteis, supongo.

Solté un profundo suspiro. Lo suponía...

—No importa —dijo Estelle—. Vale. Tenemos un plan.

—No, no lo tenemos. Tal vez debería hacer lo que estaba pensando: ir a su casa, llamar a la puerta... y hablar con él.

—Eso queda pobre —opinó Robert. Lo miré, y se encogió de hombros—. ¿Qué? Lo es. Él se declara en una entrevista de emisión nacional, y tú vas y te presentas en su casa. Queda pobre.

Gruñí.

—¿Qué coño queréis que haga?

—¿Y si voy contigo? —sugirió Oliver.

—Bean, ya no tengo doce años. Puedo hacerlo sola.

—Por Dios, eres peor que Estelle... Cállate y escúchame. ¿Y si llamo para decirle que tengo que ir a Nueva York para una conferencia o algo así, quedo con él en algún sitio y luego apareces tú...?

—Y luego, ¿qué? —preguntó Víctor—. Le declara su amor por él, ¿dónde exactamente? ¿Delante del árbol de Navidad de *Solo en casa*?

Me mordí el labio para no reírme. Robert y Estelle no se contuvieron, y Oliver negó con la cabeza.

—No, idiota. Pero tampoco es una idea tan terrible. ¿Ya está encendido?

—Creo que sí —dije.

Victor y Rob se pusieron a comprobarlo con el móvil.

—Según Google, el 3 de diciembre —anunció Rob.

—Sí, el 3 de diciembre —corroboró Victor, como si Google pudiera tener dos respuestas diferentes.

—Por lo que podría hacerlo... —dijo Estelle.

—No, ni hablar. Es una cursilada.

—Es muy cursi, sí —convino Victor—. ¿Qué? ¡Lo es!

—Tengo que solucionar esto antes de estar embarazada de ocho meses —dije frustrada. Y entonces vi la cara de Victor.

—No me jodas...

—Mierda. —Me golpeé la frente con la mano—. ¡No puedes decirle nada!

—¿A quién no se lo puedo decir?

—A Jenson, evidentemente.

—¿Y estropear la sorpresa? Ni hablar. ¿Quién más se apunta a ir a Nueva York este fin de semana? —preguntó, mirando alrededor con complicidad—. Sé que quieres que vayamos —añadió.

—¡No sabes nada, Jon Nieve!

—¿Quién coño es ese? —preguntó Vic.

Puse los ojos en blanco.

—¿Para qué querría tenerte allí?

—Quizá porque lo estamos planeando todos contigo.

—¡Tú ni siquiera deberías estar aquí!

—¡Eh! Las cosas son como son, y no te cabrees.

Le tiré el bolígrafo.

—¿No se te ocurre otra cosa que citar a mamá? Qué lamentable... —se rio Estelle—. Podemos ir contigo si quieres, Meep. No nos importa.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, imaginando cómo podía ser la escena: todos rodeándonos, mis padres haciendo fotos. Era una de esas cosas que parecían un cuento de hadas, pero, conociendo a mis amigos, podía convertirse en un buen lío.

—No creo que sea una buena idea —dije finalmente.

Se quedaron callados un instante.

—Vale, pues no vamos —aceptó Oliver. Estelle le hizo un mohín, y él se rio al tiempo que le ponía el brazo sobre los hombros y la besaba en la cabeza—.

No me pongas esa cara. Es ella la que no quiere.

—Venga, Meep, ¿por favor?

—Sois imposibles.

—¿Eso es que no? —preguntó.

Negué con la cabeza. Habría sonreído si no hubiera estado tan histérica. Luego se me ocurrió algo que Millie había mencionado en una conversación.

—Creo que ya sé lo que voy a hacer —dije. Noté clavados en mí cuatro pares de ojos—. Pero es una locura tan, tan grande, que no sé si me atreveré a hacerlo.

Después de explicarles la idea, decidieron que iban a ir conmigo, quisiera yo o no.

Una semana y media y un montón de llamadas telefónicas después, con la ayuda de toda la gente que había entrado en contacto durante mi estancia en Nueva York, me dirigí hacia Times Square. Todavía había luz suficiente para poder distinguir las caras de las personas que había alrededor. Me senté en uno de los bancos, justo en medio del caos, y esperé. Respirar hondo no ayudaba a que bajara la ansiedad. Debería haber ido a su casa. Debería haber ido allí y haber llamado a su puta puerta como había pensado originalmente. Esto era ridículo. No podía contener los nervios. Había leído *online* que la gente hacía propuestas como esa a todas horas, que compartían aquel espacio y escribían las palabras en pantalla, y tampoco era que le fuera a hacer una propuesta o algo así.

Cuando oí a alguien que jadeaba entre la multitud, supe que no había vuelta atrás. Me vibró el móvil en el bolsillo. No lo saqué siquiera; me limité a mirar hacia arriba, a la derecha de él. Jenson estaba allí, con las manos en los bolsillos de la chupa de cuero, y movía la cabeza mientras miraba las imágenes que parpadeaban detrás de mí. No podía distinguir su expresión. No sabía si estaba contento, sorprendido o cabreado. No tenía forma de saberlo. Miré hacia atrás cuando dejó de mover la cabeza y clavó los ojos en el centro. Éramos nosotros dos, el día que yo cumplía dieciocho años y él veintidós. Habíamos pasado ese fin de semana en San Francisco —nosotros, Rob, nuestros amigos—. Había sido un gran cumpleaños, el último que pasamos juntos. En la foto, él me llevaba a caballito mientras me miraba, y mi pelo largo y ondulado flotaba en el viento mientras nos reíamos.

Con el tiempo, lo que más me gustaba de esas imágenes era que nuestras emociones se habían quedado congeladas. Incluso años después de haber hecho esa foto, después de todo lo que habíamos pasado, el dolor, las peleas, la lucha cuando me miraba, sentía la felicidad que habíamos compartido ese día. Recorrí el camino desde los bancos hacia donde él estaba, con su mirada clavada en mí. Él también se acercó, y mantuvo las manos en los bolsillos hasta que llegué.

—Lamento esta encerrona... —dije—. Bueno, en realidad no. Es algo que ha llevado mucha planificación, pero ahora..., es que... —Tragué saliva, sin poder apartar la mirada de la suya—. Te amo —solté de golpe. Miró la pantalla a mi espalda, esbozando una sonrisa ante lo que fuera que estuviera viendo allí, y luego clavó los ojos en mí de nuevo con una expresión más seria—. Y lo siento. Lamento haber sido tan egoísta y haberte dejado a un lado cuando Krista se quedó embarazada, en vez de seguir siendo tu amiga, porque era tu mejor amiga y sé que te fallé. —Parpadeé para intentar hacer desaparecer las lágrimas que amenazaban con caer de mis ojos—. Siento haber culpado de todo lo que pasó a la niña más preciosa que he conocido nunca...

Hice una pausa para coger aire.

—Y también me siento mal por haberme alejado de ti últimamente. —Hice otra pausa para secarme los ojos—. Mentía cuando te dije que esto era algo temporal. Y también cuando te aseguré que no podía quedarme aquí.

Sorbí por la nariz y me limpié la cara, tragando saliva para hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta antes de seguir.

—Lamento haber dado todo por sentado y no haberte dicho nunca que estoy enamorada de ti. No sé por qué no te lo dije cuando acepté ir a tomar el *brunch* contigo la primera vez, ya que me sentí como si volviéramos a ser adolescentes otra vez y tuviéramos la oportunidad de empezar de nuevo.

Las lágrimas se derramaron por mi cara, por lo que me interrumpí otra vez y me tomé un momento para recobrar la compostura.

—Pero, por encima de todo, lo que más sentiría es si alguna vez te he hecho sentir como si no te hubieras esforzado lo suficiente para conservarme cuando todo lo que has hecho ha sido tratarme como todas las mujeres deberían ser tratadas. Y no haberte dicho que eres suficiente, porque lo eres; eres suficiente. De hecho, más que suficiente. —Me limpié de nuevo la cara y solté un largo suspiro, y no volví a hablar hasta que supe que podía hacerlo, aunque

me temblaran los labios—. Y ahora estoy aquí, después de meter la pata hasta el fondo, aunque ni siquiera sé si he esperado demasiado, si estás cabreado, o incluso si sigues queriéndome.

Esbozó una cálida sonrisa mientras cerraba el espacio entre nosotros. Me cogió una mano y me quitó el guante lentamente, dedo a dedo, mientras nuestras miradas se quedaban trabadas; luego metió mi mano debajo de su chaqueta, contra su corazón.

—¿Late?

Asentí con la cabeza muy despacio.

—Entonces todavía te quiero.

Sus palabras se vertieron en mis venas como una anestesia.

—¿De verdad?

—De verdad... —Encerró mi cara entre sus manos—. Esto... Lo que acabas de hacer... Nadie nunca... —Respiró hondo, parpadeó mirando al infinito un instante mientras negaba con la cabeza—. Esto ha sido... Gracias —musitó con la voz temblorosa—. ¿Qué ha pasado con tu trabajo soñado? —preguntó después de aclararse la garganta.

—He cambiado de sueños.

—¿Sí? —insistió en voz baja mientras trazaba círculos con el pulgar sobre mi mejilla, sin apartar los ojos de los míos. La mirada de incredulidad que me estaba dirigiendo era suficiente para que mi corazón estallara—. Algunos sueños no cambian.

—Algunos no... —convine, apoyándome en él—. Pero yo he regresado aquí. Esta vez para siempre.

—Espero que a mi casa.

—Bueno, la noche pasada estuve en un hotel, y he estado buscando algo por aquí desde que llegué, pero todo es condenadamente caro, y no estaba segura de que tú...

—Mía...

—¿Qué?

—Cállate —dijo al tiempo que apretaba los labios contra los míos. Me besó de la misma forma que había entrado en mi vida, con intensidad, imposible de olvidar—. Vas a llevar todas tus cosas a mi casa. No me importa si tengo que ir a Santa Bárbara para hablar con tus padres y Rob, hablaré con todo el jodido mundo si es necesario para tener su aprobación.

Solté una risita tonta y dejé caer los brazos.

—No me digas que no les has dicho que te venías para aquí... ¿Les has dicho que te mudabas a Nueva York? Mia, ¿qué cojones...?

—No, no, si lo saben.

—Vale... —Fruunció el ceño mientras me examinaba—. ¿Qué coño te pasa?

— Bueno... —Noté mariposas en el estómago—. Sí, voy a vivir contigo.

—¿Pero?

—Estoy... Bueno, no te enfades, ¿vale?

Se cruzó de brazos mientras me miraba fijamente con tanta intensidad que tuve que dar un paso atrás. Se suponía que debía enviar un mensaje de texto a mis amigos para que pusieran otra foto, pero me temblaban demasiado las manos y no sabía si podría sostener el teléfono. Por fin, cogí aire y lo solté.

—Estoy embarazada. Es decir, estamos embarazados. Técnicamente lo estoy yo, pero vamos... vamos a tener un bebé.

Me miró boquiabierto.

—¿Qué?

—Es que no quería decírtelo por teléfono, y luego no quería llegar aquí y decírtelo sin estar segura, y Oliver se puso en plan...

—¿¿Oliver lo sabe?! —gritó—. ¡Mia! ¿Qué coño...?

—¡Estaba allí cuando hice pis en el puto palito!

Jenson negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—Solo lo saben Rob, Elle y él. Bueno, y mis padres, porque tenía que decírselo en persona. Y Victor, porque un día se me escapó cuando estaba delante. —Me encogí un poco cuando me miró con incredulidad—. Lo siento, ¡estaba hecha un lío y me volví un poco loca! Es decir, siento haberme quedado embarazada antes de haber aclarado todo contigo, pero no lamento estarlo, ¿entiendes?

Me puso una mano en la nuca impidiéndome continuar, y me miró con ternura mientras acercaba los labios a los míos para besarme con suavidad.

—Nena... —susurró contra mis labios—. No estoy enfadado porque estés embarazada. Pero me hubiera gustado... —Soltó el aire mientras pasaba el pulgar por mi mejilla húmeda— estar allí mientras hacías pis en el palito. — Me rozó la punta de la nariz con los labios—. Viendo cómo te volvías loca. — Me besó en la frente—. Quiero estar ahí contigo para todo. —Se echó atrás para mirarme—. Y no voy a decirte esto porque quiera hacer lo correcto, Mia. Ya no soy un niño. No voy a casarme porque haya dejado embarazada a una chica y tenga que hacer lo que esperan de mí, porque no necesito hacerlo en

este caso. —Soltó un tembloroso suspiro y sonrió—. Pero, ¡joder!, me harías el hombre más jodidamente feliz del mundo si te casaras conmigo.

Le rodeé el cuello con los brazos y me reí.

—Me lo pensaré.

—Vale. —Se inclinó y me levantó en el aire para dejar caer un beso en mis labios—. Quizá debería llevarte a casa y follarte hasta que recuperes el sentido.

—Quizá...

—Quizá lo haga. —Se quedó quieto para mirarme—. No me puedo creer que esté sucediendo esto de verdad.

—Lo sé. —Lo besé de nuevo—. Antes de continuar charlando sobre sexo y esas cosas... Mis padres están allí.

La expresión de su cara fue inenarrable, y me alegré de que nos estuvieran filmando.

—Mierda... Tu padre me va a matar.

—No, no lo hará. —Me reí—. Le parece bien.

Hice un gesto arriba y abajo con las manos a modo de señal y, de repente, todos estuvieron allí: mi padres, Rob, Juan Pablo, Víctor, Estelle y Oliver, con Olivia de la mano, que miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos y una sonrisa en la cara. Oliver había ido a buscarla a casa de Krista para decirle lo que iba a pasar. Jenson me dejó de nuevo en el suelo mientras los contemplaba con incredulidad. Olivia se lanzó hacia mí con los brazos muy abiertos y me incliné para pillarla en el aire.

—Has vuelto... —me dijo, hundiendo la cara en mi cuello y rozando la naricilla fría contra mi piel.

—Te dije que lo haría.

—Estoy muy contenta de que estés aquí. Te he echado de menos.

—Yo también a ti. Y mucho además —confesé mientras me caían las lágrimas por la cara hasta las ondas de su pelo.

—¿Te vas a quedar?

—Sí, de verdad —aseguré—. No voy a volver a marcharme.

Se echó atrás para mirarme sonriente.

—Podemos hacer más fotos, y más fiestas...

—Muchas —dije mientras me inclinaba para besarla en los mofletes y dejarla en el suelo.

Oliver la cogió en cuando sus pies rozaron el suelo, y ambos me sonrieron.

—Todo un espectáculo —afirmó.

—Gracias a todos.

—¡Te advertí que no dejaras embarazada a mi hija! —gritó mi padre al llegar junto a Jenson, que estaba detrás de mí, abrazando a mi madre.

—¡Papá!

Jenson se rio mientras estrechaba la mano de mi padre, y este lo abrazó con fuerza.

—Bienvenido a la familia.

Cuando me miró, Jenson sonrió antes de abrazar también a mi madre, pero en ese instante sentí lo mucho que esto significaba para él y me puse a llorar de nuevo.

—Estúpidas hormonas...

—Oh, claro que sí, échales la culpa a ellas —se burló Estelle, que también estaba llorando, mientras me rodeaba con los brazos—. Me encantan esas imágenes. En especial una de cuando teníamos doce años y tuvimos que pelearnos para poder tomar algo de comida en la fiesta de cumpleaños de Víctor. ¿Cómo la has conseguido?

—Mi madre se la ha pedido a la tuya.

Elle sonrió, secándose las lágrimas.

—Vas a tener que ponerlas en la boda.

—¿Boda? ¡Oh, Dios mío! ¿Vamos a tener una boda? —chilló mi madre.

Los miré con los ojos tan abiertos que me pareció que se me saldrían los ojos de sus órbitas.

—¡No! —repuse.

—¡Sí! —intervino Jenson.

—¡No estamos comprometidos!

—Lo estaremos muy pronto.

Puse los ojos en blanco.

—No quiero casarme solo por estar embarazada.

Jenson se acercó a mí otra vez y me cogió la cara entre las manos.

—Tienes que hacerlo, porque si no te casas conmigo, Mia Bennett, seguiré usando tu nombre una y otra vez hasta que todo el mundo esté harto de alguien llamado Mia.

—¡El mundo ya está harto!

Se rio entre dientes.

—Entonces, es mejor que digas ya que sí.

Lo miré a él y luego posé la vista en mi madre, mi padre, Rob, Juan Pablo, Víctor, Estelle, Oliver y de nuevo en Jenson.

—Lo pensaré.

—¡Dios mío, qué terca eres! —afirmó Víctor.

Jenson me besó y lo rodeé con los brazos, y después de pasar a tomar tarta de queso en Junior—s y de llevar a Olivia a casa de Krista y Barry, nos fuimos a su casa.

—¿Has terminado el libro? —pregunté más tarde, cuando estábamos ya dentro, a los pies de la escalera.

—Sí —esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué solo me has enviado la mitad?

En su pecho retumbó una profunda risa que sentí vibrar contra mí.

—¿De qué otra forma hubieras vuelto a casa?

—A casa... —repetí sonriendo.

—Tu casa está donde estoy yo. Recuérdalo la próxima vez que decidas huir.

—Tomo nota —me reí.

Mientras subíamos las escaleras, empecé a quitarme el jersey, la bufanda, la camiseta, y él se detuvo al llegar arriba para besarme de nuevo.

—No te enfades —dijo él.

—¡Oh, Dios! ¿Qué has hecho?

—Me acabo de acordar de que le he enviado a Jeff la dedicatoria del libro para que la publicara en la columna del domingo.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, mirándolo boquiabierto.

Sonrió.

—He tenido que recurrir a la artillería pesada para recuperar a mi chica.

—Jenson, no necesitaba saberlo todo el mundo.

Se rio y me lanzó sobre la cama.

—Ya, bueno, mi chica estaba haciéndose la difícil.

—Qué idiota eres...

—Solo a veces... —Me empezó a quitar los vaqueros y a depositar besos sobre mi vientre, aunque todavía no había ni rastro del embarazo. Luego buscó mis ojos con los suyos—. No me puedo creer que vayamos a tener un bebé.

Sonreí y le pasé la mano por el pelo.

—Puedes creerlo...

Siguió moviendo los labios sobre mí muy despacio, primero con suavidad, luego empezó a mordisquearme la piel y, por fin, a succionármela.

—No puedo creerme que te vayas a casar conmigo —susurró contra mi sexo.
—Claro, tenías que esperar a tener la cabeza entre mis piernas para sacar el tema de nuevo —solté con un jadeo.

—Solo tienes que decir la palabra más sencilla del mundo —sugirió, con un largo pase de lengua.

—¿No? —pregunté jadeando con fuerza mientras le tiraba del pelo.

—¿Cuál es el antónimo de esa? —insistió con una sonrisa.

—¡Oh, Dios mío, Jenson!

—Otra —dijo, lamiéndome de nuevo.

—Joder...

—¿Qué pasa después de eso? —preguntó, usando también los dedos hasta que arqueé las caderas y sentí que la sangre me hervía en las venas.

—¡Sí! —grité mientras me dejaba llevar.

Movió los labios por mi cuerpo mientras recuperaba el aliento, y cuando su rostro llegó a la altura del mío, se impulsó dentro de mí con un rápido y delicioso movimiento que hizo que volviera a decir «¡Sí!».

—Ahí lo tenéis, amigos míos, el día que Mia Bennett accedió por fin a casarse conmigo —me musitó al oído.

Más tarde, siguió recorriéndome el estómago con los dedos mientras me miraba con una sonrisa.

—No me puedo creer que sea de verdad —repitió.

—Ni yo —respondí, pasándole los dedos por la cara—. No me puedo creer que hayas vuelto a tu *look* de *hipster*.

Se rio entre dientes.

—Debe gustarte en serio cómo me queda la barba.

—Bastante. —Permanecemos en silencio durante unos segundos—. He pensado en ti todos los días, a cada minuto, mientras no estábamos juntos. Pero no quería darte esta sorpresa por teléfono —susurré.

Nos pusimos de lado, mirándonos mientras él me acariciaba la cara con la mano y yo le rozaba la barba con la yema de los dedos.

—Nunca he dejado de pensar en ti. Durante años, apareciste en todos mi pensamientos. Estás en todas partes.

Me incliné y lo besé con suavidad.

—Por eso has escrito esa serie de libros sobre mí.

—Básicamente. —Sonrió.

—¿Cómo ha terminado tu historia de amor? —pregunté un momento después.

Sonrió, curvando los labios de oreja a oreja con lentitud antes de apretar los labios contra los míos. Me apartó lentamente para mirarme a los ojos.
—Las verdaderas historias de amor no terminan nunca —susurró.

La columna de Jenson

Nunca pensé que me gustaría terminar esta historia. Durante un tiempo estaba convencido de que, incluso aunque lo hiciera, nadie tendría interés en ella. Si estás familiarizado con mis libros de poesía y para niños, sabrás que no es lo que acostumbro a escribir, así que gracias de antemano por darme la oportunidad y leerlo.

CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN

Una novela de Jenson Reynolds

*Para Mia, que nunca ha tratado
de cambiar mi lenguaje, sino que ha aprendido
a traducir el significado de mis silencios.*

EPÍLOGO 1

Jenson

Dicen que en el mundo hay un equilibrio. Un yin y un yang y que algunas personas dependen de ello en gran medida. Una vida por cada muerte; un nuevo amor por cada fracaso. Es algo a lo que nunca he prestado demasiada atención. Al ser tan realista como soy, siempre he presumido de que son otros los que ponen excusas a las injusticias del mundo. Entonces llegó Mia, una criatura desinteresada que me enseñó a ver las cosas de forma diferente. Hizo que me diera cuenta de que todos merecemos ser aceptados, sin importar quiénes seamos o de dónde vengamos.

Y a pesar de que me dejó y me apartó cuando sentía que más la necesitaba, me doy cuenta de que aprendí las mayores lecciones durante su ausencia. Mis grandes pesares se han convertido en mis más grandes logros, porque he ganado en el proceso a otra criatura desinteresada. Y empecé a pensar que esas personas no eran tan tontas después de todo. Quizá exista ese equilibrio para todo el mundo. Quizá perder a mi estrella más brillante me llevó a aprender a ver el mundo desde una óptica diferente.

Luego las tuve a ambas y, en vez de convertirme en un paranoico ante la idea de perder a alguna de ellas, he empezado a dar gracias al universo, porque quizá estoy en Tatooine. Quizá la vida ha pensado que ya he sufrido suficiente y por eso me ha concedido estos dones, unos que no doy por sentados. Si la vida me ha robado cosas en el pasado y me ha dado a cambio una esposa, una hija y un hijo, entonces bien está, por ellos, porque es su momento, una etapa feliz y agradable. No tengo queja.

Bienvenido al mundo, Grayson Finch Reynolds. Sé que siempre serás amado y que siempre serás suficiente.

EPÍLOGO 2

Mia

TRES AÑOS DESPUÉS

Estaba hurgando en el bolso, en busca de las llaves de casa, cuando se abrió la puerta. Mis ojos, que seguían clavados en el interior de mi desordenado bolso, aterrizaron en los pies descalzos de Jenson. Fruncí el ceño antes de levantar la cabeza.

—¿No tenías trabajo hoy?

—Tenía.

Mi ceño se hizo más profundo cuando lo miré de arriba abajo. Estaba despeinado y sin afeitarse, y solo llevaba encima unos pantalones de chándal grises.

—¿Te estás convirtiendo en uno de esos padres que usan ropa deportiva todo el día y nunca llegan a ir al gimnasio?

Se rio mientras me abría la puerta para que cruzara el umbral, y dejé el bolso en la mesa del vestíbulo. En cuanto me volví hacia él, contuve la respiración. Me estaba estudiando de esa manera, la que hacía que me temblaran las rodillas y que el corazón se me acelerara.

—¿Dónde están los niños? —pregunté, bajando la vista a su torso desnudo y recreándome en cada musculosa cresta y en cada tatuaje.

—Rob y Juan Pablo se los han llevado al parque.

Se mordió el labio inferior al tiempo que me recorría el cuerpo con los ojos, y me estremecí de pies a cabeza. Retrocedí detrás de la mesa, y los candelabros de adorno vibraron con mi movimiento. Jenson sonrió acercándose un paso a mí.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera? —pregunté con un susurro entrecortado y el corazón se me desbocaba.

Él puso un brazo a cada lado de mí e inclinó la cabeza hacia mi cuello para apretar los labios contra mi piel. Suspiré y me arqueé hacia él, lanzando al

viento cualquier temor a que nos pillaran los niños cuando me recorrió con la lengua el lóbulo de la oreja.

—Tenemos tiempo suficiente —murmuró bajando las manos a mis caderas y apretaba su erección contra mí.

Dejé caer la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Buena respuesta.

Me lamió el cuello, la mandíbula, hasta llegar a la boca. Con gestos juguetones y burlones me separó los labios y los moldeó a los suyos. Me besó lentamente de esa manera, reconociendo mi boca como si no me hubiera besado esta mañana, o la noche pasada, con inflexible pasión. Ahuecó la mano sobre mi cara antes de que nuestras lenguas se unieran con un ritmo lento. Cuando me quedé completamente sin aliento y trataba de desatarle el lazo de los pantalones, se apartó de mí. Lo miré con aturdida confusión.

—¿Quieres ir al dormitorio? —pregunté jadeante.

Sonrió, pero negó con la cabeza.

—A la cocina. —Me cogió de la mano y me llevó. Lo seguí con los ojos clavados en su espalda.

Una vez allí, me soltó la mano y me dio la vuelta hacia la encimera. Lo miré con la mente nublada por la lujuria. Su risa profunda me hizo parpadear, y me centré en su cara, luego en la habitación, pero todo estaba tal cual lo había dejado cuando me fui al museo por la mañana para examinar un trabajo que había entregado. Jenson se inclinó hacia la encimera y deslizó hacia mí un montón de sobres, con una sonrisa más profunda al ver mi confusión.

Me puse el pelo detrás de la oreja.

—¿Tratas de seducirme antes de que vea las facturas del mes?

—¿Vas a mirar de una vez y a dejar de tratar de averiguar lo que trato de hacer?

Me subí al taburete y miré los sobres. Había unos treinta. Cogí el primero y lo leí, luego el otro, y todos los demás.

—¿Hay algo que debería saber? —pregunté haciendo una pausa—. ¿Como que me dejas dentro de unos días o algo así?

Puso los ojos en blanco y se apoyó en los codos mientras me miraba.

—¿No vas a decir nada?

—Abre el primero, Mia.

Cogí aire.

—Me da miedo enterarme de que has hecho una locura sin consultarme,

como escribir otra historia sobre mí, solo que en esta me matas porque estás harto de mí porque no quiero limpiar los baños o algo así.

—Es buena idea —dijo riéndose—. Muerte por discordia. Debería escribirlo.

Después de intentar lanzarle mi mejor mirada aviesa, abrí el primer sobre. Era una carta. Fruncí el ceño.

—¿Me has escrito una carta? —pregunté; entonces bajé la vista y abrí el siguiente. Otra carta. Y el siguiente era otra. Por fin, lo miré a los ojos—. ¿Quieres que las lea?

—Mira las fechas.

Lo hice. Todas las había escrito en nuestro cumpleaños. Conté los sobres. Eran veintisiete. Fruncí de nuevo el ceño y, por fin, leí el contenido del primero.

Mia:

Feliz cumpleaños de forma oficial. Me siento la persona mas afortunada del mundo, y como estoy escribiendo estas líneas la semana de tu vigesimonoveno cumpleaños, puedo asegurarlo con certeza. El día de tu nacimiento me inundó una sensación de plenitud, y aunque tal vez fuera por la anestesia o por tener que recurrir a una cesárea de urgencia después de llevar horas intentando que fuera un parto natural, en el momento en el que te pusieron en mis brazos fue como si por fin hubiera sabido por fin la razón de mi existencia. Según han pasado los años, has aprendido a hacer de mí lo que quieres y me has enseñado que tengo mucha más paciencia de la que nunca hubiera pensado. No siempre he estado de acuerdo con tus decisiones, pero hay algo que nunca va a cambiar, y es la sensación de orgullo y satisfacción que me invade cuando pienso en ti. Te adoro, mi curiosa niña de ojos brillantes.

Con todo mi amor,

Mamá

P. D.: Quiero más nietos.

Me sequé las lágrimas que me cayeron por las mejillas y miré a Jenson de nuevo. Él deslizó la mano por la encimera de mármol para cubrir la mía.

—¿Le has dicho a mi madre que me escriba una carta? —pregunté, hipando.

—No solo a tu madre.

Soltándome de su mano, miré el segundo sobre. Era de mi padre. La tercera carta la había escrito Rob. La cuarta y la quinta, Estelle y Oliver. La sexta, Millie. La séptima, Maria. La octava era de Tammy, la madre soltera a la que una vez había captado con la cámara y que ahora era modelo para un fotógrafo muy famoso en Italia. Seguí abriendo sobres y mirando la firma en la parte de

abajo del papel. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi una de Krista, y otra de Olivia, con su clara caligrafía de tercer grado, así como un divertido garabato de Grayson, que supuse que había hecho Jenson más que él, cuando estaban solos los tres. Y por fin, llegué a la de Jenson, que extendí sobre el mostrador, sonriente.

M:

Una vez conocí a una chica que cambió mi mundo. No solo mi mundo, sino mi vida. Supe en el momento en que nos encontramos que estábamos destinados a estar juntos, pero luego me marché y me dejó. Me dijo que sería mejor que nos separáramos de forma temporal. Un tiempo que me quedó claro que tendría que aceptar sí o sí. Cuando la perdí, no solo perdí a la chica que amaba, a la que había cambiado mi vida, sino también a mi mejor amiga, la que era mi roca, incluso aunque me diera por fingir que era inamovible y que no necesitaba a nadie. Le escribí cartas todas las noches y se las envié, y más tarde descubrí que las había quemado todas.

La idea de que ella no iba a leer esas palabras, las que había escrito para mantenerme cuerdo, para que siguiéramos conectados, me puso muy triste. Es algo en lo que pienso de vez en cuando, no porque crea que todo habría sido diferente si las hubiera leído, sino porque en esas cartas le decía lo especial que era, no solo para mí, sino para todo el mundo que la conocía. Durante los últimos dos meses le he pedido a toda esa gente que le escriba cartas, porque creo que por su cumpleaños se merece saber lo especial que es. Que no solo soy yo quien lo piensa.

Te quiero, siempre.

Tu marido

P. D.: He escondido las cerillas por si acaso te da por quemar estas también ;-)

Además, abre el otro sobre.

Puse la carta sobre la mesa y, poco a poco, levanté la vista hacia él. Tenía una expresión seria mientras me observaba abrir el papel y sacar el contenido. Eran documentos, un contrato con nuestros nombres. Se me aceleró el corazón según iba pasando las páginas hasta llegar a la última, donde aparecía la imagen de una inmobiliaria. Se trataba de un apartamento en Santa Bárbara. Estaba en un edificio en el que me había fijado cuando fuimos allí por última vez. Íbamos en coche hacia la playa cuando vi aquella construcción y me volví hacia él: «Me gustaría tener un apartamento ahí, cerca de nuestra playa. ¿No sería genial? Así tendríamos un sitio nuestro en el que quedarnos cuando viniéramos de visita».

Lo miré a los ojos.

—¿Lo has hecho?

—Si digo que sí, ¿habré conseguido una palmadita o una colleja? ¿O quizá las dos cosas? —preguntó al tiempo que me observaba con fuego en los ojos. Salté del taburete y fui al otro lado del mostrador.

Cuando me lancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos, empezó a reírse, estrechándome con fuerza y levantándose en el aire.

—Ya veo que he ganado la mejor opción —dijo con una sonrisa antes de cubrirme la cara de besos.

—No me puedo creer que se te haya ocurrido tal cosa.

—Feliz cumpleaños, Mia —me dijo antes de apretar los labios contra los míos.

—Feliz cumpleaños —le deseé en voz baja al tiempo que me inclinaba para darle otro beso, más despacio. Me cogió los muslos con las manos, y me los separó al tiempo que se apretaba contra mí. Me sentó en la parte superior de la encimera y, cuando dejó mi boca, se abrió paso hacia mi cuello, haciéndome jadear.

—No me puedo creer que le hayas dicho a toda esa gente que me escriba una carta.

—No me puedo creer que todavía no sepas hasta qué punto me gusta impresionarte —repuso con los labios contra mi clavícula. Sus ojos buscaron los míos—. Porque estás impresionada, ¿verdad?

Sonreí.

—Un poco...

Me quitó la blusa y me desabrochó el sujetador para buscar mis pechos con la boca.

—Bueno, entonces vamos a ver lo que puedo hacer para que cambies de idea.

—Ni siquiera te he dado mi regalo —gemí mientras bajaba por mi cuerpo.

—En lo que a mí respecta, estoy a punto de devorar mi regalo —aseguró. Al sentir su lengua, empecé a retorcerme y le tiré del pelo.

—Jenson —jadeé.

—Shhh... —dijo, y levantó la vista hacia mis ojos al tiempo que me separaba más los muslos con las manos—. Estoy tratando de impresionar a mi esposa.

Me recorrió una sensación de calor que no tenía nada que ver con el amor que brillaba en sus ojos cuando me decía lo que pensaba hacerme, sino con

que dijera en voz alta que era su esposa. Era algo que soltaba a menudo y que me recordaba lo afortunada que era por haber tenido una segunda oportunidad, que cada día, cuando llegaba a casa, él me adorara como si fuera una especie de diosa.

En ese momento, volvió a saborear mi piel sensible, torturándome con la lengua, y yo dejé caer la cabeza hacia atrás; todos los pensamientos desaparecieron de mi mente. Era definitivo: estaba impresionada.

AGRADECIMIENTOS

Rachel Keenan, Jen Wolfel, Whitney Garcia, Corinne Michaels, Katie Ross, Katie Miller, Milasy Mugnolo, Calia Lee, Mia Asher, MJ Abraham, Barbie Bohrman, CD Reiss, Kristy Bromberg, Laurelin Paige, Lauren Blakely, Pepper Winters, Alessandra Torre, Bridget People, Stephanie S. Brown, Diana D. Huet, Anabelle Martinez, Sandy Borrero, Sandra Cortez, Alison Phillips, Ciara Martínez, Christy Peckham, Mindi Lou, Leylah Attar, Tarryn Fisher, Karinna Baez, SL Jennings, Jessica Sotelo, Dianna Almanzar, Yaya, Tillie Cole, Lisa Chamberlin, Willow Aster..., no sé lo que haría sin vosotras. FYW, Vixens, mi equipo de lectura, BBFT, colegas de Kindle, y todos los que hacéis que cada día sea bueno.

Rebecca Friedman, Melissa Sanholtz, Madison Steidler. TRSOR Promo, OKAY Creations, Perrywinkle Photography.

Flavia y Meire, que creáis en mí es la razón por la que sigo publicando libros.

Tiffany Bibliophile, MT Reads, vuestro entusiasmo es contagioso, os lo agradezco mucho.

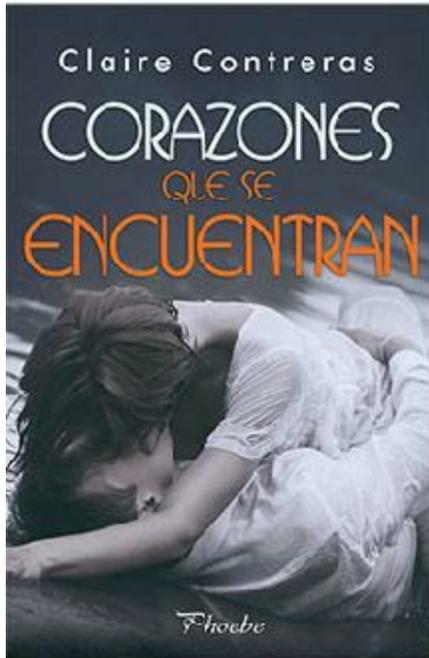
Champagne Formats: Sois los seres humanos más pacientes que conozco. Gracias por todo.

Seguidores de Twitter: Muchas gracias por hacerme preguntas que Jenson pudiera responder en su columna.

El vagabundo del metro canta realmente titulares y con ellos informa de la actualidad diaria a todos los que van en los vagones, gracias por ser mi inspiración y por informarnos de que Bruce Jenner es, de hecho, lesbiana.

CONTENIDO EXTRA

SINOPSIS DE *CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN*



Aunque se conocían de toda la vida, Jenson y Mia se enamoraron cuando estaban en la universidad; luego él tuvo que marcharse a Nueva York para terminar sus estudios, por lo que Mia decidió que era mejor que se tomaran un tiempo y que volvieran a estar juntos cuando pasaran esa etapa.

Fue entonces cuando todo se torció: él acabó casándose con otra chica, y ella terminó con el corazón roto.

Cinco años después, cuando Jenson se ha divorciado y parece que Mia ha superado la ruptura, ambos se ven obligados a trabajar juntos en un artículo para un periódico. Jenson no está dispuesto a dejar pasar esta segunda oportunidad de ser feliz con la mujer que siempre ha amado, pero antes tiene que conseguir que ella le perdone...

Aunque el amor de verdad nunca se acaba, ¿serán capaces de aprovechar la ocasión que se presenta ante ellos para volver a estar juntos?

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

CLAIRE CONTRERAS Aparece periódicamente en la lista de *bestsellers* del *New York Times*. Sus novelas tratan desde suspense romántico hasta romance contemporáneo y son traducidas en la actualidad a siete idiomas diferentes.

Vive en Miami, Florida, con su marido, sus dos adorables hijos, tres bulldogs, y dos gatos callejeros que se niega a admitir que son suyos (aunque vivan en su porche, les haya puesto nombre y continúe dándoles de comer). Cuando no se encuentra escribiendo una nueva historia, normalmente está perdida en las páginas de otra...



www.clairecontrerasbooks.com

FB: [@CCContrerasBooks](https://www.facebook.com/CCContrerasBooks)

TW: [@ClariCon](https://twitter.com/ClariCon)

IG: [clairecontreras](https://www.instagram.com/clairecontreras)



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

"A la mierda mis cartas,
a la mierda yo
y a la mierda
mi puta existencia".

CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN
Claire Contreras

FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

